~~QUERIDO~~ MURPHY,



ESTE AÑO



TODO ~~LO QUE PUEDA~~

~~SALIR MAL~~

¡SALDRÁ AÚN PEOR!

ANNY PETERSON

~~QUERIDO~~ MURPHY, ESTE AÑO TODO ¡SALDRÁ AÚN PEOR!





ANNY PETERSON

Lady Fuxia

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo aviso del autor. Todos los derechos reservados.

Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Los fragmentos de canción que aparecen se han utilizado para darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Murphy, este año… ¡todo saldrá aún peor!

Copyright ©Anny Peterson, 1ª edición mayo 2025

Diseño de la portada: Lady Fuxia.

índice

1. DIEZ RAZONES PARA ODIARTE
2. NOVIA A LA FUGA
3. DEFINITIVAMENTE, QUIZÁS
4. HISTORIA DE UN MATRIMONIO
5. ¿NO ES ROMÁNTICO?
6. LO OPUESTO AL AMOR
7. AMOR A SEGUNDA VISTA
8. 500 DÍAS CON ELLA
9. NUNCA ME HAN BESADO
10. TE ODIO, MI AMOR
11. UNA PAREJA DE TRES
12. CULPA NUESTRA
13. SOLO LOS TONTOS SE ENAMORAN
14. TÚ, LA LETRA, YO, LA MÚSICA
15. HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE
16. EL NOVIO DE MI MEJOR AMIGA
17. EN LA CUERDA FLOJA
18. SECRETOS COMPARTIDOS
19. SOLO UNA NOCHE
20. ALGO PARA RECORDAR
21. COMO PERDER A UN CHICO EN 10 DÍAS
22. MIRA QUIÉN HABLA
23. AMOR CON PREAVISO
24. CON DERECHO A ROCE
25. BLUE VALENTINE
26. DESPUÉS DE TI
27. MUJERCITAS
28. LAS FUERZAS DE LA NATURALEZA
29. AFTER
30. COME, REZA, AMA

31. EL DIARIO DE BRIDGET JONES
32. LA PROPOSICIÓN
33. MI DULCE NAVIDAD
34. AMOR PROHIBIDO
35. CUANDO TE ENCUENTRE
36. NOVIA POR CONTRATO
37. TODOS LOS DÍAS DE MI VIDA

NO TE PIERDAS…
AGRADECIMIENTOS
SOBRE EL AUTOR

1
DIEZ RAZONES PARA ODIARTE



De todas las personas del edificio, de toda la puñetera ciudad, del maldito universo si nos ponemos dramáticos, tenía que encontrarme con *ella* en el ascensor…

Nunca he creído en el Karma, en la justicia divina o en el destino, porque si existieran, hace tiempo que a mí me habría partido un rayo. Pero al señor Murphy le tengo cierto respeto, porque las matemáticas no fallan, y la probabilidad de que «si algo puede salir mal, saldrá mal», me parece aterradora.

—Buenos días, Madison —ronronea Pamela.

Es la vecina más pibón y odiosa del mundo. Lleva lanzándome miradas condescendientes desde que me mudé aquí.

Yo la llamo «ZORRA DEL MAL»; me reservé ese derecho cuando se propuso destrozar mi vida como hobby.

Me sonríe exhibiendo su trabajada melena rubia, su maquillaje perfecto y apestando a colonia dulzona.

Sé de primera mano cuántas horas le ha costado lucir ese aspecto, porque yo he sido *esa chica*. Ahora tengo suerte si me acuerdo de peinarme y me abrocha la talla 38.

—Hola… —grazno. Una sola palabra. Seca. Precisa. Afilada como mi manicura francesa.

Le devuelvo la sonrisa, pero no la cordial. La otra. La de «si no dejas de sonreír ahora mismo, me meterán en la cárcel, pero merecerá la pena».

¿Os suena eso de que la verdad siempre sale a la luz y que se pilla antes a un mentiroso que a un cojo? Pues en mi caso, se pilla antes a la Barbie del cuarto B.

Hace un año, mi vida era un *moodboard* de Pinterest: dos hijos que no habían destrozado nada valioso todavía, un marido que me miraba como si no fuera humana, y una empresa próspera que no podría ir mejor, pero de la noche a la mañana, todo empezó a torcerse.

No sé si rompí un espejo o me levanté con el pie izquierdo, solo sé que, a día de hoy, mis hijos me saturan, mi matrimonio está roto y mi trabajo pende de un hilo.

Todavía no termino de creérmelo. Llevo en shock quince días. Aunque se veía venir. Vaya, si se veía venir…

En los últimos seis meses, mi marido Kyle (exmúsico reformado y adorable desastre emocional) se ha propuesto batir conmigo un puñetero récord de discusiones. Solo era cuestión de tiempo que acabara viviendo con su padre.

Ahora mi suegro está de recadero para intercambiarnos a los niños cual traficante de emociones fallidas. Su mirada triste me pregunta a diario si esto tiene vuelta atrás, pero después de lo que pasó, lo dudo mucho…

Kyle no deja de presionarme para que lo resolvamos, pero a mí no me nace hablar de ello, así que la semana pasada decidí mandarle los papeles del divorcio.

Boom…

Todo el que conozca un poco a Kyle adivinará que se volvió loco de remate. Me dijo que no me lo concedería sin luchar, y ahora tenemos que acudir a juicio para resolverlo.

Siento ser así de radical, pero no puedo alargar más esta rueda de locura, insomnio y malestar. Él quiere respuestas y yo no las tengo. Solo necesito paz. O que lo nuestro descanse en paz… Pero Murphy acaba de recordarme en este maldito ascensor que estoy lejos de conseguirlo.

La primera vez que vi a Pamela, percibí que a Kyle se la ponía dura; soy experta en detectar ese tipo de cosas. Aunque no me importó mucho porque todavía no éramos pareja. Además, en ese momento ni siquiera me consideraba una mujer, sino un contenedor en el que se estaba gestando el bebé que ambos íbamos a traer al mundo por un descuido fortuito. ¿O fue de nuevo Murphy haciendo de las suyas?

Lo que es seguro es que no fue por amor.

Eso vino después. Y del modo más inesperado. Pero poco importa ya, porque todo se ha ido al garete.

Bajo la mirada para no ver su sonrisa de «he besado a tu marido» y mis ojos se topan con los de su mascota. Es un samoyedo blanco talla mini con más seguridad en sí mismo que yo con tres cafés. Estoy convencida de que sabe que su dueña es una destruyehogares profesional.

El perro me mira como si pensara que estoy hecha un asco en comparación con su dueña. Y tiene razón. Después de dos hijos, ya no soy la que era. Resulta que cuando mutas a adulta responsable y estresada, desarrollas una seria adicción al chocolate y se te empiezan a abrir las puntas.

Cuando las puertas se abren en la planta baja, salgo disparada hacia el exterior. Necesito escapar de esta sensación de asfixia. Soy un experimento social de los límites de la dignidad humana.

Aún no se lo he dicho a nadie, pero las voces han vuelto. Me susurran que mi marido ya no me quiere, que no soy la empresaria del año como vaticinaba aquel *post* de Tik Tok, y que, definitivamente, no lo tengo todo bajo control.

Las ganas de llorar atenazan mi garganta y acudo a la marcación rápida de mi móvil para hablar con Nataly; nadie como mi hermana para devolverme la cordura, ya sea con palabras de ánimo o con un buen gancho de derecha.

—Madi… ¿Todo bien?

—¡No! ¡Acabo de salir de casa y me he cruzado con la ZORRA DEL MAL en el ascensor!

—Tranquilízate….

No le he contado a Nataly la historia completa. Solo sabe que la vecinita buscona me saca de quicio porque provoca a Kyle. Y hoy más que nunca lo ha conseguido, porque no había vuelto a verla desde el día que volví pronto a casa del trabajo y los sorprendí… besándose.

Por poco me da un síncope.

Ella estaba sentada sobre la mesa del comedor con las piernas abiertas y mi marido embebido entre ellas. Había deslizado su vestido de punto elástico hasta la cintura, y le agarraba un pecho con fruición. Su boca estaba enterrada en algún punto de su cuello como si buscara inspiración para componer una maldita balada de rock.

Quise gritar, pero no me salió nada. ¡Kyle seguía sin enterarse de que estaba allí! Y cuando los ojos de ella me encontraron, sonrió con malicia.

—¡¿QUÉ COÑO ESTÁIS HACIENDO?! —aullé por fin.

No era la primera vez que la encontraba en mi casa con alguna excusa plausible, pero nunca de esa guisa.

Kyle se giró con brusquedad, y al verme, frunció el ceño.

—¿Qué haces tú aquí?

La pregunta me dejó loca. ¡No me lo podía creer! Pero en su tono de voz pude discernir que iba borracho.

—¡¿Que qué hago aquí?! —repetí desquiciada—. ¡Resulta que vivo aquí! ¡Soy tu mujer, ¿te acuerdas?!

Su cara perdió color gradualmente, como si acabara de tomar conciencia de la situación por primera vez.

—No tenías que estar aquí… —musitó confuso.

Miró alrededor, y cuando se topó de frente con las tetas de Pamela, se alejó de ella desconcertado.

La susodicha se recolocó el vestido y bajó de la mesa con un movimiento gatuno.

—Bueno, yo me voy —dijo como si aquello no fuera con ella. Como si fuera libre de liarse con quien quisiera porque el que estaba casado

era él. ¡Y una mierda, guapa!

¡Tendría que haberla agarrado del pelo y gritarle: «¡¿Te has planteado por qué tienes la imperiosa necesidad de profanar lo que no es tuyo?! ¡Yo te lo diré! ¡Porque cargas con una monstruosa culpabilidad que no conoce redención!».

Pero me callé, porque en ese momento, un *flash* de cuando mi hermana me pilló en pleno polvo con su prometido me atravesó sin piedad dejándome sin respiración.

Eso de pensar que en realidad le hice un favor rompiendo su compromiso con ese gilipollas, ya no servía. Nunca fui consciente de cuánto daño le hice, y descubrirlo en mis propias carnes, me hizo perder el juicio. Creo que no he vuelto a recuperarlo desde entonces. Mi locura hizo clic y volvió a activarse.

El portazo de Pamela al irse coincidió con su completa actualización, alcanzando cotas de enfado nunca vistas.

—Siento haberte fastidiado el polvo, Kyle —mascullé llena de ira—. Pero no te preocupes, pronto podrás continuarlo. ¡Lo nuestro se ha acabado!

—Desde luego que se ha acabado… —musitó molesto.

Su respuesta volvió a descolocarme por completo.

—¡¿Perdona?!

—No, no te perdono… —dijo arrastrando las palabras. Mi estupefacción se magnificó. ¡¿Por qué actuaba como si yo tuviera la culpa de todo?!

—¡¿Qué leches estás diciendo, Kyle?! ¡Eres tú quien estaba liándose con otra persona!

—No es nada que tú no hayas hecho antes…

Mi cara de incredulidad le hizo añadir:

—No te molestes en negarlo, Madison. Lo sé todo.

Mi sistema nervioso empezó a flipar a nivel máximo, amenazando con un inminente ataque de ansiedad.

—¡¿PERO QUÉ DICES? ¡¿Te has vuelto loco?!

—No —sonrió irónico—. Eres tú la que toma pastillas para no imaginarse cosas en su cabeza, ¿recuerdas?

Sus mezquinas palabras me rompieron por dentro. De hecho, creo que fue ahí cuando volvió a instalarse en mí el *plugin* de las voces en

mi cabeza. Kyle siempre me había apoyado con mi enfermedad, y que la usara en mi contra solo podía significar una cosa: que ya no me quería. Darme cuenta de ese detalle es lo que más me ha dolido en la vida.

—¡YO NO HE HECHO NADA! —grité fuera de mí.

Fue tal bramido, que Kyle vislumbró algo de inocencia en la desolación de mi voz.

—Pero…

—¡PERO TÚ SÍ! ¡Y NUNCA SE ME VA A OLVIDAR! ¡Lo he visto en vivo y en directo, joder!

Empecé a llorar con histeria al atisbar el fin de una era. Porque sentí que algo se había roto entre nosotros. Algo que nunca podría volver a arreglar nadie.

Kyle me agarró la cara con sus grandes manos, de esa forma tan ruda y tierna que tanto me gustaba.

—¡Madison, mírame…! —rogó angustiado—. ¡¿Estás diciendo la verdad?! ¡¿No te has acostado con Edward?!

El sofoco no me dejó contestarle, pero cuando nuestros ojos, totalmente encharcados, se encontraron, susurré:

—Eso ya no importa… Márchate de aquí ahora mismo.

—Cariño… —jadeó desolado—. Cuánto lo siento, yo…

—¡QUE TE VAYAS! —Lo empujé con fuerza para que me soltara—. ¡NO VUELVAS A TOCARME NUNCA!

Se me quedó mirando, reacio a obedecer, buscando una frase que borrase todo lo que acababa de presenciar, pero no existía. El daño ya estaba hecho.

—Madison…

—Ahora mismo no puedo ni verte, Kyle —declaré llorosa—. Solo quiero que me dejes sola. Respeta eso al menos.

Se lo pensó un momento y, sin decir nada más, caminó hacia la puerta de salida y se fue.

Quise gritarle que no cogiera el coche en su estado, pero tampoco pude. Estaba paralizada por una idea atroz: la conclusión de que lo que le enamoró de mí fue la misma esencia maligna que envolvía a Pamela. Pero yo ya no era así y nunca más volvería a serlo. ¡Estábamos sentenciados!

Cuelgo con Nataly, fingiendo que estoy más tranquila y entro en el juzgado, temblando. Pero no es miedo, es ira.

No me apetece nada revivir cómo hemos llegado a este punto, pero si el tribunal quiere saberlo, se lo contaré todo con pelos y señales. Bueno, pelos pocos, que soy fan de la depilación láser, pero señales de que estábamos abocados al fracaso, todas las que quieran…

Suele pasar cuando te vas a vivir con alguien del que te han prohibido enamorarte. Sobre todo si a Murphy le divierte cebarse contigo.

2
NOVIA A LA FUGA



Acelero el paso, nerviosa, y localizo la sala donde ya me están esperando. Quería llegar justa, ni un minuto antes.

Saber que voy a volver a ver a Kyle en breves segundos hace que mi estómago se resienta. He conseguido evitarle durante semanas y que no se lo cuente a sus hermanos; menudos son Los Norton… No podría soportar sus miradas condenatorias.

Nada más entrar, mi corazón sufre un esguince de grado tres al ver a mi *todavía* marido.

¿Por qué está más guapo que nunca?

Lleva una camisa blanca arremangada, barba de dos días y esa mirada de «Sé que la cagué, pero aún te quiero».

¡Maldita sea!

Si el cabrón se presentara a un casting de viudo joven en un anuncio de café, lo cogerían fijo.

Sus ojos capturan los míos y toda nuestra historia se reproduce en mi cabeza como un videoclip: sonrisas furtivas, caricias inocentes,

besos prohibidos…

Lo veo apretar la mandíbula haciendo un esfuerzo sobrehumano por no venir corriendo hacia mí y zarandearme, pero al parecer, los consejos de su hermano Tommy, el más responsable de todos, han surtido efecto. Lo sé porque lo tiene a su vera, ejerciendo de abogado y de guardián de su bestia interior.

«¡SE LO HA CONTADO!». Entorno los ojos, enfadada.

Tommy destila *glamour* en comparación con mi abogado, que tiene más años que las sillas de la sala y me mira como si solo le quedara una semana para jubilarse y yo se la estuviera haciendo interminable.

—¿Dónde leches estabas? —masculla cuando llego a su lado—. Mujeres…, siempre llegando tarde.

—Estaba buscando una sierra para arrancarme el útero y ser más puntual —respondo con sarcasmo.

—¡En pie! —vocifera alguien cuando el juez entra en la estancia por una puerta lateral.

Nos hace sentarnos y tarda diez minutos en exponer la situación que ya todos conocemos.

Juro por lo más sagrado —mis pestañas postizas, la última edición limitada de mis zapatillas de leopardo y la conexión 5G— que nunca pensé que acabaría así: sentada en un juzgado de familia, con el padre de mis hijos a dos sillas de distancia y todavía sintiendo mucho por él.

Algo que siempre me ha dolido es que nunca me he enamorado de verdad de ninguno de mis novios, pero a Kyle le querré siempre a pesar de lo que dicte mi sentido común.

Nota mental: «Amar algo no significa que te convenga».

Saco una lima de uñas como si usarla pudiera salvarme del desastre emocional que se avecina.

«Mantén la calma, Madison, pronto terminará».

Recuerdo la voz de Arizona cuando anoche me llamó en un último intento de que recapacitara. ¡¿Qué os pensabais?! Yo también se lo he contado de estranjis:

—Madi… ¿Te lo has pensado bien? ¿De verdad quieres dejar a Kyle? Es evidente que todavía le quieres…

—Ya no sé ni lo que siento. Solo sé que todo esto duele demasiado… ¡Me ha traicionado!

—Él también lo ha pasado fatal sabiendo que cada día ves a Edward en el trabajo.

—No sigas por ahí… —dije a la defensiva.

¿Tengo yo la culpa de que mi fantástico asistente sea tan atractivo? ¡Es normal que le adore! Llegó en un periodo muy estresante para la empresa y fue mi salvación. ¡Pero no ha habido nada entre nosotros nunca!

—Yo no tengo nada con Edward.

—Puede que no, pero se nota que está colado por ti y eso a Kyle le molesta, igual que a ti la vecinita.

—La diferencia es que Edward siempre ha sido respetuoso y educado conmigo, ¡mientras que la ZORRA DEL MAL se abría el escote cada vez que veía a mi marido!

—Bueno, cálmate, todo va a salir bien…

—Qué fácil es hablar cuando tu matrimonio es perfecto.

—No lo es. Ninguno lo es. Y si perdonaras a Kyle, este mal trago se acabaría —musitó con tristeza.

Pero yo sabía que no se acabaría nada. Seguiríamos igual. Y sé muy bien lo que ocurre cuando te tragas algo que no te convence solo por satisfacer a los demás. Que acabas vomitándolo y salpicándolo todo.

Mi cerebro vuelve a la tierra cuando el juez, que parece sacada de un *thriller* de Netflix, se dirige a nosotros:

—Llevan separados… ¿dos semanas?

Asentimos.

—¿Y ya quieren divorciarse? ¿Con dos hijos menores? ¿No les parece que quizá están actuando… no sé… con un poco de prisa?

Mi abogado se activa.

—Verá, señoría, la situación es muy complicada…

—Lo sé, por eso el señor Norton ha solicitado que se evalúe la estabilidad emocional de la señora Evans antes de continuar con el proceso… —interrumpe la jueza, leyendo sus notas.

No puedo evitar girar el cuello hacia él como si fuera la niña del exorcista.

—¿Qué has hecho, Kyle…? —barrunto.

—No estás bien, Madison. Y lo sabes.

—¡¿A qué viene esto?! ¡Hace años que traté mi trastorno límite de la personalidad!

—Ya, pero últimamente…

—¡Últimamente te he visto besando a la vecina! —exclamo severa.

Silencio en la sala. La jueza se aclara la garganta.

—Señora Evans, en casos en los que hay antecedentes psicológicos, niños menores y una ruptura reciente, el protocolo judicial recomienda una terapia de pareja antes de tomar una decisión final.

—¡¿Perdón?! —digo anonadada. Tommy pone cara de que ya lo sabía. ¿Ese es su plan? ¿Tildarme de loca para quitarme a los niños y dejarme sin nada? No me esperaba esto…

—Son siete sesiones obligatorias para obtener una evaluación final. Después, si no hay mejoras, seguiremos con el proceso de divorcio.

—¡Yo no necesito terapia! —aullo demostrando lo contrario.

La jueza me ignora con la misma elegancia que se ignora un pedo en un ascensor.

—Ya les he adjudicado una terapeuta, la doctora Murphy. Les aseguro que es muy eficaz.

«¡¿Murphy?!». ¡¿Es una jodida broma?!

De pronto, una chica que no llegará ni a los treinta, con una trenza hippie y un jersey estampado con patitos amarillos de goma, se pone de pie y todos la miramos. Yo espantada por semejante *outfit*.

—Gracias, doctora Murphy. Ella les informará de dónde se realizarán las sesiones y me mandará un informe para tomar la decisión final. Gracias a todos por venir. Se levanta la sesión.

Me quedo muda por la sentencia.

Kyle permanece quieto clavándome una mirada culpable y aprieto los puños para no estrangularlo por lo guapo que está. ¡El cabrón mejora con el drama!

La hippie se acerca a nosotros con una sonrisa lunática.

—¡Muy buenas! ¿Sois Kyle y Madison? ¡Madre mía, qué guapos sois! Encantada de empezar este viaje psicodélico con vosotros. Soy

Alexandra Murphy, pero podéis llamarme Lexi. ¿Listos para reenamoraros como dos locos?

No doy crédito… en general. Sus palabras, su ropa, la situación… pero lo que más me mosquea es que lleva una carpeta en la mano tamaño XXL que pone «PROGRAMA DE RECONCILIACIÓN MATRIMONIAL». ¡Ja!

—¿Os viene bien empezar esta misma tarde en mi consulta? Ya os he hecho un hueco.

—Me viene perfecto —contesta Kyle con avidez.

¿Por qué la mira como si fuera un oráculo? ¿De verdad tiene esperanzas de arreglarlo después de besar a otra y acusarme de loca?

Se ha pasado el juicio tamborileando los dedos en el metal de la mesa, algo que hace siempre que está incómodo o nervioso. O cuando recuerda alguna canción que le apetece tocar. Pero lejos de parecerme familiar, solo he podido pensar en sus manos acariciando a Pamela…

—¿Madison? —dice la doctora Murphy, con su energía de «soy rara pero funcional»—. ¿Te viene bien hoy?

—Eh.. Sí…

—¡Genial! Pues nos vemos a las cinco y media en mi consulta. —Nos da una tarjeta decorada con pegatinas de unicornios—. ¡Nos vemos allí! Podéis traer alcohol… ¡Es broma! Pero, por si acaso, me gusta el anís… ¡Adiós!

Se aleja como si acabara de recordar que ha dejado la plancha de pelo (que al final no ha usado) encendida.

—¿De dónde la han sacado, de Fraggel Rock? —farfulla mi abogado. Y por una vez, estoy de acuerdo con él.

—Dicen que es buena —comenta Tommy—. Solo tiene veintisiete años y ya tiene un doctorado en psicología….

—No me puedo creer que se lo hayas contado a tu hermano… —le reprocho a Kyle—. ¡Te dije que no quería meter a la familia en esto!

—Tranquila, no diré nada a nadie —jura Tomy.

—Sí, ya… ¿Vas a ocultárselo a Arizona?

—No hará falta porque la terapia funcionará —sentencia Kyle confiado.

Su mirada obstinada y el anhelo que destila la frase me hace huir en dirección a la puerta.

—¡Madison, espera, hablemos! —oigo decir a Tommy.

Pero no quiero hablar con nadie. Conozco a los Norton. A todos ellos. En un minuto, pasas de odiarlos, a tenerlos a dos milímetros de tus labios deseando que te besen. Y no quiero que me engatusen y me hagan olvidar todo lo que ha pasado. Es demasiado grave.

Salgo a la calle y llamo a Arizona. Que mi hermana Nataly no lo sepa es un tema más peliagudo. Quería tener el divorcio antes de que se volviera loca y me presionara para que cambiara de opinión.

«¡¿Y los niños, Madison!?». «¡¿Y la familia?!».

Yo gritaría: «¡¡¿Y YO?!!». Y no quiero discutir con ella otra vez.

—¿Cómo ha ido la cosa? —pregunta Arizona.

—Horrible. Y estaba Tommy, por cierto.

—Lo sé… Ayer confesó y me hice la sorprendida. Pero estuvo de acuerdo en no contárselo a Drew y a Nataly. Esos dos son peligrosos. ¿Qué ha ido mal?

—¡Todo! ¡Me obligan a hacer terapia de pareja! Kyle tiene fe ciega en que le perdone lo que ha hecho ¡y se cree que la terapeuta que nos ha tocado es Santa Claus!, cuando en realidad es una gurú excéntrica que parece sacada de una novela de Marian Keyes.

—¿Una terapeuta?

—¡Sí! Y agárrate: ¡se apellida Murphy! El mamón quiere hacer un cameo en mi vida… Es increíble. Si la vieras…

—No le pilles manía a la terapeuta. Solo intenta demostrarle que estás cuerda, porque esa mujer podría influir en la sentencia de la custodia de los niños…

—Ya lo sé. ¡No puedo creer que Kyle me haga esto!

—Solo quiere recuperarte…

—No empieces tú también, por favor…

—Lo siento. Tómate el día libre hoy.

—Prefiero no hacerlo. Quiero estar distraída hasta las cinco. Hoy tenemos la primera sesión de terapia…

—Pues respira hondo y ve tranquila. Te noto muy alterada, Madi.

¡¿Cómo no voy a estarlo?! Además…

—¡Esta mañana me he cruzado con Pamela en el ascensor y me ha desestabilizado por completo!

—¡¿Qué dices…?! ¿Y no le has arrancado la cabellera?

—Ha faltado poco. Tengo que pirarme de ese edificio cuanto antes, Ari… Si vuelvo a verla, no respondo.

—Te dije que podías venir a mi casa hasta que encuentres algo.

—¡Es que no es solo tu casa! También es la de Tommy y no soportaría su perorata, rogándome que perdone a su hermanito del alma. ¡No pienso hacerlo!

—Bueno… si puedo hacer algo por ti, no dudes en pedírmelo.

—Encuéntrame a alguien que me ayude con los niños. ¡No puedo ser madre soltera y dirigir una empresa a la vez! Mis respetos y admiración a quien lo consiga, pero yo no sirvo para eso. La situación se ha vuelto insostenible… Antes Kyle se ocupaba de todo, pero ahora…

El agobio me sepulta y mi voz se corta por las inminentes ganas de llorar. Solo quiero tirarme al suelo y berrear mientras hago la croqueta, pero me han dicho que está mal visto en adultos…

—Te ayudaré, pero intenta tomarte en serio la terapia de pareja, creo que te ayudará a verlo todo de otro modo.

—Si tú lo dices…

—¡Lo digo porque Kyle y tú sois muy especiales!

Lo dice como si lo creyera de verdad y, por un segundo, me siento un poco mejor.

Es cierto que al principio, se volcó conmigo al 100%, pero ahora que ya no soy una damisela en apuros, me ha convertido en su enemiga y no sé por qué.

Supongo que antes de tener que conciliar el desgaste que supone tener hijos, antes de convertirme en una mujer emprendedora, antes de que nuestro ritmo de vida dejara el sexo en un tercer plano… todo era mucho más sencillo.

Pero sobre todo, ¡antes de que la arpía de Pamela se colara en nuestras vidas y me volviera loca otra vez!

Al llegar a la oficina, veo a Edward, mi asistente, distraído, al fondo del pasillo. Eso hace que mi ansiedad vuelva a dispararse.

«¿Por qué no puede Kyle verlo solo como un ayudante útil y entregado que me hace sentir a diario que soy algo más que una madre agotada?».

—¡Buenos días, jefa! —saluda alegre, totalmente ajeno a mis pensamientos—. ¿Lista para cerrar el trato con las asiáticas? Conectaremos con Hong Kong en una hora. He dejado sobre tu mesa el resumen de los puntos a discutir en la reunión, acompañado de un café bien cargado con tres azucarillos.

Sonrío con culpabilidad por plantearme despedirlo solo para que Kyle estuviera tranquilo. Hubiese sido muy injusto.

—Gracias, Eddy. Eres el mejor…

—Tú sí que eres la mejor. Si necesitas cualquier cosa, lo que sea, soy tuyo las 24 horas…

Intento no buscarle un doble sentido a sus palabras. Los celos de Kyle me han vuelto un poco paranoica. ¡Eddy solo está siendo amable!, pero… ¿existe gente tan amable o de verdad quiere algo más conmigo?

Es guapo, inteligente y eficaz… Pero no es Kyle. Nuestra historia me caló demasiado hondo, y ni el mismísimo Thor en tanga podría hacerle sombra a todos los momentos intensos que hemos vivido.

«Deja de pensar en eso», me ordeno. «Ha besado a otra».

La jornada de trabajo es dura. Llevamos varias semanas enfrentándonos a una rigurosa auditoria que está haciendo que me salga hasta urticaria. De ahí tantas llamadas y mensajes fuera de jornada laboral. ¡Para que no nos pillen!

Suerte que tengo a Eddy…

Gracias a él y a su notas, la videollamada internacional resulta un éxito y respiro tranquila porque no las tenía todas conmigo. Mi autoestima lleva meses de huelga…

Salgo de la oficina al filo de las cinco y me afano en coger un taxi para llegar a la primera cita de la terapia.

Es la hora de la verdad, ¡que empiece la cura!

Otra vez.

3
DEFINITIVAMENTE, QUIZAS



—Vas a llegar tarde —dice mi padre consultando su reloj.

—Pero, entonces… ¿es definitivo? ¿Os vais a divorciar? —pregunta Drew anonadado.

Madison cree que él no sabe nada, pero y un huevo no voy a contárselo a mi hermano. Nataly es otra historia…

—Si la terapeuta loca no lo impide, sí… Se acabará. Está muy cabreada, bro.

—¡No puedes dejar que suceda!

—¿Y qué quieres que haga, Drew? No puedo obligarla a quedarse si ya no me quiere.

—¡¿Perdona?! ¡¿Cómo no te va a querer?! Nunca he visto a una pareja tan unida y afín. ¡¿Qué coño os ha pasado, Kyle?!

Suspiro hondo. Si alguien me hubiera dicho hace cinco años que acabaríamos en la cocina de mi padre, hablando de amor, le habría lanzado una llave inglesa a la cabeza. Pero aquí estamos: Drew con su afán controlador, papá con su cara de «me cago en ti» y yo con un nudo en la garganta que ni la cerveza consigue aflojarme.

—¡Eras tú el que me advirtió que Madison era inestable desde que supimos que estaba embarazada por confundirme contigo! ¡¿Y ahora te sorprende esto?!

—¡Me sorprende que besaras a otra después de oírte decir que Madison es lo mejor que te ha pasado en la vida!

—¡Y lo es! Pero tenías razón, Drew… Enamorarme de ella fue un salto al vacío. Dijiste que tenía problemas y que me iba a destrozar la vida. Y lo está haciendo…

Me sujeto la cabeza y Drew se queda callado.

Papá, que hasta ahora solo mascaba cabreo, habla:

—Eres tú el que lo ha jodido todo liándose con otra…

—¡¿Eso crees?! ¡No te engañes! ¡Esa tía me da igual! ¡Solo fue una reacción por llevarme al límite, papá!

—¿Me estáis diciendo en serio que esto no tiene arreglo? —responde mi padre afligido—. ¡¿Con dos hijos preciosos que todavía no han empezado primaria?! ¡¿Queréis que me muera de un disgusto o qué?!

—Papá…

—¡No me llames papá con ese tono compasivo, Kyle! ¡Soy mayor, no imbécil! ¡Los imbéciles sois vosotros, pero todavía estáis a tiempo de dejar de serlo!

Drew me mira preocupado. Como si este tema fuera a llevarse por delante a mi padre, otra vez. Y sin querer, vuelvo al recuerdo de cuando vinimos a contarle la noticia de que iba a ser abuelo. Porque fue un antes y un después para él.

La casa estaba en silencio y no porque mi padre estuviera durmiendo, sino porque en esa época era un puto mueble más del hogar. Se pasaba las horas mirando por la ventana, deseando que mi madre volviera del más allá.

Para el resto, la vida continuó sin ella, a trompicones.

A Drew le dio por la venganza pastelera…

A Tommy por demostrar que no se marchó de Londres para estudiar, sino para perdernos de vista a todos. Y yo… yo desfasé tanto, que terminé corriéndome en una desconocida sin condón en un almacén. Pero…

¿Quién me iba a decir a mí que la oveja negra les devolvería la felicidad a todos? Porque el embarazo fue lo que unió a las hermanas Evans de nuevo. Antes de eso, Nataly estaba feliz con Drew, pero era una jodida alma en pena.

La tele estaba encendida, pero en *mute*. Mi padre llevaba el mismo pantalón de pijama a cuadros de siempre y la misma expresión de «que me lleve la muerte, total, ya qué más da…». Hasta que lo solté:

—Papá. Resulta que voy a ser padre…

Mi padre giró la cabeza y parpadeó despacio. Se movió y el control a distancia cayó de su regazo al suelo.

—¿Qué?

—Hay una chica… está embarazada de mí.

—No es *una chica* —recitificó Drew nervioso—. Es la hermana de Nataly. Se acostó con él pensando que era yo y está como una puta cabra…

—¿Es hermana de tu Nataly? —preguntó mi viejo interesado—. Entonces será guapa…

—Mucho más guapa que Nataly —subrayé.

—Discrepo… —carraspeó Drew con disimulo.

Papá se quedó muy quieto y muy serio. Y para mi sorpresa, empezó a sonreír lo suficiente como para parecer un ser humano otra vez.

—Un mini Norton… —musitó ilusionado.

—¿Te lo estás tomando bien? Pensaba que me dirías que es un marrón y que soy estúpido…

—Para ti sí lo es, ¡pero yo voy a ser abuelo! —celebró—. ¡Por fin algo vivo en esta familia! ¡¿Vais a decírselo a Tommy?!

Silencio de muerte. Drew y yo nos miramos. En esa época apenas nos hablábamos. Yo para nada. Drew cuando se arrastraba por mantener un mínimo contacto por papá.

—No —espeté con seguridad—. Mi vida no le interesa en absoluto… No sé nada de él desde que se marchó.

—No se lo digáis —ordenó mi padre con astucia. Como si tuviera un plan maestro. Más tarde supe que cuando Tommy se enteró de que no le habíamos dicho nada del nacimiento de mi hijo, le supo a cuerno quemado.

—Mejor no decírselo —opinó Drew—. Se avergonzaría de nosotros más de lo que ya lo hace… Y así nunca le recuperaremos.

—Yo no quiero recuperarle. Que le den.

—Dejad que siga en su torre de marfil sin saber que aquí abajo están pasando cosas que valen la pena… —barruntó mi padre—. El momento llegará. El tiempo lo pone todo en su lugar. Y el mío es… ¡que voy a ser abuelo!

Drew y yo sonreímos al verlo tan contento. Hacía tres meses, eso habría parecido impensable. Así que, por mucho que dijera Drew, para mí, introducir a Madison en nuestras vidas, fue una bendición.

El timbre suena en el presente y Drew se levanta a abrir.

—Hablando del diablo y sus trajes caros… —murmura cuando Tommy entra más elegante que todos nosotros juntos, pero con menos arrogancia que nunca. Mira alrededor. Nos mira a nosotros. Y luego dice:

—Vas a llegar tarde, Kyle, vete ya a la terapia.

—Me da tiempo. Está aquí al lado…

—No la cagues. Es tu oportunidad. No puedes perderla.

—Otro soñador… ¡Lo dices como si fuera decisión mía!

—Tu formas parte del problema tanto como de la solución, bro. ¿Tengo que recordarte que eres el idiota que me hizo pensar que mi matrimonio era un jodido PowerPoint sin alma?

—Joder, Tommy…

—Si alguien me hubiera dicho que el amor verdadero podía nacer de dos cafres como vosotros, no lo habría creído. Pero os vi. En mi casa. En Nochevieja. En Barbados. En cada maldito recuerdo desde entonces… ¡Así que no lo jodas todo por orgullo y hazme caso!

Drew asiente conforme. Papá brinda por ello. Y yo, simplemente respiro aliviado. Porque tal vez, solo tal vez, aún no es tarde para recuperarla.

—Me piro. ¡Deseadme suerte!

—Suerte… —murmura Drew.

—No la necesitas —secunda Tommy.

—No la cagues más, por favor —remata mi padre.

Nada como la familia para abrirte los ojos y dejar de esconderte de ti mismo.

4
HISTORIA DE UN MATRIMONIO



La consulta de la doctora Murphy está situada en un local a pie de calle. Sé de buena tinta que estos sitios huelen a incienso y a café, pero al entrar más bien huele a gominolas y a desorden. ¿Me he equivocado de dirección?

Las paredes están pintadas de colores pastel. Hay una lámpara en forma de luna y un sofá de terciopelo fucsia con un cojín gigante del donut favorito de Homer Simpson.

Me siento despacio, como si las cosas fueran a cobrar vida de un momento a otro como en *Toy Story,* y de pronto, la puerta vuelve a abrirse.

La imagen de Kyle me golpea como un látigo en una sesión de BDSM. Es decir, ha sido doloroso y a la vez tan placentero que no puedo explicarlo.

Lo veo observar el lugar, extrañado.

—¿Qué es esto…? ¿Una guardería?

—Eso o un *escape room* de bajo presupuesto.

Kyle me mira con una expresión indescifrable.

Espero su explosión en 3, 2, 1…, pero no sucede. ¿Qué le ocurre? Lo conozco…, y si fuera por él, ya me tendría acorralada contra la pared, suplicándome que le escuchara, pero Tommy ha debido de ponerle las pilas al pequeño de los Norton.

Que se muerda esos labios que han llegado a hacerme virguerías, debilita mis defensas. Aparto la mirada rápido.

«Céntrate, Madison. Quedaban en el parque cuando ella paseaba al perro y él estaba en el tobogán con los niños. Sacaban la basura a la misma hora para charlar otro rato. Ella estropeaba cosas en su casa a propósito para que él las arreglara… No fue algo aislado que sucedió durante una borrachera. La deseaba. Y a ti ya no».

Cambio de postura, haciéndome fuerte en mi dolor. Él me observa de reojo captando mi blindaje.

La puerta del despacho se abre y aparece Murphy, o más bien, su reencarnación con ese maldito jersey de patitos de goma amarillos. ¿Habrá pagado por él?

—¡Bienvenidos, mis divorciables amigos! ¡Pasad!

La seguimos hacia el interior de su gruta y la decoración nos deja de nuevo noqueados. Un cojín con estampado de gatitos cósmicos, un ambientador con forma de unicornio colgando de la lámpara, una silla giratoria gigante con forma de oso panda y una maquina de palomitas antigua, en pleno funcionamiento, que es la culpable de impregnar el ambiente de un penetrante olor a mantequilla.

Es oficial. No es de esas psicólogas sofisticadas que cobran un dineral por hora, sino que trabaja por vocación.

—Tomad asiento, por favor. —Nos señala un sofá beige que es lo único *aesthetic* de la habitación.

Ella se deja caer en la silla-panda con una libreta de purpurina y un boli con plumas rosas larguísimas.

Kyle y yo nos sentamos, recelosos, como si lo que fuésemos a decir pudiera ser utilizado en nuestra contra en un tribunal. ¡Anda, si es justo así!

—¡Que comience el show! ¿Queréis palomitas? —Nos señala un cuenco lleno.

Arqueo una ceja. ¡Esta tía está peor que yo!

—No pongáis esa cara, aquí viene todo el mundo a contarme su película. ¡Las necesito! ¿Queréis un café? ¿Un té? ¿Un chupito, quizás? Lo de antes no era broma, a algunos les ayuda beber para soltarse un poco.

Kyle sonríe levemente. Como os decía, le van las locas.

—Bueno, vamos a empezar —dice la doctora—. Contadme, ¿qué os trae por mi consulta? Y por favor, hablad sin rodeos. Cuanto más drama, mejor. Me aburro con las parejas normales.

Miro a Kyle anonadada. Lo de esta tía no es normal. Y para que lo diga yo…

—¿Cómo que qué nos trae por aquí? —digo desabrida—. ¡Nos han obligado por orden judicial!

—Ah, sí… Romanticismo forzado. Qué maravilla… Pero dadme detalles. ¿Qué ha pasado entre vosotros?

Me cierro en banda cruzándome de brazos. La doctora lo capta y mira a Kyle para obtener respuestas.

—Pregúntele a ella. Es la que quiere divorciarse. Por mí, seguiríamos casados.

—¿Madison? —interpela la doctora.

—Me puso los cuernos —replico contundente.

—Eso no es del todo cierto —protesta él—. Solo fueron unos besos.

—Besos en las tetas —remato furiosa.

—¡Joder, Madi…!

—Es mejor ser sinceros, *cariñito*. No estamos aquí para perder el tiempo, sino para demostrar que no tienes perdón.

—Las tuyas son mejores, si eso es lo que te preocupa.

—Te diría cuánto le mide a Eddy, pero todavía no lo sé…

—¿Y a qué esperas? Te mueres de ganas por averiguarlo.

Murphy levanta una mano.

—Vale, stop. Me encanta esta tensión. ¡Lo digo en serio! Los celos no son el enemigo. Significan que todavía hay algo por lo que luchar.

—O quizá sea simple masculinidad tóxica… —alego.

—¡No es eso! ¡Es que mandarte mensajes con tu ayudante a las dos de la mañana no es muy normal!

—Hay quien confunde profesionalidad con infidelidad.

—Y amabilidad con coqueteo…

—¡¿Pamela, amable?! ¡Qué idiotas os volvéis los hombres cuando la sangre os abandona el cerebro!

—¡Un momento! —exclama Murphy feliz—. ¡Sé lo que necesitáis!

Se levanta y agarra lo que parece un teatrillo con unas marionetas. Nos lo planta delante y saca dos muñecos horribles. Uno es una rana vestida de oficinista y el otro un zorro con camiseta de rapero y gafas de sol.

—Os presento a Ranita Resentida y Zorrito Culpitas. Podéis seguir discutiendo, pero a través de ellos.

Kyle y yo nos miramos como si hubiera dicho que nos quitáramos la ropa y nos pusiéramos a bailar sevillanas.

—¿Va en serio?

—¡Siempre! Vamos, Madison, dile lo que sientes con Ranita —Me la ofrece con una sonrisa.

—Esto es ridículo… —mascullo indignada.

—¿Prefieres ser un adulto herido que usa marionetas o gritarle delante de tus hijos para provocarles un trauma? Porque, en algún momento, esto estallará, y mejor que sea aquí, con los muñecos.

Agarro la rana de mala gana y me la pongo en la mano.

—Hola, soy Ranita y me cago en todo lo que se menea.

Kyle suelta una risita y coge el zorro con resignación.

—Hola, soy Zorrito, y me merezco una hostia, pero también que me escuchen.

Lo miro en silencio. Sí que se la merece, joder. ¡Y una patada en los huevos, también!

Murphy se acomoda en su panda, con las piernas cruzadas a lo indio, como si estuviera a punto de ver una telenovela.

—¡Ahora sí! ¡Terapia de la buena! ¡Seguid!

Obedecemos sin pensarlo mucho.

Es desconcertante que Murphy a veces aplauda, pero también toma notas en su bloc. Mataría por saber lo que ha escrito. Seguro que es algo tipo «estos dos son gilipollas».

—¿Queréis saber qué han dicho vuestras marionetas que no os habéis dicho nunca? —Kyle y yo nos miramos incómodos—. Que estáis agotados. Que os doléis, pero también que os echáis de

menos. Y yo voy a averiguar qué os ha pasado. Porque si habéis hecho equipo para insultaros con muñecos, algo queda.

Ambos apartamos la mirada tras la discusión.

—Un premio por el esfuerzo —Murphy saca una bolsita de tela llena de gominolas con forma de órganos vitales—. Gominolas de corazón, pulmones y un riñón.

No puede ser más rarita…

—Son terapéuticas, os lo prometo. Bueno, ahora empecemos por el principio. ¿Cómo comenzó esta maravillosa historia de caos?

Kyle y yo nos miramos cohibidos. Si averigua eso, nos encierra a los dos en un manicomio de por vida.

—Kyle, empieza tú —le presiona más seria. De repente ha pasado de loca entrañable a profesora de Hogwarts que te arranca el alma con una sonrisa.

Mi futuro ex me lanza una mirada rápida. Sabe que como diga algo fuera de lugar, le salto a la yugular.

—Madison es la hermana de la mujer de mi hermano Drew. Él las conoció primero, y más tarde, las conocí yo.

—¿Y qué pasó? ¿Os gustasteis y empezasteis a salir? —pregunta Murphy embelesada, como si no supiera que estamos a una frase de gritarnos de nuevo.

—No fue exactamente así…

—¿Y cómo fue? ¿Cómo os hicisteis pareja?

Kyle se remueve y me mira pidiendo permiso.

Yo bufo. No pienso ayudarle. Se aclara la garganta y su tono cambia a uno más bajo y cargado.

—Todo empezó en un *pub* —musita renqueante—. Madison estaba enfadada con su hermana y yo iba a tocar con mi grupo… Ella se metió en un almacén… Y yo… Yo también… Entonces ocurrió…

—¿Qué ocurrió? —pregunta Murphy, sin entender a qué viene tanto preámbulo.

—Echamos un polvo que lo cambió todo para siempre.

5
¿NO ES ROMÁNTICO?



—¡Ahora no me dejes así! —dice Murphy con ojos de hámster emocionado. Se ha quitado el disfraz de profesora de parvulitos y ahora parece la presidenta de su propia secta.

Echo un vistazo a Madison, que mira al techo como si de ahí fuera a caerle la paciencia. Conozco esa cara, significa «ni se te ocurra darle detalles». Así que, por supuesto, voy a ello de cabeza.

—Si de verdad quiere saberlo, se desnudó delante de mí sin decirme ni su nombre, y cuando me ofreció su culo perfecto en pompa, no pude resistirme. No había visto a una tía más buena en toda mi vida…

Murphy parpadea dos veces.

—Qué romántico todo…

—Ya lo creo. Por un momento, hasta pensé que había bajado rodando las escaleras de aquel *pub* y me había roto el cuello, porque que una tía así te arrastre hasta un almacén para tener sexo sucio sin condón, debía de ser el puto cielo.

—Y se quedó embarazada, ¿no?

—¡Bingo! Aunque no me sorprende. Fue el tipo de polvo que te hace plantearte si en otra vida fuiste un monje que está cobrando karma atrasado. Fue todo tan rápido que no me dio tiempo ni a arrepentirme. Cuando alguien te devora como si fueras el último donut de la tierra, no piensas con la cabeza.

—¡Por favor…! —resopla Madison.

—¿Qué pasa? Estoy narrando los hechos. La doctora Murphy me ha pedido que los cuente.

—¡Adelante, sigue! Estoy fascinada —dice la terapeuta, agarrada a su bol de palomitas.

—Luego descubrí que era mi concuñada en potencia. Mi hermano Drew no se tomó muy bien que me la hubiera zumbado, pero cuando lo suyo con Nataly no funcionó y Madison me contactó por redes sociales, pensé: ¡milagro!

Hago una pausa dramática. Murphy mastica más rápido.

—¿Y os estuvisteis escribiendo un tiempo por redes?

—Sí. La conversación fluyó bien hasta que mi hermano me prohibió que volviera a hablar con ella. Y como soy gilipollas de nacimiento, obedecí.

—¿Pero tú querías hablar con ella?

—¡Claro que sí! Pero también quería conservar todos mis dientes…

—¿Y qué pasó después?

—Nada más. Cuando volví a verla, me informó de que estaba embarazada.

Madison se remueve en el sofá como si estuviera sentada sobre chinchetas.

—¿Y cómo te tomaste la noticia, Kyle?

—Como una hostia del destino. ¿Sabes cuando pones el GPS y te dice «recalculando ruta»? Pues eso hizo mi vida. En plan: ¡Sorpresa, vas a ser padre! Y luego le propuse vivir juntos.

—¿Por qué hiciste eso?

—Porque soy un romántico. —Hago una mueca—. Y porque ver la cara de mi hermano cuando se enteró de que su novia quería acoger a su hermana embarazada en su casa fue tan glorioso que me dieron ganas de regalarle una camiseta que dijera «¡Papá a la fuerza!».

Murphy se ríe. Madison no.

—Era mi responsabilidad, no la de ellos. Pero en serio, doc, yo no estaba preparado para ser padre. Ni para convivir con una chica a la que no conocía más allá de cómo gemía. Pero fue mencionar la idea de deshacerse del bebé y algo dentro de mí hizo clic. No podía dejar que pasara. Y no porque fuera un héroe, sino porque sé lo que se siente cuando alguien decide abandonarte…

Murphy deja las palomitas y me mira como si acabara de confesar que adopté a seis gatitos y los llamé como a los personajes de *Friends*.

«No indagues sobre eso», le transmito con la mirada.

—Vale. ¿Y cómo fue ese experimento? ¿Os adaptasteis bien antes de que el amor os cegara? Porque los problemas de una pareja vienen de base. Desde el génesis. ¿Cómo cambió vuestras vidas iros a vivir juntos?

—De entrada, me pasé tres días limpiando mi piso de soltero, guardando mis guitarras, mi Play Station y todo lo que me definía como ser humano libre. Y cuando ella llegó con su maleta gigante rosa y su mirada desesperada, me di cuenta de que estaba bien jodido. Tenerla cerca era como estar a dieta con una chocolatina en la mano…

Murphy asiente como si acabara de escuchar un poema.

—Genial, Kyle. Gracia por ser tan honesto. Madison, ¿quieres añadir algo tú?

—Sí. Que es un imbécil.

—¡Perfecto! Progresamos adecuadamente —aplaude Murphy con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Creo que ya estáis listos para una dinámica con objetos punzantes!

Yo me echo a reír. Madison no. Pero sus labios se contraen. Y eso, viniendo de ella, es casi una sonrisa.

¡No podía habernos tocado una terapeuta mejor!

Siento que habla nuestro idioma. ¡Está tan loca como nosotros!

Cuando salimos de la consulta, en vez de irse corriendo, Madison me enfrenta. ¡Eso es nuevo!

—¿No te cansarás nunca de presumir de mi encerrona sexual en el almacén?

—Nunca. Fue el puto mejor polvo de mi vida.

Capto un ligero velo de halago en su mirada.

—¿Mejor que la noche de Barbados? —replica sensual.

Se me eriza el pelo de la nuca bajo el ardiente recuerdo, aunque solo dura un segundo en su mirada. Luego suspira.

—Lo mío tenía un pase, en esa época no estaba en mi sano juicio, pero tú… ¿en qué diablos estabas pensando?

—En absolutamente nada. Ni siquiera me di una explicación a mí mismo de que probablemente eras una ninfómana que tomara la píldora. Me lobotomizaste el cerebro con tu belleza. Me han dicho que le ha pasado a más gente…

Sus labios quieren sonreír, pero no les deja.

—Es una pena que ya no te cause esa sensación —musita con tristeza. Y me esquiva para empezar a andar.

—¿Quién dice que no me la causes? —digo a su espalda.

—Tu comportamiento. Está visto que a mí ya me tienes muy sobada —dice bajando la cabeza—. Ahora te interesan otras chicas más lozanas…

Aprieto los dientes, porque sé que, diga lo que diga, no voy a poder convencerla de lo contrario. Pero lo que me enamoró de Madison no fue su cuerpo ni el sexo brutal, fue otra cosa.

Cuando Drew me dijo que era *LA NOVIA* de la boda en la que íbamos a tocar, me cautivó su osadía. Todo el mundo tiene derecho a una última locura antes de encerrarse en la cárcel del matrimonio, ¿no? O así lo veía yo entonces.

Al día siguiente, cuando volví a verla en la mansión Evans y sonrió de medio lado tras la primera cafrada que solté, llegué a pensar que podría ser la mujer de mi vida. Ya sabéis, esa por la que firmarías no estar con ninguna otra nunca más. ¿Loca y maciza? Me la pido.

Inicialmente, a pesar de ver sufrir a Drew porque su historia con Nataly no cuajara, me alegré en secreto. Eso me daba vía libre para volver a ver a Madison, puesto que finalmente no se casó con el

muermo estirado. Mi objetivo a corto plazo en la vida era volver a estar dentro de ella. Lamer cada centímetro de su impresionante cuerpo era casi una necesidad biológica.

Imaginaos hasta dónde se me subieron los huevos cuando vi que me había mandado un mensaje privado a través de las redes sociales de *Savage Soul,* mi banda de música.

«Soy Madison Evans, la hermana de Nataly. ¿Cómo está Drew?».

Que preguntara por él, deslució un poco la fantasía, y recordé que nuestro polvo antológico ocurrió porque nos confundió. Mis hermanos siempre me han ganado en *sex-appeal*. Tommy por su elegancia y Drew por su inteligencia. Pero yo les ganaba en musculatura y simpatía.

«Está hecho una mierda», contesté con sinceridad.

«Mi hermana igual. ¡Y encima no me habla! ¡Como si yo tuviera la culpa de que tu hermano no quiera estar con ella! Dice que no quiere saber nada más de mí».

«Bienvenida al club. Yo soy experto en hermanos que no quieren saber nada más de ti…».

Comenzamos a charlar y trasladamos la conversación a mi perfil personal. Estuvimos varios días escribiéndonos, poniendo en común que éramos las ovejas negras de nuestras familias. Esos por los que todos ponen los ojos en blanco. Pero la diversión duró hasta que Drew me rogó, con los ojos inyectados en sangre, que no volviera a tener contacto con ella y la bloqueara inmediatamente.

En ese momento, me di cuenta de que su historia con Nataly no había terminado todavía, y lo último que quería era convertirme en un problema entre ellos. Así que empecé a hacerle el vacío a Madison y ella tampoco insistió.

Me quedé con las ganas de saber cómo le había ido en su primera sesión de terapia tras bromear con que le faltaban varios tornillos.

Cuando Drew empezó a salir en serio con Nataly, me alegré de haber tomado distancia con Madison, pero jamás abandoné la idea de tenerla en mi cama de nuevo. Mi plan era esperar a la inminente boda entre nuestros hermanos y seducirla en el evento; todo el mundo sabe que lo que pasa en las bodas, se queda en las bodas.

Desde luego, no esperaba volver a verla poco después y comprobar que ya no quedaba nada de la chica explosiva que una vez hizo que me volara la cabeza en un almacén.

Al verla tan desmejorada, tuve un mal presentimiento. Y cuando soltó la noticia del embarazo, mi mundo derrapó en seco. ¿Cómo era posible?

Dicen que las mejores cosas de la vida llegan sin avisar. Y os puedo asegurar que yo no quería tener hijos, ni siquiera deseaba tener novia, pero la sola mención de deshacerse del bebé, me arañó el corazón.

Me hubiera abofeteado cuando le propuse a Madison que viviera conmigo. Ahora sé que la inmadurez es no saber medir las consecuencias de tus actos. Nataly se encargó de dejarme bien claro que no podía tirármela.

—Mi hermana no está bien, Kyle —advirtió cuando me acorraló en la cocina—. No creas que es una chica normal…

—Eso salta a la vista. Es una fuera de serie.

—Ahora mismo está lidiando con un montón de problemas mentales que arrastra desde niña y es muy vulnerable…

—Ve al grano, Nataly, ¿qué intentas decirme?

—Que no te aproveches de ella. Que la cuides. Que seas honorable, porque te aseguro que no va a ponértelo fácil… Madison es muy inteligente y siempre consigue lo que quiere. Y lo que más le gusta del mundo es que los hombres pierdan la cabeza por ella. Las dos, de hecho. Así que, por tu bien, mantén las distancias con ella o te arrollará…

—¿Pretendes meterme miedo? —me burlé.

—No te fíes, no sabes de lo que es capaz. Si quieres que esto salga bien, solo debes cumplir una norma…

—¿Cuál?

—No liarte con ella.

—Un poco tarde para eso, ¿no? —Sonreí canalla.

Aunque en ese momento volví a recordar que ni siquiera había tenido el placer de besarla más de veinte segundos.

—Lo digo en serio, Kyle. Si respetas eso, todo irá bien.

—No sufras. Se acostó conmigo porque me confundió con Drew. No creo que le interese la copia…

—¡¿Bromeas?! ¡Tú eres aún más su tipo que él! ¡Sois iguales! Por eso quería prevenirte, porque viviendo juntos, en algún momento, surgirá. ¿Podrás mantener la tentación a raya? Solo así te dejará estar a su lado cuando nazca el bebé… Está en tu mano.

Lo dijo con tanta convicción que se me erizó el pelo del brazo. No sé si de miedo o de esperanza.

Después pensé que lo que realmente le preocupaba era su relación, porque éramos sus hermanos. Y la entendía.

—Tranquila, Nataly. Nunca haría nada que pudiera fastidiar lo que tenéis mi hermano y tú. Confía en mí, ¿vale?

Pero cuando hice esa promesa, no sabía a lo que me enfrentaba…

Resistirme a Madison Evans es lo más duro que he hecho en mi vida.

6
LO OPUESTO AL AMOR



Sábado. Siete y media de la mañana. Hora mágica en la que los niños deberían estar dormidos, las calles calladas y yo sin rayarme por Madison. Pero no.

Mi hijo Richi decide que hoy es el día perfecto para convertirse en una alarma humana con preguntas sobre por qué los dinosaurios carnívoros comen cereales de colores. Mi hija Rosie llora como si le hubieran informado de la deuda externa. Y yo, con una camiseta de los *Foo Fighters* de 2009, intento no morir de agotamiento emocional.

—¡Kyle! —grita mi padre desde el pasillo—. ¿Sabes que tu hija está masticando el mando de la tele?

—Todo controlado, papá, le están saliendo los dientes —digo localizando a la criatura que babea como un bulldog.

Desde que me mudé con él, vivo en un limbo de maletas a medio cerrar, rutinas improvisadas y fantasías recurrentes con una asistente que me ayuda con todo y da masajes.

Madison me echó de forma dramática. Y lo entendí. Pero si cree que voy a rendirme con mi familia es que no me conoce.

Porque sí, vale, la cagué. Bebí hasta verlo todo borroso y me enrollé con Pamela. ¡Pero pensaba que Madison tenía una aventura con su asistente perfecto, organizado y tan guapo que parece renderizado! Y ahora he sido expulsado de mi propio Gran Hermano.

Mi padre me lanza una mirada compasiva.

—¿Seguro que vas a llevarle tú los niños a Madison? ¿Y si se enfada aún más?

—Tiene que entenderlo. Tienes lumbago.

—No lo tengo.

—Ya, pero es la excusa que le voy a poner. Llevamos demasiados días separados y quiero recordarle que no es legal vender a tu familia en Wallapop.

—Vale… Pero oye, antes de ir a verla, ¿vas a ducharte o vas a seguir honrando a Kurt Cobain con ese look de muerto viviente?

—Ya voy… —gruño, eligiendo ropa limpia.

Diez minutos después, vestido, repeinado y con Rosie medio dormida en brazos, estoy abriendo la puerta del edificio que solía ser mi casa. Pero ahora mismo me siento como un intruso. ¿Qué he hecho para merecerlo?

«¿Besar a la vecina medio en pelotas?», me chiva una voz. Todavía no sé por qué lo hice. Espero que la doctora Murphy lo averigüe…

Subo hasta el quinto piso y llamo a la puerta.

—¿Ese es mi jersey de la universidad? —pregunto al ver a Madison con cara de sueño y ese maldito suéter gris que me obligó a regalarle porque le encantaba.

Ella me mira en *shock.* No esperaba verme. Y menos, tan maqueado y guapetón…

—¿Qué haces aquí? —dice nerviosa—. ¿Y tu padre?

Es evidente que intenta ignorar mi pregunta del suéter y lo bien que me queda el que llevo ahora. Es muy *robable*.

Rosie chilla y se abalanza sobre su madre como un koala en misión secreta. Ella la recibe y Richi aprovecha para abrazarse también a su pierna y contarle que ha soñado con un dinosaurio que hablaba italiano.

—Mi padre no ha podido venir. Le ha dado lumbago.

—Ah, vaya, pobre…

«¿Cómo no se me ha ocurrido antes hacer esto?», me flagelo. Ayer después de la sesión, Murphy me mandó un mensaje con «deberes secretos».

«Busca una excusa para pasarte por su casa este fin de semana. Tiene que verte dentro. No tengo tiempo de explicarte por qué. ¡Solo hazlo!».

—Además, he pensado que podría entrar un momento en casa a buscar una cosa que necesito. ¿Puedo?

La petición pilla a Madi por sorpresa y, tras un momento de duda, con los niños delante, cede.

«¡Conseguido!».

Entro en el apartamento y respirar ese ambiente de nuevo me revitaliza. Ella espera sin moverse de la puerta y no tardo en volver.

—Bueno, me voy ya. ¿Nos vemos el lunes en terapia?

—Eh… sí —dice tragando saliva—. Nos vemos allí.

¿Soy yo o parece afectada?

«¡Gracias, Murphy!».

—Que tengas un buen fin de semana… —digo como colofón, haciéndola dudar sobre adónde voy yo tan guapo y con quién.

Me marcho pensando que mi terapeuta es un genio. No solo por romperle los esquemas con esta aparición estelar, sino porque he descubierto que, aunque estemos mal, ella sigue usando mi sudadera.

El lunes, en la sala de espera de la consulta, la dinámica entre Madison y yo es totalmente distinta. Es más amigable y huele a esperanza.

Murphy nos recibe con una camiseta que dice «Celos, chocolate y caos: trío ganador».

Lleva el pelo recogido con un lápiz, y por alguna razón, lleva una brújula colgando del cuello. No pregunto porque me da miedo la respuesta…

—Buenas, chicos… ¡Bienvenidos a *Vecinos con Derecho a Traumas*! —exclama Lexi—. Hoy vamos a hablar de Pamela y Eddy, alias, ¡la vecinita sexy y el asistente cañón!

Hago una mueca. Madison resopla. Y Murphy sonríe como quien sabe que se avecina salseo. Podría escribir un libro sobre cómo cargarse un entorno afable en segundos…

—Estos son Eddy Pichafloja y Pamela Plastiquitos —dice Lexi sacando dos marionetas nuevas: una con unas tetas desproporcionadas y otra con pinta de programador desquiciado.

—¿Nuestra vida te parece una parodia de *Barrio Sésamo?* —mascullo sin disimular mi irritación.

Pero Madison coge a Ranita Resentida en silencio, lista para un prometedor apuñalamiento verbal.

—Tranquilo, Kyle, coge a Zorrito y cuéntame quién es Pamela para ti —ordena Murphy ignorando mi queja.

Suelto un suspiro largo y obedezco. ¡Con lo bien que íbamos! Llevo todo el fin de semana con una buena sensación, ¿y ahora quiere volver a remover la mierda?

—Pamela es mi vecina —dice Zorrito.

—¿Dirías que erais amigos?

—No éramos íntimos. Solo hablábamos.

—¡Ja! Eso no es hablar… —dice Madison poniéndole voz a su muñeco.

—Espera un momento, Ranita. —La frena Lexi—. La pregunta es: ¿Pamela y tú os contabais cosas personales?

—Bueno…, ella me preguntaba por los niños, por mi trabajo… Y un día que estaba medio griposo, me trajo sopa. Aparte de eso, le prestaba azúcar, ella recogía algún paquete en mi ausencia y cosas así…

—¡Anda ya! —ríe Ranita incrédula—. ¡Si un día hasta durmió en nuestra casa porque se le estropeó la cerradura!

—¿Se le estropeó o tú la rellenaste de silicona líquida? —la acuso.

—¡Ella sí está hecha de silicona! —exclama Madison airada—. Y por cierto, doctora Murphy, Pamela se dejó unas bragas en mi casa en honor a su amistad. O quizá eran de otro día, vete a saber…

—¡¿De qué vas?! —protesta Zorrito enfadado—. ¡No hubo otro día! ¡No pasó nada entre nosotros hasta que tuve pruebas fehacientes de que ya no me querías!

—¡*Oh, maigadh*! —alucina Lexi, o más bien, su mano enfundada en una marioneta hippie que se parece mucho a ella—. ¡¿Qué pruebas, Kyle?!

Madison me mira queriendo saberlo también por primera vez desde que ocurrió todo esto. ¡GRACIAS! ¡¿Era tanto pedir que escuchara mi versión de la historia?!

—Vi una puta foto…

—¿Qué foto? —pregunta Madison confundida.

Lexi guarda silencio y me mira fijamente.

—Tengo un amigo en el gimnasio que casualmente es amigo de Eddy… Comparten un grupo en el que presumen de todas sus conquistas y él sabe que Madison es mi mujer. Por eso me la enseñó…

—¡¿Qué foto?! —insiste Madison.

—Una muy sexi en la que solo llevabas puesta una camisa de Eddy… —digo como si estuviera tragando cristales—. Debajo ponía: «Qué duro es mi trabajo, tíos, mi jefa es insaciable».

La veo abrir la boca, pasmada, luego cerrarla y volver a abrirla sin dar crédito.

—¿¡QUE QUÉ!? —grita desquiciada.

—Eras tú, Madison… No intentes negarlo.

Hasta Lexi deja de masticar palomitas.

—¡Esa foto es de hace meses! —explota—. ¡Me tiré un café por encima y Eddy me prestó su camisa de repuesto! ¡No sabía que me la había hecho! ¿Insaciable? ¡Joder…! ¡¿En qué momento ese imbécil se creyó con derecho a enseñarla y escribir eso!? ¡Si me lo hubieras dicho, le habría despedido en el acto!

—¿Por qué no se lo dijiste a Madison, Kyle?

—Porque me cuadró —digo dolido—. Llevaba un tiempo rara conmigo. Distante. Estaban todo el día hablando fuera del horario

laboral a horas intempestivas y a mí me miraba muy poco…

—¡¡Tenías que habérmelo dicho!!

—¡No me diste la oportunidad! ¡Me bloqueaste en todo!

—¡Porque te vi besando a la lagarta del cuarto en nuestra mesa de comedor como si estuvieras famélico de ella! ¡¿Sabes cuánto me dolió eso?!

—¡¿Y a mí creer que te estabas acostando con Eddy?! ¡Lo mismo!

—¡PERO NO LO ESTABA!

Lexi levanta una mano como si dirigiera un coro desafinado.

—Stop. Vale. Vamos a aterrizar este accidente aéreo emocional. Los dos la cagasteis. Kyle, tú asumiste una infidelidad por una foto y un mensaje que no contrastaste. Y Madison, tú reaccionaste desde el abandono sin querer recibir explicaciones.

Me quedo en silencio.

—¡No reaccioné al abandono, sino al dolor! —dice ella.

—Ya, pero cuando alguien con TLP detecta señales de rechazo o traición, su instinto es cortar por lo sano antes de ser herido. Un borrado radical. Protegerse del daño.

—Eso no significa que no le quiera…

—Exacto —repone Lexi—. Significa que tu miedo te sabotea. Y tú, Kyle, en lugar de darle a tu mujer el beneficio de la duda y la oportunidad de explicarse, actuaste desde tu propia inseguridad.

Miro a Madison con culpabilidad.

—¿Por qué no me preguntaste? —musita ella cabizbaja.

—Porque no quería que me lo confirmaras… Tenía miedo de que quisieras rehacer tu vida. De no ser suficiente. Pensaba que te habías rendido con nosotros…

—Yo no me rendí. Tú sí…

El silencio nos aplasta.

Lexi se recuesta hacia atrás con una mueca pensativa.

—Chicos, lo que veo aquí no es una pareja rota, sino una pareja desbordada por el trabajo, por un segundo hijo y por la vida en general… A veces, cuando no se vacía la basura emocional, todo empieza a apestar. Pero, tranquilos, yo os voy a ayudar a ventilarla.

—¿Y cómo se hace eso? —pregunto interesado.

—Con ejercicios como este. Puede que sean incómodos y ridículos, pero son efectivos. Hoy hemos avanzado mucho.

Los dos nos miramos de otra forma. Pero sigue doliendo.

Al final de la sesión, Lexi nos manda nuevos deberes:

—Para mañana quiero que recordéis el momento exacto en el que os sentisteis conectados por primera vez.

De camino a casa, intento pensar en ello. Porque no hubo un momento concreto, fueron muchos. Y todos juntos casi acaban conmigo teniendo prohibido tocarla.

7
AMOR A SEGUNDA VISTA



¿El momento exacto en el que nos sentimos «conectados» por primera vez? ¡Esa es fácil! ¡En ese maldito almacén! Kyle la tenía tan grande que pensaba que nos quedaríamos enganchados como perros y no podría sacarla.

Recuerdo flipar al sentirle dentro de mí.

Recuerdo sus manos sujetando mi cintura con una posesión cruda y afectuosa a la vez.

Recuerdo sus palabrotas ahogadas. Y que me dejó en el puñetero borde del mejor orgasmo de mi vida, porque yo estaba demasiado ocupada flipándolo en colores como para concentrarme en correrme.

Cuando todo terminó, le dije que se fuera porque no quería enfrentar su mirada y que descubriera lo brutal que me había parecido. Aunque supongo que la doctora Murphy se refería a la «conexión emocional». Pfff…

No sabría contestar a eso. Tendría que hacer memoria…

La primera vez que entré en el piso de Kyle me impresionó que pudiera vivir allí solo. Lo tenía por un cabra loca como yo que no sabe ni para qué sirve el papel film. Pero nada más lejos. Tenía el piso limpio y ordenado, aunque quizá solo quería causarme buena impresión y, al final de la semana, el lugar sería una auténtica leonera.

Habíamos decidido, tácitamente, fingir que ese bebé se había gestado por obra del espíritu santo y no porque Kyle me hubiera empotrado en una tórrida *performance*.

—Esta será tu habitación —dijo con cautela—. La mía está al fondo del pasillo… —¿Mensaje subliminal?—. Y este será tu baño. Como hay dos, podemos usar uno cada uno. ¿Te parece bien?

—Perfecto. Pero tranquilo, esto es solo temporal, hasta que encuentre un piso para mí…

Lo dije con la boca pequeña porque lo cierto es que me aterraba vivir sola. Nunca lo había hecho. Siempre había estado en «pareja», o con un techo asegurado mientras los encuentros sexuales duraran. Sola, me imaginaba siendo devorada por gatos, y creo que Kyle captó mi aprensión porque dijo:

—No hay ninguna prisa…

—No quiero molestarte. A nadie le gusta tener a una desconocida en su casa.

—Tú no eres una desconocida, eres la hermana de Nataly. Y esos dos terminarán casándose algún día… Seremos familia.

—Fijo. Y además tendremos otro familiar en común… —dije tocándome la tripa.

Puso cara de haber olvidado ese *pequeñísimo* detalle por un momento.

—Claro, claro… —carraspeó.

—Todavía puedes echarte atrás —le ofrecí—. Fue todo muy precipitado y estabas bajo mucha presión. Puedes pensártelo unos días…

—No hay nada que pensar —zanjó serio—. No podría vivir sabiendo que tengo un hijo por ahí del que no sé absolutamente nada. ¿Tú sí?

—Al principio pensé que podría… Pero gracias al embarazo he recuperado a Nataly y ahora siento que le debo algo a este niño.

—¿Es un niño? —preguntó arqueando las cejas.

Me quedé muy quieta.

—Sí… Bueno, eso dijeron en la primera ecografía.

—¿Pudieron verlo bien?

—Me dijeron que tenía un buen par de huevos…

Kyle soltó una carcajada preciosa, y luego se pasó la mano por la cara. Por esa cara perfecta que analicé a conciencia en cada una de sus fotos de Instagram cuando empezamos a hablar. Me parecía incluso más guapo que Drew. O al menos, más atractivo e interesante. Porque el punto de locura de Drew era fingido, mientras que el de Kyle era auténtico y traspasaba el objetivo en sus muecas traviesas de chico irresponsable y pasional.

—Nunca hubiera dicho que te gustan los niños…

—Yo tampoco —admitió—. Solo tengo el ejemplo de los de mi hermano Tommy y son horripilantes. Muy superficiales, egoístas y despegados… Como él. Los está criando a su imagen y semejanza…

—¿Tommy es el hermano que me dijiste que se mudó a Manchester y os dejó de hablar?

—El mismo. Y yo no quiero ser como él. El niño que viene en camino es mi responsabilidad. Y mientras esté dentro de ti, tú también lo eres.

Abrí la boca, cautivada. Tenía el clítoris como la lengua de un San Bernardo.

Kyle fue a por mi maleta y la llevó hasta la que sería mi habitación como si no pesara nada. ¿Quería lucir músculo? ¡Porque funcionaba! *Oh, la, la*…

—Estás en tu casa, cualquier cosa que necesites, me la pides…

«Ahora mismo necesito un buen revolcón», pensé excitada. Pero por suerte, se me quedó en la punta de la lengua. Al parecer, la medicación funcionaba.

—Gracias… —musité en cambio.

Flipaba con su amabilidad. No me cuadraba con la imagen que tenía de él, aunque lo cierto es que no lo conocía de nada. Todavía tenía que descubrir si se convertía en un *hooligan* violento cuando el Arsenal perdía contra el Manchester City. No obstante, todo lo que fui descubriendo, no hacía más que agravar el problema que se había

desbloqueado en mi entrepierna, sobre todo, la primera vez que olí su fragancia a recién duchado… Por no hablar de lo especialmente bien que le quedaba la camiseta azul marino con la que me había recibido, era ajustada y le marcaba unos pectorales increíbles.

¡Cuánta fuerza bruta contenida, por favor! Mi ansiedad por destapar su parte salvaje era real. Porque sabía que la tenía, como buen Norton.

—Quiero que te relajes conmigo —le dije dos días después—. No tienes que ser el anfitrión perfecto todo el tiempo.

—¿Te parezco el anfitrión perfecto? —Sonrió socarrón.

—Sí, pero tú no eres así. Todos tenemos fallos. ¿Cuál es el tuyo? ¡Confiesa ya!

Se rio como un niño.

—Tengo tantos que no sabría decirte.

Me encantaba lo despreocupado que era. Daba la sensación de que no había dramas en su vida y eso me atraía mucho de él. Su luz solo se apagaba cuando hablaba de su hermano Tommy, que por cierto, era a menudo.

—Dime algo malo de ti —exigí divertida.

—Pues a ver… Estoy haciendo un gran esfuerzo por no dejar mi ropa tirada por todas partes. Estoy acostumbrado a recogerla solo cuando ya no veo ni el suelo.

Me reí.

—Por mí no te cortes. Yo también soy un desastre.

—Seguro que no más que yo… Pero creo que es un buen momento para dejar de serlo, ¿no crees? Tenemos que dar buen ejemplo a nuestro… al niño.

—Es verdad —repliqué cohibida cuando evitó decir «nuestro hijo». Porque todavía no habíamos asimilado que éramos un «nosotros» y que estábamos construyendo un «nuestro». Todo con su correspondiente *responsabilidad afectiva*, término que había conocido gracias a mi primera terapeuta. Nuestro perfil era más el de los «tíos guays y desordenados» de los futuros hijos de Nataly y Drew.

—¿Tienes alguna línea roja de convivencia? —pregunté, y no pude evitar meter una dosis de tono sugerente. La antigua Madison no había desaparecido del todo, y a veces, me era imposible contenerla.

La mirada de Kyle cambió a una más peligrosa. Nuestra química era una bomba de relojería y si jugábamos mucho con ella, la activaríamos sin querer.

—Solo una… —contestó insinuante.

—¿Cuál?

—Mis vinilos. Si los tocas o desordenas alguno, no me responsabilizo de lo que te pase…

Le lancé una sonrisa juguetona y él me advirtió con las cejas que no jugara con ese tema.

«Sus vinilos». Localicé la colección el primer día cuando estuve husmeando cada rincón del piso. Recuerdo pensar que serían herencia de su padre o algo así, porque había discos muy antiguos de grupos ingleses como Los Beatles, Los Rolling Stones o Queen.

Desde el principio la intimidad fue extrema. Pasábamos las 24 horas juntos, porque Kyle trabajaba en casa, en una habitación que parecía el centro de operaciones de la CÍA, y yo no tenía ningún trabajo al que ir.

Me pasaba el día en el sofá, entre el ordenador portátil y el móvil, navegando por las redes sociales. Mi otra «cosa que hacer» era ir a terapia una hora a la semana. Pero la primera vez que pillé a Kyle haciendo dominadas en una barra que tenía anclada en el pasillo, pensé que pronto necesitaría más horas. En esa casa empezaba a hacer mucho calor para ser finales de marzo…

Un buen día, Kyle anunció que se marchaba a un ensayo.

—¡Había olvidado que eras músico! ¿Dónde ensayáis?

—En un bar cerca de la zona universitaria de Islington.

—¡Qué guay! ¡¿Puedo ir contigo?! —dije impulsiva.

Su cara fue un poema. Supongo que no contaba con tener que presentar su «bombo» tan pronto.

—Perdona, olvídalo —rectifiqué avergonzada.

—No. Si quieres venir, ven…

—Mejor no. Tendrás que dar explicaciones de quién soy.

—Tarde o temprano, se enterarán. De hecho… —Se mordió los labios—. Ya te conocen. Vinieron conmigo a Castle Combe, ¿recuerdas? Te llaman «La novia diabólica».

—¡No fastidies! —me carcajeé.

—Pero ni caso. Solo tenían envidia de que pillara cacho con @MadisonEvans.

—¿«Pillar cacho»?

—Eh…, bueno… ya sabes: «Metido la baguette en el horno», «Ahogar al topo en el pantano». «Pintar la catedral por dentro»…

Exploté de risa al vislumbrar al auténtico Kyle. Hacía una eternidad que no me reía tanto.

—Lo siento… —gimió abochornado.

—¡No te preocupes! ¡Fue exactamente eso! Algo carnal.

—Ni que lo digas… —bufó.

Cuando controlé mis carcajadas, nos quedamos mirándonos con media sonrisa en la boca.

—Me gustaría que vinieras a verme tocar.

—¿De verdad? No quiero invadir tu vida ni ser una carga para ti.

—No lo eres. Creo que deberíamos hacer cosas juntos para conocernos mejor. No se puede criar a un hijo con un desconocido, hace falta confianza. ¿No crees?

—Estoy de acuerdo.

La teoría era buena. Y lógica. Pero empezar a llevarse demasiado bien con alguien también tiene sus riesgos. Sobre todo, si está tan bueno como Kyle Norton con una camiseta sin mangas, aporreando un bajo con sus brazacos tatuados.

Qué tortura…

Me esmeré en arreglarme para acudir al ensayo con algo de maquillaje y una camiseta suelta de flores con escote de pico, pero seguía sintiéndome más fea e hinchada que nunca. Tenía la sensación de que las sonrisas vacilonas de sus amigos al verme, no eran por chisme, sino por lástima.

Ya no era el pibón de mis redes sociales; en los últimos meses solo me echaba fotos de cara, nunca de cuerpo entero.

Aplaudí después de cada canción, y en el descanso, Mike, el cantante, se acercó a la barra para beber algo.

—¡Cantas genial! —le felicité entusiasmada.

—Gracias. Cada uno tiene sus dones. Tú estás buenísima…

Al oírlo, subí las cejas alucinada. Y como soy boba y estoy mal de la cabeza, me lo tomé como un cumplido en mis horas más bajas. El

problema es que le contesté como lo haría la antigua Madison…

—Algo me dice que cantar no es tu único GRAN don…

Él me observó de arriba abajo recreándose en mi escote con una expresión de suficiencia.

—Cuando te canses de Kyle, llámame y te lo demuestro.

Se fue dando por hecho que lo haría y me quedé loca.

«¡Soy estúpida!», me reñí mentalmente.

Temí que Kyle se enterara de mi flirteo. Pero no sabía qué me atormentaba más, si que él supiera que no tenía controlada mi necesidad de atención o que cuando Mike se enterara de que estaba preñada, se arrepentiría de su oferta.

Era la eterna dicotomía de la que os hablaba.

Estaba mejor de lo mío, pero no estaba curada del todo.

Nunca lo he estado. Y creo que nunca lo estaré.

8
500 DÍAS CON ELLA



Después de cenar, sigo dándole vueltas a la cabeza. A nuestros inicios. A cómo fue la convivencia con ella…

«¿Quiere la verdad, doctora Murphy?».

Fue como un jodido contrato de emergencia: yo ponía el piso y ella la barriga. Pensábamos que sería temporal, como una gripe, pero como toda buena gripe, acabó llevándose por delante nuestra cordura, nuestras rutinas y mi viniloteca perfectamente ordenada por décadas.

Los primeros días fueron muy tensos. El aire entre nosotros tenía la misma densidad que una sala de espera de Urgencias: sabías que algo chungo se avecinaba, pero nadie se atrevía a preguntar.

Cuando terminó de desplegar todas sus cosas por mi piso, casi me da un infarto. No porque me molestara, sino por lo bien que

quedaban junto a las mías. Era como si hubieran tenido que estar ahí siempre. Como si su pasta dental sabor clorofila intensa estuviera reivindicando su lugar en el mundo.

Madison tenía una forma de andar descalza que lo llenaba todo. Era sigilosa, pero su presencia se sentía como un eco que te parabas a escuchar. Se quejaba de mi música a todas horas, y aún así, tarareaba algunas canciones cuando pensaba que yo no la oía.

Ella se ofreció a hacer las comidas y yo preparaba las cenas. Después, siempre veíamos un rato la tele juntos.

—¿Cuál es tu serie favorita? —Quiso saber.

—*Breaking Bad*.

—No la he visto.

—¡Pues es increíble! Te fliparía. ¿Cuál es la tuya?

—*Anatomía de Grey*.

—¿Esa no tiene como veinte temporadas o algo así?

—Creo que son más —rio—. Pero dejé de verla cuando mataron a mi personaje favorito. Siempre he querido retomarla, pero… —No continuó hablando.

—¿Pero qué?

—Mis novios nunca querían verla conmigo; decían que era una serie de chicas…

—¿Y por qué no la viste tú sola?

—No sé… Si lo pienso bien, creo que nunca he hecho nada pensando en mí misma.

Esa frase me descolocó. Y que después se riera sola y murmurara que no estaba mal viniendo de la mayor egoísta del planeta, no ayudó. En ese momento me di cuenta de lo dañada que estaba en realidad. Tanto como para decir:

—Yo me ofrezco a ver *Anatomía de Grey* contigo.

—¿Qué…? ¡No! —sonrió, recuperando el humor.

—Pero solo si tú ves *Breaking Bad* a cambio.

—¡Pero esa serie dura mucho menos!

—Si te gusta, luego podemos ver *Better, call Saul.* Es un Spinoff que está todavía mejor.

—¿Estás seguro, Kyle? ¡Son veintitantas temporadas!

—Tenemos tiempo. Y es una serie de médicos, ¿no? ¿Por qué dicen que es solo de chicas?

—¡Porque se lían todos con todos! —explicó divertida—. Hay mucho sexo, amoríos y drama…

—Sin problema. Me encanta el sexo.

De pronto, le cambió la cara.

—Hablando de sexo… He notado que no has salido ni has traído a nadie en estas últimas semanas y… solo quería decirte que por mí no te cortes. Me siento fatal por estar invadiendo tu casa y tu vida. —Se mordió los labios de una forma tan adorable, que me dieron ganas de atacarlos.

—Vale, gracias por darme permiso para follar —me mofé.

—¡No…! ¡Yo solo…! ¡Quería decir…!

—Madison —la frené divertido—. Estoy bromeando. Agradezco mucho tu interés por mi vida sexual, pero no te preocupes por mí.

—¡Claro que me preocupo! ¡No quiero que pases hambre por mi culpa!

Me reí. Era injusto que la deseara tanto y que encima me hiciera reír.

—Siento que estoy abusando de tu hospitalidad…

—No te ofendas, pero me gustabas más cuando eras una loca egoísta y despreocupada.

—Yo también pensaba que tú eras más cafre… Menuda decepción me he llevado.

La forma en que nos sonreímos se me clavó muy hondo. Tan hondo como yo quería clavarme en ella.

—Si estoy tan preocupada es porque no me gusta que no puedas ser tú mismo en tu casa. Soy una molestia…

—Tú tampoco estás siendo tú misma.

—Yo me medico para no serlo —musitó.

Al analizar sus palabras me sentí fatal.

—¿Cuál es exactamente tu problema? —me atreví a preguntar, pero su mirada incómoda me hizo recular—. Da igual, no tienes por qué contármelo. Es solo que yo no noto nada raro en ti.

—¿No notas ninguna diferencia de ahora a cuando me conociste en un almacén?

No supe identificar el tono, pero sonó a pregunta trampa.

—A ver… No sé… Supongo que antes eras más…

Sus cejas se alzaron irascibles.

—¿Delgada?

—¡Iba a decir «atrevida»!

—Ya… Mi atrevimiento me ha traído muchas desgracias.

—¿Te refieres a nuestro hijo?

—¡No! De hecho, gracias a él, estoy intentando ser mejor persona. Pero mi reputación me precede. Supongo que Nataly y Drew ya te habrán advertido sobre mí…

—No me han dicho nada de nada —mentí. Pero no coló.

—¿No te han contado que tuve sexo con el prometido de Nataly la noche antes de que le pidiera matrimonio en su cumpleaños y luego estuve a punto de casarme con él?

Mi cara de alucine habló por sí misma.

—¡Te juro que eso no lo sabía!

Ella rodó los ojos, mortificada por ser tan bocazas, pero de algún modo, sentí que quería que yo lo supiera. Como si eso fuese a hacer que la deseara menos. Pero mis gustos para las mujeres siempre han sido cuestionables…

—Antes me acostaba con cualquiera —confesó avergonzada—. Me daba igual que fueran los novios de mi hermana o un tío que me tratara fatal. Era algo superior a mis fuerzas…

—¿Por qué lo hacías?

—Según mi terapeuta, encaja con el Trastorno Límite de la Personalidad. Ese es mi problema…

—¿En qué consiste?

—Inestabilidad emocional, impulsividad extrema, dificultad para definir quién eres o qué te gusta…

—Todos somos un poco así. Vivimos en un mundo caótico —intenté justificarlo.

—Sufro un severo miedo al abandono. Sentimientos de inutilidad, paranoias de que los demás desean hundirme…

—¿Y qué tiene que ver todo eso con practicar sexo?

—El sexo era una forma de hacerme valer. De que me aceptaran. También lo usaba como venganza o estrategia para evitar que se

alejaran de mí. Me servía para todo. Me definía… Y ahora que lo he dejado atrás, no me encuentro a mí misma.

—No creo que el sexo defina a nadie. Es algo que forma parte de un todo.

—«Todo» lo que yo era… conducía al sexo —dedujo pensativa—. Por eso ahora no soy «nada».

—¿Has hablado de esto con tu psiquiatra?

—Estamos en ello. Dice que ahora mismo mi situación es muy inusual: embarazada, desubicada…, y que va a ser difícil que avance en estas circunstancias.

—¿Estás mal aquí conmigo? —pregunté preocupado—. Si quieres irte para estar más tranquila, removeré cielo y tierra para encontrar un piso a tu medida. No lo he hecho antes porque prefiero tenerte aquí, pero si es lo que quieres…

—No sé lo que quiero, Kyle. Las dudas y la inseguridad forman parte de mi enfermedad.

Le mantuve la mirada sin saber cómo ayudarla.

—Hagamos una cosa… Dejemos de fingir formalidad y seamos sinceros todo el tiempo.

—¡Estás más loco que yo! —rio ella divertida.

—Quizá, pero al menos seremos libres. Y esta semana, sin falta, me tiraré a alguien para que estés más tranquila, ¿te parece bien?

Madison resopló de risa y leyó en mis ojos que estaba de broma. Y que si lo hiciera, estaría pensando en ella.

Muchas noches nos encontrábamos en la cocina de madrugada; ella con antojo de helado de chocolate y yo fingiendo que tenía insomnio.

Un día, no quedaba helado y salí a comprarlo a un supermercado 24h. Cuando volví, estaba sentada en el suelo del salón, con las piernas cruzadas, leyendo la etiqueta de una crema antiestrías.

—Dice que huele a coco, pero es mentira —sentenció arrugando la nariz.

—¿Y qué esperabas? Es una crema, no unas vacaciones.

Ella sonrió. La ayudé a ponerse de pie y me dio las gracias por el helado con un cariñoso beso en la mejilla.

El cabrón de mi corazón comenzó a palpitar rápido.

«¡So, caballo!», le grité, pero no me hizo caso.

Situaciones así pasaban todo el tiempo. Momentos tontos que no significaban nada, hasta que empezaron a significarlo todo…

Ella empezó a dejarse el pelo suelto más a menudo y yo empecé a ducharme y arreglarme antes de verla, aunque no fuera a salir de casa. Sus cosas se mezclaron con las mías. Su risa con mis silencios. Su caos con mi rutina.

Y yo, que había aprendido a no sentir demasiado, empecé a mirarla como si fuera algo más que la madre de mi futuro hijo. Empecé a mirarla como si fuera… mi casa.

No dije nada porque aquello no era parte del trato.

Además, ella no me veía de la misma forma, y muchas veces, sentía que si la miraba un segundo más, me lanzaría a besarla sin control.

Y si la besaba, ya no iba a poder parar. Así que fingí. Fingí que no me afectaba que se sentara en mi sofá con mis camisetas anchas. Fingí que su olor no me recordaba a los veranos en la playa, aunque nunca hubiéramos compartido ninguno. Fingí que no me moría por tocarla.

Y por las noches, cuando cerraba la puerta de mi habitación, me decía a mí mismo que no podía jugármela porque éramos familia.

Y durante un tiempo, casi me lo creí.

Un día, Nataly y Drew vinieron a cenar para comprobar si nos habíamos adaptado en sentido figurado o también en el literal…

—¿Todavía no os habéis peleado? —me vaciló Drew.

—Pues no —contesté seco.

—No cantes victoria, todo llega.

—¿Tú discutes mucho con Nataly?

—A veces. Pero yo me lo puedo permitir, porque las reconciliaciones son la hostia…

—Drew… —lo riñó Nataly con una sonrisa pícara.

—A nosotros se nos da bien convivir —opinó Madison. Su hermana subió una ceja incrédula, pero no abrió la boca.

—¿De verdad, Madi? —la vaciló Drew—. ¿Te parece normal la cantidad de horas que juega a la consola?

Bajé la cabeza, martirizado.

—Todavía no le he visto jugar ni una vez —la oí decir.

—¡¿Qué?! —gritó mi hermano divertido—. ¡Debes de estar a punto de morir de mono, tío!

—He tenido mucho trabajo… —mascullé.

—Seguro que sí. Mejor que te conozca cuanto antes, hermano. Kyle es un *gamer* obsesivo.

—Fui a verle tocar —salió Madison en mi defensa. Nataly y Drew se miraron sorprendidos—. Estaba aburrida y me dejó acompañarle…

—Tienes que hacer algo con tu vida, Madison —dijo su hermana, preocupada.

—¿Como qué?

—No lo sé… ¿Por qué no vuelves a pintar? Podrías apuntarte a alguna clase de arte.

—Acabé harta de eso, y ya me quedó claro que no tiene mucha salida.

—Pues ve a clases de yoga.

—¿Puede hacer yoga estando embarazada? —pregunté precavido.

—Sí. Y además es muy recomendable. Lo que no le conviene es estar todo el día en casa, encerrada.

—Y menos, contigo cerca —masculló Drew por lo bajo.

Nataly puso los ojos en blanco y cambió de tema hacia las series que estaban viendo últimamente en Netflix.

Después hablamos de la inminente apertura de Delicias Evans London en primavera y Madison les propuso hacer publicidad en sus redes sociales degustando un pastelito frente al local.

—Que no se retrase la obra —avisó Madison preocupada—. El mes que viene todavía no se me notará mucho la tripa, pero en junio, ya estaré de seis meses y pareceré un adefesio.

—Tú no podrías parecer un adefesio ni aunque lo intentaras —sentencié serio.

Mi hermano me fulminó con la mirada. Nataly se rascó la nuca, ruborizada, y Madison boqueó. Hice lo posible por ignorar el silencio tenso que se creó ante mi comentario y procedí a consultar mi teléfono.

—¿Cuándo es la próxima ecografía? —Rompió el hielo Nataly.

—Dentro de quince días. Será la semana veinte.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó solícita.

—Sí, por favor…

Estoy seguro de que sintió mi mirada sobre ella antes de que no pudiera evitar decir:

—¿Yo puedo ir?

—Si quieres…

—Quiero.

—No te sientas obligado… —musitó Madison cohibida.

—He dicho que quiero ir.

Hubo otro silencio en el que Drew y Nataly se miraron preocupados. ¿Por qué? No lo sé. Pero los ojos de mi hermano aterrizaron sobre mí con una súplica inequívoca: «No dejes que ocurra nada entre vosotros, por favor».

Hice un leve gesto de cabeza para quitarle importancia. ¡Era normal que me interesara por mi hijo, ¿no?!

Lo que no fue normal es el tumbo que dio mi corazón cuando ella me sonrió débilmente y dijo: «Gracias, eres el mejor».

Y ese fue. El momento que estaba buscando… la conexión. Porque yo nunca había sido el mejor en nada, hasta que ella llegó a mi vida.

Deberes hechos, Murphy.

9
NUNCA ME HAN BESADO



Me meto en la cama e inevitablemente pienso en Kyle.

De hecho, he pensado mucho en él hoy. ¿Casualidad?

Me lo imagino poniéndose intenso para hacer los deberes de Murphy, reordenando su cerebro en flashbacks de momentos de conexión por orden cronológico y musical.

Yo, sin embargo, estoy tirada en mi colchón, con las bragas del revés —porque la vida se me ha ido un poco de las manos—, mirando al techo y preguntándome si la palabra «conexión» significa lo mismo para todos.

Porque, a ver… si por conexión emocional Murphy se refiere a ese clic interior de «Uy, aquí hay algo», entonces, lo tengo. Pero si se refiere a ese momento en el que empiezas a dejar de ver a alguien como «un compañero de piso temporal con el que vas a tener un bebé» y empiezas a verlo como «una tentación carnal absolutamente insostenible». Entonces la cosa cambia…

Porque no hubo un solo momento, fueron varios los que estuvimos «a punto de»… cagarla y que pasara algo.

Vaya por delante que una no puede ir por la vida embarazada hasta las cejas, viviendo con un hombre guapo al que no puede tocar, y pretender salir ilesa.

Es física, emocional y hormonalmente imposible.

Y él tampoco lo ponía fácil. Porque cuando Kyle salía de la ducha con el pelo mojado y la toalla baja, no estaba colaborando con la estabilidad de nadie.

Un día, sin ir más lejos, hizo *pancakes*. ¡*Pancakes*, joder! Con sirope delicioso por encima, llevando una camiseta blanca y unos pantalones de capoeira negros que le quedaban de muerte. Y me miró como si eso fuera normal.

—¿Qué? —preguntó, sonriente—. ¿Te apetece uno?

«Sí. Directamente de tus labios. Con una cucharada de tus fluidos corporales por encima», quiso contestar la antigua Madison.

Pero me contuve, porque todavía me quedaba dignidad. Y porque me había prometido a mí misma no masturbarme pensando en su voz diciendo «¿te pongo más sirope, nena? Dame un momento».

La primera vez que tuvimos un «momentito» fue un martes. Los martes siempre han sido traicioneros…

Estábamos en el sofá, viendo un capítulo de *Anatomía de Grey*, como hacíamos desde hacía semanas, y él quería entender los entresijos del amor.

—No entiendo por qué Derek no se queda con Addison —expuso Kyle—. Addison es objetiva, centrada, buena médica… ¿y elige a Meredith?

—¡Porque la quiere! Meredith es su persona. Y está rota, sí, pero se entienden desde el caos.

—Sí, claro… Un tipo estable, neurocirujano, elige al drama andante. Muy creíble…

Me giré para mirarle con una ceja alzada.

—¿Tú no lo harías, si la amaras? ¿No compartirías tu vida con alguien inestable?

—Estás en mi sofá, ¿no?

Al escuchar eso, se me paró la respiración. Su sonrisa me chivó que era una broma, pero de repente, se puso serio y bajó la mirada hasta mi boca. Y yo a la suya. Mi cuerpo hizo ese amago de micro movimiento que solo se hace cuando vas a besar a alguien. Y creo que él lo notó.

Pero entonces, sonó el timbre, para variar en nuestra casa: ¡era el puto Amazon Prime!

Dios sabe que lo adoro, pero odié a ese repartidor con cara de haber interrumpido tres besos y una propuesta de matrimonio en lo que iba de tarde.

Tres días después, en una de esas veces en las que Kyle ponía la música alta, yo estaba cocinando. Llevaba un suéter suyo, porque ya casi no entraba en ninguno de los míos. Él entró en la cocina y me acarició la espalda y se le escapó un «Joder, estás preciosa con mi sudadera…».

De pronto, la canción terminó y nos quedamos quietos. Y justo cuando iba a decir algo ridículo como «yo también te comería a cucharadas», mi madre llamó por teléfono.

Tuve que fingir una contracción falsa para poder colgar. Lo que provocó que Kyle me arrastrara hasta el sofá, preocupado.

—¡¿Te duele mucho?!

—¿Qué? ¡No! ¡Era una trola! Mi madre se pone muy pesada por teléfono y no hay manera de colgar.

—¡Joder…, qué susto!

Puse cara de «¿Cómo puedes ser tan mono? Me encanta que te preocupes por mí». Y él se alejó un poco.

—¿Seguro que no te duele? —Me acarició la tripa. Sin poder evitarlo, puse mi mano sobre la suya con afecto.

«Lo que me duele es no habernos besado hace cinco minutos en la cocina. Eso me duele, Kyle». No lo dije. Se quedó a las puertas de mi boca. Pero es como si lo hubiera oído porque estudió mi boca, rogando para que lo dijera. Pero en vez de eso dije: «Tranquilo, estoy bien».

La tercera vez fue, cómo no, durante una noche de lluvia.

No hay nada más sexy que dos personas con tensión sexual no resuelta bajo una manta mientras llueve. Es cine. Es destino. ¡Es amor puro!

Estábamos superagusto en el sofá, cada uno enfrascado en su móvil, pero con las piernas rozándose bajo la manta y comentando cosas graciosas que íbamos viendo en *reels*.

Le estaba enseñando uno de esos vídeos donde los dueños llaman a su perro teniéndolo al lado y el animal se vuelve loco buscándose a sí mismo, preguntándose dónde coño está. ¡Son la monda! Y de pronto, mi tripa —o mi hijo, que tenía mucho sentido del humor también— me dio una patada que me hizo gritar, asustarme y tirarme un pedo enorme.

Nos reímos tanto que se me saltaron las lágrimas.

Él terminó limpiándome una con el dedo, y volvimos a quedarnos con las miradas enganchadas.

Entonces, pensé: «Ahora. Es ahora. Bésame, por favor».

Pero no lo hizo.

En vez de eso, suspiró resignado, sin dejar de mirarme con una ternura que me mataba, y susurró:

—Ojalá siempre estemos así de bien…

—Eso espero yo también.

Y quedó implícito que, si cruzábamos cierta línea carnal, romperíamos esa burbuja.

Pero, joder, cómo me apetecía romperlo todo con él.

Ahora, casi cinco años después, me cuesta creer que alguna vez fui esa versión de mí que no podía dejar de mirarlo. O que alguna vez él me miró como si tuviera miedo de estropear lo que teníamos.

Ahora ni me mira…

Ahora me habla como si no supiera lo que significa que te tiemble el alma por alguien al que no puedes tocar.

Y eso me hace pensar que esas tres veces en las que *casi* nos besamos fueron más que momentos perdidos. Fueron el principio del fin. Porque nada vuelve a ser igual entre dos amigos después de un «casi». Y menos, después de tres.

Estos últimos meses, cada vez que nos hemos ido a dormir sin darnos un beso de buenas noches, he querido preguntarle:

—¿Te acuerdas de aquellas tres veces en las que «casi» nos besamos?

Pero no lo he hecho. Porque ya no éramos una historia a punto de empezar. Ahora somos una que está a punto de acabar… y hasta hoy, tenía serias dudas de si merecía ser reconstruida.

Tomo aire y hago lo que debería haber hecho hace mucho tiempo: decírselo a mi hermana Nataly.

¿Por qué ahora? Porque, como he dicho, empiezo a tener dudas. Cuando lo tenía superclaro no quería enfrentarme a esa conversación sin salida. Ahora… hay algo de luz al final del túnel. Pero no sé si llegaré viva. Aún tengo que salir de la oscuridad.

—¿Nat? —digo cuando me contesta—. Tenemos que hablar… Es algo que va a caerte como un jarro de agua fría… pero, por favor… intenta ponerte de mi parte. Sé que es difícil. Que parezco la mala. Pero no estoy bien, Nataly… Me siento…

Los ojos se me llenan de lágrimas y ella lo nota.

—¿Es por lo del divorcio?

Su frase me sorprende.

—Sí…

—Drew me lo contó en cuanto lo supo, pero no quería agobiarte… Quiero que sepas que estoy totalmente de tu parte. Ese imbécil se va a arrepentir de haber nacido…

Sonrío ante su tono de matona. La nueva Nataly es la bomba. Ha dejado lo de ser una «bienqueda» fuera de su vida y ahora la admiro todavía más.

—Gracias, hermana. Te lo agradezco…

—Tranquila. No permitiré que nadie te haga daño.

10
TE ODIO, MI AMOR



Abro los ojos por la mañana y siento que nada es real, al menos, hasta que entro en la consulta de Murphy y nos recibe con una gorra y una camiseta que dice «Haz el amor, no la logística».

Hasta ese momento mi día había sido como un mal sueño del que no podía despertar, pero su excentricidad acaba de espabilarme de golpe y porrazo.

—¡Buenos días, chicos! Sentaos. Rápido. Hoy vamos a hacer algo que odio, pero que funciona superbién. ¡Una lista de emociones reprimidas!

Kyle y yo nos miramos como si acabáramos de ser convocados al Juego del Calamar.

—¿No vas a preguntarnos sobre nuestro primer momento de conexión? —pregunto desilusionada.

—Otro día. Hoy quiero que cada uno haga una lista de tres cosas que extraña del otro, y tres cosas que no soporta.

—¿Solo tres? —murmuro maliciosa.

—Eso para empezar —responde feliz, como si no estuviéramos en el desguace emocional de nuestra relación.

Nos ofrece una hoja y algo para escribir y veo que tienen dibujitos de erizos. Esto no es ni medio serio…

Nos sentamos, cada uno con su bolígrafo, sus traumas, y los dichosos erizos y nos manda comenzar.

Yo escribo rápido. No porque lo tenga claro, sino porque me conozco. Y si dudo, racionalizo. Y si racionalizo, me autoengaño. Así que escribo con trazos agresivos como si estuviera tomando apuntes en clase.

No quiero mirar a Kyle. Lo imagino escribiendo con su letra desordenada. Me mosquea que esté escribiendo tanto y sin levantar la cabeza del papel. Me aterra pensar que existen cosas que no soporta de mí.

Después de un tiempo razonable, Lexi hace sonar un pequeño gong. Porque, por supuesto, tiene uno…

—Kyle, empieza tú, por favor.

Él traga saliva y me mira apocado. Su cara es una mezcla de miedo y ternura que consigue desarmarme, como siempre.

—Echo de menos cómo olías por las mañanas. Y cómo hacías ruidos raros cuando soñabas. Y cómo me defendías incluso cuando yo mismo pensaba que no tenía arreglo…

—Bien. ¿Y lo que no soportas? —lo anima Murphy.

Me veo a mí misma conteniendo la respiración.

—No soporto que dejes los platos en remojo como si el agua los fuera a lavar sola. Ni que uses mis toallas para secarte el pelo y las dejes empapadas. Tampoco soporto que te rindas cuando más necesito que luches…

Esa última acusación va directa al corazón.

—Perfecto… Tu turno, Madison. ¿Qué cosas echas de menos de Kyle?

Me sangra el orgullo, pero lo suelto rápido:

—Yo… echo de menos tu risa cuando Richi dice algo gracioso. Y cuando me acaricias la espalda sin esperar sexo a cambio. Pero lo que más echo de menos es sentir que hay un «nosotros»…

Kyle me mira con los ojos brillantes y se me estruja el corazón. Porque parece algo bonito, pero en realidad es triste. Significa que ya no lo siento. Que hemos dejado de latir juntos.

—¿Y lo que no soportas de él?

Miro mi lista. Me tiemblan un poco las manos, pero lo disimulo agarrando con más fuerza el papel.

—Que no digas lo que sientes hasta que ya es demasiado tarde. Que besaras a Pamela, aunque digas que no significó nada. Pero sobre todo, no soporto que hicieras que me enamorara de ti…

Kyle asiente despacio, asumiendo la culpa. No discute. No se justifica. Y eso me revuelve más que cualquier grito.

—Genial, chicos… ¿Alguien quiere decir algo más? Aprovechad la oportunidad. ¿Kyle…? ¿Se te ocurre algo más que no soportes de ella que no sean toallas mojadas y platos sucios?

Lo veo tragar saliva y quedarse mirando a un punto fijo.

—No soporto tu sarcasmo cuando estoy herido… —empieza despacio—. Ni que me compares con mis hermanos. Ni que creas que deseaba liarme con Pamela…

Murphy asiente con una sonrisita de triunfo.

—Muy bien… Así me gusta.

—¿Puedo decir algo más? —pregunta de pronto, cohibido.

La terapeuta hace un gesto de «¡por favor! Esto se está poniendo jugoso».

Ahora la que traga saliva soy yo, porque Kyle siempre se deja lo mejor para el final.

—No soporto… —empieza reticente—, que tuviera que dejar la música por ti y que no te dieras ni cuenta…

Se hace un silencio tan denso que duele inhalarlo.

—¿Cómo que por mí? —digo en voz baja.

—Tu embarazo. El piso. El trabajo. Todo se volvió tan… urgente y necesario. Y yo no sabía cómo sostenerlo todo a la vez. Así que renuncié a lo único que era solo mío.

—Creía que no querías tocar más —digo alucinada.

—Yo también… Hasta que volví a hacerlo una tarde que me sentía solo y la guitarra me dolió como si fuera una costilla mal curada. Entonces lo supe…

Murphy no dice nada, solo apunta algo en su libreta.

Yo no sé si llorar, gritar, abrazarlo o gritarle.

—¿Por qué no has dicho nada hasta ahora?

—Porque estaba resentido contigo. Quería que te dieras cuenta por ti misma. Que lo valoraras…

No respondo nada. Lexi tampoco habla. Kyle me mira como si ya no tuviera nada que perder. Y yo, por primera vez, no tengo ninguna frase ingeniosa que decir. Solo imágenes de su bajo, de su estilo para acariciarlo, de sus camisetas sin mangas y lo sudado que estaba tras tocar con el grupo. Pero no fue culpa mía…

—Yo no te pedí que lo dejaras. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque tú eras más importante.

Lexi suspira como si se le hubiera atascado un pedacito de nuestra historia en la garganta.

—De acuerdo… —dice al fin—. Creo que es suficiente por hoy.

Pero no lo ha sido. Porque ahora tengo la imagen de Kyle tocando. Sonriendo. Siendo feliz. Y sé exactamente cuándo fue la última vez que lo vi así.

Ojalá no me acordara tan bien…

Fue en ese maldito concierto. Esa maldita noche…

Nos despedimos de la sesión con una sensación agridulce.

Llego a casa sin apenas darme cuenta, perdida en mis recuerdos, y automáticamente me preparo un café. Solo tomo conciencia de dónde estoy cuando el teléfono suena en mi mano. Es Arizona.

—Hola, Ari…

—Hola, bombón. ¿Qué tal la terapia? —pregunta contenida.

—Rara. Ridícula. Avergonzante. Pero bueno… no es tan horrible como suena. Estamos descubriendo cosas nuevas.

—¿Eso es un avance?

—No lo sé… Pero estoy menos enfadada con él.

—Pues agárrate a eso, Madi. Aunque sea solo un poquito. Cambiando de tema, vengo a soltarte una bomba.

—Lo sabía. Dispara. ¿De qué se trata?

—Sé que ni te habrás acordado, pero en un mes es la comunión de Arthur y necesito confirmar el número de asistentes porque en ese restaurante te cobran hasta por respirar. Y además, quiero que Richi lleve el mismo traje que Colin. Pajarita indiscreta incluida.

—¿La comunión de Arthur? No sé si es buena idea que vaya, tal como están las cosas… Que vaya Kyle, mejor.

—Tenéis que venir los dos. Es una comunión, no una batalla campal. Además, los niños no saben que estáis separados. ¡Se llevarían un disgusto!

Cierro los ojos y respiro hondo.

Antes de poder negarme, Nataly entra en la llamada por arte de magia. O de WhatsApp, no lo sé.

—¿Llego tarde? ¿Le estás hablando de la comunión? Madison, no tienes por qué venir. Aunque haré mi famoso bizcocho de limón… Y sé que te encanta. Pero si no te sientes cómoda, no dejes que Arizona te presione. Decide tú. Aún queda tiempo…

—¿El bizcocho de tres pisos con crema y limón?

—Ese mismo.

—Contad conmigo.

—¡BIEN! —exclama Arizona contenta.

Y así es como, sin votar ni opinar, quedo oficialmente anotada como asistente a la maldita comunión. Pero en algún rincón de mi alma, sé que este evento será la bomba que hará que todo salte por los aires de una vez por todas. Y Kyle y yo, seremos los idiotas que estarán sosteniendo la mecha.

Dos minutos después, crean un grupo y me río del nombre.

GRUPO COMUNIÓN APOCALÍPTICA:

Arizona:

«Confirmado: comunión, el sábado 12 de mayo, a las 12:00 h. *Dress code*: blanco, menta o muerte».

Estoy sonriendo cuando me entra una llamada de Kyle.

Me ha llamado un montón de veces en todo este tiempo separados y siempre lo he dejado sonar, pero esta vez, descuelgo sin pensar. Tengo que admitir que la doctora Murphy es buena, muy buena, joder.

—Dime…

—Madison… —musita casi extrañado.

—¿Qué ocurre?

—Richi tiene fiebre. No sé qué más hacer con él. No sé si ir a urgencias o qué. ¿Puedes venir?

No lo dudo ni un segundo.

—¡Voy ahora mismo!

Doce minutos después, estoy llamando al portal del edificio de papá Norton, con el corazón golpeando en mi pecho.

Al subir, encuentro la puerta abierta y a Richi acurrucado en el sofá con la cara roja. Lo abrazo y lo calmo como si no existiera otra cosa en el mundo.

Pasan minutos hasta que saludo a Kyle y acepto el vaso de agua que me está ofreciendo. Nuestros dedos se rozan ligeramente y el pecho me retumba tan fuerte que apenas oigo su «Gracias por venir». No sabía que echaba tanto de menos su contacto hasta que lo he sentido de nuevo.

—No tienes que darme las gracias. Es nuestro hijo. Eso nunca va a cambiar.

Le damos una ducha fría a Richi, como hacían mis padres conmigo cuando era pequeña para bajarme la temperatura y después se queda dormido en mis brazos, agotado por el esfuerzo.

—Es tarde. ¿Por qué no te quedas aquí? Yo dormiré en el sofá —me ofrece cordial.

—No es necesario. Ya está mucho mejor. Y si empeora, lo llevas directamente a urgencias.

—De acuerdo…

Lo metemos en la cama y Kyle me acompaña hasta la puerta, pero cuando la abre, se gira y la bloquea con su cuerpo.

—¿Vamos a hablar de la superterapeuta que nos ha tocado? —dice con guasa.

Sonrío débilmente.

—Está muy loca.

—Pero es buena. Antes ni me cogías el teléfono…

Bajo la cabeza, culpable.

—Si te refieres al hecho de tolerar estar en la misma habitación que tú, entonces sí, es buena.

—Es más que eso… —musita Kyle, acortando distancias.

Percibir el tono suave que usa para conquistarme, me tensa por completo. Pero intento no reaccionar a él. No quiero darle pistas del poder que todavía tiene sobre mí.

—Tengo que irme, Kyle…

—Vale, pero dime solo una cosa… En la consulta querías poner en común el primer momento de conexión que tuvimos… ¿Cuál fue para ti?

—Es una chorrada…

—Quiero saberlo.

Siento su dedo índice levantándome la barbilla con suavidad y la expresión de sus ojos me impide negarme. Sé que no me dejará marcharme sin soltarlo.

—La primera ecografía a la que me acompañaste —musito—. Dejaste de ser un compañero de piso o el hermano de Drew, y empezaste a ser alguien que no me dejaría tirada…

—Nunca lo haré.

—Eres un gran padre, Kyle, eso nadie lo discute. Déjame pasar… —Él no mueve ni un músculo. Al revés, aprovecha para invadir más mi espacio vital.

—Soy algo más que un buen padre y lo sabes… Pero decidiste olvidarlo y no sé por qué.

Roza su cabeza con la mía con lentitud y mi cuerpo reacciona con un espasmo, como si acabara de volver a la vida.

Cuando me agarra y me acerca a él, mis pezones se endurecen y la boca se me hace agua. Su olor me embriaga de tal forma que se me olvida dar la orden de apartarme.

—Déjame recordártelo… —musita sensual cogiéndome la cara.

Cierro los ojos porque es tal la añoranza de su toque que no puedo despegarme de la ternura con la que empieza a acariciarme. A la vez, incita que mi boca acuda a la suya sin poner oposición. Y yo, la reina del autocontrol (versión sarcasmo), le dejo rondarla.

Cuando sus labios rozan los míos con un movimiento suave, mi raciocinio se derrite. ¡¿Cómo es posible que sepa tan bien?!

No me aparto, pero tampoco lo beso con pasión. Lo dejo ahí. En el borde. En ese lugar maldito llamado «casi».

Su lengua suplica que me entregue, que responda. Y todo mi cuerpo lo está deseando. Quiere abrirse y dejar que se reboce cuanto quiera conmigo, pero mi mente no se lo permite.

—Basta, Kyle… —Lo aparto con suavidad—. Por eso no quería verte. Porque no puedo resistirme a ti…

—Pues no lo hagas. —Vuelve a la carga.

—¡No! ¡Para! Tenía que haberme resistido desde el principio… —musito—. Lo nuestro ya no funciona. Siempre supimos que no iba a funcionar… —retrocedo cruzando el umbral de la puerta.

Él no me detiene. Al menos, no con sus manos.

—Eres una mentirosa, Madison.

Freno en seco y lo miro esperando explicaciones.

—La ecografía no fue nuestro primer momento de conexión. Fue cuando lloré por la muerte de tu actriz favorita en Anatomía de Grey. Esa fue la primera vez que leí un beso en tus ojos.

Me quedo callada. Pero se equivoca, deseé besarle mucho antes que aquello. Mismamente, cuando opinó que Mark Sloan era el puto amo por enamorarse de ella. O la primera vez que fue a por helado para mí a las tantas de la noche. O cuando comenzó a echarle una cantidad ingente de suavizante a la ropa porque dije que me gustaba como olía.

Cuando lloró porque mi chica murió aplastada por el ala de un avión, lo miré como si fuera el jodido hombre de mi vida. Por eso notó algo extraño.

Me marcho sin decir nada, y al rato, me llega un mensaje.

«¿Crees que es casualidad que nuestra terapeuta se llame Lexi*? Yo no. Es el destino».

**Guiño a Lexi Grey de Anatomía de Grey. No es spoiler porque en esta serie muere TODO CRISTO. Gracias, Shonda Rhimes…*

11
UNA PAREJA DE TRES



Soy un tío. Tiendo a simplificarlo todo. Y lo único que me quedó claro ayer, tras mi intento fallido de beso, fue que: «No puede resistirse a mí».

Esa frase lleva dando vueltas en mi cabeza toda la noche, animándome a no rendirme. Por otro lado, estoy desanimado porque ¿qué es peor: «que no te quieran» o «que no quieran quererte»?

En una cosa tiene razón, la ecografía marcó un antes y un después para mí. Y no por lo «bonito» de ver un punto blanco amorfo sobre un fondo negro, sino porque mi obsesión por Madison se extendió a nuevas zonas de su cuerpo, además de sus labios, su trasero y sus peras.

Repito, soy un tío. Y una chica preciosa llevaba tres semanas paseando sus atributos por mi apartamento en el mes de abril más

caluroso que se recuerde en décadas. Por lo tanto, en un momento dado, empecé a cortocircuitar.

Ella se quejaba por los cambios que estaba sufriendo su estilizada figura; y la entendía a la perfección porque, yo también sufría el hecho de que su cuerpo estuviera mutando a uno más voluptuoso y deseable si cabía.

Procuraba no mirarla demasiado, aunque se me iban los ojos cada dos por tres de la pantalla del ordenador. Fue un jodido milagro que no me despidieran por alguna pifiada.

Me callé como un perro cuando mis amigos la vieron en el ensayo de la banda el primer día y Jason preguntó maravillado «¡¿Te la estás tirando?!».

Lo más caballeroso hubiera sido desmentirlo, pero ni yo era un caballero ni ellos tenían tanta imaginación como para pensar que había otro motivo para acompañarme. Ya sabían que habíamos tenido sexo en Castle Combe.

Y estaba convencido de que, tarde o temprano, terminaríamos liados irremediablemente. Pero la cena con mi hermano y Nataly me recordó que no podía permitirme ese lujo. Además, Madison tampoco estaba por la labor de echar un polvo secreto y furtivo de concuñados, y no podía arriesgarme a un bochornoso rechazo. ¡Me perseguiría de por vida! Y no tenía esa necesidad.

Nunca he tenido problemas para encontrar compañía femenina cuando me apetecía, con una llamada se plantaban en mi casa sin fingir una falsa invitación a cenar, pero hacía tres semanas que no me acostaba con nadie y mi anaconda empezaba a desquiciarse. Por primera vez en mucho tiempo, me vi obligado a acariciarla a solas para calmar su ansiedad.

Si fuéramos simples compañeros de piso hubiera podido esquivarla mejor, pero cada vez compartíamos más tiempo juntos y nos caíamos mejor. ¡Éramos *besties*!

Y encima…, poco después, me llegó un mensaje a mi Instagram personal, de parte de un usuario extraño sin foto. Era un audio, no un enlace, por eso lo abrí. Y cuando lo escuché, por poco escupo la cerveza que acababa de llevarme a la boca.

Era su voz. La de Madison. En ese tono que ponía cuando hablaba con una amiga de cosas de chicas.

—Y no sé, tía, es como… joder, no debería desearlo así. ¡Es el padre de mi hijo! Aunque, técnicamente, no somos nada. Bueno, somos amigos… ¡Pero es que cada vez que me toca, me dan ganas de lamerle la clavícula! ¿Está eso en el manual de compañeros de piso? Porque yo no lo he visto venir…

Me quedé muy quieto y dejé de respirar.

—Y lo peor —continuaba ella— es que luego hace esas cosas… Como mirarme fijamente mientras dobla la ropa. ¿Quién demonios dobla ropa con ese estilo tan sexi? ¡¿Quién?! ¡Yo te lo digo: Kyle Norton! ¡El cabrón ha convertido tender ropa interior en un gif porno!

Sentí algo en el pecho. Una mezcla de orgullo, conmoción y una leve esperanza. Por no hablar del calentón que me entró…

—Te juro que cuando se pone esa camiseta de los All Black… —continuó Madison como si estuviera en trance confesional—, me dan ganas de arrancársela con los dientes y comérmelo vivo. ¡Literalmente! Ayer la llevó y tuve que morderme la lengua para que no sufriera daños…

—Joder… —farfullé pausando el audio. Porque necesitaba una PAUSA emocional. Mental. Y física. Porque se me estaba poniendo tan dura que hasta me dolía.

Me recoloqué el pantalón y respiré hondo. Todavía quedaba mensaje. Y necesitaba escuchar un PERO en ese audio o saldría corriendo a por ella.

—Pero claro… —soltó Madison—. Luego me acuerdo de Nataly y Drew, y se me quitan las ganas de hacer nada. Bueno, no se me quitan, pero las controlo. Las entierro en chocolate y ansiedad, y finjo que mis hormonas no quieren sexo apasionado y secreto con un familiar… ¡Porque somos familia, tía! No puedo salir con él y permitirme el lujo de terminar mal. ¡Estamos atados para siempre! Y yo nunca termino nada bien. ¡MAL es mi jodido apellido!

Me quedé mirando el móvil como si me hubiera mordido. O besado. O ambas cosas a la vez.

No sabía qué hacer. ¿Me lo había mandado su amiga en un ataque de «buena samaritana» o era el mismísimo diablo reencarnado en La

Celestina?

Podría fingir que no lo había oído…

Oooo…

¡Podría ponerme esa camiseta y hacer una locura!

En ese momento, no pensaba con puta claridad. Toda la sangre había migrado de mi cerebro y ese día todavía no me había pajeado. Así que fui a rescatar la camiseta del cesto de la ropa sucia como un psicópata.

Cuando me vio con ella puesta, casi pude notar cómo se le dilataban las pupilas.

—Me flipa esa camiseta —dijo sincera—. Pero… ¿No estaba para lavar?

—Sí, pero está lo suficientemente limpia como para hacer deporte. Voy a hacer unas cuantas dominadas con ella…

Nos miramos y, por un segundo, pensé en soltar un: «te dejo mirar mientras las hago… y tocarte todo lo que quieras».

Con lo loca que estaba, seguro que lo habría hecho. Y yo me habría desintegrado. ¡Drew me debía perderme el momento más erótico de toda mi vida!

Pero hay cosas que no pueden decirse, solo puedes sostenerlas en la mirada cuando pasas a su lado sudado e hinchado, y disfrutas de la mejor ducha que recuerdas con un buen final feliz.

Respecto a la ecografía, fue un gran día. Salimos tan contentos, que decidimos ir a comer a un restaurante para celebrarlo. No era un sitio elegante, era mi hamburguesería favorita.

—Ahora que sabemos que está todo bien, me haría ilusión ir a comprarle algo al niño —anunció Madison—, aunque solo sean un par de calcetines de «I love mummy».

—¡Buena idea! Yo quiero mirar una de esas cunas con ruedas que se trasladan por toda la casa. Así lo tendré vigilado siempre, cuando esté trabajando, cocinando y viendo la tele.

—¿Y por la noche? ¿Dónde dormirá?

—Depende. ¿Querrás darle el pecho?

Nos miramos y la sola idea de imaginarlo, me llenó la boca de saliva. Tragué sintiéndome un pervertido.

—No lo sé… —contestó ella perdida.

—Tienes que decidirlo.

—Se supone que es lo mejor para el bebé…

—Sí, y mucho más barato. Pero eso implica que tendrá que dormir contigo siempre y no podré ayudarte con las tomas.

—Ya… Dicen que es muy esclavo. ¿Cómo voy a cuidar de un bebé si no sé ni cuidar de mí misma?

—Me tienes a mí. Puedes quedarte el tiempo que quieras en mi casa —ofrecí, omitiendo un «para siempre»—. Al menos los primeros meses… Mientras dure la lactancia.

—Lo pensaré —musitó cohibida.

Una vez en la tienda, compramos más que unos simples calcetines. Madison eligió un cojín para dormir con él entre las piernas. ¿Alguna vez habéis sentido envidia de un objeto inanimado? Yo sí.

Al final, me encapriché de un sillón mecedora que parecía cómodo para dar de mamar.

—¡No te he dicho que fuera a quedarme en tu casa!

—Si te vas, te lo llevaré a donde te mudes.

—¡¿Con lo que pesa?! ¡Te dejarás la espalda!

—Pues no te vayas…

—¡Eso es jugar sucio, Norton!

—Yo lo hago todo así, preciosa. Ámame u ódiame.

Estaba siendo un día genial, uno de esos a los que no le das importancia hasta que llega el puto apocalipsis…

He tenido días malos en mi vida, pero el que os voy a contar se llevó la palma.

Estábamos en casa, cada uno con su drama. Madison llevaba media hora quejándose de que no encontraba un sujetador. Y yo estaba intentando desatascar la ducha de sus pelos extralargos y resistentes con un alambre y una fe ciega en un tutorial de YouTube.

—¡Kyle! —gritó desde el otro baño.

Pensé que era otra vez por el sujetador.

—¿Sí?

—¡Estoy sangrando!

El alambre se me resbaló de las manos y me puse de pie tan rápido que me mareé. Crucé el pasillo en dos zancadas y me la

encontré pálida, temblando y los ojos brillantes. Ni siquiera me di cuenta de que estaba en ropa interior. Solo podía pensar en lo peor.

—No es mucho —susurró—. Pero es roja y…

No me preguntéis cómo, pero en menos de dos minutos ella estaba vestida, yo llevaba zapatillas desparejadas, y la llevaba en brazos como si pesara menos que un cojín.

Salí corriendo de casa y bajé las escaleras de tres en tres con el corazón desbocado.

—¡Tío, déjame en el suelo! —me gritaba ella—. ¡Estoy bien! ¡¡No soy una muñeca rota!!

—¡Cállate, Evans! Si sigues gritando vas a asustar al bebé.

—¡La que estoy asustada soy yo, imbécil!

La metí en el coche como un paquete frágil y conduje con el ceño fruncido, las manos sudadas y el corazón en vilo. Creo que rompí al menos tres normas de tráfico. Una señora me sacó el dedo por la ventanilla y le grité que estaba salvando dos vidas.

Fue exagerado, pero joder, en ese momento lo sentí así.

En Urgencias nos hicieron esperar lo suficiente como para que mi alma abandonara mi cuerpo tres veces.

Nos llevaron a una sala para hacer una ecografía de urgencia y la ginecóloga aún tardó en aparecer. Madison me miraba como si me odiara, pero también como si fuera su único refugio en el mundo.

—Si le pasa algo al bebé… —murmuró.

—No le va a pasar nada. Te lo juro.

Ella me apretó la mano y yo se la apreté también. Como si esa presión sirviera para mantenerlo todo unido por dentro. Recuerdo que tenía las manos heladas e intenté calentárselas.

La ginecóloga apareció con una cara tan seria que sentí cómo se me derretía el alma. Procedió a consultar la pantalla. Yo no quería mirar por si acaso y descubrí que Madison tampoco. De pronto oímos una voz pausada y amable que decía:

—Está todo bien. El embrión está bien agarrado y tiene un latido fuerte. Pero… Madison, necesito que te relajes. No vayas demasiado rápido. Tu cuerpo necesita calma.

Madison soltó el aire que estaba reteniendo de golpe y yo me derrumbé contra su hombro, como si me hubieran desconectado los

cables.

De vuelta a casa no hablamos mucho. Ella iba mirando por la ventanilla, con los ojos rojos y las manos sobre el vientre, y yo conducía despacio por primera vez en mi vida. Me daba miedo todo: los baches, los giros, el mundo.

Cuando aparqué frente al edificio, me giré hacia ella.

—No vuelvas a asustarme así, ¿vale?

Ella se echó a reír. Una risa nerviosa, llorosa, preciosa.

—No era mi intención, te lo aseguro.

—Ya, pero… en serio. Si te pasa algo… —Me interrumpí. Me estaba emocionando y no quería parecer un blando, aunque ya era demasiado tarde para eso.

Ella me miró con esa cara suya de «te odio un poco menos de lo normal».

—Gracias por llevarme en brazos. Aunque olías a desatascador barato.

—Tú olías a miedo, que es peor.

—A pánico, dirás…

Subimos en silencio, y cuando estábamos en la puerta, ella me agarró del jersey.

—Kyle…

—¿Sí?

—Gracias. En serio. No pensé que te importara tanto…

Yo la miré con intensidad y, por una vez, no me salió decir nada sarcástico. Solo le aparté el pelo de la cara y le besé la frente.

—Me importas más de lo que nunca entenderás, Evans…

Aquella noche ninguno de los dos podía dormir. No dejábamos de levantarnos con la excusa de beber agua para vernos y hablar un poco. Al final, terminamos durmiendo en el sofá: ella sobre mi pecho y mi mano en su barriga sintiendo su respiración suave.

Por primera vez desde que supe que iba a ser padre, sentí que éramos tres.

Y también que haría cualquier cosa por protegerlos.

12
CULPA NUESTRA



Estoy segura de que en algún momento de esta semana he muerto y nadie ha tenido el valor de decírmelo.

No he pegado ojo en toda la noche después del maldito beso que Kyle me robó. ¡Ni siquiera ha sido por mi hijo enfermo!

A veces me pregunto cómo puedo ser tan facilona y tan mala madre…

La mayoría de la gente obtiene el silencio por respuesta cuando se hace este tipo de preguntas retóricas, pero yo no, yo oigo voces crueles que solo la medicación es capaz de acallar. Pero hace tiempo que dejé de tomarla y no soy valiente para pedir ayuda, porque creo que, si las ignoro, se irán solas.

Un día como hoy, evito coger el teléfono para que nadie note lo mal que estoy y me escondo en el único lugar donde aún creo tener el control: mi trabajo.

Eddy me recibe en la oficina como si fuera Beyoncé bajando de una nube.

—Jefa poderosa entrando —anuncia como si tuviera un transmisor invisible, con su sonrisilla de siempre y una carpeta en la mano.

Yo finjo que sonrío. Porque en el fondo, esa broma —tonta y condescendiente— me hace sentir viva. Y después de un juicio en el que nadie me miró como yo quería que me miraran, eso pesa.

—Gracias, Eddy. ¿Qué tenemos hoy?

—Tienes dos presupuestos aprobados, tres nuevos clientes que ya sueñan con tu toque mágico… y una reunión con esos que dudaban de tu estilo y que ahora te adoran.

Asiento, anestesiada por el chute de validación. Me siento en mi escritorio, abro el portátil y dejo que sus palabras se cuelen como una aspirina emocional.

Porque Eddy, con sus frases exageradas y su obsesión por decirme lo brillante que soy, es lo más parecido a un antidepresivo que tengo ahora mismo. Y sé que suena patético, y que no está bien, pero cuando tu mente te dice constantemente que no vales —como madre, como pareja, como persona estable en la sociedad—, un poquito de adulación laboral es como morfina.

—Oye —me dice, asomándose por la puerta con un café en la mano—. ¿Te has hecho algo en el pelo o simplemente estás canalizando a alguna diosa?

Vuelvo a sonreír.

—Será que anoche no me dormí llorando. Y eso ayuda.

Él sonríe y se sienta en el borde de mi escritorio para estudiarme como si fuera un cuadro modernista.

—Kyle debería agradecerle al universo haberte tenido todo este tiempo. Y si no lo ve…, más para los que sí lo hacemos.

Me río otro poco. Porque suena bien. Porque me hace sentir deseada. Porque por dentro me estoy desmoronando y esto es lo más parecido a sentirme suficiente hoy.

Arizona y Nataly me aconsejaron que lo despidiese cuando les conté lo de la foto, pero… ¿qué importa que presumiera de haberse acostado conmigo delante de sus amigos? Quizá ese sea el último halago que no tenga que mendigar…

Mi vida privada se cae a pedazos, sin saber si mi matrimonio ha terminado o está en pausa, pero Eddy sigue ahí, llenando los huecos

con flores de plástico que no huelen a nada pero que decoran igualmente.

Por la tarde, llego a la consulta de Murphy como un toro de miura, dispuesta a llevarme a cualquiera por delante. Pero al encontrar a Kyle en la sala de espera, me doy cuenta de que ya no estoy enfadada con él, sino conmigo misma. Él es solo una víctima más de mi locura.

—¿Cómo estamos hoy, chicos? —nos saluda Lexi feliz.

En mi cabeza ha dejado de ser Murphy. Además, ahora que me fijo, sí que se parece un poco a Lexi Grey.

Tiene esa energía amigable, ligeramente caótica, pero muy humana que a menudo te deja sin palabras. Puede que tenga una mente prodigiosa, pero resulta torpe al mismo tiempo. Y tiene pinta de ser de las que se equivocan muchas veces sin perder la sonrisa.

Me mira como si supiera perfectamente lo que estoy pensando y aparto la vista hacia una caja de madera que veo encima de la mesa con un letrero que dice: «CAJA DE CULPABLES».

—Sentaos, por favor, el tiempo es oro. Bueno, es noventa libras la hora y no sé a cuánto está el oro, ¡pero centrémonos! ¡Hoy vamos a hablar de lo que arruinó vuestra relación!

Y la loca lo dice con una alegría contagiosa. Pero ha acertado. Está ARRUINADA. Eso es justo lo que siento.

—¿Y qué crees que la ha arruinado? —pregunto con ironía—. ¿Una infidelidad imaginaria, celos infundados o lanzarnos a la crianza de dos hijos sin red de seguridad…?

Lexi levanta un dedo.

—Nada de eso. La culpa la tiene… ¡un objeto!

Abre la caja con teatralidad y vemos que dentro hay una serie de utensilios absurdos: una cuchara, una vela en forma de pene, un sujetador, un walkie-talkie, una peonza, una chancla y un babero con la palabra «CEO»…

La miramos sin entender.

—Cada uno cogerá algo al azar. Luego tenéis que inventaros la historia de cómo ese objeto fue el principio del fin de vuestra

relación.

—¿Estás de broma?

—Nunca. Es terapia proyectiva.

Pensaba que ya lo había visto todo con las marionetas, pero esto lo supera. No obstante, Kyle se asoma a la caja para rebuscar el que más le gusta. Al final, saca una cuchara de plástico medio rota y yo elijo el babero de «CEO».

Lexi nos mira con una sonrisa maliciosa.

—¿Por qué sonríes así?

—Por nada —responde ufana—. Porque la elección que acabáis de hacer no ha sido al azar. Es muy reveladora.

Kyle mira la cuchara más de cerca.

—Pues yo he cogido el más ridículo —expone—. Es una triste cuchara, por la que probablemente Madison me gritara por ser muy especial y solo sirviera para hacer sus stories de *mindfood* en Instagram.

—¡Porque «probablemente» formara parte de una campaña de *influencers,* garrulo! —me defiendo—. ¡Perdona si no puedes usarla para remover tu ColaCao!

—¡No tengo problema en removerlo con el dedo si hace falta! La cuestión es que me hace sentir que me reservas un espacio muy chiquitito en tu vida… ¡Mientras que tus desayunos perfectos con fotos brillantes, ocupan uno muy grande!

—¡Pero Kyle…! —protesto alucinada.

—A veces siento que te estorbo, sinceramente —remata certero.

No sé qué decir ante eso. ¡Nunca lo he pensado!

Miro a Lexi, desubicada. Y ella me mira como si quisiera mearse en las ruinas de nuestro amor.

—Madison, ¿tú por qué has elegido el babero? —me pregunta en cambio—. ¿Qué historia se te ocurre?

Intento pensar, pero no me sale nada. Sigo aturdida por la reciente acusación de Kyle.

—A ver… bebés y CEOS son dos conceptos que no cuadran juntos, pero me ha parecido gracioso… Y cuando lo usé con mi hijo, me sentí poderosa. Fue como decir «Yo puedo con todo»: empresa,

maternidad, éxito… Pero a Kyle no le gustó… Porque no le gusta que yo tenga poder. Mi éxito le entristece.

—¡¿Pero qué dices?! —protesta Kyle.

—Es lo que siento —digo bajando la cabeza—. No sentí que me apoyaras en mi faceta de emprendedora. Parecía que te molestara. Preferías que estuviera en casa, cuidando de los niños y más de mi aspecto…

Lexi aplaude sin hacer ruido mientras Kyle me mira descolocado.

—Y ahí lo tenéis. ¡El drama escondido tras el desayuno y un babero! —exclama contenta.

Es indiscutible. La tía es un genio. Pero Kyle y yo nos miramos con un velo de tristeza.

—Los objetos son solo excusas —continúa Murphy—. Lo que realmente pesa es lo que nunca decimos… Así que ahora mismo quiero que os miréis cara a cara. Sin hablar. Y cuando os pregunte, me decís lo que estáis pensando.

Obedezco porque se supone que es médico… y también porque quiero saber cómo termina esto.

Los ojos de Kyle atrapan los míos con una frialdad que antes no estaba. Empezó la terapia muy convencido de solucionar lo nuestro, pero es como si por momentos, cambiara de opinión. Y eso me asusta. Y también me tranquiliza. Y ahora, juzgadme… Es muy difícil ser yo.

Pasa un minuto. Dos. Y de pronto, el silencio, se vuelve incómodo. Doloroso. Real. Porque me doy cuenta de lo mucho que me cuesta sostenerle la mirada. Me acuerdo de todo lo que no dijimos. Me gustaría abrazarlo y, al mismo tiempo, gritarle que no vuelva a romperme.

—¿Qué sentís ahora mismo? —pregunta Lexi intensa.

—Culpa —respondo yo.

—Esperanza —musita él.

Silencio otra vez.

Lexi sonríe, pero no como antes. Ahora es una sonrisa suave. Cansada. Sincera.

—¿Sabéis qué se siente desde aquí? —nos dice—. Como si estuvierais bailando en círculos con los ojos cerrados, esperando que

el otro os pise primero.

Lo que acaba de decir es exactamente lo que somos: un baile a ciegas. Torpe. Arrítmico. Con buenas intenciones… Pero inútil.

Al final de la sesión, Lexi saca una libreta de lentejuelas y apunta unas cuantas líneas. Un día de estos se la robo…

—¿Sabéis lo bueno de los objetos, chicos? Que son reemplazables. Igual que los silencios. Declaro el silencio el culpable oficial de vuestra desconexión emocional. Kyle, tú le tendrías que haber dicho a Madison que te sentías excluido, y tú, Madison, deberías haberle dicho a Kyle que te sentías desbordada como madre trabajadora.

Nos quedamos callados entonando el *mea culpa.*

—Vale. Ha llegado el momento de haceros la pregunta incómoda: «¿cómo era vuestra vida sexual semanas antes de… el encontronazo con Pamela?».

—Inexistente —contesta Kyle.

—¿Perdona? ¡Sí que lo hacíamos…!

—Prácticamente tenía que pedir cita. Era como ir al túnel de lavado… Cinco minutos de cera y como nuevo.

—¡Kyle…!

Ambos nos miramos con odio y con ganas de besarnos. Las emociones ya se mezclan.

—¿Estoy mintiendo?

—¡La noche anterior a lo de Pamela, me acerqué yo y tú pasaste de mí! —digo dolida.

—¡Eso no fue acercarse, fue caridad sexual! Como quien se come las sobras de algo para no tirarlas o que no se las coma otro.

—¡Y tú preferías el bufet libre de la rubia del cuarto, claro!

—¡Lo hice porque pensé que estabas liada con Eddy!

—¡Ah, claro! El viejo truco de «tú lo hiciste primero, así que ahora me toca a mí». ¡Madurísimo, Kyle!

Lexi aplaude efusiva.

—¡Muy bien, pareja! ¡Este es el espíritu de la terapia! Honestidad brutal. Y ahora, por favor, usad las marionetas.

—¡Paso de las marionetas! —exclama Kyle.

—Yo también. —Me cruzo de brazos.

Lexi se encoge de hombros.

—Lástima… había preparado una coreografía.

—¿Una qué?

—Nada. Sigamos. Kyle, ¿por qué besaste a Pamela? ¿Qué esperabas conseguir con ello?

Él se queda pensativo.

—Nada. No sé por qué lo hice… Solo me sentía solo.

—¿Por qué crees que te sentías solo?

Se queda callado. Yo me enderezo en el sofá, como si intuyera que se avecina una puñalada.

—Porque… —respira hondo— …trabajo desde casa y me paso el día con los niños, y a veces sentía que para Madison no era más que una niñera. Ya no era un hombre.

—¿Y besar a Pamela te hizo sentir mejor?

—No. Me hizo sentir como una mierda…

—¿Por qué?

—Porque no era a ella a quien quería besar. Nunca lo fue…

Lexi hace una pausa dramática digna de un Oscar.

—¿Tienes algo que decir, Madison?

—Repito que él pasó de mi culo el día anterior…

—¡Porque estaba enfadado contigo por secuestrar a Jon Nieve! —exclama Kyle de mal humor.

—¿El de *Juego de Tronos*? —pregunta Lexi asombrada.

—Es el perro de Pamela. Lo metió en casa como a un rehén…

—¡No lo secuestré! ¡Solo lo estaba protegiendo de esa mala mujer! ¡Estaba solo! ¡Se lo estaba guardando!

—¿Y por qué lo escondiste en el armario?

—¡Por que es su lugar favorito! ¡Me lo dijo él mismo!

Kyle pone los ojos en blanco y Lexi anota algo en su libreta. Seguro que es una caricatura mía montada en un unicornio bipolar y al lado una aclaración de que pienso que sé hablar con los animales.

—Kyle… ¿dirías que Madison tiene un problema de autocontrol? —formula de pronto Lexi.

Se hace el silencio absoluto. Ya no estamos en Kansas…

No puedo evitar mirarlo dolida, pero él no agarra mi mirada. No sabe si decir la verdad de lo que piensa o huir por la ventana.

—Creo que a veces le cuesta controlarse un poco… Pero también eso la hace más fuerte y valiente que los demás.

Parpadeo sorprendida.

—Y yo… fui el idiota que se sintió débil y buscó consuelo donde no debía.

Lexi asiente satisfecha.

—Es lo más honesto que has dicho hasta ahora, Kyle…

Lo miro con los ojos húmedos. No sé si quiero besarle, golpearle o ambas cosas. Así soy. Así somos.

Cuando la sesión concluye, espero a que Kyle venga a hablar conmigo, pero en vez de eso, se queda hablando con Lexi de un cuadro de su pared que pone: «Si Freud levantara la cabeza… ¡le haría un Tik Tok!».

Cuando salimos a la calle, oigo a Kyle reír con Lexi mientras siguen hablando de absurdeces. Él lanza una carcajada honesta, de esas que no le oía desde… desde hace demasiado. Y no puedo evitarlo. Siento celos. No de Lexi, sino de esa versión de él que antes era solo mía.

Me despido de ellos y me marcho con la cabeza gacha.

Por primera vez, siento que nuestro final está más cerca que nunca. Es como si la palabra *The End* se me estuviera clavando en el pecho, provocándome una herida que no coagula.

Antes quería el divorcio y estaba hecha polvo.

Ahora estoy dudando y lo estoy todavía más.

Creo que estoy condenada a ser infeliz. Porque el amor todo lo puede, pero el corazón no todo lo aguanta.

13
SOLO LOS TONTOS SE ENAMORAN



«Sígueme el rollo y tontea conmigo cuando acabe la sesión», me ha enseñado Lexi, escrito en su libreta, cuando Madison no miraba.

No descarto que estemos atrapados en un bucle temporal donde mi terapeuta es la diosa del caos y yo solo quiero un whisky y la custodia compartida de mi dignidad.

¡¿Por qué ha querido hacer eso?!

¡Ha sido como clavar el último clavo en el ataúd de mi oportunidad de arreglarlo!

Madison se ha ido bastante deprimida. Y yo más. Tanto, que he tenido que pedir refuerzos…

Entro en el bar, resignado, y busco a mis hermanos para llorarles mis penas. Se supone que hoy los niños están con Madison y que es

mi «noche libre», pero para mí es la noche donde me siento un fracasado por haberlos perdido.

No es agradable volver a sentir que soy la oveja negra de la familia. Las vidas amorosas de mis hermanos van viento en popa y la mía es una jodida ruina.

—Kyle… —oigo que me llaman.

Los localizo esperándome en una mesa redonda de madera. Ambos destilan el mismo rictus serio y peligroso, para mí es la cara de pena con la que me miran desde hace semanas.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Tommy.

—Mal… —contesto tomando asiento.

—¿No estabais avanzando con la terapia milagrosa?

—Tú lo has dicho. Lo estábamos… Hasta que anoche la besé.

—¡Tío…! ¡No! —Se quejan al unísono.

—¡¿Por qué eres tan cabeza hueca?! —acusa Tommy.

—¡¿Por qué no dejas de joderla?! —continúa Drew—. Primero besas a la vecinita cañón, y ahora esto. ¡¿No puedes guardarte esa lengua de sapo que tienes?!

—No lo entendéis… ¡no podía no hacerlo!

—Ese no es el camino, bro… —inquiere Tommy—. Tienes que volver a enamorarla, no meterle la lengua hasta la campanilla…

—¿Y cómo coño se hace eso?

—¡Ya lo hiciste una vez! —dice Drew.

—¡No es verdad! Ahí está la gracia… ¡Surgió solo, totalmente contra nuestra voluntad!

—Pues tiene que volver a surgir, joder.

—Ya me dirás cómo, si me odia…

—Madison no te odia —replica Tommy—. Solo te teme.

—Eso me dijo anoche… Que no quería verme porque no podía resistirse a mí.

—¡Lo ves!

—Y a pesar de eso, no quiere estar conmigo…

—¿Con Lengua-man? Lógico. ¡Hazte desear un poco, tío! Yo lo hice con Nataly…

—Y yo con Arizona. —Sonríe Tommy—. Le dije que deberíamos ser amigos y vino a cenar sin bragas…

Ambos se echan a reír.

—Dejad de chulear —los corto—. Soy el único que ha llevado al orgasmo a una Evans sin tocarla. Vosotros no durasteis ni una semana sin metérselas, ¡yo resistí meses! Y eso que estábamos viviendo juntos.

—¡¿Cómo que meses?! ¡Si te la tiraste nada más verla! ¡Nosotros por lo menos sabíamos sus nombres!

Drew se descojona.

—Lo del almacén no cuenta —me quejo—. Cuando empezamos a vivir juntos, fue como si empezáramos de cero. Lo del embarazo nos cambió a los dos.

—No sé cómo resististe tanto tiempo sin liarte con ella. Madison está hecha para ti… —opina Drew soñador.

—¡Fue por ti, cabrón! ¡Porque me lo suplicaste! ¡Si no, hubiera estado a tiempo de que nacieran gemelos!

Mis hermanos se tronchan de risa.

—Lo vuestro fue un enamoramiento a fuego lento —discurre Tommy—. Y esos lo soportan todo, bro. Así que lucha por esa chica. ¡Pero no uses la lengua! Usa tu corazón.

Mi corazón… Ya…

Creo que dejó de funcionar hace tiempo. Se me desgastó de tanto sufrir por ella.

Jamás creí que pudiera enamorarme tan a lo bestia de una chica. Yo disfrutaba de las féminas desde un prisma muy concreto (la entrepierna), pero ninguna me había llegado al alma.

Con alguna quise plantearme algo más serio, pero jamás había tenido una relación tan íntima como con Madison. Y menos, sin derecho a roce. Eso es nivel Pro.

El problema es que esa línea de intimidad teórica se trasforma en práctica en un instante. Sin planearlo. Son momentos que ocurren y te cambian la vida en silencio.

En nuestro caso, era domingo. Uno de esos raros en Londres donde el sol aparece como una celebridad tímida y la ciudad entera se comporta como si fuera verano.

Madison había salido a comprar una lima de uñas y volvió con tres bolsas de ropa, dos revistas de decoración y una sonrisa de las que

me hacían pensar cosas peligrosas.

Me pilló escuchando a Queen con el punto justo de volumen para que las paredes vibren sin que te denuncien por escándalo. Hacía tiempo que no me paraba a escuchar un buen disco en condiciones. Desde que ella se había instalado en mi casa, tenía miedo de romper la cómoda burbuja en la que cohabitábamos. Pero ese día lo necesitaba de verdad y aproveché su ausencia.

Cuando oí que entraba en casa, no apagué la música, porque hubiese sido un sacrilegio interrumpir esa canción, pero me moví para reunirme con ella en la cocina.

Y ahí estaba. Descalza ya —era lo primero que hacía al llegar—, sonriente, con un peto vaquero de pantalón corto y una camiseta de Nirvana negra, bailando como si el mundo no le doliera.

I Was Born to Love You sonaba fuerte, llenando el aire con cada latido, y Madison giró sobre sí misma, moviendo las caderas con esa soltura de quien no sabe que está siendo visto.

Pero yo la vi.

Joder, si la vi…

No como a la madre de mi hijo.

No como a una compañera de piso. La vi como una tentación celestial por la que no me importaría que me expulsaran del paraíso.

Me apoyé en el marco de la puerta, extasiado, y la observé en silencio mientras colocaba comida en la nevera.

El sol atravesaba la ventana y le pintaba el pelo con destellos dorados. Estaba tan preciosa… Tan naturalmente preciosa, que parecía que nadie la hubiera roto nunca.

—¿La música está demasiado alta? —me animé a decir.

Ella se giró, sobresaltada, con los ojos como platos.

—¡¿Desde cuándo estás ahí?!

—Desde que Freddie Mercury empezó a santiguarse.

—¡Malo! De haberlo sabido, habría bailado mejor…

—¿Qué? ¿Puedes bailar aún mejor que eso? No me lo creo…

Madison se sonrojó como si no supiera qué hacer con el cumplido. Después, se rio tomándoselo a broma. Joder, esa risa…

Me acerqué y me apoyé en la encimera junto a ella. Mi cabeza me decía que me alejara un poco, pero todos los poros de mi cuerpo

gritaban lo contrario. La quería cerca. Lo más cerca posible. Necesitaba estar dentro.

—Así que te gusta mi música…

—No es *tu música*. Es Queen. Hay una gran diferencia.

—¿Eres de las que bailan en cualquier parte, canta en voz alta y se ríe sola?

—¿Tú no? ¡Esa es la gente más feliz! —Sonrió.

Nos miramos y, por un segundo, el universo se detuvo a observarnos. Ella me ofreció la mano y preguntó:

—¿Te atreves?

—Kyle Norton se atreve con todo.

—Demuéstralo…

Agarré su mano y con un movimiento rápido la junté a mi cuerpo. Al principio se rio, pero al notar mi cercanía, se le escapó un pequeño suspiro. Giré sobre mí mismo con ella, como si fuéramos la bella y la bestia, por toda la cocina.

Y bailamos. Bailamos durante un largo minuto en el que no fuimos dos ovejas negras intentando sobrevivir a la vida. Éramos «Nosotros». Libres y felices. Permitiéndonos tocarnos con una excusa plausible. Y la reacción de nuestros cuerpos, cómo encajaban, la recarga energética que nos provocó, no pudo ser mejor.

Cuando la canción terminó, estábamos tan cerca que podía contar las diminutas pecas de su cara.

—¿Pasa algo? —susurró embelesada.

—Nada… —mentí. Porque lo que pasaba era que quería besarla. Con urgencia. Sin delicadeza. Con unas ganas que jamás había sentido por nadie. Y no soltarla nunca más.

Esa fue la primera vez que tuve que reprimir el impulso. La primera vez de incontables veces.

Me aparté de ella y fingí que quería una cerveza.

Me odié un poco por no haber sido más valiente, pero también me felicité por mi sensatez. Había algo siniestro en el hecho de que mi nuevo lugar favorito en el mundo fuera mi cocina.

Esa misma semana, mi padre nos invitó a comer a su casa. Y os diré una cosa, hay comidas familiares que alimentan el alma, pero hay otras…, que te la arrancan con una cucharilla de postre.

La casa de mi padre siempre ha olido a repostería y a un perfume amaderado que pasó de moda hace veinte años. Aun así, a mí me olía a hogar. Un hogar ruidoso con cuadros torcidos por todas partes que me daban TOC.

Madison y yo aparecimos como buenos compañeros de piso que se coordinaban a la perfección. Ella estaba de casi siete meses, radiante pero agotada, y llevaba un vestido suelto que ya no disimulaba su barriga. Mi padre le sonrió con un abrazo torpe y un «estás guapísima» que me hizo feliz. Pero lo bueno duró poco. Porque Drew estaba allí para volver a apretarme las tuercas ante esa bonita estampa familiar.

—¿Cómo va la cosa con Madison? —preguntó inquieto.

No respondí. Porque sabía que, en el fondo, empezaba a no ser verdad cualquier respuesta tranquilizadora para él.

Había pasado algo. No oficial. No evidente. Pero algo se estaba cociendo a fuego lento y empezaba a oler bien.

De pronto, me encontraba riendo cuando ella reía. Pensando en ella cuando no estaba conmigo, y esperando, como un idiota, a que me hablara primero por las mañanas.

—Así que, ¿todavía nada? —insistió Drew en voz baja mientras poníamos la mesa.

—¿Nada de qué?

—¡No te hagas el tonto conmigo! Vives con una chica guapa, divertida y embarazada de tu hijo… ¿Seguro que no ha pasado nada entre vosotros? No me lo creo, joder…

—Pues no —dije rotundo—. Solo somos compañeros.

—Por ahora… —masculló Drew—. Pero ten cuidado.

—¡No va a pasar nada! —dije con una brusquedad que me delató.

Drew me miró suspicaz.

—¿Esto es como cuando dijiste que no ibas a comprarte una guitarra acústica y después terminaste con dos?

—Dos hostias te metía sin parpadear…

La comida fue distendida. Hablamos de nombres para el bebé; Nataly propuso opciones impronunciables. Madison sugirió algunos clásicos. Y yo comenté que me gustaría que se llamara Richi, en honor al bajista de mi banda favorita, y a ella… pareció gustarle.

Durante el postre, le propuse volver a casa para ver una película juntos. Mi familia nos miraba como si no entendiera nuestra relación, pero me dio igual.

Nos fuimos sin responder a la pregunta tácita que había en los ojos de todos. «¿Qué está pasando?».

Al llegar a casa, preparamos la sesión de cine por todo lo alto.

Richi pateaba dentro de su tripa como si protestara por la elección dramática de *Siete Almas* que haría llorar demasiado a su madre. O quizá pensó que era mala idea porque es una de esas pelis que hacen que te replantees tu vida entera y te lances a por todas.

Durante ciento ochenta minutos no pasó nada. Y a la vez, pasaron muchas cosas. Sus dedos rozaron los míos cuando alcanzamos el bol de palomitas al mismo tiempo. También lloró con la nariz pegada a mi pecho y me preguntó si creía que sería buena madre…

Cuando terminó la película, a ninguno de los dos nos apetecía movernos. Las luces estaban bajas y estábamos muy cerca. Sentía que el más mínimo movimiento por mi parte podría cambiar la estructura molecular de nuestra relación.

Iba a hacerlo cuando llamaron a la puerta. Toc, toc, toc.

«PUTO MURPHY», pensé.

Fui a abrir, maldiciendo al universo, y al otro lado me encontré a Pamela sonriendo como el gato que se comió al canario. Fue como una puta premonición.

—¡Hola, Kyle! Han dejado este paquete para ti en mi casa. No sabía si lo necesitabas para hoy.

—Ah. Vale… Muchas gracias.

—¿No habré interrumpido nada? —Miró hacia dentro al ver la luz tenue del salón y el sofá ocupado por alguien.

Pamela nos había visto entrar y salir del edificio en los últimos meses. Seguro que había tomado a Madison por un ligue pasajero, y esperaba paciente a que cortáramos para volver a llamar a mi puerta, y hacer revisión de daños…

No lo sabe nadie. Pero era como un ritual. Cada vez que terminaba una «relación», a Pamela le gustaba ser el punto y aparte para hacer borrón y cuenta nueva en mi polla…

Y aunque me pese, con Madison no fue diferente. Pamela y yo íbamos al mismo gimnasio y sabía que tenía problemas con Madison. El día que me enteré de lo de Eddy, me quedé descompuesto y debió notármelo en la cara. Quizá estuvo esperando hasta que volví a casa como las Grecas, para interceptarme y ofrecerme sus servicios anestésicos. Solo sé que se coló en mi casa y me convenció de que no me merecía aquello.

—No, tranquila, no has interrumpido nada —le dije—. Acabábamos de terminar de ver una peli.

En ese momento, Madison se levantó, y lo hizo marcando su abultada tripa. A Pamela se le desfiguró la cara al verla. A lo que Madison recogió su vaso y le sonrió de forma forzada.

Cuando logré echar a Pamela con educación, fui a buscar a Madison, pero me encontré con un muro.

—Voy a acostarme ya… —anunció.

—¿No quieres cenar nada?

—No. Estoy llena de palomitas. Hasta mañana…

Y me dejó solo, con el paquete en la mano y el corazón oprimido por un movimiento que no me había atrevido a hacer.

Lo lamenté porque era el día. Mi familia, hasta Drew, lo daba por hecho. E iba a hacerlo. Ya estaba convencido de hacerlo a la menor oportunidad, pero de pronto ocurrió algo…

Al día siguiente, buscando mis auriculares, entré en el cuarto de Madison, porque a menudo me los cogía «prestados» y no me los devolvía. Pero aquel día, encontré una libreta gastada sobre su mesa.

Madison había salido a dar un paseo con Arizona y yo tenía una hora libre antes del ensayo con la banda. Así que, obviamente, no pude resistirme y la abrí.

Me esperaba encontrar listas de la compra, algún recordatorio médico o garabatos con nombres para el bebé. Pero no. Era un diario. O algo así… El encabezado decía:

«Guía exprés para no explotar mientras finges que todo va bien».

Tragué saliva.

Leí. Una, dos, cinco páginas…

Era ella en estado puro. Su voz, su caos, su humor. Pero también su verdad, su dolor, su deseo por entenderse a sí misma sin el filtro

de Instagram ni los gifs.

«*Hoy me he sentido culpable por no sentirme culpable. Y eso, amigas, es nivel experto en maternidad moderna».*

«*Tengo miedo de que mi hijo herede mis dudas. De que mi inestabilidad emocional no sea hormonal, sino genética».*

«*Me he propuesto no odiarme por no tener un propósito en la vida. Estoy aprendiendo a existir sin resultados medibles. Eso también debería contar como éxito…*».

Me quedé helado. No solo por lo que ponía, sino porque lo escribía como si nunca fuera a ser leído por nadie. Tan crudo. Tan honesto. Una desnudez emocional tan única y sincera que me fascinó todavía más que su culo de diamante.

La Madison que conocía sabía reír, sabía pelear, sabía provocarme con una coleta mal hecha mientras se comía una patata frita. Pero esta… esta Madison escribía como si necesitara que alguien la escuchara y la perdonara.

Pasé una página tras otra siendo testigo de un corazón tan frágil como precioso. Y ahí, entre garabatos y lágrimas de tinta, encontré algo que me rompió en dos:

«*Hoy he soñado que Kyle me tocaba la cara como la otra noche, cuando me hice la dormida. Pero en el sueño aquello no era un error. No había culpa. Era amor de verdad. Y yo le dejaba hacerlo porque no me daba miedo. Porque, por una vez, no sentía que iba a ser el mayor error de nuestras vidas*».

Cerré la libreta de golpe como si quemara. Me quedé sentado en su cama, con el corazón hecho una bola de papel arrugada.

«El mayor… error… de nuestras vidas».

No dije nada cuando volvió a casa. No podía contarle lo que había leído. No me lo perdonaría nunca. Apenas podía perdonármelo yo.

Pero esa noche, empecé a mirarla distinto.

No como a la madre de mi hijo.

Ni como a la tía buenorra del almacén.

Ni siquiera como a mi mejor amiga en este desastre…

La miré como quien encuentra un libro perdido en su estantería y descubre que lleva toda la vida esperando a ser leído.

La prisa por meterme entre sus piernas desapareció y fue sustituido por algo más importante. Algo que se instaló en mi pecho, silenciosa y definitivamente:

Quería aprenderla página a página. Grieta a grieta. Hasta entender por qué brillaba como brillaba, y por qué a veces se apagaba.

Esa noche, sin darme cuenta, empecé a enamorarme. Y lo supe porque, por primera vez, tuve más miedo de perderla que de decepcionar a Drew.

—Y así, hermanos, viéndola bailar, es como supe que estaba enamorado de ella —miento volviendo a la realidad. Porque lo del diario secreto, me lo llevaría a la tumba.

—No nos sirve —dice Drew—. Si un mono bailara Queen, también querrías zumbártelo.

—¿Alguna vez te ha dicho cuándo se enamoró ella de ti? —me pregunta Tommy, tras darle una colleja a Drew.

—No… Pero sé el momento exacto en el que empecé a sospechar que podía sentir algo más por mí.

—¿Cuál?

—No pienso contároslo. Sois como dos marujas… Además, son conjeturas mías. Nunca lo sabremos.

—¿Que no? Espera y verás… —dice Tommy chulesco agarrando su teléfono—. Voy a llamar a Arizona. En cinco minutos, lo sabremos.

14
TÚ, LA LETRA, YO, LA MÚSICA



—¿Tan mal ha ido? —pregunta Nataly.

—¿Qué esperabas? Al final, en la terapia, sale toda la mierda. ¿Y sabes qué me recrimina? ¡Que dejó la música por mi culpa!

Mi hermana y mi prima se miran preocupadas.

—¡No os miréis así! ¡Yo no le dije que la dejara!

—Ya, pero Kyle haría cualquier cosa por ti —expone Arizona—. Y cuando priorizas a alguien por delante de tus necesidades, suele salir caro.

—No sabía que la música era una puñetera necesidad…

Ambas me observan reservadas.

—Venga, ya, Madi, ¡es Kyle…! Todo el mundo sabe que la música es muy importante para él —señala Arizona.

Y claro que lo sé, pero soy tan egoísta que no me di cuenta de lo frustrado que se sentía por ello. Podría achacar el despiste a mi enfermedad, pero… Kyle tiene razón: con los niños, la empresa y demás, él ha pasado a un segundo plano para mí. Un lugar que,

cuando vivíamos juntos, embarazada y soltera, suponía el 100% del espacio, para mi total desgracia. Mi única misión en la vida por aquel entonces era que no se diera cuenta de mi dependencia de él.

—Madison… —murmura Arizona ojeando su teléfono.

—¿Sí?

—Sé que no puedes perdonar a Kyle porque su imagen comiéndole las tetas a la vecina es demasiado, pero…

—No se las estaba comiendo —digo tajante—. Pero lo hubiera hecho si no les hubiera interrumpido… Son su parte favorita de la anatomía femenina.

—Vale, lo que sea… Es muy difícil superar algo así, pero tienes que hacer un esfuerzo y recordar por qué te enamoraste de él. ¿Qué fue? ¿Te acuerdas…?

—No es solo perdonarle lo de Pamela, ¡es todo lo demás! Veníamos arrastrando otros problemas de lejos. Por eso no confiábamos el uno en el otro para hablar.

—¡Pero esos problemas tienen solución! —aúlla Nataly—. Lo de Pamela y Eddy fue un terrible malentendido. Por cierto, supongo que ya has despedido a Eddy, ¿no?

Me quedo callada.

—Todavía no…

—¡¡Madison!! —exclaman las dos a la vez.

—Lo sé, lo sé… ¡Tengo que hacerlo! Pero no puedo prescindir de él ahora mismo. ¡Terminaría de hundirme! Y es muy muy muy eficiente en el trabajo, de verdad. Es difícil encontrar a alguien tan válido hoy en día. Despedirle solo supondría más problemas para mí, y no me los merezco.

—Si Kyle se entera de que no has despedido a Eddy, le dolerá mucho —avisa Nataly preocupada.

—Igual no le duele tanto… Porque ya tiene a otra en el punto de mira…

—¡¿A quién?! —preguntan a la vez en tono implacable. Más que primas, parecen gemelas. Gemelas diabólicas.

—A Lexi.

—¿Quién leches es Lexi? —pregunta Arizona enfadada.

—Mi terapeuta.

—¿No era «Murphy, la loca»?

—Ya no… Ahora es una chica de nombre entrañable que le hace reír —digo cariacontecida.

—¡Eso no tiene sentido! —clama Nataly agarrándose las sienes—. Drew dice que Kyle quiere recuperarte a toda costa, ¿y se pone a tontear con la terapeuta? No me cuadra nada. O es tonto o…

—¡Es Kyle…! Tontea hasta con las máquinas de tabaco.

—O puede que sea un truco para ponerte celosa —discurre—. Ha funcionado otras veces en el pasado.

Desde luego que ha funcionado…

¡Conmigo lo tiene a huevo!

Os explico: en mi cruzada personal por convencerme a mí misma de que no empezaba a sentir cosas peligrosas por él, le animé a que no frenara su prolífica vida sexual por mi reciente invasión a su casa.

Joder…

¡Prácticamente le forcé a que se acostara con otra bajo mi mismo techo! ¡¿Qué clase de masoquista hace eso?!

—¿Tienes planes esta noche? —me preguntó un sábado después de comer.

—No. ¿Qué quieres proponerme? —dije animada—. ¿Otra noche de Fortnite? ¿Sesión de peli de miedo mientras hacemos ouija? ¿Cocinar alguna cerdada para terminar tirándola por el váter?

—Todas excelentes ideas. —Sonrió—. Pero te lo pregunto porque esta noche he quedado con alguien…

La cara de idiota que se me quedó fue fotografiable.

—¡Ah…! ¡Vale! Sí, sí…, tranquilo. ¿Vas a salir a cenar?

—La verdad es que había pensado traerla aquí… —dijo cohibido—. Es más rápido y barato. Estoy ahorrando para comprarle cosas al bebé…

Intenté disimular mi cara de pasmo. Sin éxito.

—¡Claro…! Mucho más directo, por supuesto…

—Tú puedes ir a cenar con las chicas, si te apetece… —sugirió. ¡¿Me estaba echando del piso?!—. ¡O quedarte aquí! No hay ningún problema… —añadió ante mi silencio loco—. Nosotros cenaremos en la cocina con un poco de vino y después nos meteremos en mi habitación. Tú puedes estar en el salón a tus anchas. Eso sí, ponte

los cascos, porque algunas tías son un poco exageradas… Te aseguro que no soy para tanto.

Que lo dijera con una sonrisa traviesa, hizo que mi corazón empezara a palpitar rápido contra mi voluntad.

«Kyle en la cama haciéndote gritar de placer». Bufff…

Me quedé conmocionada. ¡Iba a hacerlo! ¡Iba a practicar sexo a poca distancia de mí!

—De acuerdo… Tranquilo. No os molestaré.

—Vale… Gracias…

Cada vez era más dificil hablar con normalidad delante del elefante rosa que ya apenas cabía en la puta habitación.

Prometí que no molestaría…

Prometí que me quedaría en el salón, tranquilita, viendo Netflix o leyendo algún artículo sobre cómo sobrevivir a un embarazo no planificado con dignidad.

Me prometí a mí misma que, pasara lo que pasara y oyera lo que oyera, no asomaría la nariz por la cocina…

Sin embargo, allí estaba, espiando en el pasillo, como una adolescente hormonada.

Kyle, en su infinita sabiduría romántica, había organizado una velada íntima en la barra de la cocina, adornada con velas, y los taburetes estratégicamente colocados para iniciar una tanda de besos hambrientos que terminarían en un orgasmo colosal.

La chica aún no había llegado, pero el ambiente olía a lavanda y a desesperación.

Me dije que no me importaba.

Me repetí que lo había animado yo misma. Que era lo correcto. Que no había ninguna razón lógica para que me doliera el estómago y quisiera prenderle fuego al piso.

Literal o figuradamente…

El timbre sonó y Kyle echó un último vistazo al espacio antes de perderse por el pasillo para hacer un par de dominadas antes de abrir la puerta. ¡Maldito fuera! ¡La tortura de ver sus músculos hinchados bajo su camiseta no era necesaria! Ya estaba para comérselo sin eso.

Entrar en la cocina para verlo más de cerca no fue la mejor de las ideas; tampoco lo fue tropezar con el taburete, tirar una vela con el

brazo y que cayera sobre el mantel de papel…

En cuestión de segundos, un pequeño chisporroteo se convirtió en una lengua de fuego trepando por la encimera a gran velocidad.

—¡Mierda! —chillé lanzándome hacia el incendio como si tuviera un plan.

Mi plan, aparentemente, consistía en intentar apagarlo a manotazo limpio. Resultado: me quemé la mano y tiré al suelo la vela encendida, extendiendo ese pequeño infierno doméstico hacia la alfombrilla del suelo.

Agarré el primer paño que vi (que también empezó a arder) y acabé pisoteándolo todo como una lunática embarazada al borde del colapso.

El humo resultante se acumuló en un segundo haciendo que el detector chillara. Y yo, con lágrimas en los ojos, maldije todas mis decisiones vitales cuando vi aparecer a Kyle en la cocina con una morena de ojos verdes muy mona y una minifalda corta que quitaba el hipo.

Quise morirme.

Estaba cubierta de ceniza, despeinada y con la mano chamuscada, y solo podía pensar en hasta dónde se le subiría la falda a ella sentada en uno de los taburetes.

Kyle se quedó en el umbral, boquiabierto, con una expresión en la cara entre el horror, la incredulidad y algo parecido a una sonrisa.

—¿Qué cojones ha pasado…?

—Te prometo que no ha sido a propósito —balbuceé al borde del llanto.

Apagó el detector de humos de un manotazo, abrió una ventana y cruzó el espacio para auxiliarme.

—¿Estás herida? —preguntó, agachándose todo lo alto que era frente a mi cara.

Me encogí de hombros, temblorosa, incapaz de fingir que todo iba bien.

Me dolía la mano, y el orgullo, pero, por encima de todo, me dolía el corazón.

Kyle examinó mi quemadura con una ternura memorable. Sopló mi piel enrojecida, con la frente fruncida en un gesto protector y me

obligó a ponerla debajo del grifo de agua fría.

—Lo siento mucho… —murmuré, sintiéndome más culpable que nunca—. No quería estropearos la cena…

—No pasa nada —contestó ella—. Tampoco tenía hambre… —«De comida», le faltó decir.

—Es mejor quedar otro día, Lucy. Creo que voy a llevarla al médico para que le vea esas quemaduras…

—Y… ¿tienes que llevarla tú? —se quejó mimosa—. ¿No hay nadie más que pueda hacerlo? ¿No tiene a nadie?

—Me tiene a mí. Ya te llamaré…

Soltó un quejido y se acercó a él para darle un beso sensual en la mejilla, mientras aprovechaba para rozar su suntuosa delantera contra su brazo de Rambo.

—Nos vemos, Kyle…

—Adiós, preciosa —susurró en voz baja.

Las lágrimas cayeron por mis mejillas al escuchar el apelativo. El mero hecho de imaginarlos retozando juntos era lo que me hacía llorar.

—Soy un desastre… —sollocé cuando escuché que se cerraba la puerta de casa—. Puedo llamar a Nataly, de verdad, no te preocupes por mí…

—Es verdad, eres un desastre. Pero eres mi desastre. Y mi responsabilidad.

—No soy una niña pequeña…

—No. Eres una embarazada, que es peor —sonrió indulgente.

Exhalé una risita y más lágrimas brotaron de mis ojos.

—¿Te duele mucho? —preguntó acariciándome el pelo.

—Ahora menos… —«Contigo cerca», quise añadir. Porque era la verdad.

Me llevó hasta el sofá para recostarme contra él y que descansara contra su pecho. Su camiseta olía a suavizante y a algo que ya empezaba a identificar como mi hogar.

Me trajo una crema especial de su botiquín y la pregunta de por qué había echado a Lucy si no pensaba llevarme a Urgencias se quedó sin pronunciar.

Solo cerré los ojos y me dejé arrullar por el sonido de su corazón cuando comenzó a mover los dedos sobre su pierna.

—¿Qué estás tocando mentalmente?

—*Crazy* de Aerosmith.

—Me encanta esa canción… —farfullé cansada.

Y de pronto, comenzó a cantarla bajito.

That kinda loving, turns a man to a slave
(Este tipo de amor, convierte a un hombre en un esclavo)
That kinda loving, sends a man right to his grave
(Este tipo de amor, envía a un hombre directo a su tumba)
I go crazy, crazy baby, I go crazy
(Me vuelvo loco, loco, nena, me vuelvo loco)
Crazy, crazy for you baby
(Loco, loco por ti, nena)
What can I do, honey?
(¿Qué puedo hacer, cariño?)
I feel like the color blue
(Me siento deprimido)

Justo antes de que el sueño me venciera, escuché mi nombre tan bajito que casi me pareció un suspiro.

—Madison… yo…

Las vibraciones que envolvían esa futura frase me dieron pavor. Sonó a que iba a decir algo que podía llevarnos al cielo o relegarnos al infierno en un segundo, y yo estaba demasiado feliz en el purgatorio. Así que no abrí los ojos. Me limité a hundirme más en su pecho, fingiendo que ya estaba dormida y esperé, apenas sin respirar.

De pronto, sentí que me acariciaba la mejilla con un gesto cargado de sentimiento. Y supe que el experimento que intentábamos llevar a cabo de tener un bebé sin ser pareja, se estaba yendo a la mierda sin remedio.

Nunca debí dejar que aquello fuera a más.

Nos habríamos evitado todo lo que sucedió después…

Pero el destino estaba ahí, esperándonos de brazos cruzados.

No será porque no lo intenté…

Esa canción de Aerosmith, me dejó muy inquieta. Y me dije a mí misma que debía animarlo a salir de nuevo para que viera mundo, antes de que fuera demasiado tarde.

Con lo que no contaba era con que volvería a casa borrachísimo…

—Sal con Tommy y Drew —le dije ingenua—. Haz cosas de tíos. Toma una cerveza. Habla de tetas.

Kyle me miró con esa sonrisa torcida que yo odiaba, por lo mucho que me gustaba.

—¿Intentas librarte de mí?

—Sí. Me quitas espacio. Me das calor. Y estás demasiado bueno como para que una mujer embarazada y sin sexo, lo soporte.

Rodó los ojos, tomándoselo a broma, pero todos sabemos que, entre broma y broma, la verdad asoma.

—Saldré, pero no me quemes la casa, ¿de acuerdo?

—Hecho. Haces bien, llevas demasiadas semanas encerrado conmigo, viéndome vomitar y comer helado. Quiero que te diviertas, te oxigenes, y dejes de enamorarte de mí…

Me lanzó un cojín por la pulla y me reí con ganas. Os sonará raro, pero a esas alturas, bromear con ello, nos aliviaba bastante.

Cuando se fue, me sentí mejor. Hacía mucho que no tenía una noche tranquila, sin tentaciones de ningún tipo. Pero olvidé un pequeño e insignificante detalle: que Kyle borracho era más peligroso que el Kyle sobrio…

Eran las cinco de la madrugada cuando oí el timbre. Luego una llave peleando con la cerradura, y después, un golpe.

—¡Mierda! ¡Perdón! ¿Estás bien? ¿Se te ha caído algún pincho?

¡Estaba hablando con el maldito cactus de la entrada!

Esperé a que llegara sano y salvo a su habitación, pero no lo escuché y me levanté para ver si se había quedado dormido por el pasillo.

—¡Madisooon! —gorgoteó con la lengua trabada y la emoción de quien ha visto a la Virgen María.

—¿Tú sabes qué hora es?

—¡Hora de abrazarte! —dijo mientras avanzaba hacia mí con la camisa medio abierta, el pelo despeinado y cargado de verdades que

luego se arrepentiría de decir.

—¿Qué haces despierta? —murmuró como si fuera culpa mía no estar en coma profundo.

—Tengo una vejiga del tamaño de un altramuz y un hijo que practica kung-fu en mi útero. ¿Cómo quieres que duerma?

Soltó una risita y pude oler el alcohol en su sistema.

—¿Te has bebido medio bar?

—Me he bebido tu ausencia —murmuró desorientado.

—¿Tienes hambre? Déjame darte un vaso de agua…

Lo empujé hasta la cocina y se apoyó en la encimera. Tenía los ojos cerrados y la cabeza agachada.

—¿Sabes qué es lo peor de salir con gente que no eres tú? —musitó—. Que no son tú.

Se hizo un silencio en el que mi corazón se detuvo. Y luego empezó a correr una maratón.

—No me hagas caso. Estoy borracho…

—Ya lo sé.

—No. No lo sabes. Tú no sabes nada… —masculló.

Le acerqué un vaso grande de agua y se lo bebió entero. Pero antes de que pudiera devolverlo al fregadero, me agarró de la cintura como si no hubiera una barriga gigante entre los dos y me abrazó con todo su cuerpo.

Me quedé inmóvil, atrapada literal y emocionalmente, sintiendo su calor, su respiración y sus manos en mi espalda y en mi nuca. Pronto hundió la cara en mi pelo y rozó sus labios contra la piel de mi cuello.

Juro que sentí que se me doblaban las rodillas.

—Kyle… —gemí asustada. No era así como quería que pasase.

—Solo déjame tocarte un poco… Solo hoy…

Me acarició la mejilla como si tuviera miedo de romperme y luego llevó sus dedos hasta mi boca, para bordearla despacio. Como si besarlos con la yema fuera menos delito que hacerlo con la boca.

—No me dejes besarte… —suplicó—. Porque si empiezo, no voy a poder parar…

¡No daba crédito a lo que estaba oyendo!

Si pensaba que podía detenerlo con las hormonas desatadas, iba listo. En ese instante, yo no era más que un charquito de deseo y

ternura desbocada.

De pronto, me apretó mucho más contra él, con dolor, clavándome su cuerpo duro. Y lo sentí todo. Su erección, su corazón galopante y su respiración entrecortada. Después, apoyó su frente en la mía con suma delicadeza.

—No sabes cuánto me jode… —musitó—. No poder… estar más cerca… —chasqueó la lengua—. Mírate, joder… No es justo. No lo es…

Quería frenarle, pero fui incapaz. Su boca estaba causando estragos en mis terminaciones nerviosas. Y además, tenía toda la razón. Lo que había entre nosotros era una puta locura incontrolable. Pero seguía sin querer que fuera así como sucediera…

—Kyle… —susurré temblando—. No lo hagas…

—¿Sabes qué es lo mejor que he hecho en mi vida? —preguntó contra la piel de detrás de mi oreja. Luego se agachó hasta mi barriga y, tras retirar la camiseta, la besó como si fuera algo sagrado.

—Esto… Contigo. Lo puto mejor que he hecho nunca.

—Kyle… —me derretí del todo.

Apoyó la frente en mi ombligo y masculló:

—Yo no quería salir, joder… No quería… Pero si no lo hacía, iba a volverme loco. Y te juro que lo he intentado, Madi… He intentado olvidarte, pero no ha funcionado…

La desesperación en su voz me asustó.

—Tienes que dormir…. —conseguí decir.

Pero él se había quedado traspuesto, con la cabeza sobre mi tripa, como si solo ahí pudiera descansar de sí mismo.

Me removí para que me soltara y conseguí llevarlo hasta su cama.

Al día siguiente, durmió hasta las cuatro de la tarde. Y supe que no se acordaba de nada, porque me habló y sonrió como si nada al despertarse.

En ese momento, tuve claro que sería peor el remedio que la enfermedad. Y ni con esas pude frenarlo.

Pero ahora, todavía estoy a tiempo de alejarlo de mí para que sea feliz con alguien que no destruya todo lo bueno que hay en su alma.

Porque, por mucho que intentemos solucionar nuestros problemas, yo no soy buena para él. No soy buena para nadie. Nunca lo he sido

y nunca lo seré.

15
HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE



Entro en la consulta de Lexi sin mucha esperanza.

Pensaba que hablar con mis hermanos me vendría bien. Que surgiría la magia Norton. Que me darían la clave para solucionarlo. Pero lo único que pudimos sacar en claro, gracias a Arizona, es que Madison me oyó decir su nombre la noche del incendio y se hizo la dormida.

Joder… quién sabe lo que podría haber pasado si me hubiese declarado en ese momento. Si tan solo me hubiera preguntado por qué no fuimos al hospital con su quemadura. O ya puestos, si la hubiera besado sin decir nada después de cantarle de todo corazón que me estaba volviendo *loco* por ella.

—Hola… —escucho la voz de Madison.

Levanto la vista de mis pensamientos y la veo. Parece tan tocada y hundida como yo.

—Buenas tardes, pareja —saluda Lexi en tono fúnebre. Aparece con un velo negro, unas gafas de sol gigantes y una camiseta que dice «R.I.P. Relaciones Tóxicas».

Si me preguntaran, diría que tiene una resaca espantosa o que se le ha muerto alguien. Sea como sea, su look encaja perfectamente con nuestro estado de ánimo.

Nos hace pasar y veo que encima de la mesa hay una caja de pañuelos de papel, una vela negra encendida y lo que parece decoración de *Halloween*.

—Seguramente estaréis pensando que lo vuestro ya está muerto… —empieza premonitoria—. Entonces, lo justo sería hacer un obituario de la relación. ¿No creéis?

La miramos como siempre, creyendo que está de broma.

—Hoy vamos a dar sepultura a lo que fue vuestra relación —revela tras una pausa dramática—. Esto es un velatorio. El de vuestro amor.

Nos ofrece dos papeles negros y dos bolis que prometen escribir blanco.

—Vais a redactar un obituario. Podéis ser trágicos, honestos o un poco hijos de puta. Pero lo importante es decirle adiós como realmente se merece…

Madison no parece sorprendida, es más, parece estar de acuerdo, y eso duele, por eso reacciono con enfado:

—Pensaba que estábamos aquí para arreglar las cosas…

—Dicen que todo tiene arreglo menos la muerte. Así que…, descubramos si es cierto.

Me ofrece unas galletas en forma de calavera para aplacar mi ira.

—¿Te apetece una?

Por inercia, cojo una, pero lo cierto es que no me entra nada.

—Vale. Escribid vuestra despedida. Luego la leeréis en voz alta. Sin llorar o llorando mucho, lo que os salga.

Me tenso sin remedio. ¡Yo no quiero despedirme! Lexi me mira y leo un confía en mí en su mirada.

Nos pasamos diez minutos escribiendo en el papel, y, para mi sorpresa, garabateo algo bonito e inspirado. No sé si la indiferencia

de Madison hacia la actividad es fingida o es justo lo que quería, enterrarnos.

—Kyle, empieza el funeral —me dice Lexi—. Léelo.

Me aclaro la garganta y me fijo en mi hoja.

—Hoy despedimos una relación que nació al compás de una canción de Queen, creció entre promesas de eternidad y se desangró lentamente entre horarios de guardería y silencios que duraban días. Fue una relación apasionada, caótica y muy hermosa… hasta que dejamos de ser «nosotros» y empezó a ser un «tú contra mí». Murió un martes, cuando besé a alguien que no era ella… aunque pensara todo el tiempo en ella mientras lo hacía. La enterramos hoy. No con flores, sino con dudas sin resolver y una eterna pena en el corazón. Descansa en paz. O mejor, arde en el infierno.

Lexi aplaude como si acabara de recitar a Shakespeare.

Siento la mirada de Madison fija en mí, pero no la conecto con ella. Solo trago saliva y espero.

—Tu turno, viuda negra —le dice a mi mujer.

Madison se yergue y carraspea para leer.

—Aquí yace una relación que creyó que el amor bastaba. Nació con fuego, se alimentó de música, viajes y planes sin dinero. Sobrevivió a dos partos y cien despertares en los que ya no nos besábamos. Y murió lentamente, como un cargador de móvil falso.

Aguanto la respiración.

—Yo lo maté. —Se muerde los labios—. O al menos, lo asfixié. Intenté ser todo para todos. Y lo único que conseguí fue dejar de ser algo para él…

Los ojos se me llenan de lágrimas sin remedio.

—Lo quise. Lo quise mucho. Pero me olvidé de demostrárselo. Hoy lo entierro sin saber si fue el amor de mi vida o solo la primera persona que confió en que podía ser mejor.

Silencio absoluto. Madison se seca una lágrima. Y yo rezo para que no caiga otra de mis ojos acuosos. Lexi apaga la vela de un soplido. Se acabó.

Joder… ¿Esto está pasando de verdad?

Me paso una mano por el pelo al notar que estoy abandonando el estado de negación para entrar en el de aceptación.

¿Esto era la terapia? ¿Un luto para convencerme a mí de que se acabó, no a ella de que todavía sigue vivo?

Una lágrima surca mi mejilla y me la borro al momento. Madison parece tan afligida como yo. ¿Y ahora qué?

—No estamos enterrando vuestro amor, chicos —dice Lexi—. Estamos enterrando la versión que ya no funciona. ¿Queréis que siga muerta? ¿O la resucitamos… pero distinta? Vosotros decidís. Iros a casa y meditadlo bien.

Nos quedamos fríos, como a quien le dan un ultimátum.

—Si queréis RENACER volved pasado mañana a las cinco. Si alguno no viene, trabajaré con el que venga para ayudarle a superar la pérdida.

Me quedo helado.

Porque de pronto, ya no sé ni lo que quiero.

La posibilidad de pasar página y enterrarlo todo está ahí. Lexi ha matado toda esperanza. El orgullo, la tozudez y la rabia han pasado a mejor vida. Ya solo queda la pena.

No es hasta las doce de la noche, con el frigorífico abierto delante de mi cara, que me doy cuenta de que hay cosas que no se eligen. Solo puedes sentirlas y rezar para que no te maten.

Hay un momento en toda relación en el que dejas de mirar al otro como a tu persona y empiezas a mirarlo como a un problema.

No te das cuenta el primer día. Ni el segundo. Ni cuando te contesta mal. Ni cuando se le olvida darte un beso de buenas noches. Ni cuando prefiere quedarse mirando el móvil a meterse en la cama contigo.

Te das cuenta un martes.

Un martes cualquiera, mientras ella se sienta frente al portátil, masticando chicle con la misma pasión con la que solía gemir tu nombre, y te dice que Eddy es un sol, que Eddy sí sabe entenderla, que Eddy le ha salvado el mes.

Y tú estás ahí. Sosteniendo a tu hija con fiebre, con la ropa sucia de vómito, el corazón hecho mierda y una lavadora que pita desde hace más de quince minutos.

No soy de los que abandona el barco cuando se hunde, yo me quedo tocando hasta que el agua me cubre los pies.

Pero ella se fue en un jodido bote, cerrando los ojos para no ver el desastre que iba a dejar atrás.

Se fue en cada «ahora no puedo», en cada mirada vacía, en cada silencio tenso mientras los críos pedían atención y ella posteaba frases motivacionales con una sonrisa de stock.

Ella tuvo un hijo y al mes ya estaba en tacones.

Yo tuve un hijo y al mes ya no tenía carrera musical. Ni grupo. Ni tiempo para ducharme. Ni ganas.

No es que me arrepienta. Los quiero más que a mi vida. Pero nadie me preguntó si podía. Solo supusieron que yo sabría aguantar. Que era el fuerte. El buenazo. El que siempre cede.

Hasta que dejé de serlo y fui el de las caras largas, el de las quejas. El que dormía en el sofá fingiendo que quería ver la tele solo porque no quería discutir.

Dejamos de ser pareja. Éramos solo logística.

Una empresa de supervivencia a turnos, horarios y dos empleados agotados.

Y ella… Ella brillaba. Como siempre. Aunque ya no por mí. Ni para mí.

Y lo más jodido es que, aún así, la seguía queriendo. Incluso cuando creía que se acostaba con Eddy.

Él tenía todas las respuestas a los problemas, aunque fueran cosas que yo le había repetido mil veces.

Se reía con él como ya no lo hacía conmigo.

Le escribía mensajes y sonreía al móvil, y luego me miraba como si yo fuera una obligación que le daba pereza.

A veces quería gritarle: «yo también tenía sueños, joder». Yo también tenía talento. Yo también quería ser alguien.

Pero me callaba. Porque el bebé lloraba. Porque la niña quería que le leyera un cuento. Porque ella decía que estaba estresada, y si yo también lo estaba, ¿quién coño iba a encargarse de todo?

Así que me tragué la rabia. Me tragué la culpa. Me tragué las ganas de decirle que no hacía falta que me engañara con Eddy…, que me había abandonado hacía meses.

Lo de Pamela solo fue el final.

El último clavo en un ataúd que construimos los dos.

Yo con resentimiento. Y ella con su actitud de satélite a distancia.

No sé quién dejó de querer primero a quién. Aunque supongo que nunca fue dejar de querer. Fue dejar de cuidar.

Y sin cuidados, hasta el amor más épico se marchita.

Lo nuestro comenzó a ser real con una tarrina de helado de avellana y caramelo salado como la que tengo en la mano, y resulta poético que este instante pueda ser su final.

Recuerdo esa noche en la que casi me lanzo al vacío.

La noche en la que todo cambió definitivamente y ya no pudimos fingir más que no estábamos hechos el uno para el otro.

Fue una noche cualquiera, siempre lo es.

Porque el amor no entiende de barreras. Salta obstáculos, esquiva vallas, atraviesa muros y se lleva por delante a Murphy y a su maldita tostada con mermelada.

16
EL NOVIO DE MI MEJOR AMIGA



Degusto el helado con los ojos llenos de lágrimas. Es como mejor saben los helados, en medio de una crisis.

Menos mal que los niños duermen, porque estoy hecha una mierda. La sesión de hoy ha matado nuestra relación, pero a mí me ha herido de muerte por varios motivos.

Primero, porque he visto dudar a Kyle. Y no me ha gustado. ¿No estaba tan seguro de querer recuperarme?

Y segundo, porque he dudado yo, cuando ya tenía hipermegaclaro que debíamos romper.

¡¿Por qué soy tan débil?!

Siempre lo he sido, incluso la noche del primer «casi beso» reconocido. Al final fue él, un tío inmaduro, insensato y muy sexual, quien tuvo que frenarlo cuando estábamos a dos milímetros, porque yo soy una adicta al desastre y a la destrucción.

Recuerdo que fue un día muy caluroso. Kyle había estado ensayando con el grupo hasta que le dolieron los dedos y yo había

pasado horas organizando bodies por colores, tallas y estados de ternura. El tipo de tarde en la que tu cerebro solo pide azúcar, silencio y hielo.

Por la noche, cuando nos juntamos en el sofá, nos miramos desfallecidos y sonreímos.

—¿Queda helado? —dije como si fuera un acto de supervivencia.

—Creo que no. ¿Quieres que vaya a comprar?

—Está lloviendo a mares. Podemos pedirlo y que nos lo traigan. Lo pagaremos.

—Mejor que se moje otro, ¿no?

—Pues sí.

—Eres mala.

—No me escondo. —Le saqué la lengua. Él se quedó observando mi boca como si fuera un maníaco acosador y mis pezones soltaron un chispazo. Nada nuevo bajo el sol.

—Si nos lo traen, que sea el de esa tienda del centro que parecen traídos de Italia por ángeles —dije soñadora.

—Uy, sí, esos molan —respondió como si estuviéramos planeando un delito menor.

Cuando llegaron, volvimos a acurrucarnos en el sofá como dos jubilados con ciática. Cada uno con su tarrina, nada de compartir, lo único que era compartido eran los gemidos de placer y el pertinente capítulo de *Anatomía de Grey*. Estaba lista para que alguien muriera y llorar a moco tendido.

Después de la consabida escena dramática, Kyle pausó el capítulo.

—¿En serio alguien dice esas cursiladas en la vida real? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Supongo que si estás al borde de perder a alguien, te vuelves más cursi de lo que pensabas.

—Necesito agua, ¿tú quieres? —dijo, levantándose.

Lo seguí hasta la cocina porque tenía calor. Y nervios. O porque no quería separarme de él, no lo tengo claro.

Nos quedamos allí, de pie, frente a la encimera, bebiendo agua fresca como si fuera un elegante vino tinto.

—¿Tú crees que se puede amar a alguien tan intensamente? —preguntó entonces, sin mirarme.

—Creo que sí —contesté, sintiendo cómo mi garganta se cerraba—. Si soy capaz de vivirlo a tope a través de una serie, seguro que en mi piel será cien veces mejor…

No respondió nada. Ni yo esperaba que lo hiciera. Pero nuestra química flotó como una maldición densa, cómoda y devastadora al mismo tiempo. No podíamos más. Nos miramos y dejamos que los segundos se amontonaran entre nosotros sin apartar la vista.

Y por un instante, lo vi claro: si uno de los dos daba el paso, el otro lo seguiría… Si él me rozaba la mejilla, yo cerraría los ojos. Si yo me lanzaba a por él, no se apartaría.

—Tienes un poco de helado aquí… —musitó alzando la mano hasta la comisura de mi boca.

No sé si lo tenía o no, pero su mano se quedó ahí más tiempo del reglamentario, y nuestros cuerpos se acercaron sin pedir permiso. Mis ojos se cerraron para potenciar su toque.

Sentí su respiración muy cerca. Silenciosa. Prometedora. Ya no había discusión ni excusa posible. Iba a besarme.

Pero sus labios no llegaban. ¡Estábamos a un milímetro de cumplir un sueño! Y de pronto, se separó de mí.

Aquello fue peor que un beso robado. Fue un beso secuestrado. Porque en un instante estaba y al otro ya no.

En el salón, la serie continuaba con los personajes prometiéndose eternidades con las que nosotros no nos atrevíamos ni a soñar.

No hizo falta decir nada. La certeza compartida de que íbamos a cagarla nos paralizó.

—Creo que me voy a ir a la cama —musité, desubicada.

—Buena idea… —dijo aliviado—. Buenas noches.

Me giré en la puerta, y antes de irme, le lancé una sonrisa pequeña pero cansada.

Quise decirle que el amor es mucho más grande de lo que podamos imaginar. Que el amor no eran las ganas que tenía de juntar mi boca con la suya, sino la felicidad de tenerlo a mi lado en pijama, con toda naturalidad, compartiendo helado mientras veíamos una serie. Y no podíamos perder eso por nada del mundo.

Simplemente, no podíamos.

Él me sonrió de vuelta, como si pensara lo mismo.

Y en ese momento, entendí que lo que no se dice, nunca desaparece. Se queda suspendido en el aire como el eco de algo que pudo haber sido y no fue. Y si no lo verbalizas, va creciendo y mutando a su antojo como una criatura que un día despierta y sale a la luz de golpe. Igual que la locura.

Por eso creo que el amor es una jodida locura. Muy jodida.

La cuenta atrás de las 48 horas de Murphy se me hace eterna. Y más, sin terminar de decidir si voy a aparecer por la consulta o no.

¿Y si él no aparece?

Llevo todo el día con el corazón en un puño imaginando esa situación. Y poniéndome en su lugar sobre lo que pensará si al final yo no aparezco.

Pero…

¿Qué implica exactamente aparecer en la consulta?

Lexi nos ha puesto en una situación límite. Nos está haciendo tomar decisiones que no queremos o que no sabemos que queremos. Es realmente buena…

Porque es cierto, muchas veces, la respuesta llega por simple descarte.

A la hora de la cita, me veo acudiendo a la consulta. Creo que si tratara de ir en otra dirección, mis pies no obedecerían.

Me planto allí como un gran hito, y cuando encuentro la sala de espera vacía, el corazón me da un vuelco.

Consulto la hora. ¡Son las cinco y dos minutos!

Una ligera taquicardia cobra vida en mi pecho azuzada por el desconcierto y la preocupación. Nadie me advirtió que divorciarse era una jodida montaña rusa emocional. ¡En teoría, lo haces para bajarte de ella!

De pronto, Lexi abre la puerta de su despacho y se hace cargo de la situación al ver que Kyle no está.

La miro como si me estuviera apuntando con un arma.

—Hola…

—Hola…

—¿Kyle no ha llegado…? Olvida la pregunta. Ya veo que no. Le daremos un par de minutos más. Quizá esté en un atasco…

—Creo que suele venir andando —digo apocada—. Esto está muy cerca de la casa de su padre…

—Vale… Pues… quizá le hayan atracado. Esperaremos un poco más

—De acuerdo —musito hundiéndome en la miseria.

—¿Estás bien?

Me encojo de hombros porque si intento hablar, no me saldrán palabras, solo el quejido de un gato moribundo.

—Te agradezco todo lo que has hecho por nosotros… —consigo decir—. Ha sido… brutal pero efectivo. Gracias.

—No te despidas. Esto todavía no ha terminado.

—Al parecer, sí… —digo bajando la cabeza.

—¿No es lo que querías? —pregunta interesada. Y me encojo de hombros de nuevo, esta vez, con los ojos encharcados.

—Lo quería por él. Por su bien. Pero duele igualmente.

Lexi se acerca y se agacha hasta quedarse apoyada en mis rodillas.

—Madison, por él, seguiríais juntos… Estamos aquí por ti. Para ayudarte a sentirte bien contigo misma, porque es la única forma de poder afrontar todo lo demás.

—No estoy bien… —gimo.

—Ya lo sé.

—Y le quiero, pero siento que eso forma parte del problema.

—Lo entiendo perfectamente.

—¿Lo entiendes?

—Mejor de lo que crees. —Y noto que hay un matiz de experiencia personal en esa creencia.

De pronto, la puerta se abre como si fuera a caerse el edificio y Kyle entra a la carrera, como un vendaval.

—¡Hola…! —exclama jadeante—. ¡Perdón, he venido corriendo cuatro manzanas! —Se apoya en la pared para descansar un poco, con la respiración acelerada.

—¿Te habías olvidado de la cita? —pregunta Lexi.

—No… es que… estaba nervioso y me ha entrado un apretón. No podía levantarme de la taza del baño… Suele pasarme antes de los conciertos. Siempre empezábamos tarde por mi culpa…

Lexi intenta no reírse.

—Menudo susto le has dado a Madison, chico…

Kyle clava sus ojos en mí y no sé dónde meterme.

—Lo siento —dice angustiado—. ¿Cómo no iba a venir? ¡Yo quiero arreglar las cosas! Siempre lo he querido…

—Pues vamos a ello, ¿os parece? ¡Tengo una idea genial para que empecéis de cero! —anuncia Lexi feliz.

—¿De cero? ¿Con dos hijos… —«y una tara mental como la mía?», quiero añadir.

—No digo que vayáis a empezar de cero realmente, ¡vais a fingirlo! Este fin de semana provocaremos un encuentro fortuito y tenéis que actuar como si no os conocierais de nada. El que primero falle, pierde.

—¿Qué pierde? —pregunta Kyle.

—¡Mi respeto!, que no es fácil de recuperar. De entrada, siempre concedo el beneficio de la duda. Pero una vez me fallas, hasta luego, Lucas.

—Este sábado no puedo —dice Kyle.

—¿Por qué no? —pregunto intrigada.

—Tengo un concierto…

Lexi levanta las cejas. Y luego sonríe.

—¡¿Un concierto de qué?!

—Con mi antigua banda… Vamos a tocar en un bar de Camden. Como una noche de tributo —dice sin mirarme directamente.

—¡Me apunto! —exclama Lexi ilusionada—. Y si no hay pogo, lo organizo yo.

¿Acaba de autoinvitarse a un concierto de Kyle?

Y lo que es peor, ¡creo que lo del pogo lo dice en serio! Pero, sinceramente, no la veo liderando una tanda de saltos y empujones al ritmo de la música con lo pequeña que es. ¡La aplastarán!

A Kyle no parece importarle la idea. Es más, ¡le encanta! Lo sé por cómo afloja la mandíbula para soltar esa risa medio ronca que solo le he oído en dos contextos: conmigo en la cama y con su bajo.

—¿Te gustaría venir?

—¡Pues claro! Además tengo que ir igualmente para ver vuestro teatrillo, y si puedo escuchar música, ¡mejor! ¿Tú podrás acudir,

Madison?

Los dos me miran expectantes.

—Yo… No lo sé… Me tocan los niños…

—Mi padre puede quedarse con los niños —propone Kyle.

—¿Vas a tocar con tu antiguo grupo? Pensaba que habías acabado mal con ellos…

—No. Solo con Mike. Y ya no canta con ellos…

—¿Quién es Mike? —pregunta Lexi interesada.

Kyle y yo nos mantenemos la mirada. Y nuestra *psico* enseguida capta que es alguien decisivo en nuestra historia.

—El excantante de mi grupo. Un gilipollas…

—¿Tú no cantas, Kyle?

—Yo toco el bajo.

—¡Oh, qué guay! ¡¿Hay algo más sexi que un bajista?!

—Lo dudo. —Sonríe ufano—. Puede que un cantante gilipollas…

Lexi le ríe la gracia, pero yo me remuevo incómoda.

Lexi lo nota. Lexi lo nota todo siempre.

—Bien. Como veo que la energía está... intensa —dice alzando las cejas con dramatismo—, propongo un ejercicio improvisado. Cada uno va a escribir un secreto que no se haya atrevido a decir nunca en voz alta.

—¿Más secretos? —protesta Kyle—. ¡Si ya no me queda ninguno por decir!

—Pues escribe un deseo o un miedo.

—Estoy harto de que escudriñes nuestras almas y las estrujes a tu antojo. Si lo hacemos, tú también tendrás que contar un secreto denigrante tuyo… Es lo justo.

—Acepto el reto —replica Lexi solemne, como si fuera a confesar que una vez atropelló un gnomo de jardín.

Nos entrega papeles de colores y bolígrafos que huelen a chicle y nos ponemos al lío.

Yo tardo más que ellos en escribir, porque todo lo que no he dicho todavía me quema en los dedos.

Cuando terminamos, Lexi revuelve los papeles y los reparte al azar:

—Kyle, lee el que te ha tocado, por favor —le ordena.

—«Me acojona querer a alguien que no me valore lo suficiente», masculla. Y al momento sé que es el suyo; no porque no haya hecho contacto visual al decirlo, que también, sino porque ha usado el verbo «acojonar».

—Madison, tu turno.

Desdoblo el papel y lo leo despacio.

—«A veces siento que nadie me conoce. Ni siquiera yo».

Kyle achica los ojos preguntándose si es mío o de Lexi. Pero la duda se resuelve cuando esta última toma aire y lee el último papel:

—«Estoy enamorada del novio de mi mejor amiga».

—¡¿Qué?! —chillo sin pensar. Miro a Lexi alucinada, porque supongo que Kyle no está «enamorada» de nadie.

—Escuchamos pero no juzgamos —sentencia Lexi.

—¡Yo no te juzgo! ¡Pero cuéntame ese chisme!

—Madison es la reina de los cotilleos —explica Kyle—. Le fascinan especialmente los de robarle el novio a las hermanas o las mejores amigas… No sé por qué…

—¡Cállate, Kyle! ¡Cuéntanoslo todo, Lexi!

—No hay mucho que contar. Cometí el error de presentarle a mi *crush* y empezaron a salir.

—Pero… ¿no le dijiste a tu amiga que a ti te gustaba?

—No.

—¿Por qué no? —interviene Kyle.

—Porque él estaba totalmente fuera de mi alcance. Y porque el error más común del mundo es callarnos las cosas que nos molestan… Nunca lo hagáis. Yo he aprendido la lección por las malas. Y es un asco.

—Yo no suelo callarme —replico tenaz. «O no solías», me recuerda una voz. Y tiene razón, porque ahora algo me lo impide. Supongo que horas y horas de terapia fomentando el respeto al prójimo y la educación han surtido su efecto, pero en consecuencia, las críticas se me están pudriendo dentro.

Kyle asiente con seriedad ante el marrón de Lexi. Yo la veo desde otra perspectiva. Como si por fin la entendiera. Su excentricidad es su forma de sobrevivir al dolor.

—¿Cuánto tiempo llevas así? —pregunto.

—Tres años horribles… —musita sincera—. Solo espero que el universo me lo compense ganando la lotería… dos veces.

Nadie dice nada más. Y de pronto, todos estamos un poco más desnudos. También más unidos.

Al terminar la sesión, Kyle y Lexi siguen hablando de música y listas de reproducción. Los veo reírse. Se entienden. Y me siento… desplazada. Aunque sé que no debería. Lexi no es el tipo de Kyle. A él le gustan las chicas explosivas…

Ergo…, yo ya no puedo gustarle. Porque ya no uso ropa sexi ni me maquillo como una muñeca. Pero Lexi tampoco lo hace y ahora mismo tiene toda su atención.

Me despido de ellos hasta el sábado guardando la calma, pero en cuanto llego a casa, me encierro en el baño para dejar que el espejo me saque de dudas sobre si estoy loca o no.

«Solo estás celosa», me informa. Celosa de su complicidad. De que él esté encantado de que alguien por fin aprecie su música. De que tal vez tenga más cosas en común con ella que conmigo…

Y entonces, sin quererlo, vuelvo al recuerdo de la última vez que lo vi tocar.

Su silueta sobre el escenario.

La música llenándolo todo.

Las luces. El calor. Mi barriga de siete meses y medio.

Y yo… mirándolo como si ya supiera que ese día cambiaría algo entre nosotros para siempre.

Porque hay gestos románticos que dicen más que mil baladas.

17
EN LA CUERDA FLOJA



Entro en casa y no hay nadie.

Seguramente, mi padre esté en el parque con los niños.

Abro la nevera y le doy un buen trago a la botella de agua fresca, aunque necesitaría que fuera whisky…

No sé a qué está jugando Lexi con sus manipulaciones mentales, pero ayer cuando me llamó por teléfono para pedirme que llegara cinco minutos tarde a la sesión de hoy, quise negarme.

—¡Si no aparezco, pensará que no quiero resucitar lo nuestro!

—¡Eso es justo lo que quiero!

—¿En la carrera de psicología había alguna asignatura llamada «tortura»? ¡Porque seguro que sacaste matrícula de honor!

—Saqué todo sobresalientes. Ventajas de tener memoria fotográfica.

—¿Por qué quieres hacer que se sienta mal?

—¡Porque no sabe ni lo que siente, Kyle! Si quieres ayudarla… Si quieres recuperarla, ¡tienes que hacerme caso!

Resoplé. Y ella volvió al ataque.

—Escúchame…. Sé cómo trabaja su mente. Pero si te saltas mis indicaciones y te lanzas a sus labios, lo que arreglo por un lado, me lo estropeas por el otro.

—¿Qué tengo que hacer exactamente mañana?

—Solo llegar cinco minutos tarde. Ni uno más, ¿vale?

—¿Y qué harás después? ¿Cuál es el plan?

—Ocuparme de ti.

—¿De mí?

—Sí. ¡A ti también tengo que arreglarte la cabeza!

—¿De qué hablas?

—¿Por qué dejaste la música, Kyle?

—Por falta de tiempo.

—No mientas, eso no te ayuda. ¿Por qué dejaste la música? Dímelo claramente.

—¡Porque iba a ser padre!

—¿Es que no hay padres músicos? ¿Es incompatible?

—¡Los bolos lo son! Y Madison se ponía muy celosa…

—¿Celosa? Anotado. El próximo día tontearemos más.

—¡¿Te has propuesto juntarnos o separarnos?!

—¡Ya sé! Organiza un concierto con tu antigua banda e invítame. La obligaremos a reclamar su territorio.

—Estás muy mal de la cabeza, de verdad…

—Funcionará. Confía en mí.

Pero hoy, aunque todo ha salido bien, he visto a Madison peor que nunca.

Mi móvil suena y veo que es Lexi. ¡Por fin! Necesito hablar con ella. Me estoy ahogando.

—Al habla el hombre más infeliz de la tierra…

—Corta el rollo. ¿Quién es Mike?

La pregunta me pilla por sorpresa.

—¿Qué? Nadie importante…

—Pues no lo parecía. Tengo que saberlo, Kyle. ¿Quién coño es Mike?

—¿Te han dicho alguna vez que cuando no estás fingiendo ser la loca de las camisetas ridículas no eres nada simpática?

—Solo tengo siete sesiones para salvar tu matrimonio, si quieres me lo tomo con más calma. ¿Quién es Mike?

—¡Ya te lo he dicho! El cantante de mi exgrupo.

—¿Y por qué su nombre ha salido a colación con pullas? ¿Qué pasó con él? ¿Tiene algo que ver con el motivo por el que dejaste la música?

Me separo el teléfono de la cara y la maldigo en *mute*.

—¿Kyle…?

—Puede ser.

—¡Estás jugando con fuego, chaval! Cuéntamelo todo ahora mismo. ¡Así no puedo trabajar!

Pongo los ojos en blanco.

Pero yo mejor que nadie sé que hay verdades que solo se confiesan con una guitarra colgada del cuello.

La noche que dejé la música teníamos un concierto importante en un garito llamado *The Mercury Lounge,* aunque allí nadie escuchara Queen lo suficiente como para notar que el logo de la banda en la pared estaba mal dibujado.

El sitio olía a cerveza derramada, cuero viejo y ego masculino. Y corría el rumor de que el ojeador de una discográfica importante iba a acudir esa noche.

Así que era LA NOCHE. Nuestra noche.

Las luces estaban bajas, las guitarras afinadas y Mike hacía gárgaras con whisky como si eso no fuera lo contrario de lo que debería hacer antes de un show.

Yo estaba especialmente nervioso; no por el concierto, sino porque Madison iba a acudir junto con Drew y Nataly.

Habíamos quedado en que la recogerían ellos en casa. Mi hermano me lo había confirmado horas antes con un amoroso mensaje: «Iremos. Pero no te pongas pesado con tus solos de bajo». Estuve riéndome cinco minutos enteros.

—¿Estás nervioso por las *groupies*? —preguntó Mike, dándome un codazo—. ¿O porque viene la rubia maciza?

—Estoy nervioso porque si desafino en la primera canción, tendré que mudarme a otro país.

Mentira. Estaba nervioso porque quería gustarle a alguien a quien no debería. Quería que Madison me viera como algo más que el tipo que cada día la veía en pijama y sin peinar. Después de darme vía libre para acostarme con otras, me preocupaba haber caído en la *Friend Zone.* No era bueno para mi plan a largo plazo.

La prueba de sonido fue bien. El telonero no nos robó los enchufes y todo parecía ir rodado. Hasta que empezó a llenarse el local y ella apareció por la puerta.

Llevaba un vestido negro ceñido que le quedaba tan bien que tuve que concentrarme en no mirarla demasiado. Drew lucía una chaqueta de cuero y Nataly tenía cara de «estoy aquí por el drama, no por la música».

Madison me saludó de lejos con la mano, regalándome una sonrisa vergonzosa, y yo le guiñé un ojo de vuelta.

Diez minutos después, se acercó al borde del escenario.

Una de las cosas que más me gustaban de Madison era que no sabía disimular lo que quería. Y en ese momento, se moría por cruzar dos frases conmigo y desearme suerte. No soy capaz de explicar lo mucho que me llenaba eso.

—¿Os queda mucho? La gente se está impacientando…

—No, ya va a empezar. Por cierto, ¿te has propuesto hacer babear a todos los tíos del local? Estás guapísima…

Ella sonrió encantada.

—Mira quién fue a hablar… Intentaré no caerme con las babas de todas tus fans al volver a la barra.

—Yo pensaba que tú eras mi mayor fan y no te veo babear.

—Tú no sabes por dónde babeo yo… —respondió juguetona, sacando la lengua.

Tuve que irme antes de lanzarme a besarla.

Comencé el concierto con esa fuerza de anticipación cuando vaticinas que va a pasar algo bueno.

La batería marcaba un ritmo salvaje a juego con mi corazón. Mike estaba especialmente histriónico al micrófono, porque algunas chicas bailaban con descaro al pie del escenario. Una nos lanzó su sujetador, otra pidió que le firmáramos el escote. Y al fondo de todo estaba Madison siendo testigo de ello. A ratos se reía, otras veces fruncía el ceño, y yo me sentía estúpidamente feliz de que así fuera.

En la última canción, Mike quiso improvisar y bajó del escenario con su micrófono inalámbrico.

Cuando vi que se acercaba a Madison, me tensé un poco, porque no iba bebido, pero sí colocado.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí tan sola siendo tan guapa?

La tensión de mis hombros se convirtió en un nudo cuando noté que Madison sonreía incómoda.

—Puedes esperarme en mi camerino, ricura, te firmaré un autógrafo donde tú quieras…

Madison me buscó con la mirada, vulnerable, y yo… perdí la cabeza.

—¡¿No ves que está embarazada, imbécil?! —grité a través de mi micro.

El local se quedó en silencio y resonó más fuerte que una guitarra distorsionada.

Mike paseó la mirada de su tripa, a mí y luego a ella.

—Vaya, vaya… —rio desabrido—. Buena jugada, papá gallina.

Hubo un murmullo colectivo y algunos empezaron a aplaudir. Otros no entendían qué sucedía. Otros olieron la pelea… Pero Madison me miró como si hubiera tirado de la cortina del mago de Oz y hubiera dejado al descubierto toda la maquinaria de mis sentimientos.

¿Lo había hecho?

Toqué el final de la canción en automático. No sabía si Mike iba a echarme del grupo. O si Madison se había ido a casa a hacer las maletas. Solo sabía que me había expuesto delante de todo el mundo y ya no podía negar el motivo.

Cuando todo acabó, guardé mi bajo y volví al camerino.

Mike me lanzó una mirada larga y dijo:

—¿No sabes que con esa clase de chicas hay que usar protección, tío?

No respondí nada por miedo a romperle la cara.

Y porque, justo en ese instante, acababa de dejar la banda. Sin anunciarlo. Sin dramas. Sin pensar. Solo sabía que ya no podía seguir soportando toda esa intensidad. No con esa chica mirándome de esa forma desde el público. Y si me daban a elegir, prefería estar con ella abajo que arriba en el escenario.

Cuando me encontré con mi hermano y las Evans en la barra, todos me miraron raro.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Madison apocada.

—No, tranquila… Mike iba bastante pasado…

—¿Te ha dicho algo de mí? —insistió preocupada.

—No. Olvídate de él. Es un gilipollas.

Mi hermano me miró inquieto e intentó animarme, pero no funcionó. No, leyendo en la mirada de Madison que teníamos una conversación pendiente que no íbamos a tener delante de ellos.

—¡Qué fuerte! —grita Lexi al otro lado de la línea al escuchar la historia—. ¿Y qué pasó cuando llegasteis a casa?

—No voy a contártelo. Eso queda entre Madison y yo.

—¡¿CÓMO?! ¡¿Por qué?!

—Porque soy un caballero.

—¡Venga ya, Kyle, se me acaba el tiempo! ¿Os acostasteis?

—No.

—¡Pero pasó algo!

—¿Qué más da? Eso fue entonces…

—¡Importa!, porque lo que pasó después de ese concierto es lo que debería pasar este sábado. O quizá todo lo contrario. ¡Aún no lo sé! ¡Por eso necesito datos!

—Que te lo cuente ella…

—¡Kyle, por favor…!

—Lo siento, no tengo fuerzas para narrar el peor momento de mi vida.

—Dios… ¡irás al infierno por dejarme así, Kyle Norton!

—No importa. Seguro que hay Rock.

—Voy a colgar, pero esto no va a quedar así. El sábado te daré indicaciones precisas y vas a tener que seguirlas si quieres conservar a tu familia.

Me cuelga sin dejar que me despida y ruedo los ojos.

Estoy seguro de que ahora mismo va a llamarla a ella. Se escuda en el trabajo, pero se nota que, debajo de todo eso, hay una vena todavía más cotilla que la de Madison.

O quizá es que le importamos de verdad… Puede ser.

No sé qué espera encontrar para demostrar que ese concierto fue el principio del fin. Yo solo sé que esa noche alcanzamos la intimidad más brutal que he tenido con una chica sin llegar a tocarnos.

18
SECRETOS COMPARTIDOS



Me miro en el espejo frustrada.

¡No tengo nada apropiado en mi armario para acudir a este estúpido concierto/terapia! Voy a tener que salir a comprar ropa de chica disponible y deseable.

De pronto, mi móvil suena y veo que es Lexi.

—¿Sí?

—¡Madison! Menos mal… Necesito hablar contigo.

—¿Qué ocurre?

—Cuando vosotros os piráis de mi consulta, yo sigo trabajando en vuestro caso, ¿sabes? Voy desmenuzando vuestros traumas para haceros caer en trampas mentales que os hagan recapacitar y sacar la cabeza del culo, pero para que la última sesión sea eficaz necesito información de primera mano…

—¿Qué quieres saber?

—Necesito saber quién es Mike.

—¿Para qué?

—Intento averiguar por qué Kyle dejó la música, y creo que ese tío tiene algo que ver.

Hay un silencio en el que me pienso si contárselo todo.

—Kyle dejó la música por mí —respondo al final—. Por eso empezó a odiarme…

—Wow… Vale. ¿Estás ciega? Ese chico está loco por ti.

—Ahora mismo creo que le gustas más tú…

—¡Por favor! ¡Solo quiere darte celos! ¡Es el truco más viejo del mundo! ¿No me digas que funciona contigo? Por Dios, Madison… ¡Mírate y mírame! ¡Tú eres como mi mejor amiga Kitty! No tengo nada que hacer contra vosotras…

Recuerdo su movida y me ablando un poco. Lexi no es nada fea, pero tampoco se saca todo el partido que podría.

—Mike es un gilipollas que tonteó conmigo —revelo.

—¡Eureka! ¿Ves? Una simple frase y ya lo veo todo más claro. Te lo agradezco. Psicología inversa… ¿Cómo no lo vi venir?

—¿Cómo dices?

—Nada. Kyle me dijo que dejó la música porque tú eras muy celosa. ¡Y resulta que el celoso era él! ¡Muy típico!

—¿Te dijo eso?

—Olvídalo. No tiene importancia…

—La noche que dejó la música discutió con Mike —escupo cayendo en su provocación como una ingenua.

—¿Discutieron por ti?

—Algo así…

—Esa respuesta es demasiado golosa para un terapeuta. Yo buscaba un Sí o un No. Ahora tienes que explicarte. ¿Como que «algo así»?

—Esa noche, yo iba tan de negro y Mike estaba tan colocado que no se dio cuenta de que estaba embarazada…

—Y Kyle se le echó encima, ¿no?

—Algo así…

—¿Otra vez «Algo así»? Desarróllalo.

—El problema fue que Kyle no sabía que yo me había insinuado a Mike cuando le conocí unos meses antes…

—Oh, oh…

—¡Kyle y yo acabábamos de empezar a vivir juntos!

—Pero ya estabas embarazada. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque soy así de tonta. Y porque no me achanto ante los listillos. Y porque necesito constante aprobación de los demás… —murmuro lo último.

Lexi se queda callada, revolcándose en la confesión.

—La noche del concierto tampoco estábamos juntos…

—¡¿Aún no?!

—No. Empezamos a salir cuando Richi ya tenía tres meses.

—¡¿En serio?!

—Sí, por eso su reacción fue un poco…

—¿Desproporcionada? ¿Reveladora? ¿Tóxica?

—Y también romántica. Me gusta lo tóxico. Yo lo soy…

—¿Y no pasó nada entre vosotros hasta meses después?

—A ver, nada, «nada», tampoco…

—¿Y me dejas así? Existen pocas cosas más crueles…

—El día que nació Richi, me besó en el hospital.

—¿Pero no pasó nada inmediatamente después de gritarle a Mike en el concierto? ¿No te confesó sus sentimientos? ¿Hablasteis del tema?

—Algo así…

—¡¿Por qué no te tatúas esa dichosa frasecita?! Así solo tendrás que señalártela.

—No es mala idea…

—¡Madisooon!

—¡Vale, vale…! A ver… Sí pasó «algo».

—¿Tengo que llorar para que me lo cuentes? ¡En mi larga carrera ya he oído de todo! Necesito la info para fines médicos…

Suena muy necesitada. Y sonrío.

—Veamos… Después del concierto, volvimos a casa sin hablar. Nuestros hermanos nos dejaron en el portal con la promesa de una cena próxima. Kyle cargaba con su bajo como si pesara una tonelada. O igual era otra cosa lo que le pesaba…

—¿Los huevos?

—¡No! —Me rio—. Le pesaba todo lo que significaba que hubiera reaccionado de ese modo.

—Y también los huevos. Cargaditos de amor. ¡Sigue! —me insta con avidez y escucho un crujido.

—Lexi, ¿estás comiendo palomitas?

—¡Siempre! Sigue, por favor…

Pongo los ojos en blanco.

—Bien. Le pesaban muchas cosas, pero sobre todo, el hecho de que acababa de confesar, frente a una sala llena de gente, que le importaba mucho con quién me liara yo.

»En el ascensor, ninguno pulsó el botón de nuestro piso. Esa noche, dormir bajo el mismo techo y fingir que no había pasado nada, no iba a ser posible.

Al entrar en casa, el olor a realidad nos dejó abatidos. Ya no había ambiente, ni música, ni motivos para cagarla.

Dejé mi bolso en la mesa. Kyle se quitó la chaqueta sin mirarme y yo los zapatos en completo silencio.

—¿Estás bien? —le pregunté por fin.

—Sí…

—¿Quieres hablar de lo que ha pasado?

—No —zanjó serio. Y desapareció por el pasillo para meterse en su habitación.

Verme sola, en medio del salón, sin ningún tipo de explicación por su ataque de celos, me envalentonó. Si lo dejaba pasar, no pegaría ojo en toda la noche.

Caminé hacia su habitación y abrí la puerta sin llamar.

En esa época, todavía no entendía que la impulsividad sin control tiene consecuencias… Y esa vez fue topármelo en calzoncillos.

Nos quedamos cortados. En realidad, yo me quedé sin aire, por culpa de la visión de sus abdominales.

—¿Qué quieres? —preguntó malhumorado.

No fue la pregunta más acertada, porque quería TANTAS cosas… Y todas con su piel de protagonista.

—Hablar… —conseguí decir.

—No hay nada de qué hablar.

—¿Por qué te has puesto así en el bar? —me atreví a cuestionar—. Mike ni se había dado cuenta de que estaba embarazada…

—Pero lo estás. Y mucho. De mí. Y a mí sí me importa con quién te acuestes mientras tengas a mi hijo dentro…

¡BOOM!

—¿Por qué te importa tanto? —le presioné.

—¡Porque sí…! Además, Mike es un gilipollas…

—Si fuera un chico majo, ¿te importaría que me follase?

Apretó la mandíbula en un acto reflejo y luego miró al suelo.

—No quiero que estés con nadie, Madison…

—¡¿Por qué no?!

—Deja de preguntar por qué, por favor…

—Es que… ¡es injusto! ¡Y machista! ¡Y posesivo!

—No estoy orgulloso, créeme…

—Por eso intento esclarecer el motivo. Tú no eres así…

—Madison… —me frenó irritado—. No sigas…

—Mírame —le ordené enfadada. Cuando lo hizo, descifré en sus ojos que esa conversación no iba a terminar como yo quería. Y la humillación de entenderlo, me hizo querer camuflarlo como una necesidad meramente sexual.

—Si quiero acostarme con Mike o con cualquiera, no puedes prohibírmelo.

Lo vi tragarse la rabia.

—Hay muchas alternativas para aliviarte el calentón. De lo contrario, yo ya estaría muerto…

Esa frase me dejó loca. ¿Significaba que él había tenido que «aliviarse» muchas veces por vivir conmigo?

Me dio la espalda, avergonzado, y mi mirada fue a parar a su rabadilla. Es decir, la zona donde las lumbares pierden su nombre y comienza una parte mucho más jugosa…

Kyle siempre había sido muy cuidadoso de no mostrar su desnudez delante de mí. Y ahora entendía por qué… ¡La curva de su coxis me estaba llevando a ebullición!

—Vete, Madison… —jadeó de espaldas, como si la tentación fuese tan fuerte que no pudiera soportarla más.

Se me pasaron por la cabeza varios finales posibles:

Yo avanzando hacia él hasta tener nuestras bocas juntas.

Yo pegándole por alejarme cuando más le necesitaba.

Yo desnudándome también, en una lucha de poder nunca vista…

Lo siguiente que se escuchó fue el sonido de la cremallera de mi vestido abriéndose. Después, se oyó cómo la prenda rebotaba contra el suelo cuando me deslicé los tirantes, más que nada porque ambos habíamos dejado de respirar. A continuación, me desabroché el sujetador y me quité las bragas. Ambas terminaron también en el suelo.

El mero hecho de estar en la misma habitación que él desnuda hizo que mi entrepierna se inundara de deseo.

Mi piel ardía y mis pezones estaban tiesos.

Jamás había estado más lista para que alguien me tomara. No haría falta ningún tipo de preliminares para que pudiera deslizarse dentro de mí con facilidad. Ya estaba resbaladiza.

Su nombre escapó de mis labios como un quejido:

—Kyle…

—No —gorgoteó. Su voz fue un susurro quebrado, como si hablar le costara más que contenerse—. Vete a tu cuarto, Madison… —repitió, cerrando los puños con fuerza.

Me quedé inmóvil unos segundos. Totalmente desnuda y dispuesta, con su rechazo haciéndome trizas.

Él no se giró. Tal vez si lo hacía, perdería el control. Y tal vez yo contara con eso…

Pero no lo hizo. Y menos mal, porque de pronto caí en que no se encontraría a la Madison con la que una vez tuvo sexo brutal en un almacén, sino con una versión mucho menos sexi con una tripa descomunal.

Me vi dando un paso atrás. Y luego otro. Recogí mi ropa del suelo y me fui de allí con las mejillas ardiendo por las ganas de llorar.

De camino, la vergüenza se mezcló con la rabia, con el deseo contenido y el orgullo herido… Un cóctel molotov que me hizo dejar las puertas abiertas, sabiendo que él seguiría inmóvil, escuchándome, con el cuerpo en tensión.

Me senté en la cama, todavía desnuda, dejando que el aire me enfriara la piel, pero la quemazón entre mis piernas no cesaba. Intenté ignorar la corriente eléctrica que sentía en mi vientre. En mi pecho. En mi cuello. Pero no pude. No podía dejar de pensar en él…

En su forma de mirarme mientras tocaba. En cómo se tensó cuando Mike me habló. En cómo me defendió…

Y entonces lo sentí: quería castigarlo. Igual que él me estaba castigando a mí con su ausencia. Quería que supiera lo que iba a perderse…

Hundí la mano entre mis piernas, temblando, y gemí en voz alta. Un sonido claro, sucio y calculado. Lo suficiente para que traspasara el espacio entre nuestros cuartos.

Me acaricié, sabiendo que cada sonido era una puñalada para él. El roce húmedo de mis dedos en mi clítoris me provocó un frenesí que hacía demasiado que no sentía, y no pude contener el siguiente lamento, más alto que el anterior.

Entonces, lo escuché.

Era un quejido apagado pero pasional. El sutil golpeteo de un movimiento rítmico. El inconfundible jadeo de su respiración acelerada. Y un taco que llevaba mi nombre…

Se me escapó un ruidoso suspiro y continué. Más fuerte. Más profundo. Como si mi cuerpo respondiera al suyo sin barreras. Como si ya no me importara su rechazo porque había admitido que también me deseaba. No es que tuviera dudas sobre eso, pero saber que lo hizo para que lo supiera, me gustó.

Cuando llegué al borde del precipicio, el clímax me desgarró con el amor, la venganza y el agradecimiento dando vueltas de campana en mi interior.

Él también gimió fuerte. Auténtico. Dejándose ir sin frenos, igual que yo.

Me mordí los labios para no gritar. Me quedé dormida, llorando, sintiendo que éramos dos personas quebradas por todo lo que no nos permitíamos sentir.

—¡JODER! —exclama Lexi al otro lado de la línea—. ¡Sois más masocas que Romeo y Julieta! ¿Y qué pasó al día siguiente? ¡¿Cómo pudisteis esperar hasta que naciera el bebé?!

—Con mucha madurez…

—No lo entiendo… ¡Os oísteis masturbaros! ¿Qué pasó a la mañana siguiente?

—Nos encontramos en la cocina.

—¡¿Y?!

Su impaciencia me hace sonreír. ¿Su interés es real?

¿Y si todo esto forma parte de un plan maestro de Lexi para que lo recuerde todo con nostalgia?

Lo grave es que no me importa y sigo contando:

—Cuando entré en la cocina por la mañana, él ya estaba allí, taza en mano, con unas ojeras marcadas y la mirada baja. Yo aparecí con el cabello aún húmedo de la ducha y con una de sus camisetas gigantes, como ya era costumbre. Pero esa vez me miró de forma distinta.

—¿Todo bien? —pregunté—. ¿Has podido descansar?

—Sí. ¿Y tú?

—También…

Silencio. Más denso, erótico y vulnerable que nunca.

Me acerqué a la nevera para coger agua y bebí directamente de la botella. Como si eso pudiera lavarme por dentro y perdonar mis pecados.

Él apoyó las manos en la barra y vi que tenía los nudillos blancos. Se estaba conteniendo para no decir nada. Quería que hablara yo. Y lo hice.

—Gracias por mantener la cabeza fría anoche —musité—. Hubiera sido un error…

Él no respondió al instante. Solo asintió, con los labios apretados.

—Fue lo más difícil que he hecho en mi vida… —admitió con voz grave.

—Lo siento… —respondí con ternura—. Por eso te doy las gracias. Perdóname. No sé qué mosca me picó. ¡Fue el ambiente del bar! Verte tocar, recordar que aún soy joven… A veces, creo que estoy atrapada en un bucle atemporal en este piso… ¡Pero soy humana! Y tú eres el único hombre en el que confío ahora mismo…

Él me miró arrobado.

—Gracias por decir eso. Para mí tampoco es fácil diferenciar las cosas. Pero debemos tener cuidado si no queremos perder lo que

tenemos. Sería una liada… Sería… mucho más complicado de lo que ya es.

—Tienes razón. Olvidémoslo. Es lo mejor…

—Estamos de acuerdo.

—¡¿Y pudisteis olvidarlo?! —grita Lexi a través del teléfono—. ¡No me lo creo!

—¡Claro que no! Al final, tuvimos que poner tierra de por medio.

—Ya decía yo…

—Pero no sirvió de mucho. Porque terminé viviendo en el mismo edificio… Y esa mudanza fue insoportable, en plena ola de calor, cuando el tiempo se volvió loco y alcanzamos los cuarenta grados en Londres por primera vez en la historia. ¿Lo recuerdas?

—Cómo olvidarlo… Se declaró emergencia nacional.

—Yo directamente me volví inflamable. Embarazada, cachonda, enamorada… Imagínate…

Se hace un silencio.

—Madison… Habéis pasado por mucho, y este tipo de amor no se ve muy a menudo. ¡Me dais mucha envidia! Solo quiero ayudaros a que lo vuestro no se rompa.

—No veo cómo… De verdad…

—Necesito que confiéis en mí y sigáis mis instrucciones al pie de la letra para la última sesión el sábado por la noche.

—Eso suena a encerrona sexual, Lexi…

—La única recomendación es que os dejéis llevar. Y que realmente actuéis como si no os conocierais. Sin prejuicios. Sin rencores. Solo la verdad. Yo confío en vosotros. Prométeme que lo harás.

—Lo intentaré…

Pero lo primero es lo primero… convocar una tarde de compras urgente con Arizona y Nataly.

19
SOLO UNA NOCHE



Algunas noches prometen caos desde que eliges los zapatos. Y más si son unas botas de cuero negras que sabes que a *él* le ponen un montón.

Las mujeres no necesitamos armaduras. Necesitamos un buen vestido, un sujetador que desafíe la gravedad y una razón para recordarle a un hombre lo que se está perdiendo.

No podía llevar a cabo las órdenes de Lexi si no iba vestida como la versión sexualmente frustrada de una diosa de la venganza nórdica con mucho escote.

Y así es como acabé en una tienda de ropa, con dos copas de vino blanco encima y cero juicio moral.

—¡Ese no! —dijo Arizona cuando salí del probador con un vestido azul celeste—. Pareces la tía soltera que sirve el pastel en las comuniones.

—Ese tampoco —opinó Nataly en la siguiente prueba—. Te hace pecho de embarazada reciente. No maternal.

Y entonces lo vi.

Negro. Entallado. Con la espalda al aire. Tela suave. De esos que te abrazan las caderas como si te quisieran desde hace siglos.

Me lo probé y el espejo me echó un piropo.

—Con ese vas a hacer que se atragante con su guitarra —dijo mi hermana con picardía. Arizona vitoreó.

—Dinos una cosa, ¿vas a depilarte por si acaso? —preguntó pillina.

—¿Por si acaso qué? —Me hice la tonta.

Nataly y Arizona se miraron sonrientes.

—Quiero que sufra… y que se de cuenta de que, cuando me arreglo, Pamela no me llega ni a la suela de los zapatos.

—¡Así se habla!

—¡Vas a estar espectacular! ¡Pareces una invitada de los Óscar!

Pero el concierto no es en el Dolby Theatre, es en un bar de ladrillo visto, con luces de neón y olor a cerveza rancia.

En cuanto cruzamos la puerta, siento mariposas en el estómago. Unas enormes. De las que llevan tatuajes y saben demasiado.

—¿Lista para que se desate el caos? —susurra Lexi a mi lado. Hemos quedado para llegar juntas porque no sabía dónde era y no quería acabar en Siberia, palabras textuales.

Nada más verme ha dicho:

—Dios santo… ¿Es legal llevar ese vestido en sitios públicos?

—Apenas.

—Creo que vas a crearle un trauma al pobre Kyle.

—Solo es un recordatorio…

Lexi ha sonreído como una madre orgullosa y ha susurrado:

—A veces el empoderamiento no se grita. Se camina y se vive. ¡Dale una lección, pequeña!

Y aquí estoy, la reina del caos… Pero la chulería me dura poco. Solo hasta que diviso a Kyle sobre el escenario con una camiseta negra sin mangas y ese aire de estrella del rock que no se quita ni para ir al supermercado.

Si fuera la primera vez que lo veo, hubiese llamado mi atención. Su altura, sus músculos, su pelo, su forma de moverse… Es un maldito canto de sirena para mí. Lo fue desde el primer momento en que lo vi. No sé si lo confundí con Drew o quise confundirlo…

Poso con mi chaqueta plateada, mis labios rojos y mi actitud postiza de «Nací para arrasar, cariño», pero esta noche necesito un chupito para terminar de creérmela.

Hay más gente de la que esperaba y me agobio un poco.

La humedad de los cuerpos, el olor a laca y el humo artificial son el complemento perfecto para la música baja previa al drama que está por venir.

Lexi se integra en el ambiente como si hubiera nacido en un *backstage.* Llega a la barra y se adueña del espacio. Se me hace raro verla fuera de su consulta. Pero sigue siendo el mismo bicho raro, original e inconfundible.

Lleva dos moños pequeños sobre la cabeza, y el resto del pelo, suelto. Un exagerado *eyeliner* azul eléctrico y una camiseta negra que reza: «Que el drama te acompañe», con el diseño de la Guerra de las Galaxias. Una riñonera holográfica cruzada sobre el pecho y unas Doctor Martens fucsias en los pies terminan de completar su *look*. Si es que puede llamarse así…

Yo no puedo dejar de mirar a Kyle, que todavía no nos ha visto. Lo veo ajustando su bajo y sonriendo como si no hubiera roto ningún corazón últimamente. Pero de pronto, gira la cabeza y me ve.

Su reacción es quedarse quieto, como si no recordara cómo se anda, se respira o se habla. Solo él sabe mirarme así, joder…

Segundos después, me dedica una sonrisa macarra, marca de la casa, con un *apenas perceptible* punto de suficiencia de cuando algo le satisface. Calculo que es la misma que me lanzaría de lejos si me hubiera pillado mirándole y no me conociera de nada.

—Tiene pinta de que esta noche va a haber un terremoto emocional —susurra Lexi, siguiendo mi mirada—. Y no me refiero a la música…

—No seas dramática.

—Soy terapeuta. El drama es lo mío. Y para que no falte esta noche, he avisado a mis amigos. Vendrán luego…

—¿Con «amigos» te refieres al amor de tu vida?

—No lo llames así. Se llama Scott y es el amor de la vida de muchas. Es como un estereotipo. Existe, igual que Brad Pitt, pero te resignas y asumes que no puedes tocarlo.

—Me muero por verle. Seguramente lo tengas idealizado. Voy a curarte, Lexi. Haré que se me insinúe.

—Oh, ¿harías eso por mí? —dice irónica.

Me río. Lexi podría ser esa amiga que nunca he tenido. Solo tengo a Nataly y a Arizona, y son mi familia. Pero últimamente, siento que son más familia de Kyle que mía.

—Mi hermana y mi prima también van a venir —le informo—. Formarán un frente unido junto con los hermanos de Kyle para emborracharme y que terminemos follando en el coche.

—Eso es interesante…

—Eso no va a pasar, Lexi.

—Nunca digas nunca.

—NUNCA —enfatizo.

—¿Y si te lo prescribo como tratamiento médico?

—¿El qué? ¿Acostarme con Kyle? —Sonrío.

—¡Síííí!

—¿Cómo has conservado tu licencia todo este tiempo? —pregunto divertida.

—¡Era una broma, mujer…! Qué poco sentido del humor tienes…

—Sí, ya… ¿Cómo lo llamas? ¿Psicología reversa?

En ese momento, veo entrar a mis cuñados por la puerta junto con Nataly y Arizona. Es imposible que no llamen la atención. Había evitado estar en una situación así porque no quiero que me presionen. Solo espero que se corten un poco delante de Lexi…

Arizona y Nataly vienen a abrazarme y les presento a mi superterapeuta.

—Ella es nuestra loquera.

—¡Encantada! —saluda con la mano.

—Y estos son los hermanos de Kyle. —Los señalo.

—¡Joder…! Quiero decir, hola —dice alucinada.

—Nos conocemos —contesta Tommy—. Del juicio.

—Sí, pero no es lo mismo verte en el juzgado con un traje rancio, que verte vestido de *sport*… ¡Pareces otro!

—Me pasó lo mismo —murmura Arizona cómplice—. No imaginas que un abogado estirado pueda tener un lado tan macarra, ¿verdad?

—No, no es lo habitual. Y el impacto de verle junto a él, es todavía más *hardcore* —dice señalando a Drew.

—Andrew es el niño bonito de los Norton —expongo—. Pero Kyle la tiene más grande.

—¡Eso es mentira! —ladra Drew.

—Me dijo que os las medisteis de pequeños.

—Eso fue antes de que me creciera…

—Joder, ¿te crees Dumbo?

—¿A que me la saco?

—¡Qué divertido! —aplaude Lexi contenta—. Molan este tipo de familias disfuncionales. Yo soy hija única…

—No importa quien la tenga más grande —sentencio—. Kyle tiene ese aire de músico torturado que te revienta las bragas con una mirada de «tengo una canción para ti, nena, y aún no lo sabes». Vosotros nunca podréis igualar esa aura. Ese ceño fruncido al tocar como si el bajo le estuviera contando secretos prohibidos…

De pronto veo que todos me están mirando con una expresión entre alucinada y encantada. Y más de uno no puede evitar una sonrisa esperanzadora.

—No me miréis así… Es algo que se ve a simple vista, ¿verdad, chicas? —Busco ayuda en Nataly y Arizona.

—¡Sí, sí! ¡Por supuesto! No cabe duda… El aura…

—¡LEXI! —grita alguien a lo lejos. Una mancha rubia que bien podría ser la doble de Pamela—. ¡Estás aquí! ¡¿Llegamos tarde?! ¡Esta noche tengo ganas de fiesta! ¡¿Quiénes son tus amigos?! —pregunta la chica chispeante encantada de conocerse.

—Esta es mi *amiga* Madison… —formula algo cortada ante semejante despliegue de entusiasmo. Lexi también es entusiasta, pero su mirada es mucho más humilde. La tía que acaba de llegar se cree la fantasía sexual de cualquier hombre. Me recuerda a mi yo del pasado—. Ellos son sus cuñados y sus mujeres… No recuerdo el nombre de ninguno, lo siento.

—Yo sí recuerdo el tuyo —interviene Tommy—. ¡Murphy! Es fácil de recordar…

—¡Le dije hace años que se lo cambiara para dejar de tener tan mala suerte! —ríe Pamela 2—. Yo soy Kitty, la mejor amiga de Lexi.

¡¿Qué digo «amiga»?! ¡Somos como hermanas!

La abraza con fuerza y Lexi sonríe incómoda.

—Nacidas de padres claramente distintos… —bromea. Y todos sonríen. Todos, menos yo.

—¡¿Quién me invita a un chupito?! —grita Kitty acercándose a la barra—. ¡Camarero, aquí! ¡HOLA!

De repente, un chico muy mono avanza hacia nosotros y nos mira como pidiendo perdón por ella.

—Hola a todos, soy Scott, el dueño de… «eso» —Señala a Kitty.

Sonrío. ¡Ya me cae bien!

—Perdonadla, se vuelve loca cuando pisa un bar *indie*. Hola, Lex… —Se acerca a ella con un gesto cariñoso y susurra confidente—. ¿Cómo estás? Gracias por invitarnos.

—Gracias a vosotros por venir.

—Aunque te veo muy bien acompañada… —Nos mira.

—¡Scott, dame dinero! —le grita Kitty desde la barra.

—Luego hablamos… —susurra, dándole un ligero toque en la cintura a Lexi.

Cuando se va, mi *amiga* me mira como diciendo «¡¿Lo entiendes ahora?! ¡ES PERFECTO!».

La verdad es que el tío es impresionante. Es de los que no sabes si quieres que te lea una poesía… o tus derechos mientras te empotra contra una pared. Pero quiero desmitificarlo un poco para que Lexi no sufra tanto por él.

—Guau…, ¿de dónde ha salido ese tío? —dice Nataly formando un corro de aquelarre con Lexi y conmigo.

—¿A qué se dedica? —aparece Arizona por detrás—. ¿Es locutor de radio? ¿Encantador de serpientes? ¡Vaya voz tiene! Me han dado ganas de desnudarme…

—Es el hombre de su vida —explico.

—¡Madison…! ¡Calla!

—Tranquila. Ellas no se lo dirán a nadie. Es muy mono. Pero para mí le falta un punto macarra. —«Por decir algo».

—Déjate de macarras —sisea Nataly—. Ese tío juega en otra liga…

—Sí, ¡en la divina! —dice Arizona—. ¿A qué se dedica?

—Es arquitecto… —responde Lexi con un suspiro.

—Los artistas son peligrosos, te lo digo yo…

—Y este, además, corría en carreras ilegales de moto cuando era adolescente. Así fue como se pagó la carrera.

—Ayyy… —gime Arizona—. Tenía pinta de ser médico o policía porque tiene pelo de héroe… ¡pero esa visión también me vale!

—Es muy correcto y refinado. Pero cuando sonríe de medio lado, en plan cabrón…, nada sobrevive. Dice cosas como «armonía estructural» o «luz cenital» y te dan ganas de quitarte las bragas.

—Ni que lo digas… —farfulla Nataly.

En ese momento, las luces bajan y la música de fondo muere, clara señal de que el show está a punto de empezar.

Los miembros de la banda suben al escenario y la anticipación se siente en la piel. ¿O solo soy yo?

—Esto va a doler… —murmuro hacia las tres.

—Lo bueno siempre duele —replica Lexi con una sonrisa.

Empiezan a tocar, y para mi sorpresa, Kyle le pone voz al tema. Es una balada lenta, de las que se te cuelan sin permiso. Y su tono es más grave de lo que recordaba. Más herido. Más él.

Lexi se queda quieta, saboreando la magia Norton de la que ya es fanática. El sonido del bajo es prácticamente pornografía acústica, y soy incapaz de no retorcerme, porque verle así me rompe un poquito por dentro.

Cada verso parece dirigido a mí. Pero no puede ser, porque esta noche, se supone que no nos conocemos de nada.

Lexi activa su radar emocional y me clava la mirada.

—¿Sabes que llevas conteniendo la respiración desde la segunda estrofa?

—¿Yo? Para nada…

—Te entiendo. Una vez me enamoré de un saxofonista. Tocaba como si supiera secretos que el resto ignorábamos.

—¿Y qué pasó?

—Nada, no llegó a entrar en mi casa. Era alérgico a los gatos y yo tenía cuatro. Fin de nuestra fugaz historia de amor. Eso sí, antes de despedirnos echamos un polvo en el ascensor.

Me río con disimulo y la canción termina. El local explota en aplausos y Kyle empieza a cantar otra canción. No la conozco, pero

habla de perder algo y volver a encontrarlo de forma distinta, pero mejor. ¿Es un deseo o una indirecta? No lo sé. Solo sé que me atraviesa.

Cuando el concierto termina, Lexi desaparece entre el público.

Al rato, aparece Kyle y saluda a sus hermanos y cuñadas. A mí no me dice nada y a nadie le sorprende porque están al corriente de nuestro «ejercicio» de desconocidos.

Poco después, Kyle se acerca a la barra para pedir bebida cerca de donde estoy yo.

—¿Alguien quiere algo? —pregunta al grupo.

Todos niegan, y finalmente, me mira a mí.

—A ti te invito a algo si me dices tu nombre…

La frase me hace sonreír porque es 100% Kyle. Seguro que la ha usado más de una vez con alguna chica.

—Me llamo Madison y quiero un tequila.

—Eso ha sonado muy de Alcohólicos Anónimos. ¿Cuánto tiempo llevas sin beber?

—Demasiado…

—Entonces te lo has ganado.

Con un simple gesto de dedos, el camarero le sirve dos en un santiamén.

—¡Has tocado genial, Kyle! —le felicita.

—¿Te llamas Kyle? —pregunto disfrutando de mi rol.

Él sonríe de medio lado al captar mis intenciones.

—Sí. Pero estoy pensando en cambiármelo por Freddy. El cantante nos ha fallado, y al parecer, se me da bastante bien cantar.

—Has estado brutal —digo sinceramente. Él intenta adivinar si lo digo en serio o es parte de la actuación.

—Gracias… He hecho lo que he podido.

Lo observo. Lleva sus vaqueros oscuros favoritos, su colgante de púa y ese aire de «soy un músico sensible, pero también podría darte como a un cajón que no cierra».

Sus ojos se desvían hacia mi escote y se moja los labios.

—¿Todo bien? —le pico.

—Sí… Es solo que… no esperaba ese vestido.

—Me apetecía verme bien esta noche. Por mí. Por Lexi. Por la música. Por todo lo que no decimos nunca…

Él asiente y traga saliva como si el aire acondicionado no fuera suficiente para enfriar lo que le provoca.

No necesito que lo verbalice, lo leo en su mirada, en su lenguaje corporal, en la forma en que sus ojos me desnudan… A veces, un vestido no es para seducir, es para recordarte a ti misma quién eras antes de dejar que te rompieran.

—Entonces, ¿te ha gustado el concierto? —pregunta.

—Sí, mucho. Pero tocabas como si te estuvieras despidiendo de algo…

—Tal vez lo estaba haciendo.

—¿De qué? —pregunto insensata.

—De tener que callarme todo lo que siento.

—¿Y qué sientes?

Él coge los chupitos y me pasa uno para que brindemos.

—Que esta noche… es nuestra.

Chocamos los vasos, nos los bebemos de un trago, y acto seguido, estampa su boca contra la mía como si fuera un tren de mercancías.

No es un beso suave. Es un beso que grita, arde, y no pide permiso para hacer lo que quiere.

Me sorprendo respondiendo con la misma intensidad, porque siento que nos lo merecemos. Es como hubiera respondido años atrás, si me hubiera reclamado la noche que dejó la música a cambio de nada.

20
ALGO PARA RECORDAR



Estoy tan acelerado que no puedo ni pensar.

A mi espalda escucho exclamaciones de sorpresa, y seguro que una de ellas es de Lexi. Pero lo siento, ha dicho que nos dejemos llevar por una noche, y para mí, lo natural es no perder tiempo en cruzar ni media palabra si me topo con una chica como Madison.

No creo que pudiera soportar ni tres minutos sin entrarle.

¡No sé cómo soporté meses…! Y mucho menos, cómo pude rechazarla, dispuesta y desnuda en mi habitación.

Ese día me sorprendí a mí mismo. Pero que me lo agradeciera por la mañana, me dejó claro que había hecho lo correcto.

Que quede claro que, si simplemente, por la mañana, se hubiese subido a la barra de la cocina y hubiera abierto las piernas, me hubiera lanzado en picado sobre ella como un carnívoro inclemente.

Después de ese «Olvidémoslo», me pasé una semana sin poder mirarla a los ojos. Cada vez que lo hacía, era como si el aire se volviera viscoso. Había algo suspendido entre los dos que solo podía romperse si uno se atrevía a mencionarlo.

Una tarde, la escuché hablando por teléfono.

—Sí. Muy bien. A las dos, en la calle Harry. Allí estaré.

—¿A dónde vas? —pregunté temiéndome lo peor.

—Voy a ir a ver un piso. Creo que ya va siendo hora… No podemos seguir así…

—¿A qué te refieres? —Me hice el tonto. Pero ella no contestó.

—Iré a verlo mañana. Ya te contaré.

—¿Te acompaño?

—No hace falta. Vendrá Nataly…

La sola idea de ir perdiéndola poco a poco me aterró.

Me estuve devanando los sesos pensando en una solución. Una que no pasara por follármela con fuerza para demostrarle cuánto la necesitaba cerca.

De pronto, recordé que los vecinos de arriba habían sellado su piso a cal y canto cuando se mudaron a otra ciudad por trabajo. Les llamé, apelando a su misericordia, para que me dejaran alquilárselo unos meses a Madison a cambio de cuidárselo mucho.

Cuando aceptaron, respiré aliviado. No podía tenerla más lejos que seis metros hacia arriba.

Cuando volvió a casa, me preparé para la ofensiva.

—¿Qué tal estaba el piso?

—No estaba mal… pero no entraba la comunidad y las ventanas eran un poco antiguas. Por ahí se cuela mucho frío en invierno. Seguiré buscando.

—Pues estás de suerte, te he encontrado un piso con las ventanas nuevecitas.

—¿Me has buscado un piso? —preguntó extrañada.

—Sí, bueno, me acordé de que un vecino alquilaba el suyo.

—¡¿Y te acuerdas ahora cuando llevamos meses conviviendo?!

—Sí. Y me ha dicho que te lo alquila a buen precio el tiempo que quieras. Piénsalo, Madi, sería muy cómodo estar tan cerca… Por el bebé.

En su mirada leí que quizá no era lo suficiente lejos para nosotros. Porque hay distancias que se miden en metros, y otras, en ganas de no irte nunca.

El día de la mudanza había más cajas de las que parecían posibles. ¿Cómo podía alguien acumular tantas cosas en tan poco tiempo?

Madison aseguraba que había hecho una limpieza profunda, pero su concepto de limpieza incluía llevarse hasta los tuppers de la comida china para llevar.

—No hace falta que me ayudes —dijo intentando alzar una caja que parecía burlarse de mí.

—Y yo no necesito café para ser adorable, pero aquí estamos —respondí, arrebatándole la caja con una sonrisa que ya no sabía si me protegía o me delataba aún más.

Madison quería independencia y yo necesitaba tiempo. Tiempo para que mis sentimientos por ella disminuyeran lo suficiente para aguantar hasta que naciera el bebé. No quería joderla antes de tiempo y perderme ese momento a su lado.

Montamos varios muebles de Ikea. Colgamos cortinas y discutimos sobre la orientación del sofá. Pero también nos reímos mucho.

—¡Este cojín está poseído! —dije tras el tercer intento fallido por hacerlo encajar en su funda.

—O puede que tú estés maldito —respondió, juguetona.

A media tarde, abrimos unas cervezas sin alcohol y nos sentamos entre las cajas. Ella tenía las mejillas sonrojadas y yo las manos llenas de ese polvillo gris que no se va con nada. Pero había algo más. La complicidad había vuelto. Nos la habíamos permitido al saber que íbamos a perdernos de vista muy pronto.

—¿Estás segura de que quieres esto? —pregunté serio.

—¿Libertad emocional? Sí, por favor… —bromeó.

Pero yo no sonreí. Ella se puso seria.

—Me da miedo no tenerte cerca… —confesó en voz baja—. Pero me da más miedo que esto explote por no tener aire…

Cerré los ojos y lo entendí. Porque yo también me estaba ahogando en lo que sentía. En lo que no decía. En lo que no podíamos hacer…

Después, la ayudé a colocar los últimos libros en una estantería que se tambaleaba más que mi dignidad.

Ella insistió en subirse a una banqueta para alcanzar la balda superior y la agarré del brazo para sostenerla. Pero lo que de verdad estaba sujetando era la necesidad absurda de rodearle la cintura con las manos y besarle las piernas. O los tobillos. O lo que se dejara.

—¿Todo bien ahí arriba? —pregunté soportando apenas su cercanía.

—Sí… pero no llego del todo.

Se estiró un poco más y la camiseta se le subió hasta ver un centímetro de piel. Uno solo. Pero bastó para que mi cuerpo gritara en idioma hormonal.

—Baja —dije, más ronco de lo esperado.

—¿Por?

—Porque si no lo haces, voy a hacer una tontería…

Ella bajó. Despacio. Apoyándose en mí y nos quedamos frente a frente. Tan cerca que podía oler su desodorante.

—¿Qué tontería?

La miré, y estuve a punto de hacerla. De agarrarla y estampar mis labios contra los suyos sin preguntar, como acababa de hacer ahora mismo en el bar tras el concierto. Soñaba con desnudarla y pasar horas venerando su cuerpo.

Quise decirle que no quería que se fuera de mi casa.

Que cada día sin ella iba a doler como la resaca del tequila más barato de la tienda. Pero me callé. Solo respiré hondo y pregunté:

—¿Te apetece cenar pizza para estrenar la casa?

Ella sonrió aliviada y me tocó el brazo. Solo un segundo. Como quien no quiere hacerlo, pero lo necesita.

Esa noche, mientras comíamos entre cajas, riéndonos por cualquier chorrada, me di cuenta de que había evitado el beso para no arruinar lo nuestro, pero quizá, lo arruinamos al no besarnos. Y no iba a volver a cometer ese error.

—¡Kyle…! —Me frena Madison, pegada a mis labios.

Vuelvo al bar. Al presente. A mi futuro incierto con ella. Y me niego a perderla otra vez más.

—No te atrevas a decir que esto es un error —me adelanto—. Porque esto es lo más correcto que he hecho en mi puta vida. Quise hacerlo tantas veces en el pasado, Madison, que si volviera a conocerte no podría esperar ni un minuto para besarte.

—Oh, Kyle… —musita enternecida.

—No sé qué pasará con nosotros, pero si solo voy a tenerte esta noche para el resto de mi vida, no quiero desperdiciar ni un segundo más. Ya hemos desperdiciado suficientes…

Vuelvo a besarla, apretándola más contra mi cuerpo, y ella se entrega como hacía tiempo que no sentía.

—¿Hay algún almacén por aquí? —susurra sensual.

Me veo arrastrándola de la mano hacia una puerta en la que pone «Prohibido el paso», pero claramente, hoy me importan una mierda las normas.

Nada más entrar nos besamos con ansiedad. Un beso crudo y posesivo, de los que nacen en el estómago y mueren en los dientes.

Le agarro la cara, y dejo de besarla, jadeante, para mirarla a los ojos. Son un cóctel de incertidumbre, deseo y esa maldita locura que siempre me ha vuelto loco.

La acorralo con mi cuerpo contra la pared más cercana y ella tira de mi camiseta con una fuerza sobrehumana.

Me falta tiempo para subirle el vestido a la cintura y le arranco la ropa interior como quien abre una caja de Pandora sabiendo que se va a joder el mundo…

—Esto no es una solución… —susurra contra mi cuello, excitada.

—Me da igual. Te necesito…

—Puede joderlo todo más…

—Pero lo joderá más bonito —gruño terco. Ella se ríe. Dios… Esa risa.

Mis manos recorren su espalda con torpeza, como si después de tres semanas sin tocarla tuviera que aprenderme su cuerpo de nuevo. Pero no me importa ir lento, lo único importante es que, una vez más, ella está teniendo sexo conmigo en un lugar absurdo donde no deberíamos estar.

Me siento sobre una caja y la insto a colocarse sobre mí a horcajadas. Ella se muerde el labio cuando su centro entra en contacto contra la recia tela de mi pantalón vaquero. Me besa abandonándose a sus pensamientos y yo me dejo encantado. Esto es el puto paraíso.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunta al universo.

—¿Quieres parar?

—No…

Ese «No» es lo mejor que he oído en mi vida.

Dejamos de hablar y somos solo piel, jadeos, caricias y ese gemido tan suyo que me sacude como un cable pelado.

Me desabrocha el pantalón, para encontrarme deseoso y listo y me sumerge en ella, marcando un ritmo sensual que ni el mejor metrónomo.

—Jo-der… —murmuro alucinado.

Doy gracias a Dios por volver a estar enterrado en ella, mordiéndome la lengua para no confesar que llevo un mes echándola de menos cada noche, cada ducha, cada maldito café en silencio.

—Dios… —Cierro los ojos y exhalo. Ella no deja de moverse, arriba y abajo, ofreciéndome un placer inaudito. Por un segundo, todo vuelve a tener puto sentido.

—Me voy a correr en nada… —avisa ella—. Esto es… maravilloso.

—Yo tampoco voy a durar mucho… Desde que te he visto entrar me tienes como una moto. De repente he recordado quién soy. Quiénes somos juntos. No puedo perderte, Madison… Lo eres todo para mí.

Se clava más en mi cuerpo, echándose hacia atrás y el placer retumba entre los dos como una onda expansiva.

Presiono sus pechos y los beso para hacerla estallar. Ella piensa que son mi zona favorita, pero en realidad es la suya. No falla. Con hacerles un poco de caso, ella se rompe en mil pedazos. Un día logré que se corriera solo con mi lengua. Estuvo semanas mirándome como si fuera de otro planeta.

Cuando la siento llegar al orgasmo, dejo de retener el mío con un alivio infinito. Me atraviesa un latigazo celestial que solo ella es capaz de provocarme. Después, nos quedamos muy juntos y semidesnudos,

jadeando entre un montón de botellas. Su pelo está por todas partes y no puedo dejar de sostenerla contra mí.

—Esto no cambia nada —susurra rompiendo el hechizo.

—Ya lo sé…

—Solo ha sido…

—Lo sé… Pero me conformo. De momento, no me merezco nada más.

—Esto no es culpa tuya, Kyle.

Que diga eso me preocupa. Porque de hecho, sí fue culpa mía. Me creí un soplo falso, no contrasté los hechos y me dejé llevar por la desesperación. Pero ese no es el problema…

¿Cómo no me he dado cuenta antes?

Mi padre me lo dijo la primera noche que pasé en su casa.

—¡¿Con la vecina?! ¡¿Pero tú eres tonto o qué te pasa?!

—No soy tonto, papá. No es por ella. Pamela me da igual.

—¡¿Ahora tiene nombre?! —bufó.

—¡Claro que tiene nombre! ¡La conozco desde hace años! Me la zumbé varias veces antes de conocer a Madison… ¡Pero no es nadie!

Los ojos de mi padre se abrieron como platos.

—Esto cada vez pinta peor, hijo… ¿Madison sabe que es una reincidencia?

—No. Por lo que a ella respecta, nunca hemos follado. Solo nos pilló besándonos.

—¡Dios, Kyle… ¿es que no sabes nada de mujeres?!

—¡Pues no! ¡Nunca me ha hecho falta!

—¡Sois todos idiotas! ¡Mis hijos son idiotas…!

—Pero guapos —espeté.

—Por suerte…

—Esto no ha sido culpa mía, papá. Hace meses que estamos mal. ¡Lo de Pamela solo ha sido la gota que ha colmado el vaso de un año de mierda…!

—¡Y tú le has dado la excusa perfecta para dejarte!

Eso es lo que es. Una excusa…

Madison se viste sin mirarme. Huye de nuevo. Como siempre. Y me fallan las fuerzas para detenerla porque ahora sé que nuestro problema nunca ha sido Pamela. Ni que ya no me quiera. El problema es otro… Y no tengo ni idea de lo que es.

Salimos del almacén como dos culpables que han cometido el delito más hermoso del mundo.

21
CÓMO PERDER A UN CHICO EN DIEZ DÍAS



Hay decisiones que se sienten como un salto al vacío, pero a veces, el vacío eres tú misma…

Me despierto con su olor todavía en mi piel. Con su respiración aún fresca en mi cuello. Con sus jadeos rebotando en cada rincón de mi cabeza como una alarma emocional de alta intensidad.

Me he vuelto a acostar con Kyle…

No una, sino varias veces. ¡Soy idiota!

Pero esta vez ha sido distinto, porque esta vez lo hicimos sabiendo todo lo que somos y lo que ya no somos. Y aun así…, lo hicimos.

Me levanto en silencio y me encierro en el baño. Me miro en el espejo y no sé si estoy más despeinada por el sexo o por el pánico que siento.

Busco mi móvil con dedos temblorosos y marco el nombre de Lexi.

—¿Madison? ¿Sabes qué maldita hora es?

—Las decisiones estúpidas no tienen horario…

—¿Que has hecho ahora? Porque anoche tu hermana me convenció de que de pequeña eras un Gremlin malo…

—Me he acostado con Kyle.

—Cuéntame algo que no sepa. Estaba allí cuando volvisteis del almacén apestando a sexo. Si queríais esconderlo, haberos lavado las manos…

—Esa no fue la única vez…

—Me lo imaginé cuando vi cómo os metíais mano mientras bailabais, un par de horas después, y os fuisteis al baño.

—Esa vez sí nos lavamos las manos.

—Mejor para vosotros…

—Pero al final de la noche, me acompañó a casa…

—Vaya… Menudo Casanova. Ha hecho los deberes…

—¿Qué significa eso? ¿Le dijiste que lo hiciera?

—Eso no importa. Lo importante es… ¿Estuvo bien?

—No te he llamado para hablar de eso.

—Así que fue la leche. ¡Genial!

—¡Lexi! ¡Tengo problemas serios!

—¡Vale, vale…! A ver, ¿cómo te sientes ahora?

—Como si me hubiera lanzado a una piscina llena de pirañas y el borde estuviera más lejos de lo que recordaba.

—¿Crees que ese es tu problema, que te has lanzado hacia un problema? Tú no eres así, Madi, tú huyes de los problemas… Y creo que el sexo ha sido una huida hacia adelante… para huir de un problema aún mayor.

No respondo porque lo ha clavado. Es mi *modus operandi*. Cuando las cosas se tuercen, me asusto y tiendo a huir. Y para eso, construyo una versión de mí misma que no necesita a nadie, aunque sea mentira.

Lexi me pide que respire y le cuente qué me pasa. Pero no quiero. Porque lo que me pasa soy yo y no tiene arreglo.

—No puedes ayudarme…

—¡Claro que puedo!

—No, nadie puede. Adiós, Lexi.

—¡Madison, espera…!

Un par de horas después, suena el timbre de mi casa y, al abrir la puerta, aparece Lexi con un jersey de unicornios.

Termino sentada en el sofá, abrazada a ella, llorando, sin nada que perder.

Me fijo en que los unicornios de su jersey estan haciendo yoga. ¡Yoga! Y no hay uno, ni dos… son *cinco unicornios*, cada uno en una postura más humillante que la anterior. Su coleta alta le da el toque de heroína de comedia francesa y su mirada me atraviesa como si acabara de estudiarse mi historial clínico completo.

—¡El problema soy yo, siempre he sido yo! —sollozo—. Pensaba que estaba bien, que su amor me había curado, y el de los niños, y mi nuevo trabajo, pero no…

—Las cosas no funcionan así. El amor no cura trastornos mentales por muy romántico que quede decirlo.

—Ahora lo sé… —gimo, sorbiéndome los mocos.

—Voy a ayudarte a averiguar por qué no quieres volver con Kyle, porque sé que Pamela no es el motivo.

Respiro hondo. Y no es suficiente.

Siento los ojos llenos de algo que no quiero definir.

Miro sus estúpidos unicornios haciendo el perro boca abajo y, de repente, todo me parece demasiado.

—El motivo es que tengo miedo —digo en un susurro.

—¿De qué?

—De que mis demonios ganen. De hacerle tanto daño que un día se despierte y me mire como si fuera una extraña. Porque a veces lo soy... Soy otra. Y no me gusta esa otra. Es alguien que no se fía ni de su sombra. Alguien que, el día de mañana, arrastrará a dos niños inocentes con ella, y a una prima que ha invertido todo lo que tiene en su negocio en común…

Lexi asiente, no como terapeuta, sino como humana.

—¿Has recaído en el TLP? ¿Tienes paranoias?

—Sí… Desde hace un par de meses. Desde que todo se volvió una auténtica locura. Desde que Richi empezó con su racha de preguntas existenciales tipo «¿tú también vas a morirte, mamá?». Desde que Rosie duerme menos que una farola rota, y desde que mi negocio me exige que sea CEO, musa y madre sin fallos las 24 horas. Dejé de tomar la medicación porque me atonta demasiado. ¡Y así no puedo seguir el ritmo!

Lexi se levanta en silencio y me acerca una caja de pañuelos. Le agradezco el gesto porque soy una fábrica de mocos.

—Tienes que volver a tomar la medicación, Madison.

—¡Entonces no podré con todo! Y ya no tengo elección. ¡No puedo elegirme a mí misma! ¡Lo perderé todo…!

—Si tú no estás bien, nada funcionará, Madi.

—Si tomo la medicación, volveré a depender de él. Y eso me frustra y me cabrea. Porque yo debería ser suficiente… Y no lo soy.

Lexi se sienta otra vez. Me mira y sonríe. Esa sonrisa rara suya, mezcla de ternura y bomba emocional.

—¿Puedo decirte una cosa que no vas a querer escuchar?

—Dispara…

—Quizá el problema no es que no seas suficiente, quizá el problema es que llevas tanto tiempo siendo todo para los demás… que cuando alguien quiere ser algo para ti, te parece una amenaza para tu equilibrio.

—¿Eso es una frase tuya o la has leído en Pinterest?

—Mi terapeuta me la gritó durante una meditación con incienso y una cabra.

—¿Tú tienes terapeuta?

—¡Por supuesto! Solo se ve la paja en el ojo ajeno, ¿no lo sabías?

Nos reímos con ligereza. Con esa risa que solo sale cuando acabas de rozar el fondo y ves que hay algo flotando arriba.

—¿Qué voy a hacer ahora, Lexi? —pregunto perdida.

—Seguir hablando conmigo para que las voces en tu cabeza no sean las únicas que opinen sobre ti.

—¿Y si no se callan nunca?

—Haz como yo. Ponles nombre y las sientas a tomar el té, pero no dejes que conduzcan tu vida. ¿De acuerdo?

Cuando Lexi se marcha de mi casa solo me quedan claras dos cosas: la primera, que necesito priorizarme por primera vez en mi vida; y la segunda, que necesito robarle ese maldito jersey de unicornios.

Hay decisiones que se toman con la cabeza, otras, con el corazón, y luego están las que se toman porque tu terapeuta te mira como si supiera que acabas de comerte media tableta de chocolate a escondidas.

—¿Sabes qué? —me dice Lexi al día siguiente en su consulta— Me alegra que te hayas enfrentado a tu hermana y a tu prima y les hayas explicado que necesitas unos días para pensar en lo que quieres hacer con el resto de tu vida. Tenemos helado, cerveza y horas por delante para psicoanalizar en qué estabas pensando cuando te liaste con el primer novio de tu hermana en el instituto.

—¡En que los hombres son unos cerdos! Pero yo lo soy más.

Lexi sonríe divertida. Y es raro porque yo no puedo dejar de llorar. No puedo cerrar el grifo, como si estuviera en un funeral. El de mi matrimonio.

—¿Lloras por un hombre o por ti? Piénsalo bien —me señala Lexi.

Buena pregunta.

—No sé… ¡Yo le quiero! Pero una cosa es querer a alguien y otra necesitarle. Y últimamente, te juro que no sabía dónde empezaba yo y terminaba él. Pretendía ser una supermamá CEO, mientras él me cubría en lo más básico y era infeliz sin su música. A la vez, yo sentía que estaba dejando de quererme y que mi vida iba a ser insostenible. ¿Sabes el miedo que da eso?

—Él también sentía que te estaba perdiendo.

—¿Por culpa de Eddy? —digo extrañada.

—No, por todo lo que Eddy representa.

—¿Y qué representa?

—Todo lo que necesitas y Kyle no puede darte. Una sensación de seguridad y autonomía muy concreta.

—Deberías cobrar más…

Lexi asiente mientras se reacomoda en su sillón, como si fuera una oruga feliz en su crisálida de terciopelo panda.

—Cuéntame qué te duele más: haberlo perdido o haberte perdido a ti misma por formar una familia con él.

Esa elección me toca una herida que creía dormida. Porque me he pasado tanto tiempo intentando que la gente me quiera, que me olvidé de quererme a mí misma.

En algún punto entre los pañales, las campañas de *influencers* y las noches en las que él dormía en el sofá porque estaba molesto conmigo, me convertí en una sombra de la chica que logré ser antes de que naciera Rosie. Antes de emprender el negocio. Cuando solo éramos tres y no me agobiaba hasta ir al supermercado.

Esa chica me gustaba. Era genial.

—Lo echo todo de menos. No solo a él —digo en voz baja—. También me echo de menos a mí. Pero ahora creo que esa época fue un espejismo. Que yo no soy así y mi destino es sentirme mal siempre.

Lexi se pone seria. Que en su escala, es como si un payaso dejara de lanzar pasteles para sacar un bazuca.

—¿Qué versión de ti te gustaría recuperar? ¿Cómo era esa chica?

—Una que se reía por todo. Una que bailaba reguetón en bragas. Una que no se disculpaba por nada. Que no tenía miedo de amar ni de ser amada… y puede que ni de liarse con un tío en un almacén pensando que era otro.

—Ah, la gloriosa zorrita descarada que confundió al novio de su hermana con su hermano. ¡Esa chica me cae bien!

—A veces pienso que la felicidad me queda grande, Lexi… —confieso en voz baja—. ¿Eso tiene cura?

Ella se acerca, me toma la mano con las suyas frías como cubitos de hielo, y dice:

—La felicidad no te queda grande, Madison. Lo que te queda grande es la culpa. Porque llevas años sintiéndote culpable por tu pasado, y estás agotada de intentar compensarlo. Pero, cariño… tú no le debes nada a nadie. Solo a ti misma. Y en todo caso, a tu hermana Nataly.

Las lágrimas se me escapan sin pedir permiso.

Ni siquiera intento borrarlas de mi cara. Al final, Lexi me lanza un rollo de papel higiénico con dibujitos de unicornios y me guiña un ojo.

—¿Sabes qué? Estás aquí porque quieres superar tu mierda. Eso ya es un paso enorme.

Lo dice tan segura, tan jodidamente convencida, que me lo creo.

—¿Y cómo voy a hacerlo…?

—Hay que empezar por quitar todas esas muletillas en las que te apoyas para no pensar por ti misma, y eso incluye a Kyle. Y a Eddy… Y puede que también a tus hijos.

Abro los ojos, alarmada.

—Necesitas aprender a estar sola, Madison. Nunca lo has estado. Solo así podrás escucharte.

—No sé si podré…

—Con la custodia compartida, tendréis a los niños una semana cada uno. Tiempo suficiente para fingir que vuelves a ser la Madison de hace cinco años. Te vendrá bien…

—¿Estás diciendo que… vas a decirle al juez que deberíamos divorciarnos?

—Sí. Es la decisión que he tomado. Pensando en ti.

Me voy de su consulta sin saber si me estoy curando o rompiendo en mil pedazos, pero algo dentro de mí se ha puesto en marcha. Algo que lleva dormido mucho tiempo. Algo que enterré muy hondo para que nadie lo encontrara. La única parte de mí que soy capaz de apreciar.

La primera vez que fui consciente de que esa parte de mí existía fue cuando Kyle me acarició la cara mientras me hacía la dormida. Sentí que yo era algo bueno. Sentí que era su hogar.

Y quizá todavía lo sea.

Pero ahora también quiero ser mi propia casa.

22
MIRA QUIÉN HABLA



Después de disfrutar de tres orgasmos anoche, cualquiera diría que debería estar sonriendo como un idiota, pero en lugar de eso, solo puedo pensar en que algo en ella se ha apagado.

Madison no responde a mis mensajes.

No me ha bloqueado ni me ha dicho que me odia, pero este silencio es mucho peor. Porque lo conozco. Lo he vivido antes, y no trae nada bueno.

Me quedo en el coche con la música encendida y la cabeza a punto de explotar. A veces, me engaño pensando que todo está bien, que esto es solo un bache. Que es como una canción desafinada que se corrige antes del estribillo. Pero otras veces, como ahora, creo que esto es un puñetero muro infranqueable. Uno que ella misma está levantando piedra a piedra para no dejarme pasar.

Típico de ella, tomarla conmigo.

Lo hizo hasta cuando se puso de parto…

—¡ME CAGO EN TODO LO SAGRADO, KYLE!

Cuando me llamó en mitad de la noche, y en vez de un hola escuché esa frase, abrí los ojos espantado. Eran las cuatro de la mañana, llevaba solo unos calzoncillos y hacía un segundo estaba soñando con Jennifer Aniston.

Me levanté de un salto, me vestí a toda hostia y subí al piso de Madison, donde la encontré agarrada al marco de la puerta del baño como si estuviera a punto de despeñarse por un acantilado de azulejos.

—¡Lo siento, pero no! ¡Esto no son contracciones de Braxton Hicks, son contracciones de «me estoy cagando viva, joder»! —gritó, sudando, con el moño retorcido como si hubiera dormido en una licuadora.

—¿Estás segura? —pregunté, acojonado. ¡Todavía faltaban tres semanas!—. ¿Y si esperamos un poco? Igual se te pasa…

—¿Esperar? ¡¿ESPERAR?! ¡Kyle, si no me llevas al hospital en los próximos cinco minutos, voy a parir aquí mismo y te juro por mi colección de tazas vintage que te vas a comer mi placenta con patatas!

Y ahí empezó la carrera. ¿O debería decir «la odisea»?

Mientras ella maldecía en un idioma nigromante, yo buscaba su bolsa del hospital como un concursante del Grand Prix.

«¡¿Dónde cojones estaba?! ¡La tenía lista desde hacía un mes!».

—¡No encuentro la maldita bolsa! —grité histérico.

—¡Está en el armario de las toallas! ¡Como tenga que ir yo a por ella, te reviento!

Me tropecé con un taburete, pisé un pintauñas asesino, y me di cuenta de que me había puesto la camiseta del revés. Finalmente, conseguí salir de casa, con ella colgada de mi cuello como un koala, resoplando como un toro y amenazando con demandarme a mí y a mis espermatozoides.

En el coche, el espectáculo continuó:

—¡VOY A MORIIIIR! —gritaba desolada—. ¡Esto es el karma por toda una vida de cabrona! ¡Dios me odia!

—¡Respira, Madison! ¡Recuerda las clases de preparación al parto!

—¡Esas clases son una estafa! ¡¿Por qué nadie me dijo que dolía tanto!

En la siguiente contracción, me apretó la mano con tanta fuerza que pensé que me había roto dos dedos. Aprovecho para reivindicar que conducir con una mano debería ser deporte de riesgo…

—¡TE ODIOOO! ¡Tú me has hecho esto con tu estúpido esperma Norton!

—Lo siento… —dije, aguantando el tipo—. Ya estamos llegando, nena. ¡Respira! ¡Tú puedes!

Por algún milagro cósmico o porque el universo decidió no matarnos ese día, llegamos sanos y salvos al hospital.

En cuanto la bajaron a la silla de ruedas, empezó a gritar como si estuviera en un concierto de heavy metal en el infierno.

—¡QUE NADIE SE ATREVA A DECIR QUE ESTO ES NATURAL Y HERMOSO! ¡ESTO ES UN DESPROPÓSITO!

Dos enfermeras nos miraron conteniendo la risa. Yo estaba empapado en sudor, y seguramente dilatado de siete centímetros.

Pero luego… todo empeoró.

Madison empujaba con los ojos llenos de fuego y el alma en guerra. Gritaba como si el cuerpo se le rompiera por dentro. Y yo… yo me estaba rompiendo con ella.

—¡ESTO ES CULPA TUYA! —me gritó en pleno pujo.

—¡¿De qué hablas?! ¡Si prácticamente me violaste! —repliqué con una mezcla letal de pánico y amor bajo la piel. Ella sonrió y apretó los dientes tan fuerte que si hubiera tenido una bola antiestrés, la habría partido en dos.

Os juro que en ese momento me enamoré un poco más.

—Maldita sea… Te voy a arrancar las pelotas y las voy a guardar en el bote de los chupetes… —dijo más bajo.

—Eso no suena muy higiénico… —Le acaricié la frente con ternura.

—Me duele, joder, Kyle… —gimoteó vulnerable—. ¡Me duele mucho!

—Lo sé, nena —dije acercándome más a ella—. Pero estás increíble. Nunca me has parecido más fuerte. Más tú.

—Cállate… —musitó entre sollozos—. Siempre dices cosas bonitas en el peor momento.

—Es un superpoder.

El buen rollo duró poco. Se puede decir que Richi llegó al mundo con banda sonora incorporada de insultos a todo volumen, pero en los últimos instantes de lucha, el mundo pareció quedarse en un silencio atronador.

—¡Ya está aquí! —gritó la matrona—. ¡Ya sale!

Y entonces lo oí.

Ese llanto. Agudo. Roto. Único. Era mi hijo…

Estaba cubierto de vérnix y arrugado como una pasa, y aun así…, me pareció perfecto. Fue como si el caos tuviera sentido por primera vez en mi vida.

—¡Es un niño! —dijo alguien, aunque ya lo sabíamos. Pero escucharlo en voz alta cambió el eje de mi universo.

Lo pusieron sobre Madison para que estuvieran piel con piel y ella lloró sin pudor. Bueno…, y yo también. Porque ese bebé no era solo nuestro hijo, era la prueba física y ruidosa de todo lo que habíamos construido sin darnos cuenta en esos meses.

Tenía el ceño fruncido de Madison y una nariz minúscula que, lo juro, era mía. Mirarlo fue como ver todo lo que nunca supe que quería.

—Hola, campeón… —susurré con la voz rota—. Soy tu padre… y estoy jodidamente enamorado de ti…

Cuando me tocó cogerlo en brazos, me tembló el pulso. No entendía cómo algo que pesaba tan poco, fuera capaz de desbordarme así.

Madison me miró con un orgullo que no olvidaré nunca, y antes de que pudiera darme cuenta, la estaba besando.

No fue un beso sexual. Ni siquiera romántico. Fue uno de esos besos que nacen de la emoción más pura y el agradecimiento infinito. Mi boca me arrastró hacia ella con la urgencia de quien acaba de sobrevivir al fin del mundo.

Cuando me aparté, Madison me miró como si no supiera si pegarme o besarme otra vez.

—Lo siento… —susurré con culpabilidad—. Me he dejado llevar…

—No pasa nada —respondió abrumada.

Esa noche dormimos juntos en el hospital, con Richi en la cuna de metacrilato y nuestras manos agarradas por el vértigo de la que se nos venía encima. No era para menos. Porque, de repente, éramos tres.

Mi mente vuelve al coche. A la lluvia. A este presente en el que Madison se aleja de mí como si amarme fuera pecado. O como si necesitarme la hiciera más débil…

Menos mal que Lexi me lo advirtió.

Cuando acabó el concierto, vino directa, haciéndose pasar por la *groupie* más fanática y me interceptó como ese médico que te prepara para lo peor antes de que alguien fallezca.

Pero no quiero creerla. Porque yo sé lo que vi en su cara cuando Richi nació. Sé lo que sentí cuando la besé sin planearlo. Lo que hay entre nosotros no se borra con miedo. Es al revés.

Quizá yo no pueda arreglarla. Quizá ya no pueda salvarla. Pero no voy a dejar que se hunda sola.

23
AMOR CON PREAVISO



Cuando la sala todavía vibraba con el eco del último acorde, de los aplausos, de los brindis, las luces, el sudor, las sonrisas… vi a Lexi buscarme entre el público.

No era a quien estaba esperando ver, e inevitablemente, las malas vibraciones se instalaron en mi pecho.

Le hice un gesto con la cabeza para reunirme con ella en la parte de atrás.

—¡Un concierto genial! —exclamó contenta pero triste a la vez. Ya no tenía duda de que venía con malas noticias, además de con un modelito que podría intimidar a Satanás.

—Gracias —respondí con media sonrisa—. ¿Has venido a felicitarme o a darme instrucciones románticas?

—Ambas. ¿Tienes dos minutos para que te rompa un poco el corazón? —dijo con una mueca graciosa aunque culpable.

Me eché a reír y luego asentí.

—Dispara. Podré con ello… ¿Qué te ha dicho?

Lexi me miró con esos ojos que siempre parecían saber más de lo que deberían.

—Madison no me ha dicho nada, esto es cosa mía. Se acaban las siete sesiones, Kyle… El *show* terapéutico termina, pero no tendrá un final feliz. Al menos, no todavía.

Tragué saliva. Cuando se ponía seria, tu perspectiva sobre ella cambiaba radicalmente. Se convertía en ese tipo de persona en la que confías ciegamente.

—¿Tan mal está la cosa?

—No está para que funcione. Y no porque no te quiera, porque te quiere con locura. Pero eso no basta. Madison necesita algo que tú no le puedes dar: estabilidad dentro de su propia cabeza. Y eso no se encuentra en ti, ni en los niños, ni en una relación. Eso tiene que conseguirlo ella sola.

Me encogí de hombros, dolido.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? ¿Dejarla marchar?

—No —contestó Lexi, sonriendo con ternura—. La acompañas desde lejos. La entiendes. Y te preparas para la posibilidad de que te diga que no quiere seguir contigo. No es que «no quiera», es que «no puede». Porque necesita tocar fondo ella sola, sin flotador.

—Joder, Lexi…

—Lo sé. Duele. Pero escucha —me tocó el brazo para que notara su apoyo—. Esta noche probablemente habrá sexo…

—¡¿Qué?!

—Pero no será de reconciliación, ni quiero que te dé esperanzas. Será una despedida, Kyle. Porque a veces, hay que terminar de romperse para reconstruirse bien. Si no, sería solo un parche temporal.

—¿Y si yo no quiero romperme más? Porque volver a disfrutar de ella, sabiendo que voy a perderla… No sé si podré.

—Tienes que hacerlo, Kyle. Finge. Madison lo ha estado haciendo toda la vida. Ha construido una personalidad entera para parecer

funcional, perfecta, deseable… Pero está agotada. Está harta de necesitar que alguien la salve todo el tiempo. Aunque tú seas el mejor salvador del mundo.

Me mordí los labios, atenazado. Lexi bajó la mirada.

—Y tú… tú tampoco puedes vivir en modo rescatador eterno. Tú también tienes tus heridas. Ella cree que la única forma de ser amada es siendo perfecta, porque cuando era niña, si no destacaba, se sentía ignorada. Y prefería que la castigaran y pensaran mal de ella, a que no lo hicieran en absoluto. Pero ahí también creció su necesidad de que los demás la quieran. Y tiene tanto miedo a que la rechaces. Que huye y se autoboicotea.

—Ya sé todo eso. La conozco mejor que nadie.

—Ya. Pero ya no puedes evitarlo más, tú también estás cansado. Y hasta que no se enfrente a todo eso ella sola, no va a salir del bucle…

Lexi metió las manos en los bolsillos y ablandó un poco su expresión.

—Y lo peor es que tú la amas tanto, que estarías dispuesto a seguir sosteniéndola eternamente. Pero te lo digo como terapeuta y como amiga: el amor no es una ambulancia.

—Yo me considero más un hospital —bromeé—. Y tengo camas libres para ella.

Lexi sonrió, con los ojos brillantes.

—Pues ponle sábanas limpias. Porque si consigo que vuelva, será para quedarse…

—Gracias, Lexi. Te conozco poco, pero confío en ti. Nunca había visto nada igual… Eres muy buena en esto.

—Gracias… La maldición es que para el resto de las cosas soy un desastre. Incluso conmigo misma.

Le sonreí. Me gustan los desastres. De siempre. Nos reconocemos entre nosotros.

Ella me dio un abrazo rápido y me deseó suerte. Cuando se giró para irse, frenó en seco al ver a alguien que iba al baño.

—Mierda… —murmuró, escondiéndose un poco.

—¿Qué pasa?

—Nada. Ese era… el novio de mi mejor amiga. El que me gusta, ¿recuerdas?

Miré al tipo. Tenía pinta de romper corazones a diestro y siniestro. Guapo, elegante, astuto…

—¿Y tú? ¿No vas a hacer nada con ese tema?

—No. No serviría de nada… Nunca me elegiría a mí.

—Yo creo que eres tú la que no se está eligiendo. Eres tú quién elige a tu amiga y no a ti. Pero tú eres una cambiavidas, Lexi. El mundo no necesita aguantar a otra *influencer* de postureo aparentando tener la vida perfecta, necesita a gente como tú, que llega, se mete en tu alma y te la desmonta hasta que ves lo que realmente vale la pena. Y ese tío tiene pinta de saber apreciar ese tipo de cosas…

Lexi parpadeó. Después se le escapó una sonrisa lenta, de esas que solo salen cuando alguien te ve de verdad.

—Gracias por verme de verdad, Kyle…

—De nada.

Volvió con los demás y el resto ya lo sabéis. Cumplí con las indicaciones de mi doctora, más otras dos de regalo. Una para afianzar y la otra para autodestruirme del todo.

El polvo en los servicios fue un *carpe diem* lujurioso. Un «aprovechar el momento» mientras todavía fuéramos el uno del otro con la falsa felicidad que te da el alcohol. Pero cuando nos acostamos en la que fue nuestra antigua casa, fue un cataclismo. Fue horrible. Y empecé a vislumbrar que Lexi tenía razón. No estábamos bien.

Subimos en el ascensor en silencio.

Sin hablar. Sin besarnos. Sin acariciarnos. Sin sonreír…

Solo el sonido de nuestras respiraciones contenidas y el latido irregular de todo lo que no queríamos admitir.

Entré primero en el piso y me quité la chaqueta. Sentí cómo Madison cerraba la puerta despacio, como si ya supiera que esa noche era un final. O un falso final. De los que duelen más que los reales.

—¿Quieres beber agua? —pregunté, sin querer romper del todo el hilo invisible que nos unía.

—Quiero beberte a ti —respondió con su voz de borracha, aunque sonó rota y cansada. Como si llevara semanas tragándose lágrimas, palabras y deseos.

La miré y, a pesar de tener el vestido arrugado, el rímel corrido y cara de estar llorando por dentro, me pareció la mujer más jodidamente bella del mundo.

—Madi…

—No digas nada. Solo… bésame.

Y lo hice.

Crucé el salón en dos zancadas y la besé con rabia, con tristeza, con hambre y con todo mi amor. Que era mucho. La besé como si fuera la última vez. Porque sabía que lo era. Ella me mordió el labio inferior y me agarró del cuello con fuerza, como si quisiera fusionarse conmigo por dentro. Como si quisiera romperse contra mí para que doliera menos.

Ni siquiera llegamos a la cama. Ella me empujó contra los cojines del sofá y se sentó a horcajadas sobre mí, sacándose el vestido por la cabeza como si le quemara la piel.

—No soy buena para ti —susurró, mientras me desabrochaba el pantalón—. Y aun así, te he deseado cada segundo desde que te conocí. Incluido este último mes de mierda…

—Ya sabes que el sentimiento es mutuo —respondí, sin aliento, ya con sus manos en mi masa.

Me metió en ella de golpe, sin advertencia. Y los dos gemimos en voz alta. Yo cerré los ojos, porque ese cuerpo lo conocía de memoria, pero esa noche… sabía distinto. Sabía a dolor. A despedida. A debacle emocional. A lo que fuimos y a lo que ya no podíamos seguir sosteniendo.

Se movió encima de mí como si quisiera borrarme. O recordarme para siempre.

—Te odio por hacerme necesitarte tanto —susurró con los labios en mi cuello.

—Y yo te odio por no poder olvidarte —respondí, mordiéndole el hombro.

Dijimos «te odio» cuando queríamos decir «te quiero y me asusta». Porque eso hacemos los cobardes: fingir que el amor es

rabia para que duela menos.

Cuando se corrió, se le encharcaron los ojos. No de placer, sino de todo lo que no podía arreglar. De todo lo que estábamos rompiendo. La abracé fuerte, como si pudiera mantenerla entera solo con mis brazos.

Pero no podía.

—Kyle…

—Lo sé…

—No puedo…

—Ya lo sé.

—Pero te quiero.

—Y yo a ti.

Se quedó quieta encima de mí. Apoyando la frente en mi clavícula como si quisiera grabar ese momento en su piel. Como si lo necesitara para sobrevivir a los siguientes meses.

Nos dormimos abrazados en el sofá. Desnudos y completamente rotos. Con nuestra manta de siempre por encima.

Al amanecer, ella ya no estaba.

No sé a dónde iría. Pero sí sé que volví a casa de mi padre y lo encontré desayunando mientras los niños veían la tele.

—Tienes cara de haber follado y llorado al mismo tiempo —dijo mi padre en cuanto me vio.

—Será porque he follado y llorado al mismo tiempo —respondí, con el alma hecha trizas y unas ojeras de guerra.

Él asintió como quien lleva décadas viendo lo mismo.

—¿Café?

—¿Tienes whisky?

—Tengo whisky dentro del café. ¿Te sirve?

Sonreí, pero con un ligero temblor en la boca. Era una amenaza de mi cuerpo tipo «No sonrías, estamos tristes. Es demasiado sobreesfuerzo».

Me senté a su lado. El mismo sitio donde me enseñó a cambiar pañales con una botella de cerveza en la mano. Esa sabiduría de la vieja escuela que no viene en ningún manual. Me puso una taza delante y preguntó:

—¿Se acabó?

—No es tan simple.

—Nunca lo es. Pero has acabado la noche llorando, no es tan complicado.

Suspiré vencido.

—No se ha ido por falta de amor. Se ha ido porque se está buscando a sí misma. Porque necesita aprender a estar sola sin que yo la salve.

Mi padre se apoyó en la encimera y se cruzó de brazos.

—¿Quién os ha metido a los jóvenes en la cabeza que tenéis que hacerlo todo solos?

—No sé… Pero si es lo que ella necesita, tendré que apartarme y esperar.

Él asintió muy serio.

—Eres un buen hombre, Kyle. Es lo único que siempre deseé para vosotros. Que fuerais buena gente…

—No me siento así. Me siento como si le hubiera fallado…

—Cuando tu madre murió, me sentí igual —dijo sentándose frente a mí—. Como si amarla tanto no hubiera bastado para salvarla. Pero hay una verdad jodida que cuesta aceptar: no puedes ser el escudo de alguien que está peleando contra sí mismo. Solo puedes estar cerca, sin entorpecer.

Bajé la mirada. Las manos empezaron a temblarme.

—No quiero perderla.

—Pues no la pierdas. Dale espacio. Tiempo. Pero no la sueltes del todo.

—¿Y si no vuelve?

—Si no vuelve, será porque ha encontrado otra forma de estar bien. Y respetar eso, aunque te joda, también es amor.

Me atraganté con el café. No por el whisky. Sino por las ganas que tenía de llorar

—Lexi me dijo que no me fuera muy lejos.

—Entonces quédate cerca. Como un faro de esos que siguen encendidos aunque el barco aún no esté listo para volver a puerto.

Me miró con esa mezcla de orgullo y compasión que solo los padres saben poner.

—Cargué contra ti por acostarte con otra, pero… ¿sabes qué has hecho bien?

—¿Qué?

—Dejar que ella decida. Que se equivoque. Que aprenda con dolor. Y créeme, hijo, eso vale más que cualquier anillo…

Me quedé en silencio, aferrado a una taza caliente y a una certeza fría: que, a veces, el amor se demuestra sabiendo retirarse a tiempo.

24
CON DERECHO A ROCE



Hay cafés que te salvan la mañana… y otros que te destrozan el mes.

Porque sí, me ha dado por entrar en una de esas cafeterías modernas que intentan parecer francesas pero huelen a sobras de *carrot cake* y a ambición inmobiliaria. Y, después de pedir un café extremadamente caro, me he encontrado a Pamela de frente.

Es verla y que se me revuelva el estómago.

Con su chándal *feelgood* blanco, su moño perfecto y el móvil en la mano revisando sus mil *likes* de buena mañana. Parece una de esas ex que se cuidan porque saben que, tarde o temprano, vendrán a espiarlas.

—¡Hola, Madison! —me saluda jovial, no como la mujer que besó a mi marido.

Y yo, que me he jurado a mí misma no buscar el conflicto y respirar, sanar, fluir como buena chica zen en recuperación… la miro

como si fuera una croqueta a las cuatro de la mañana y no hubiera cenado nada.

—Pamela… —respondo con desdén—. ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar espiando por una mirilla o practicando yoga en tanga frente a tu ventana?

Ella se ríe, encantada de sí misma. No sé si la he ofendido o le he dado una idea para un *reel*.

Puta casualidad… Estaba haciendo tiempo para entrar a mi siguiente sesión con Lexi y ¡pum! Lo mío es mala suerte…

—Me alegro de encontrarte. ¡Te veo bien!

No reacciono porque no sé a qué se refiere.

¿«Bien», a pesar de qué? ¿De mi matrimonio fallido? ¿De mi locura? ¿De tenerla a ella de vecina?

Y como soy masoquista y estoy en ese punto existencial en el que todo te parece revelador, me digno a entablar una conversación con una mujer a la que una vez quise meter en un tanque de ácido sulfúrico.

—¡Gracias! Desde que me he divorciado, estoy mejor.

—¡Me alegro por ti! Lo tuyo con Kyle no tenía futuro.

Subo las cejas. ¿Qué coño acaba de decir?

Miro alrededor y veo a otros clientes ajenos al hecho de que están a punto de presenciar un asesinato. ¿Yo era así de odiosa?

—¿Por qué dices que no tenía futuro? —pregunto en un tono pasivo agresivo que no capta.

—¡Por toda vuestra historia! Embarazada por accidente, luego otro hijo muy pronto; después, tenerlo de chacha de los niños, la falta de sexo, en fin… No podía salir bien.

—¡¿Qué cojones sabes tú de mi vida?! —exclamo enfadada. ¡¿CÓMO SABE TODO ESO?!

Me mira como si estuviera loca.

—Kyle y yo somos amigos desde antes de que TÚ llegaras a su vida —puntualiza con crueldad—. Y hablábamos mucho. ¡Lo sé todo sobre ti!

Mi cara es un poema. ¿Le contaba cosas íntimas sobre nosotros? ¡Puto bocazas!

—Pero quería pedirte disculpas por… bueno, por sorprendernos así en tu casa. Eso no estuvo bien. Aunque ya no estuvierais juntos.

—¡Sí que estábamos juntos!

Arruga el ceño.

—Él me dijo que no… Y Kyle no sabe mentir.

—Es que tomó esa decisión él solo. Unilateralmente.

—¡Oh! Entiendo… El pobre llevaba mucho tiempo sufriendo por ti. Y yo siempre he sido su…, bueno, su paño de lágrimas sexual, por así decirlo.

Mi cara se resquebraja al escuchar ese «siempre».

—¿Qué quieres decir con «siempre»? —formulo blanca como el papel.

Ella pone cara de haber metido la pata hasta la fosa de las Marianas, pero tampoco veo que le afecte mucho.

—A ver… Entre Kyle y yo siempre ha habido algo. Tú viste solo un beso, pero tenemos una larga historia…

Parpadeo. Una vez. Dos.

—¿Perdona…? ¿Qué historia es esa?

—¡Nos hemos acostado varias veces, Madison! En el pasado, claro. Antes de que os conocierais. ¿Pensabas que tu historia con él empezó con una hoja en blanco? —dice con un tono condescendiente y de arpía total.

Me atraganto con mi propia saliva. Literalmente. Toso como una señora de pueblo que no sabe comer aceitunas.

Y yo no soy así. ¡Soy la jodida @MadisonEvans!

Me centro un poco y tiro de la antigua Madison.

—No me molesta el pasado. Me molesta que alguien se crea tan relevante como para venir a contármelo… —digo muy digna.

—¡Claro que soy relevante! ¡Se acostaba conmigo incluso cuando tú estabas embarazada y él estaba supercolgado de ti!

HOSTIA PUTA. Eso sí que no lo esperaba…

—¿Qué has dicho…?

—Me hablaba de ti sin parar. Estaba muy obsesionado. Pero seguía buscándome a mí… Al final, me rendí porque sentí que una parte de él nunca sería mía. Pero el beso que viste el otro día, demuestra que, aunque es tuyo, una parte de él me pertenece —dice como si

estuviera confiándome un secreto y no lanzándome una granada emocional.

No respondo nada. No puedo. Me limito a alzar la ceja que uso cuando estoy a una frase de calzarle un bofetón a alguien.

Pero de pronto, me sitúo y empiezo a reírme.

La locura no es del todo inútil. Sirve para algunas cosas.

Pamela parpadea sorprendida.

—¿Te hace gracia?

—Muchísima. Sobre todo porque llegas tarde. A todo.

—¿Cómo?

—Te entiendo, ¿sabes? —le digo, mirándola a los ojos con una sonrisa afilada—. Yo también fui una Pamela. Y de las buenas. De las que creen que una mirada y un vestido ajustado bastan para hacer tambalear un matrimonio consolidado. Pero te engañas a ti misma.

Pamela aprieta la mandíbula.

—No te culpo. Yo también confundía deseo con amor. El deseo de que me eligieran. De ganar. Aunque no supiera muy bien por qué estaba compitiendo. Aunque la otra persona no estuviera compitiendo conmigo. Aunque solo estuviera huyendo de mis propios fantasmas…

Me mira sin parpadear. Creo que no esperaba que le hiciera un chequeo psicológico completo gratis.

—¿Y sabes qué aprendí? Que cuando estás con alguien que está roto, lo único que puedes hacer es cortarte con sus aristas.

Pamela baja la mirada.

—Kyle no te eligió a ti esa noche —le digo—. Y tampoco a mí. Se eligió a sí mismo.

—Eso no cambia que…

—Que se acostó contigo en el pasado, sí. Y yo con decenas de tíos que no me acuerdo ni de cómo se llaman, así que mira, empate técnico.

Silencio.

Su mirada cambia. De pronto, veo al ser humano que hay detrás de su perfidia. Somos dos versiones de una historia sin capítulos comunes, pero con el mismo protagonista.

—Tú también mereces elegirte, Madison —dice de pronto.

Y esa frase, y la verdad con la que la dice, me libra de agarrarla del pelo y arrastrarla hasta el asfalto para que la atropelle un coche. Porque tiene razón. Por una vez, toca elegirme a mí.

Sin nada más que decir, se despide con esa elegancia post-catástrofe emocional que solo las mujeres aprendemos a dominar con los años y las decepciones.

Salgo de la cafetería tambaleándome y llamo a Lexi, pero no me coge el teléfono. Al final, le dejo un mensaje antes de que se me olvide la perla de sabiduría que acaba de regalarme la zorra del mal.

—¿Lexi? Hola, solo quería decirte que acabo de encontrarme con Pamela en una cafetería y no he gritado, ni la he empujado hacia el tráfico. De hecho, creo que he desbloqueado un logro emocional o algo así. Pero me acabo de enterar de algo que me ha removido hasta los ovarios y no sé si voy a ser capaz de llegar a tu consulta o voy a irme a casa a esconderme debajo de las sábanas hasta julio… Llámame cuando puedas, por favor.

Camino sin rumbo logrando no patear ninguna papelera, aunque me esté muriendo de ganas. No sé si el hecho de que Kyle se haya acostado con Pamela varias veces, cambia algo o no. Y como la duda me carcome, marco el número de Nataly con la precisión quirúrgica de quien va a lanzar un misil emocional.

—Dime que estás sola…

—Estoy con Arizona tomando café. ¿Ha pasado algo?

—Sí. Pamela. Cafetería. Confesión. Historia de cama con tu cuñado favorito.

—¿QUÉ?

—Dice que se acostó con Kyle antes de conocerme. Y también UNA VEZ mientras yo estaba embarazada…

Silencio absoluto.

—¿Dónde estás? No hagas nada. Voy para allá. Arizona también se viene.

Quince minutos después, nos encontramos en un bar cercano. Arizona con una cara de «alguien va a morir hoy» y Nataly tomando notas como si esto fuera una reunión del FBI.

—¿Y qué más te ha dicho? —pregunta Arizona

—Que Kyle estaba colado por mí y aun así, se la tiró. Porque era fácil. Porque era la opción sin complicaciones. ¿Y sabéis lo peor? Que lo entiendo. Que yo también habría vuelto a Pamela si estuviera viviendo con una embarazada loca con un historial emocional grave y ojeras permanentes.

—No lo justifiques —dice Nataly con firmeza—. No me jodas, Madi. ¡Tú estarías preciosa con la pelvis rota!

De repente creo que sé cuándo fue. La noche en la que volvió borracho y dijo que había intentado olvidarme y no había funcionado.

—¿Cómo estás tú? —me pregunta Arizona preocupada.

—Me ha afectado saberlo… No tanto por el sexo, sino porque no me lo contó. ¡Le di permiso para tener sexo con quien quisiera! De hecho, casi lo tiene con una desconocida que trajo a casa.

Ellas se miran circunspectas.

—Es diferente. A esa nunca volverías a verla. Pero a Pamela sí.

—¿Sabéis lo que me duele? Pensar que, si Pamela no hubiera abierto esa boca llena de carmín y egocentrismo, yo seguiría creyendo que él nunca miró atrás una vez que me eligió. Pero sí lo hizo… Y no me lo dijo. Y ahora todo está lleno de matices que mi cabeza no puede ordenar. Tengo más voces que nunca diciéndome que no valgo, que no soy suficiente para nada.

Arizona me mira con esa compasión que solo saca cuando no quiere darte un tortazo verbal.

—Lo mejor será que vayas a ver a Lexi ahora mismo.

—Me da pereza sentirme una víctima en su sillón de unicornios…

—No es por ti, es por nosotras —aclara Nataly—. Porque si no vas, vamos a entrar en bucle con la lista de «hombres que nos decepcionaron emocionalmente», y paso.

Suspiro y cedo por mi hermana:

—Vale. Voy a ir a ver a Lexi. Pero si me hace construir mis emociones con plastilina, la denuncio.

La consulta de Lexi huele a desastre inminente.

Me recibe con un jersey amarillo de piñas con gafas de sol y unos pendientes en forma de aguacate triste. No pregunto… Solo me

siento en el sillón, el mismo donde me sentaba con Kyle, y trato de contener las lágrimas.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, sentándose al borde de su silla de panda.

—¿Qué versión quieres: la políticamente correcta o la emocionalmente fatal?

—La emocional. La políticamente correcta la dejo para cuando me invitan a bodas de *crushes* y me piden que sea su dama de honor…

—¡¿QUÉ?!

—Mi drama puede esperar —dice moviendo la mano—. Cuéntame el tuyo.

Suspiro y apoyo las manos en mis rodillas.

—Me he enterado de que Kyle se acostó con Pamela mientras yo estaba embarazada. Me lo ocultó. Y hoy, Pamela me lo ha soltado como si fuera un dato curioso sobre una receta de *brownie*.

Lexi asiente sin pestañear.

—¿Y cómo te hace sentir eso?

—Traicionada. No por el sexo. Por su silencio. Por haber creído durante años que yo fui su punto de inflexión. Y ahora sé que… solo fui un salto grande. Pero ni el primero, ni el último. No estoy rompiendo una historia de amor épica… Kyle me superará. Ya puedo ser libre —digo al borde de las lágrimas.

Lexi achica los ojos y se inclina hacia delante. Las piñas se arrugan con el movimiento.

—¿Y por qué crees que te ha dolido tanto esa ocultación?

—Porque yo también me oculto —digo en voz baja—. Toda mi vida me he escondido tras ropa ajustada, frases sarcásticas y sonrisas prefabricadas. Siempre he sido «la guapa», pero nunca supe quién era cuando no intentaba seducir al mundo para que me quisiera. ¡Ni siquiera me gustaba a mí misma! Solo sabía fingir que sí.

—Y fingir se vuelve agotador, ¿verdad?

—Muchísimo…

Lexi cruza las piernas. Me mira con ese tipo de ternura que te dan las personas que ven lo que ni tú misma te permites mirar.

—¿Te duele que otra chica haya tenido a Kyle… o te duele no haberte sentido suficiente para que te lo contara?

No respondo porque es obvio. Claro que me duele pensar que otra ha disfrutado de Kyle, pero lo que me parte por dentro es esa certeza silenciosa de que, en algún rincón de su cabeza, pensó que no podía contármelo por si yo me rompía. Porque soy inestable. Y frágil. Y tal vez tenga razón… Está claro que no se merece estar con alguien así. Pero yo tampoco me lo merezco.

—Quiero divorciarme —digo de pronto.

Lexi asiente, sin dramas.

—¿Por él, por Pamela o por ti…?

—Antes era por él. Pero ya no. Ahora es por mí.

Lexi muestra una sonrisa verdadera.

—¿Por qué?

—Porque necesito terminar con la chica que he sido. Con la Madison que buscaba validación en cada sonrisa de aprobación, en cada roce, en cada «sí» que decía cuando quería gritar «no». Necesito alejarme de todo lo que me recuerda que no soy válida. Incluso si eso incluye a Kyle. Porque mientras siga en su órbita, seguiré sintiéndome un satélite y no un planeta con luz propia.

Se hace un silencio profundo, real.

Lexi se levanta. Se acerca a mí y me entrega un papel. En él, hay una frase escrita con rotulador fucsia:

"A veces, amarte a ti misma significa renunciar a todo lo que creías que te definía."

—Si te divorcias, que sea porque estás lista para empezar una nueva historia contigo. No para cerrarla con nadie.

Vuelvo a casa caminando por la calle como si estuviera hecha de mil pedazos pegados con determinación. Los mismos que una vez explotaron.

No sé qué me deparará la vida. Pero por primera vez, no es el miedo quien guía mis pasos.

25
BLUE VALENTINE



Kyle me escribió anoche. Era un mensaje corto que decía: «¿Cómo estás? Un beso». Nada más.

Es normal que quiera respuestas, le dejé volver a estar dentro de mí después de pedirle el divorcio, y se merece una explicación.

Le dije que respetara mis tiempos, pero ya es hora de que nos veamos.

Quedamos en el parque donde Richi aprendió a andar. Qué irónico, ¿verdad? Un lugar lleno de primeros pasos, para hablar de los últimos.

Estoy sentada en un banco de madera con las uñas hundidas en las rendijas, intentando respirar sin parecer una adolescente en pleno ataque de pánico.

Kyle llega con paso lento, como si ya supiera que esta conversación no va a terminar con un beso, sino con algo más difícil: respeto mutuo y el fin de la negación.

Lleva una sudadera gris y esa mirada de hombre que aún espera milagros. Y me mata. Me mata porque ojalá pudiera concedérselos todos.

—¿Estás bien? —Es lo primero que me pregunta mientras se sienta a mi lado, dejando un espacio entre nosotros.

—Sí. Bueno… Estoy entera, que ya es bastante.

Silencio. De los densos. De los que si respiras más fuerte, se rompen.

Él no habla, espera a que lo haga yo. Sabe que he pedido esta conversación, y sabe que, si estoy aquí, es porque tengo algo que decirle.

—Kyle… —empiezo, sintiendo cómo se me encoge el estómago—. He estado pensando mucho…

—Uy, qué peligro —dice con una sonrisa pequeña, buscando aligerar el momento. Pero no lo logra.

—Me estoy escuchando por primera vez en mucho tiempo. Y de momento, solo hay una cosa que me ha quedado clara…

—¿Cuál?

—Que no estoy lista para amarte como te mereces.

Él se queda muy quieto y cierra los ojos con pesar. Como si la frase hubiera sido un disparo silencioso.

Mira al frente y aprieta la mandíbula para no gritar.

—Y tú tampoco estás listo para amarme como necesito.

Giró la cabeza de golpe, dispuesto a combatirlo.

—Ayer me encontré con Pamela en una cafetería —piso su defensa —. Me contó que os acostasteis una noche, cuando yo estaba embarazada.

—No es lo que parece —dice enfadado.

—Eso no importa ahora.

—A mí sí me importa aclararlo —musita muy serio—. Si me dejas… ¿Puedo explicarme?

Nunca habría imaginado a Kyle diciendo eso. Él lo hace todo de golpe. De forma ruidosa. A lo bruto. Y me doy cuenta de que todo

esto le está haciendo madurar. Cambiar. Fortalecerse. Mejorar. ¿Qué más pruebas necesito para convencerme de que es lo correcto?

—Adelante… —musito.

—Encontré tu libreta en tu escritorio… y la leí. No estoy orgulloso, tampoco sabía lo que era, pero cuando me di cuenta no pude parar. En ese momento me di cuenta de que había una persona frágil y herida, dentro de ese cuerpo de infarto que cada día me volvía más loco. Quise protegerte. Protegerte de mí. De hacerte más daño implicándonos en una relación intensa que añadiría sufrimiento y miedos a todos los que ya tenías. Pero sobre todo lo hice por mí, porque no podía perderte. Y recordé a Nataly diciéndome que si quería permanecer a tu lado, me mantuviera alejado de ti. Qué incoherencia, ¿no? —Sonrío con tristeza—. Pero yo cada día estaba a un segundo de asaltar tus labios y pensé que podía aplacar esa necesidad estando con otra. Me encontré a Pamela por casualidad. O eso creo, quizá me siguió, porque está más loca que el tío de YOU, pero ella siempre ha sido esa chica, un sorbete entre comidas para cambiar de sabor. Nunca he sentido nada por ella. Mi problema era que sentía demasiado por ti.

Nos quedamos en silencio. Él con la mirada fija. Yo cogiendo fuerzas de flaqueza para hacer lo que tengo que hacer.

—Kyle, quiero que entiendas que no te estoy dejando porque no te quiera —expongo con calma—. Te estoy dejando porque, por primera vez, me quiero más a mí. Y estoy rota, ya lo sabes. Y necesito tiempo, y espacio, y silencio. No el tuyo. El mío. El mío conmigo misma. ¿Lo entiendes?

Lo veo asentir, pero su mandíbula sigue tensa, como si estuviera intentando no llorar. Sus ojos brillan de pura rabia. Lo conozco tanto… Sé que está conteniendo palabrotas y frases furiosas que sus sentidos le gritan desde dentro. Pero no me interrumpe y me deja seguir.

—Nunca he estado sola, Kyle. Siempre he sido hija de, hermana de, pareja de, madre de… Nunca he sido solo Madison. La versión buena. Y tengo que saber quién es ella antes de ser alguien contigo.

—¿Y si me pierdes en el camino? —pregunta, y no suena a reproche. Solo a miedo.

—Si te pierdo, será porque necesitábamos encontrarnos desde otro sitio. Más limpio. Más fuerte. Más sano.

Gira la cabeza y me mira. En su mirada hay de todo: rabia, amor, decepción, orgullo, tristeza…

Me tiende la mano y yo se la agarro. No como antes, como ahora. Con respeto y gratitud.

—Entonces… ¿esto es un adiós para siempre o…?

—No lo sé —respondo, sincera—. Es un «hasta que aprenda a estar conmigo misma sin hacerme daño».

Kyle se levanta, incómodo, y me mira por última vez.

—¿Estás bien? —pregunto afligida.

Él asiente con ese gesto que ha aprendido a usar cuando siente que no le queda nada más que aceptar algo.

—Te deseo lo mejor… —musita serio. Y empieza a caminar alejándose de mí. Lo hace porque, si se queda, terminará diciendo cosas de las que luego se arrepentirá.

Cuando se va, lloro. No como una niña abandonada, sino como una mujer que, por fin, elige priorizarse sin remordimientos.

Paso el fin de semana sola, en silencio conmigo misma, en la mansión Evans, la que fue la casa de mi infancia.

Los niños están con papá Norton, porque sus hermanos se han llevado a Kyle de fin de semana a Amsterdam. Posiblemente al barrio rojo, para demostrarle que hay más tetas en el mar.

No me importa, estas 48 horas me han venido de perlas. Me ha hecho feliz echar de menos a los niños, en vez de pensar en ellos y resoplar por el cansancio acumulado.

También he reflexionado sobre las mentiras…

Algunas se dicen por ego, otras se callan por miedo, pero las peores son las que dejamos pasar por no querer enfrentarlas.

La conversación con Kyle en el parque me dejó con un nudo en el estómago que no se deshizo ni con chocolate, ni con vino, ni con un maratón de comedias románticas. Pero también fue muy liberadora. Saqué gran parte de la mierda. Y quiero seguir limpiándola.

—¿Has venido a llorar, a culparte por algo o a por mi jersey de unicornios de yoga? —me pregunta Lexi mientras me sirve té en una taza con forma de garra.

Estoy en la consulta. Pasando mi revisión diaria.

—He venido a enfrentar a un imbécil —contesto.

Lexi levanta una mano, ilusionada.

—¿El imbécil tiene nombre?

—Sí. Eddy. Mi asistente. Aún no le he despedido y quiero hacerlo.

—¿Por qué no le despediste? —pregunta incisiva.

—Porque soy una cobarde. Porque no quería admitir que su mentira afectó a Kyle, haciéndole dudar de mí. Que lo empujó a besar a Pamela. Que, en parte, todo esto comenzó por una frase dicha en un grupo de WhatsApp…

—Y porque te cuesta poner límites cuando crees que eres la culpable, Madi —subraya Lexi—. Por eso te quedabas al lado de hombres que te trataban mal, porque pensabas que te lo merecías…

—También… —Pongo los ojos en blanco—. ¿De dónde sacas esas conclusiones, del libro del Dalai Lama?

Lexi sonríe como una bruja que acaba de acertar una poción.

—¿Sabes qué toca hacer ahora, pequeña Evans?

—¿Apretar el botón de autodestrucción emocional?

—No. Cerrar otro capítulo.

—¿Cómo lo hago?

—Como mejor sabes hacer: con un poco de sarcasmo, una falda poderosa… y una visita a la oficina.

—¿Me das permiso para usar toda mi ira contra Eddy?

—Te doy permiso para que dejes de poner en pausa tu dignidad.

Y obedezco.

Horas más tarde, entro en la oficina como una reina sin corona pero con tacones finos. Eddy está en su escritorio, con su camisa de Burberry y con cara de no haber roto un plato en su vida.

—¿Tienes un minuto? —le pregunto.

—Claro, Mads. Para ti, siempre.

Me hierve la sangre al oír ese «Mads».

Lo conduzco a la sala de reuniones y cierro la puerta.

Él me mira como si sus sueños fueran a hacerse realidad. ¡¿Se piensa que vamos a follar?! Kyle tenía razón. ¡Es un *sugarbaby* de puestos directivos!

—Sé lo que hiciste —comienzo tajante—. Sé que le enseñaste una foto mía con tu camisa puesta a unos amigos y les dijiste que era insaciable…

Eddy se queda blanco. O gris. No sé. Un tono entre «¡Mierda! y «Por favor que me trague la tierra».

—Fue una broma… —balbucea—. Estábamos bebidos y…

—Pues no fue graciosa. Y sabes muy bien lo que provocaste con esa mentira… Alguien avisó a mi marido y pensó que me estaba acostando contigo. Se sintió engañado y me engañó. Por tu culpa vamos a divorciarnos.

—Madi, yo… ¡Lo siento! Nunca pensé que…

—No. No pensaste. Porque estabas demasiado ocupado intentando impresionar a un grupo de idiotas. Y lo que es peor, yo no te he enfrentado antes porque pensaba que necesitaba tu validación.

Respiro hondo tras la confesión y saco un sobre de mi bolso.

Eddy observa cómo lo dejo a su lado, sobre la mesa.

—Esta es tu carta de despido. Ya está firmada. Pero no estás fuera solo por mentir. Estás fuera por recordarme todo lo que no quiero volver a permitir. Y porque has jugado con mi nombre como si no me costara un esfuerzo brutal construirlo.

Eddy se queda sin habla. Supongo que no protesta porque, en el fondo, sabe que se lo merece.

—Y ahora, vete y no vuelvas por aquí.

Salgo de la sala sin mirar atrás y cruzo la oficina con la cabeza alta y el corazón latiendo como si acabara de tirar abajo otro muro emocional.

Uno menos.

26
DESPUÉS DE TI



Cuando me fui del parque tras hablar con Madison, supe que no había vuelta atrás. Ni milagros ni discursos memorables, solo un silencio que pesaba como diez inviernos juntos.

Así que hice lo único lógico: llamar a mis hermanos. Porque, si vas a tocar fondo, mejor hacerlo con cerveza, cinismo y testigos que puedan pararte si decides hacer una locura.

Drew y Tommy llegaron a casa de papá con la palabra INTERVENCIÓN escrita en la cara y con un buen cargamento de cervezas.

—¿Quieres hablar o quieres beber? —preguntó Drew directo.

—Ambas cosas, pero en orden inverso —respondí.

Tommy me acercó una cerveza y se dejó caer en el sofá como si fuera el experto del drama familiar.

—¿Entonces es definitivo? —preguntó cohibido.

—Sí. Madison me ha dicho que quiere divorciarse. Que no lo hace por rabia por lo de Pamela, sino porque necesita reconstruirse a sí misma. Le he dicho que lo entendía. Y lo entiendo. Pero… duele como nada.

—¿Y tú? ¿Qué necesitas tú? —preguntó Drew.

—No lo sé… Solo sé que hubiera preferido que me gritara, me pegara y me dijera que aún me quería, aunque fuera mal. Pero lo dijo tan tranquila. Como si ya no le doliera. Y eso… me rompió más que cualquier discusión.

—Conozco esa sensación… —dijo Tommy—. Ocurre cuando ya no es la rabia la que habla, sino la certeza. Y cuando eso te invade, siento decirte que no hay marcha atrás, hermano…

Nos quedamos callados. La tele en *mute*. El reloj marcando cada segundo como una puta tortura.

—Nos vamos a Ámsterdam —propuso Drew, de pronto.

—¿Quién? ¿Tú y Nataly?

—¡Nosotros tres, imbécil! Necesitas salir de la ciudad, respirar, emborracharte con cerveza importada y olvidar por un fin de semana que eres el protagonista de un drama de Netflix que no renuevan por falta de esperanza.

—No quiero emborracharme. Ni ver bicis. Ni tulipanes.

—Vamos a hacerlo —zanjó Tommy—. Porque si no te sacamos de aquí ahora, acabarás mandándole posts tristes de *reels* de Instagram con violines de fondo a Madison.

Suspiré y asentí como un hombre que sabe que no tiene nada que perder, salvo la dignidad, y esa me la dejé en el parque cuando dije: «Lo entiendo».

—Diga lo que diga, lo de Pamela ha sido determinante —opinó Drew, bajando la voz—. ¿Por qué coño te la tiraste, estando colado por Madison, embarazada de ti?

—¡Precisamente por eso, joder! ¡Fuiste tú quien me prohibió tocarla! ¡Y yo estaba muy enamorado de ella! Fue la noche que salimos los tres. Cuando os fuisteis a casa, me encontré a Pamela en un bar y… No podía tener a Madison. No tenía esperanzas ni planes.

Y Pamela estaba ahí… Pero nunca podría compararse con ella. Fue penoso.

—¿Y por qué no se lo contaste a Madison?

—¡Porque me daba miedo! Miedo de que pensara que seguía en esa etapa de buscar consuelo en lo fácil. Miedo de que pensara que Pamela significaba algo para mí, cuando nunca lo hizo. Y, sobre todo, miedo de mirarla a los ojos y ver que no me creía.

Tommy me puso la mano en la espalda. Drew me lanzó un Dorito. Fueron sus formas de decirme «Lo sentimos».

—Nos vamos el viernes —dijo Drew—. Haz la maleta. Mete una muda sexy. Por si acaso.

—¿Por si acaso qué? —dije desabrido. Lo último en lo que pensaba era en sexo. Estaba hundido.

—Por si te cruzas con una terapeuta holandesa que también cree en las segundas oportunidades.

Sonreí poco. Pero lo suficiente.

El sábado por la noche nos pillamos una borrachera horrorosa. Les quité los móviles a mis hermanos porque no quería que les pidieran el divorcio a ellos también…

Hay pocas cosas en la vida más confusas que el amor verdadero, excepto, quizá, intentar explicárselo a tus hermanos borrachos cuando acabas de perderlo.

—¿Entonces ya está? ¿Os vais a divorciar? —dijo Drew ebrio, por enésima vez. El pobre seguía en negación. Pero creo que en realidad se sentía culpable. Como siempre.

—El juicio es el miércoles. Firmaremos y solo faltará que en el juzgado pongan el sello de «Tontos del año».

—Te voy a decir una cosa, hermano —masculló, poniéndose en modo hermano mayor sabio, que suele durar cinco segundos antes de soltar una burrada—. La diferencia entre amar a alguien y tenerla a tu lado, es que lo segundo, hay que currárselo. A mí me costó mucho esfuerzo recuperar a una Evans… ¡Y tú te has rendido antes del último asalto!

—Apenas me hablaba, Drew. ¿Qué podía hacer?

—¡¿No besar a otra?!

—¡Creía que se estaba tirando a su asistente!

—¡¿Y por qué no lo hablasteis?! ¡¿Desde cuándo los Norton dejamos de gritar y empezamos a suponer cosas?! ¡Es ridículo!

Apoyé la cabeza en la mesa y me miraron como solo los hermanos pueden hacerlo: con rabia, ternura y ganas de darte un tortazo para que reacciones.

—¿Quieres que te diga por qué no te ha perdonado? —secunda Tommy arrastrando las palabras—. Porque tú tampoco te perdonaste a ti mismo por cagarla. Y ella lo notó. La culpa huele, Kyle. Como los calzoncillos sin lavar.

—Gracias por la metáfora.

—A tu servicio… Vamos a volver a brindar.

Volvimos a hacerlo y a beber.

—Dejad de insistir, ¿vale? Voy a darle espacio, lo necesita. Todo lo del parque fue muy triste, pero había algo distinto en sus ojos. Algo nuevo. Como si su interior al fin se estuviera curando.

Los dos me miraron con pena.

—Además, Lexi me escribió un mensaje en clave…

—¿Qué te puso?

—No eran órdenes, solo era una cita. Una muy famosa.

—¿Cuál? —preguntaron.

—«Si amas a alguien, déjalo ir. Si regresa a ti, será tuyo para siempre, si no, no te pertenecía desde el principio». Y eso es lo que voy a hacer. Solo esperar. La esperaré siempre. Pase lo que pase.

—Eres muy joven para un siempre, Kyle…

—He dicho SIEMPRE.

Hoy es lunes y la vuelta a la realidad escuece como nada. Quedan 48 horas para el juicio donde firmaremos el divorcio. Intento convencerme de que no es un final. Seguiré viéndola. Siempre estaremos unidos por los niños… Y espero que termine echándome de menos tanto como yo a ella.

De repente, suena el teléfono y me sorprendo al ver que es Arizona.

—¿Sí?

—Kyle… Entra en Instagram. Acabo de mandarte un *post*.

—¿Qué es?

—Míralo. Y haz lo que tengas que hacer. Corto y cambio. —Me cuelga antes de poder decirle nada más.

Entro en mis redes sociales, extrañado, y lo abro.

Es un *post* de Eddy…

Un miserable, pasivo-agresivo y retocado *post* de Eddy, el asistente de Madison. Sale sosteniendo una taza que dice «Yo sí apoyo a mi jefa».

El texto reza:

«A veces las personas más brillantes son también las más dañinas. Pero lo importante es saber cuándo alejarse de ellas… o dejar que te despidan por celos mal gestionados de sus maridos. Al final, el tiempo lo pone todo en su lugar y la verdad siempre sale a la luz, aunque algunos sigan contándose cuentos para dormir… para no ver por qué no funciona su matrimonio».

—Será hijo de puta…

—¡Papá ha dicho una palabrota! —grita Richi señalándome.

—Nooo… Es que su madre se llama así, cariño.

Un segundo después, estoy llamando a Drew.

—Dime, bro…

—¿Estás ocupado?

—No, solo estoy intentando evitar que mi hija meta su pez de colores en la tostadora. ¿Por? ¿Qué necesitas?

—Necesito que vengas conmigo a hablar con Eddy.

—¿«Hablar» es un eufemismo de «liarnos a puñetazos en honor a la familia»?

—Más o menos…

—Dame diez minutos para recoger a Tommy. ¡Esto va a molar!

—¿Tommy?

—Sí. Tú vas a ser una tormenta emocional. Yo soy la calma. Y Tommy es el que lo graba todo por si tenemos que usarlo en el juicio.

—Bien pensado.

Que conste que no soy un tío violento. No soy de los que pegan puñetazos a las paredes o dan portazos dramáticos. Yo gestiono mi

ira como un adulto funcional: gritando mentalmente mientras vacío el lavavajillas o escuchando Queen. Pero ese tío no va a irse de rositas…

Veinte minutos después, estábamos en el portal de su casa, porque sé dónde vive, como si fuéramos Los Vengadores de la clase obrera.

—Por favor, no hagáis nada ilegal —susurra Tommy antes de entrar.

—¿Y divertido? —pregunta Drew.

Eddy nos abre la puerta con una camisa de pijo y un aura de superioridad que me dan ganas de abofetearlo con un posavasos.

—Eddy, ¿no? —digo en tono siniestro—. Soy Kyle. El marido de Madison. ¿Podemos hablar un momento en privado?

Intenta cerrar la puerta rápido, pero se lo impido con un pie.

—¡Voy a llamar a la policía!

—Hazlo. Así te meto una denuncia por difamación y por ser un manipulador narcisista con complejo de mártir.

—¡Eso no es lo que decía en el *post*!

—Lo decías entre líneas —interviene Drew empujando al tío y metiéndonos en su casa a la fuerza.

—Allanamiento de morada… —murmura Tommy.

—¡Os voy a denunciar a todos! —amenaza el tío.

Tommy saca su móvil y empieza a grabar. Drew se sienta en el sofá como quien espera un espectáculo y una bebida.

—Te lo voy a decir muy clarito, Eddy… —empiezo acorralándolo contra la pared—. No sé qué película te quieres montar, pero lo que hiciste con Madison…, lo de inventarte una relación, hacerte el indispensable, y luego ir por ahí soltando mentiras…, no solo es ruin. Es patético.

—¡Es mi palabra contra la suya! ¡Sí que follamos! ¡Y puedo denunciarla por abuso de poder en la empresa!

Me río de él.

—Deja de mentir. Un mierdecilla como tú no sabría qué hacer con una mujer como Madison… ¡Te queda muy grande! Lo único real son tus delirios de protagonismo.

—¡A ti también te queda grande! ¡Sé que vais a divorciaros!

Hay un silencio cortante en el que siento la preocupación de mis hermanos por la nariz de este tío.

—No sumes agresión y lesiones… —murmura Tommy.

Me acerco mucho a Eddy, afianzando mis puños.

—No vuelvas a hablar de la madre de mis hijos como si la conocieras mejor que yo —digo despacio—. Solo te enamoraste de su luz. Pero no tienes ni puta idea de sus sombras. Y eso, amigo, no es amor. Eso es ego.

Tommy aplaude. Literalmente. Drew me lanza un caramelo, el cabrón y exclama:

—¡Diez puntos para Gryffindor!

—Si vuelves a mencionar a Madison en tus redes sociales, con tus amigos o en la carnicería de tu barrio… te romperé todos los huesos del cuerpo uno a uno.

—¿Los 206? —dice Drew—. Tardarás mucho.

—Lo haré… Y los dientes también.

—¿Los 32? —secunda Tommy.

—Sí. Con unos alicates oxidados.

—Yo no tengo las muelas del juicio —suelta el imbécil.

—Eso está claro, chaval. Si tuvieras juicio, no habrías desafiado a un Norton. Y si vuelves a hacerlo, te clavaré muelas nuevas a martillazos, a ver si recuperas un poquito.

—No va a hacerte nada de eso —dice entonces Tommy poniendo los ojos en blanco—. Pero si se te ocurre buscarnos un problema, no borras ese *post* ahora mismo, delante de nosotros, o vuelves a pensar en Madison de cualquier forma, te denunciaré por tráfico de fotos eróticas y te hundiré la vida en una espiral de juicios carísimos que no terminarás de pagar en tu puta vida. Y eso sí puedo hacerlo…

—Y luego te romperé los dientes igualmente —añado.

Hace lo que le pedimos, y cuando estamos a punto de salir sin gritos, sin violencia, solo con dignidad, le suelto un puñetazo que se cae al suelo.

—Esto es por volver a intentar hacerme creer que te has follado a mi mujer nada más llegar.

Ahora sí. Salimos y ninguno comenta nada. Tampoco él.

—¿Qué vais a hacer ahora? —pregunta Drew, una vez en el coche, metiéndose otro caramelo en la boca—. Yo tengo que volver a casa. Aunque me ha encantado jugar a ser matones.

—Volved a vuestras vidas, con vuestras familias —digo recordando que no tengo ni a los niños hoy—. Me iré a un bar a beber.

—De eso nada. Te vienes a mi casa. Arizona se ha llevado a los niños al cine.

—¿Por qué no has ido con ellos?

—Porque dicen que si no he visto las pelis de Los Vengadores, ni Guardianes de la Galaxia, que no tengo derecho a verla…

—¿No has visto las pelis de Los Vengadores? —pregunto alucinado.

—i¿Ni Guardianes de la Galaxia?! —chilla Drew.

—No empecéis vosotros también… —dice aburrido.

—Puede que ellos no puedan obligarte, pero yo sí puedo. Andando… Ya me lo agradecerás —Le empujo—. Empezaremos por la #1. La del Capitán América.

—Déjalooo… De verdad.

—No puedo. Es lo mínimo que puedo hacer por ti, hermano.

Y lo decía en serio.

El día que casi matan a Tommy, me citó para desayunar en una cafetería, debajo de casa de Arizona, donde el café es más caro que la gasolina. Acepté sin protestar porque, tras el viaje pagado de la empresa a Barbados, algo entre nosotros había cambiado. Había recuperado a mi hermano, el de verdad, el que me enseñó a conducir, el que me daba miedo cuando se cabreaba, el que era capaz de salvarme de todo solo con una frase.

Tommy bajó puntual con una sonrisa de haber pasado una noche multiorgásmica indiscutible.

—¿Has pensado ya cómo vas a hacer el ridículo? —preguntó, antes siquiera de saludar, sentándose a mi lado.

—¿El ridículo?

—Lo de pedirle matrimonio a Madison —aclaró divertido—. Tiene un máster en sarcasmo y un doctorado en pánico al compromiso. Vas a tener que lucirte, tío…

Por un momento, fue como antes. Antes de que mamá muriera. Antes de que él se fuera sin fecha para volver.

—Me alegro mucho de que Arizona te haya sacudido como un terremoto con tetas. Vuelves a ser el de antes.

Él soltó una risita.

—No soy el de antes. ¿Alguna vez me habías visto tan feliz?

—La verdad es que no.

—Me fui de aquí porque no lo era… Pero antes de conocerla a ella, ya había planeado volver a Londres.

—¿Por qué?

—Porque en Manchester tampoco era feliz. Pero cuando en Nochevieja vi lo bien que estabais Drew y tú… entendí lo que me había estado perdiendo. Estabais tan llenos de vida… Era todo tan de verdad, que quise volver a ser parte de vosotros. Recuerda que, antes de que las tetas de Arizona se me pusieran delante, hice el esfuerzo de ir a la despedida de Andrew… Yo ya quería recuperar el contacto.

—Me alegra que lo hicieras.

—Lo hice porque en Nochevieja tú me miraste como si aún tuviera permiso para volver a ser tu hermano…

Me tragué el nudo que se me puso en la garganta con el último sorbo de café.

Cambié de tema porque no quería llorar.

—Quiero pedirle matrimonio a Madison. Pero tengo miedo. Un miedo real. Miedo de que diga que no, pero también miedo de que diga que sí… Porque desde que entró en mi vida, todo lo que tenía sentido dejó de tenerlo, y todo lo que dolía... también. Pero en el amor no todo es bonito. Es caos. Es guerra. Y a la vez hogar.

Tommy me miró serio.

—Díselo así. No con frases de película. Díselo con tu verdad. Porque ella ya te eligió una vez sin besos ni te quieros. Ahora solo necesita saber que tú la eliges a ella. Para siempre.

Y eso hice. Elegirla para siempre.

Horas después, Tommy seguía vivo por los pelos tras el tiroteo. Fue tan chocante verlo en el suelo lleno de sangre… Pensaba que me moría con él. De pena. A veces, todavía tengo pesadillas con esos minutos de gritos entre compresiones torácicas. Fue demasiado…

En todas las horas posteriores de incertidumbre en la sala de espera, lo único que me mantuvo a flote fue la existencia de Madison y Richi. Eran mi pilar. Eran toda mi vida. Por eso no pude evitar

montar una escena de peli romántica en Urgencias y pedir su mano sin anillo ni nada.

Cuando volví a ver a Tommy despierto, le dije:

—Mientras tú luchabas por no espicharla, yo le pedí matrimonio a Madison…

—¿Y qué te contestó?

—Que sí. —Sonreí victorioso. Tommy me imitó.

—Tienes el don de la oportunidad…

Entonces, le cogí la mano y me puse serio:

—Gracias por no morirte… Todavía te necesito, bro. Drew me entiende mi lado tonto; es el hermano de chistes y cerveza. Pero tú… tú siempre fuiste mi Yoda. El que me decía las verdades que no quería oír. El que me empujaba cuando solo quería sentarme a llorar. Y acabo de recuperarte…

—Esa chica tiene suerte contigo… Porque tú eres un guardián, Kyle. Y no hay mejor tipo de personas. Son leales y más fuertes que nadie. Son los que se levantan una y otra vez, hasta el último aliento. ¿Cómo iba a decirte que no después de cómo cuidaste de ella, sin conocerla de nada, cuando más te necesitaba?

—Soy así de temerario…

—No me necesitas tanto como crees, bro… Has madurado mucho. Viniste a rescatarme a Manchester cuando Marzia me tenía prisionero. Y después del disparo, a pesar de que debías de estar tan asustado como Arizona, te pusiste al mando. Controlaste la situación y supiste exactamente qué hacer para salvarme la vida… Porque lo llevas dentro. Eres un guardián. Has nacido para ayudar a los demás…

Pero ahora mismo no sé cómo ayudar a Madison.

Porque soy parte del problema y no puedo odiarme más por ello.

27
MUJERCITAS



Marco el número de Nataly como quien se arranca una tirita. Si me lo pensara mucho, quizá me echaría atrás…

A veces creo que soporto toda mi mierda mental solo para evitar tener este tipo de conversaciones, pero allá voy:

—¿Hola? —responde Nataly, con su tono de siempre. Dulce. Estable. Como una especie de bofetada con guante de terciopelo.

—¿Tienes un rato? Necesito hablar contigo. En persona.

—Claro. ¿Dónde nos vemos?

—Ven a mi casa.

Media hora después, llega con su abrigo beige y su expresión de no saber si va a recibir una bomba o una flor.

—¿Qué pasa? ¿Va todo bien? No me asustes…

—Sí. Todo va bien. Es solo… que quería verte.

—¿Por qué?

—Siéntate, ¿quieres un té?

—¿Tienes de jengibre?

—No, loca de la Navidad. Tengo normales… Y además, odio el jengibre desde que se me metió por la nariz cuando me endosaste la chimenea de galleta en la cabeza. ¿Lo recuerdas?

Nataly se echa a reír con fuerza.

—¡Claro que lo recuerdo! ¡Fue uno de los mejores momentos de mi vida! No sé por qué no lo hice antes…

Me mira con una sonrisa, pero se le borra en cuanto ve que mis ojos brillan demasiado.

—¿Qué te pasa?

—Yo… hace mucho tiempo que debería haberte pedido perdón… Perdón de verdad.

—¿Me habías pedido perdón de mentira?

—No, pero cuando pillé a Kyle con otra, me acordé de ti… Y de cómo nos pillaste a Dylan y a mí.

Ella desvía la mirada y traga saliva.

—Eso es agua pasada…

—Ya, pero siento la necesidad de pedirte perdón otra vez. Escúchame, ¿vale?

Ella se queda callada y me mira. Sabe a qué me refiero. Me he disculpado muchas veces por aquello, pero como una hermana pequeña que sabe que van a perdonarla sí o sí. Ahora quiero pedírselo de mujer a mujer.

—Perdona por haber sido una mierda de hermana durante media vida… Perdón por competir contigo por el afecto de los demás, como si el amor se repartiera en raciones limitadas. Perdón por no soportar que la abuela te quisiera tanto…

La miro, cohibida, y de repente, tengo cinco años otra vez. Cinco años y un agujero en el pecho cada vez que la abuela elegía a Nataly para leerle o para sentarla en su regazo y enseñarle a coser. O para ayudarla con la repostería… A mí me tocaban las sobras, porque era demasiado pequeña para todo.

—Yo… nunca tuve esa conexión con nadie. Ni siquiera con mamá. No como la que tú tenías con ella y me daba mucha envidia. Por eso te robé novios, amigos y te ridiculicé mil veces delante de nuestros padres. Porque tú eras todo lo que yo no era. Estable. Buena. Querida…

Nataly no dice nada. Solo escucha porque sabe que necesito soltarlo todo.

—Te lo quise quitar todo, Nat. Todo lo que tenías. Lo bueno. Lo bonito. Incluso ese jodido anillo de compromiso falso…

Me echo a reír y a llorar a la vez, porque la risa y el llanto siempre han estado entrelazados para mí.

—Cuando perdí el anillo, días antes de la boda con Dylan, me di cuenta de que estaba completamente loca. Porque de pronto, ya no tenía sentido casarme. Solo le dije que sí para quedarme ese estúpido anillo. Quería ser tú. Una versión tuya con más maquillaje. Quería ponerme en tu piel por una jodida vez… Y ahora que lo estoy, te juro que no sé cómo sobreviviste a mí. A todo el dolor que te causé… ¿Podrás perdonarme algún día?

Nataly estira la mano y me la coge, como hacía cuando éramos pequeñas y yo lloraba por cosas que nadie entendía.

—Yo lo sabía, ¿sabes? —dice bajito—. Siempre supe que te sentías dolida por lo de la abuela, y nunca hice nada por evitarlo. Con el tiempo, tus berrinches empezaron a subir de nivel y no sabía cómo ayudarte sin que me hicieras polvo.

—Debió de ser horrible para ti… Normal que me odiaras.

—No lo hacía… Pero te quería lejos, eso sí. Porque estando cerca, tú misma te hacías más daño.

Asiento porque es verdad.

Siempre terminaba saboteándome, degradándome, fingiendo que no me dolía elegir la solución más cruel posible.

—Necesito que me perdones de verdad —gimoteo.

—Te perdoné hace mucho tiempo, Madison.

—¿Cuándo? ¿Cuando me quedé embarazada?

—No. Ahí me diste pena. Pero fue Drew el que me hizo entender que yo también me equivoqué contigo —explica—. Te traté como si fueras una carga en mi vida. Y a veces… lo eras. Pero eso no significa que no te quisiera. Me burlaba de ti, ahondando en tu inseguridad, haciéndote pensar que no eras más que una niña bonita. Nunca te señalé lo inteligente que me parecías. ¡Eras una magnífica villana! —sonríe—. Siempre he sabido que eras una chica muy válida. Y Arizona me dice a menudo que está encantada contigo a nivel laboral. Que

eres cumplidora, meticulosa, que te esfuerzas… Y hace tiempo que quiero decirte que… quiero que vuelvas a formar parte de Delicias Evans.

—¡¿QUÉ?! —exclamo sorprendida—. ¡Pero es tu negocio!

—Siempre ha sido el de la familia. Y tú eres una Evans…

—¡Pero tú lo has convertido en un imperio! Bueno, Andrew y tú…

—Si pude hacerlo, fue gracias a ti. A que cediste tu parte por una suma irrisoria… Ese gesto fue el inicio de tu redención.

—Pero…

—No hay peros que valgan, Mads. Quiero que tus hijos formen parte del legado junto con los míos. Que cuando ya no estemos, tiren los unos de los otros para sacarlo hacia delante, como una familia unida.

Me rompo del todo en medio de mi salón. Y por primera vez, llorar delante de Nataly no me hace sentir frágil. Ella me abraza, acariciándome la espalda.

—Quiero abrir más tiendas. Por toda la ciudad, y en otras ciudades emblemáticas del mundo… Y voy a necesitarte, hermana.

—¿Estás segura de que quieres confiar en mí? Soy inestable. Todavía estoy luchando para no volver a ser esa chica que se hace daño a sí misma —sollozo—. Pero a veces… todavía la siento dentro de mí. Cuando necesito demostrar cosas constantemente o sentir que me halagan, porque si no, las voces me hablan mal y me siento una mierda.

—Habla con esa chica. Dile que ya no manda. Que ahora el poder lo tienes tú. Escríbele cartas explicándole cuánto vales y todo lo que has hecho para que no se te olvide. Y el día menos pensando, te darás cuenta de que esa chica ya no existe. Ahora la reemplaza otra que toma decisiones muy jodidas, como renunciar al amor de su vida para que el cariño que una vez se tuvieron no se extinga del todo.

Rompo a llorar y nos abrazamos tan fuerte que noto cómo otro muro cae con un gran estruendo en mi interior.

Uno menos.

28
LAS FUERZAS DE LA NATURALEZA



Si me hubieran dicho que el día que me divorciara iba a hacer sol, no lo habría creído.

Me imaginaba tormenta, truenos, un cielo apocalíptico y, por qué no, una paloma muerta en la puerta del juzgado.

Pero no.

El mundo reluce y sigue girando. Los *runners* trotan felices con sus mallas y una señora vende flores en la esquina, como si mi vida no se estuviera yendo al carajo en tiempo real.

Cuando entro en la sala, no encuentro una batalla campal con gritos y abogados tirándose de los pelos. Es mucho peor. Esto es civilizado. Cordial. Silenciosamente devastador… Un adiós empaquetado con firmas como si el amor pudiera meterse en una carpeta y archivarse.

Me he puesto camisa y llevo traje. Uno gris oscuro que Madison siempre decía que me hacía parecer menos delincuente. Porque una parte idiota de mí quería que me viera bien. Y otra, todavía más idiota, pensaba que no se presentaría.

Esta mañana, Richi me ha abrazado y me ha dicho: «Papá, ¿hoy vamos a volver a casa?».

No he respondido nada, porque la verdad es que no sé qué va a pasar. Si se quedará con mi casa y definitivamente me quedaré sin nada. Porque mi corazón ya lo tiene.

Mis hermanos me han acompañado. Nataly y Arizona también están aquí. Pero del lado de Madison.

Drew me ha traído un café y me ha dado una palmada en la espalda como si pudiera reconstruirme un poco.

Tommy me ha dicho que si necesito sabotear algo, tiene ideas. Arizona lo ha amenazado con la mirada, y Nataly me ha abrazado como si yo fuera uno de sus hijos.

Papá no dice mucho, pero me acompaña. Con su camisa planchada y con cara de que él también perdió cosas que no supo cuidar. Solo eso ya me hace querer salir corriendo.

Entramos en la sala. Lexi ya está ahí. Vestida de beige. Sin unicornios. Tan formal y seria que está irreconocible.

Me sonríe con un gesto triste, y por último, siempre al filo de la hora, entra Madison con su abogado.

Va vestida de negro, como si viniera a su propio funeral. Sin joyas. Sin maquillaje y con la mirada decidida.

Su sola visión me parte en dos.

Nos miramos como si hubiéramos compartido una vida que ahora solo nos diera vergüenza.

Cuando arranca el juicio, todo va muy deprisa. Lo único que entiendo es «acuerdo amistoso», «custodia compartida» y «firme aquí». No soy capaz de asimilar nada más. Solo puedo mirarla y pensar:

¿Cómo coño hemos llegado a esto…?

Llega el turno de Lexi y sube al estrado para hacer un alegato como terapeuta, pero yo sé que ya es una amiga.

—He visto muchas parejas en crisis… y pocas con tanto amor como esta. Pero a veces, el amor no es suficiente. Ellos no se odian, se respetan y se cuidan incluso desde la distancia —Lexi me guiña un ojo—. Y eso, señoría, también es amor. Uno que quizá necesita otro tiempo. U otra versión. Pero amor, al fin y al cabo.

Cuando el juez pregunta si hay algo más que decir antes de firmar, me levanto sin poder evitarlo. No lo tenía planeado y me tiemblan las manos. Me tiemblan todos los recuerdos. Pero no puedo callarme.

—Yo quiero decir algo…

El juez asiente y Madison me mira en tensión. Sus ojos dicen «No lo hagas» y «Hazlo ya» al mismo tiempo.

—No estoy aquí para impedir nada —aviso—. Sé que no puedo convencer a nadie de quedarse si necesita irse. Pero quiero que conste que, pase lo que pase, yo no me voy a ninguna parte. No emocionalmente. No como padre. No como hombre que ama a la madre de sus hijos con cada jodido átomo de su ser.

Trago saliva para seguir hablando.

—La he visto parir a nuestros hijos. La he visto dormir en un sillón después de no dormir tres noches seguidas. La he visto pelear con su reflejo, con sus voces, con sus miedos… y aun así, seguir cuidándonos a todos. Yo no quiero una versión perfecta de ella. Yo la quiero entera. Rota. Curándose. Lejos, si así lo necesita. Pero mía. Y cuando estés lista para volver, si es que algún día lo estás, te estaré esperando.

Silencio absoluto.

Lexi se seca una lágrima. Arizona está llorando. Tommy se cubre la cara. Drew suelta un «Joder, bro.» Y Madison… Madison se hace la estatua.

El juez carraspea incómodo y pregunta si las partes todavía desean proceder. Ella lo mira abrumada. Después a mí. Por un segundo, creo que va a detenerlo todo.

Pero no dice nada. Es el juez quien dice:

—De acuerdo. Se procede a la sentencia de divorcio número 34726. Firmen lo último. Vuelvo a repetir, ¿esto es de mutuo acuerdo? —y lo pregunta mirándome a mí.

Madison asiente. Yo también. Mentimos.

Porque esto no es de mutuo acuerdo. Es un acuerdo con una parte rota y otra resignada. Es una jodida rendición.

Pero firmamos.

Y así, sin fuegos artificiales ni violines de fondo, deja de ser mi esposa.

Todo el mundo sale de la sala en silencio. Ella baja los escalones sin mirar atrás acompañada de su hermana y su prima.

Yo me quedo en la puerta con mis hermanos, viendo cómo se aleja con la espalda recta y los hombros tensos, como si cada paso que da le costara no girarse y gritarme.

El sol me pega en la cara y la sombra más fría de mi vida se me clava en el pecho.

Fin del matrimonio. Como si en otro tiempo no nos hubiéramos querido como nadie. Incluso cuando todavía no estábamos juntos…

Una de las mejores épocas fue cuando volvimos del hospital con Richi. La tensión sexual se relajó un poco durante la cuarentena. Recuerdo esos días como vivir una eterna resaca emocional en la que estás agotado, no sabes ni qué día es, llevas el mismo pijama desde hace una semana, y aun así, no te cambiarías por nadie en el mundo.

Supongo que influyó que Madison y el bebé se mudaran de nuevo a mi piso. El plan era que estuvieran aquí hasta que ella se sintiera recuperada. El plan real, aunque nadie lo dijo en voz alta, era otro: ninguno de los dos quería volver a separarse.

Ni de Richi. Ni del otro.

Fue como vivir en una dimensión paralela. Madison se pasaba las noches en vela dando el pecho, y yo me convertí en el maestro supremo de cambiar pañales a ciegas y cantar nanas a las tres de la mañana con cara de no haber dormido desde 1997.

Con todo, juro por lo que más quiera, que fue la etapa más bonita de mi vida.

—Tiene tus orejas —decía ella a las cinco de la madrugada, acunando al bebé en la butaca del salón.

—Y tu genio —contestaba yo, tumbado en la alfombra, con una manta por capa y una taza de café como espada.

—Pobre niño…

—Nah, va a ser un guerrero. Como su madre.

Ella me miraba, medio dormida, medio rota, medio preciosa. Entera preciosa, en realidad. A veces, pensaba en besarla y luego salir corriendo. Pero la mayoría de las veces pensaba en lo absurdo que era no hacerlo si nos necesitábamos tanto.

Durante el día hacíamos turnos como una pareja de guardias de seguridad en un banco: tú duermes tres horas, yo duermo dos. Tú bañas al bebé, yo hago la comida. Tú te duchas, yo intento evitar que se me mee encima mientras le cambio el body… Lo normal.

Un día, a los seis días exactos de estar en casa, me la encontré llorando.

—¿Qué te pasa? —pregunté aterrorizado, pensando que algo iba mal.

—Es que… se le ha caído el cordón —sollozó con una sonrisita temblorosa—. Ya no es un recién nacido. Ya está creciendo.

Madison era eso. Un corazón enorme que intentaba parecer frío, pero cuando la veías así, llorando por un trozo de cordón umbilical, sabías que estabas jodido. Porque no había marcha atrás. Yo estaba enamoradísimo. De la madre que era. De la persona que se esforzaba por hacer todo bien. De la mujer que intentaba parecer fuerte cuando estaba mal.

Una noche, mientras ella dormía profundamente con el bebé en brazos, le puse una manta encima y me senté a mirarlos. Solo mirarlos.

Y pensé «Esto. Esto es lo que quiero. Para siempre».

Pero no dije nada. Ni lo dije esa noche, ni al día siguiente, ni la siguiente semana. Era mi secreto mejor guardado.

Porque era demasiado pronto para hablar de futuro, pero no para vivirlo.

—No sabía que se podía amar tanto a una persona tan pequeña —me dijo Madison una noche, mientras le daba el pecho. Tenía prendas especiales para que no se le viera absolutamente nada. Y yo también procuraba apartar la vista… por el bien de mi cordura.

Estaba sentado en el suelo, a sus pies. Mirándola como un idiota.

—Yo tampoco sabía que se podía querer tanto a alguien que te vomita encima cada dos por tres —respondí.

Madison sonrió.

No esa sonrisa educada que ponía a los desconocidos ni la sarcástica que usaba cuando se enfadaba conmigo. Sonrió de verdad. Con todo su cuerpo agotado.

—Gracias por estar aquí, Kyle.

—Gracias por dejarme estar.

Ella bajó la mirada. Y yo supe, en ese instante, que lo nuestro era un hecho, y que, algún día, estaríamos juntos.

Nos turnábamos para dormir, para comer, para existir… Y cuando coincidíamos en el sofá, muertos de sueño, nos mirábamos sin decir nada… Y eso lo decía todo.

Había amor. Mucho. Un amor sin sexo, sí, pero no por falta de ganas, sino porque el cansancio era una criatura aún más potente que el deseo.

Y porque había algo más urgente: mantener con vida a nuestra mini-personita. Y sobrevivir a ello. Juntos.

Una madrugada, me desperté sobresaltado.

El bebé dormía en la cuna, pero Madison no estaba en su cama.

La encontré en la cocina, con una taza en la mano, mirando por la ventana.

—¿Todo bien? —pregunté, acercándome por detrás.

Ella asintió, pero tenía los ojos empañados.

—A veces me asusto —confesó—. De lo feliz que soy ahora mismo.

Me quedé quieto. Abrumado. Identificado. Comprendido.

—Yo también lo soy. Y me asusta que esto se termine y no volver a serlo nunca más a este nivel…

Madison me miró. Y durante unos segundos, nos quedamos así, tan cerca y tan lejos. Ella con su pijama de Stitch y yo con una camiseta que olía a toallitas de bebé. Fue un momento muy romántico, en realidad.

—¿Tú crees que terminaremos arruinando todo esto?

—Probablemente… —respondí cómico. Y luego añadí—. Pero, pase lo que pase, valdrá la pena solo por haber vivido este momento.

Ella se echó a llorar y yo la abracé.

Y ahí, en esa cocina desordenada, con el lavavajillas pitando y el bebé empezando a gimotear de nuevo, sentí que no necesitaba nada más en la vida.

Hoy, me duele pensar que sí lo necesito. Porque tener un hijo no anula la persona que eres o que quieres ser. Quizá te ciega por momentos, ordena tus prioridades y hace que envejezcas, pero tú sigues siendo tú, con tus miedos, tus deseos y necesidades. Alguna va cambiando, pero no la mayoría.

No puedo dejar de pensar que hubo un tiempo en que fuimos el equipo perfecto. En el que nos entendíamos sin palabras. En el que nos queríamos sin necesidad de acostarnos.

La otra noche tuvimos sexo tres veces… Pero no fue suficiente para evitar que hoy firmemos el final.

Eso lo dice todo, creo…

Quizá hayamos hecho lo correcto dejándolo morir.

O quizá solo necesitemos tomar distancia para renacer de nuevo.

29
AFTER



Miro mi guitarra.

Hace semanas que no la toco. Desde el concierto. Desde que pensé que la música podía devolverme a Madison. Desde que tres días después nos divorciamos como quien apaga una vela en mitad de un deseo no cumplido.

Paso los dedos por las cuerdas. Me suenan a eco. A vacío. A todo lo que no me atrevo a decir en voz alta.

«Madison se ha ido». Y no por un berrinche. Ni por orgullo. Ni siquiera por ese caos emocional con el que aprendimos a vivir y a querernos. Se ha ido porque se ha elegido… cuando yo siempre la elegí a ella, por encima de todo. Me pregunto si la gente ya no sabe querer como se quería antes… Con todo. Sin reservas.

Respiro hondo, aprieto el ceño, y empiezo a componer sin pensar, solo dejando que duela.

Los acordes son lentos y torpes al principio. Como mi corazón.

"Si te vas…
que no sea porque no lo intenté.
Si te vas…
llévate la manta del sofá y todo lo que duele.
Déjame el nombre, la risa, el primer café.
Déjame algo que no duela cuando te recuerde…"

Y entonces, como si la musa del despecho me lanzara un mensaje por *Bluetooth*, me acuerdo de Pamela.

Maldita Pamela… ¿Cómo le soltó esa bomba sin más?

Cojo la moto en piloto automático y conduzco hasta su edificio. Que *era* mi edificio. Ahora tierra de nadie, porque me han dicho que Madison ya no vive aquí…

A medio camino pienso que podría haberle mandado un mensaje, pero a veces, el cabreo necesita algo de gasolina.

Llamo a su puerta con fuerza. Tres malditas veces. A lo Sheldon Cooper.

—¡Ya va! —dice con voz cantarina desde dentro.

Abre la puerta con una bata de seda y una sonrisa ensayada.

—¡Kyle…, qué sorpresa! ¿Vienes a rememorar viejos tiempos? —dice con picardía.

—Pamela… —digo seco—. No vuelvas a hablar nunca más de nuestros «viejos tiempos». Y menos, con mi mujer, joder. ¡¿En qué estabas pensando?!

Frunce los labios.

—No sabía que era un secreto.

—No, no tiene la suficiente importancia para denominarlo secreto. ¿Tú la has visto? ¿Sabes cuántos tíos habrán tenido el placer de estar con ella? ¡Pues yo no, porque no quiero saberlo! Tú y yo tuvimos algo físico y breve. Éramos nuestros mutuos clínex. Es decir, un medio para limpiar la porquería, que luego, desechas. Y tú sabías que estaba enamorado de Madison la última vez que lo hicimos.

Pamela alza las cejas.

—Pero aun así lo hiciste.

—Nadie es perfecto. Pero, primero, yo era libre para hacer lo que quisiera, como intentar olvidarla. Y segundo, me hubiera valido cualquiera, pero tú estabas ahí. Y sinceramente, empieza a ser sospechoso porque también estabas cerca el día que me emborraché pensando que Madison me había puesto los cuernos. ¿Hasta dónde llega tu influencia? ¿Conoces a Jimmy del gimnasio? ¿Y a Eddy? Porque ya me creo cualquier cosa...

—Me da igual lo que pienses. Te corriste conmigo y es lo único que me importa. Me llena, ¿sabes? Igual que tu enorme polla. ¿Estás seguro de que no quieres pasar? Ahora estás divorciado, ¿no? Estás en tu derecho. Te ayudaré a olvidarla.

—Mierda, Pam… —la maldigo—. ¡No tenías ningún derecho a contárselo así! Con saña. Para hundirla aún más. Las malas personas no me ponen nada.

—Solo dije la verdad —dice cruzándose de brazos.

—¡Dijiste una verdad que dolía más de lo necesario! Y ya no soy el mismo idiota que se emborrachó y te besó porque creía que ella nunca más me querría.

Silencio.

—Qué asco… —masculla—. ¡El amor es un asco! ¡Lo hice porque me duele pensar que a mí nunca me querrás! ¡Al final, nadie tiene lo que quiere! ¡Tú no me quieres a mí, ella no te quiere a ti y ella no se quiere a sí misma! ¡Por eso me compré un perro! ¡Solo le falta una buena polla para ser perfecto!

—¡Pues cómprate un caballo! ¡Pero deja de ser la dinamita en las vidas de los demás!

Me giro y me marcho sin dejarle réplica posible. No por dignidad, sino por mi salud mental.

De pronto me freno y decido que no quiero ser así. Me doy cuenta de que la mayoría de la gente, si no toda, tiene algún tipo de trastorno por vivir en este mundo de locos.

—Pam…, lo siento. De verdad, espero que encuentres a alguien que te quiera bien. Solo tienes que dejar de hacer el gilipollas, ser sincera y buena gente. Lo demás, llega solo.

Me marcho sin mirar atrás, y decido parar en la consulta de Lexi. No tengo cita, pero necesito verla.

Tengo suerte y me recibe con un jersey de flamencos naranjas fosforitos sobre un fondo rosa chicle y unas gafas de leer fucsias en la punta de la nariz.

—¿Y bien, mi querido Norton? —dice sin levantar la vista de un sudoku—. ¿Qué te trae por mis dominios?

Sonrío porque es un personaje de diez. Me flipa su alter ego. Y estoy seguro de que, algún día, conseguirá ser feliz. Porque se lo merece mucho.

—Aunque no te lo creas, no he venido a hablar de Madison, sino de mí.

Levanta una ceja.

—¿Y eso?

—Siento que estoy cambiando. En otra época la habría perseguido hasta la saciedad como un psicópata, pero gracias a ti, estoy... extrañamente calmado. Esperándola sin prisa. Y si ella se está limpiando y renovando por dentro, yo también quiero. Y como ya me conoces, he pensado que sería más fácil si lo hacemos juntos. ¿Eso te crea un conflicto de intereses?

Lexi suspira. Se quita las gafas y me mira con ternura.

—Kyle, tú no necesitas terapia. Ya estás en el buen camino. Pero estaré encantada de quedar contigo a tomar algo fuera de aquí y que me cuentes sobre tu nuevo grupo de música.

—¿Mi nuevo grupo? —Frunzo el ceño.

Ella tuerce la cabeza y sonríe. Esperando a que lo pille.

Bajo la cabeza y sonrío.

—Vale… Entendido.

—Eres más listo de lo que pareces, Kyle Norton.

—Y tú eres exactamente tan lista como pareces, Lex…

—Solo Scott me llama Lex —dice nostálgica.

—Entonces es que te aprecia de verdad.

—A veces hace cosas que… no sé… pienso que significan algo más —dice mordiéndose los labios.

—¿Por qué no intentas averiguarlo antes de que sea tarde? Se trata de tu felicidad… Si tanto le quieres, deberías salvarle de esa

chica… Parecen el día y la noche.

—Ya te lo dije, el amor no salva, solo acompaña mientras uno se salva solo.

—¿Eso lo has sacado de una taza?

—Ojalá… Es el pan de cada día para mí.

Nos sonreímos y me despido con un abrazo torpe pero auténtico.

—¿Sabes qué, Lexi?

—¿Qué?

—Te echaré de menos.

—Yo también, bajista sexi. Pero esto no es un adiós. Estoy segura de que volveremos a vernos. Espero con ganas que me llegue una invitación a tu próximo concierto.

—¡Eso está hecho!

Salgo de su consulta sintiéndome más ligero. Menos perdido. Más… yo.

Y eso, creo que es el primer paso para volver a *casa*.

30
COME, REZA, AMA



Jueves por la tarde. Consulta de Lexi.

—¿Te puedo preguntar algo sin que me mires como si fuera una madre del chat del cole que no recicla? —dice Lexi mientras me sirve un café con más espuma que sentido común.

—Dilo. —Aunque sé lo que es. Por eso miro al suelo.

—¿Estás tomando la medicación que te prescribieron?

Levanto los ojos. Y ahí está, la típica cara de: «te lo pregunto porque te quiero, pero si no me contestas te doy con la taza en la cabeza».

—No —respondo bajito—. Ya te dije que me atontaba. No puedo pensar. No puedo ni llorar… Sé que fue lo que me puso así, pero la vida que quiero tener no es viable con ella. Dos hijos, la empresa, un marido satisfecho…

—¿Prefieres no tener nada?

—No. Pero así no todos los días son malos. Hay días que soy una Harley sin frenos y otros una tostadora encendida en la bañera.

Lexi asiente, muy seria.

—Mira… Te lo digo como amiga y persona que ha leído catorce libros sobre salud mental sin saber por qué: la medicación no es mala, pero tampoco es la única vía. Si estás dispuesta a currártelo de verdad, podemos intentar algo.

—¿Currármelo cómo?

—Yendo a un retiro —dice como si fuera una palabra mágica que lo arregla todo—. Tú, yo, Arizona y Nataly. Una semana sin móviles, sin niños, sin excusas. Solo hablar, llorar, gritar, destruir cosas con bates de béisbol si hace falta… Empezar desde la base. Romperte de verdad y construirte sin ruido. Sin parches. Sin medicación.

La miro. Me dan ganas de decir que no. Que no tengo tiempo. Que no puedo irme así como así. Que no es el momento. Que no estoy tan mal…

Pero lo estoy. Y ella lo sabe.

—¿Y si no funciona?

—Entonces al menos habrás empezado a sanar. Y eso ya es algo.

Me muerdo el labio y cierro los ojos un instante eterno.

—Vale. Pero solo si hay vino.

—Habrá vino. Y árboles que escuchan.

—¿Y pastillas?

—Solo las que tú elijas tomar. Para dormir o lo que sea.

Sonrío. Y por primera vez en semanas, siento que respiro un poco más hondo.

Ya solo queda decírselo a las chicas… y para ello, les hago una encerrona en casa de Nataly con helado y chucherías. Al final, se lo suelto sin más.

—¿Que te vas a dónde? —dice Arizona, con un regaliz en la mano y los ojos tan abiertos que parece que se le han quedado pegados.

—A un retiro espiritual. Con Lexi… Y con vosotras. Sorpreeesa… Os necesito allí, chicas.

Nataly parpadea. Tres veces. Luego me mira con esa mezcla de ternura, pánico y un «no, por favor».

—¿Qué tipo de retiro? —pregunta sin embargo.

—Uno terapéutico. Con árboles, bates de béisbol, baños desnudas en lagos y mucha gente rota hablando de sus emociones.

Silencio.

—¿Y eso nos incluye a nosotras? —pregunta Arizona perpleja.

—Sí, porque vosotras sois mis emociones más rotas favoritas. No, en serio, una semana entera sin maridos, sin hijos, sin emails, sin grupos de WhatsApp de padres… ¿No os tienta?

—¿Esto es por Kyle o por ti? —pregunta Nataly frunciendo el ceño.

—Es por mí. Porque quiero encontrar algo más allá del trabajo y de las fotos bonitas en Instagram. Y quiero poder gritarle al cielo sin que me encierren.

Arizona me mira como si no me reconociera.

—¿Quieres ir al monte a gritar?

—Sí. Y vosotras también. ¡Cualquiera! Porque vivimos todos un poco… no sé. Saturados. Y yo quiero dejar de estarlo. No quiero ser la loca que estalla y luego pide perdón. Quiero ser alguien que se escucha antes de explotar.

Las dos me miran sin réplica posible. Y aunque no lo digan, sé que ya están dentro.

Arizona suelta un suspiro de rendición.

—¿Hay Wi-Fi?

—No.

—¿Y alcohol?

—Sí.

—Entonces vale.

Nataly se echa a reír. Nos reímos todas. Y por un segundo, somos solo tres chicas en una cocina, planeando una huida. No somos madres, ni esposas, ni empleadas, ni exnovias. Solo hermanas. Solo mujeres que están cansadas y que, por una vez, van a poner el cartel de «cerrado por mantenimiento» en sus vidas.

—Esto es una secta. Lo sabía —susurro acojonada.

Frente a nosotras hay una cabaña octogonal de madera, con una chimenea humeante, colchonetas de yoga en círculo y un cartel hecho a mano que dice: «Deconstrúyete. Y luego quiérete».

—No seas exagerada —dice Nataly, aunque ya ha contado tres veces las salidas de emergencia y se ha atado la riñonera como si

estuviera en Jumanji.

—Me niego a deconstruirme sin Wi-Fi —masculla Arizona.

Pero es lo que toca, estamos a dos horas de la civilización y a tres de cualquier señal de móvil.

—¡Chicas! —llega Lexi a la carrera—. ¡Este sitio es mágico! ¡Tienen talleres de sanación con sonido, baños en agua helada, cuencos tibetanos y un caballo terapeuta que te detecta la tristeza solo con olerte!

—¿Y qué huele exactamente? ¿Si estás podrida por dentro?

Todas nos reímos.

El lugar es demasiado idílico para ser verdad. Montañas al fondo, árboles que parecen salidos de un anuncio de yogures bio, y una señora llamada Dunya, que lleva turbante, poncho y sandalias de cáñamo aunque haga un frío que pela. Dunya nos da la bienvenida con un gong.

—Bienvenidas al espacio del alma. Esta semana, vais a renacer.

Arizona le susurra a Nataly:

—Como salgamos con un nombre nuevo y una pulsera de cuero a juego, te juro que me mato.

Yo solo quiero volver al coche. O al útero de mi madre. Lo que esté más cerca.

No empiezo a estar en sintonía con el sitio hasta que me dan un bate de béisbol, unas gafas de seguridad y me ordenan cargarme cosas. Se supone que es una metáfora de romperte a ti mismo y tus problemas, pero me veo rompiendo una vieja impresora como si fuera el corazón de Kyle en modo HP.

La comida del campamento no está mal y se respira naturaleza.

Esa misma noche proponen el ejercicio que todas nos temíamos: un baño desnudas en un lago iluminado solo por la luna.

Estoy a punto de decir que no, que mi dignidad tiene un límite, pero de pronto Lexi se quita la ropa como si hubiera nacido para ello y veo que Arizona ya está metida hasta el cuello, gritando lo buena que está el agua.

—No lo pienses, solo entremos —dice Nataly con agallas. Sé el miedo que le tiene a bañarse de noche. Casi más que yo.

Me quito el vestido y no miro atrás. «De algo hay que morir…». Fue asesinada por una culebra gigante nocturna.

Al entrar en el agua siento… libertad. Silencio. Agua fría en los pezones y calor en el pecho. Hay risas. Muchas. Nos salpicamos, nos hacemos ahogadillas, pero cuando me tumbo boca arriba sobre el agua, flotando como una astronauta emocional, solo pienso en una cosa:

«No estoy tan rota como creía».

Otra de las noches es una terapia de grupo improvisada alrededor de una hoguera. Hay mujeres de todas las edades. Una dice que lleva treinta años sin poder llorar, otra que se acaba de separar; una tercera que se ha enamorado de una chica por primera vez a los cincuenta.

¡FLIPA!

—Yo… —digo cuando llega mi turno—. En realidad he venido porque quería dejar de pensar en él —confieso mirando a Nataly. Sé que le dije que esto era por mí, pero tampoco puedo engañarme tanto. Tengo a Kyle muy presente. Quería decirlo y lo he hecho. Con la voz temblorosa, pero sin esconderme.

—Me siento perdida sin él —desvelo—. Pero la verdad es que tampoco sabía quién era antes de conocerle.

La gente me mira, pero siento que nadie me juzga. Una señora me da una piedra y dice que es para llevarme un trozo de esta noche. Me la guardo y Nataly me agarra la mano fuerte, como cuando éramos niñas y no queríamos dormir solas.

Y entonces lo siento: una chispa de eso que llaman «amor propio». Una luz chiquita. Una vocecita interna que me dice «Eh, estás viva. Todavía hay tiempo».

Todavía hay tiempo para ser. Para gritarle al universo lo que nunca me atreví a decirle a nadie.

Al día siguiente, Dunya nos reúne en círculo, sobre la hierba, frente al lago. Hay un tronco en el centro y nos explica que vamos a liberarnos de nuestras emociones atrapadas… a grito pelado.

—Cada una subirá al tronco y dirá algo que lleva tiempo sin atreverse a decir —explica con voz musical—. Y luego gritará. Desde el útero. Desde el alma. Desde donde duele. ¿De acuerdo?

Lexi sube la primera. Cierra los ojos y respira hondo:

—Estoy cansada de tener que tragar con todo… La última, ser la maldita dama de honor en la boda del hombre de mis sueños.

Luego grita. Un aullido poderoso que hace que un pájaro levante el vuelo. Pobrecilla… no la envidio.

Le toca a Nataly. Sube despacio, y suelta:

—Me paso la vida siendo buena… ¡Y nadie se da cuenta de lo jodido que es eso!

Su grito sale como un rugido. Potente. Lleno de rabia pero elegante.

Arizona se sube al tronco como si fuera una tabla de surf.

—¡Estoy harta de fingir que me va bien todo! ¡PORQUE NO TODO ME VA BIEN!

Su grito espanta a un par de lagartijas y me arranca una sonrisa.

Llega mi turno.

Subo al tronco y siento frío en los pies, una presión en el pecho y un nudo en la garganta.

Lexi me hace un gesto con la mano, como diciendo tómate tu tiempo. Y lo hago. Llevo demasiados años tragándome gritos que no sabía que existían.

Pero están ahí. Y esta vez no pienso irme sin sacarlos.

Respiro hondo. Una, dos, tres veces.

Y empiezo:

—¡Estoy harta!

Mi propia voz retumba en el mundo. Parece una versión distorsionada de mí. Pero no. Soy yo. Por fin.

—¡Estoy harta de que mi cabeza sea un juicio constante! ¡De escuchar todo el puto día lo que hago mal! ¡De ser mi peor enemiga con voz de *influencer* maligna!

Mi voz tiembla, pero no se rompe. No esta vez.

—¡Estoy harta de tener que medicarme para ser más fácil de querer! ¡Harta de doparme para que los demás no se asusten de mí! ¡Harta de disfrazar el miedo con productividad y fotos bonitas!

Me abrazo los codos. El pecho me sube y baja sin control. Todas me están escuchando, pero lo importante es que por fin me estoy escuchando yo.

—Sigue, Madi… Sácalo todo —me anima Lexi.

—¡Quiero aprender a quererme tal como soy! ¡Con mis días de mierda y mis pensamientos de mierda! ¡Quiero poder existir sin tener que compensar cada error con una sonrisa, un logro, un escote o una disculpa!

El corazón me retumba en las costillas como un tambor desbocado.

—¡Estoy harta de fingir que estoy bien para que nadie me mire raro! ¡De tener que complacer a los demás para que no me hagan daño! ¡De ser la divertida, la guapa, la que siempre tiene recursos para todo!

Me arden los ojos. Pero no lloro. Todavía no. Lo que siento no son lágrimas. Es solo la verdad.

—¡Quiero mirarme al espejo sin miedo a lo que me diga! ¡Quiero dejar de necesitar que me salven todo el puto tiempo! ¡Quiero ser yo la que me salve, joder! ¡No les toca a ellos sostenerme!

Me doblo hacia adelante, como si mi propia voz me hubiera atravesado.

—¡Estoy harta de creer que si no me quieren es porque no valgo! ¡De que una mirada rara de Kyle me destruya el día! ¡De que un silencio suyo me haga querer desaparecer!

Echo la cabeza hacia atrás, jadeando.

—¡Quiero mirarme a los ojos y no salir corriendo! ¡Quiero ser suficiente para mí!

Silencio.

Y por primera vez en mucho tiempo, siento algo parecido a la paz.

No. No es paz. Es respeto. El mío. El que me debía desde hace años.

Esa noche, dormimos juntas en la misma habitación. Hablamos de nosotras como si no fuéramos familia, sino mujeres nuevas. Me siento un poco más libre. Un poco más cerca de mí.

Y mientras miro el cielo por la ventana, pienso:

Voy a volver a casa más fuerte. Más real. Más yo.

Pero no más lejos de Kyle.

Porque por más que lo grite, él sigue dentro de mí.

—¿Y ahora qué? —pregunto, aún jadeando, con la garganta ardiendo y las piernas temblonas. He gritado tanto que siento que se me ha salido el alma por la boca.

Dan por terminada la sesión y vamos camino de la cafetería principal.

—Joder, Madison… ¡parecía que estabas invocando al diablo…! —dice mi hermana—. Creo que has matado a una ardilla del susto.

—Estaba liberándome, ¿vale? —respondo divertida.

—Más bien parecía un exorcismo —dice Arizona.

—¡Ha sido glorioso! —opina Lexi, lanzando una flor al cielo—. ¡Seguro que tu útero se ha alineado con Saturno y tu energía ahora vibra como una cabra en celo!

—¿Eso es bueno o malo?

—Depende —Se encoge de hombros—. En este retiro todo es relativo. Menos que no incluyan el café en el desayuno. Eso es una tortura se mire por donde se mire.

—Has dicho cosas muy jodidas —murmura Nataly más en serio—. Pero reales. ¿De verdad pensabas que no tenías conexión con nadie?

Me encojo de hombros. Me duele reconocerlo, pero sí.

—Siempre he sentido que todos sabíais quiénes erais, menos yo —musito—. Yo tenía que hacer ruido, follar con alguien o vestirme como una diosa griega, solo para que no se notara que por dentro estoy hecha un caos.

Arizona me pasa una ramita de lavanda.

—Pues para ser una tía hecha un caos, te quedan muy bien esos *leggings.*

—Gracias —me río—. Son compresores. Como la vida.

—¡Y yo que pensaba que me venías por el TLP y lo tuyo era solo falta de autoestima! —exclama Lexi—. Te diagnostico una necesidad aguda de masturbarte con plena consciencia.

—¡Lexi! —gritamos las tres al unísono, pero no podemos dejar de reír.

—Lo digo en serio. ¡Amor propio, chicas! Literalmente.

—Tú lo que quieres es que montemos una secta —dice Arizona—. Con túnicas blancas, cánticos y vibradores.

—Me apunto a eso —barrunta Nataly.

—Yo tengo túnicas —digo—. ¿Vale si son de Zara?

Y entonces reímos. Nos reímos tanto que me duele el estómago, y el alma, y todo lo que minutos antes me pesaba. Porque por fin puedo decir que no me siento sola. Porque estas tres locas me quieren tal como soy.

Y aunque aún me falta mucho para quererme del todo, hoy he gritado algo que importaba. Hoy he sacado la voz por mí misma.

Hoy, rodeada de mujeres medio brujas y medio ángeles, me he empezado a salvar a mí misma.

31
EL DIARIO DE BRIDGET JONES



Un mes después

—Estás preciosa, Madi —dice mi madre sonriente al verme aparecer en el salón de la mansión Evans con mi vestido azul cielo y el pelo suelto.

No me extraña que le llame la atención verme radiante. La última vez que me vio, estaba demacrada. Fue justo después del juicio, cuando dejé la casa de Kyle porque ya no tenía ningún derecho a estar allí, y volví a Castle Combe con la excusa de cogerme unas «vacaciones». Vacaciones depresivas en casa de mis padres.

Estuve una semana mirando por la ventana, pensando qué hacer mientras me alimentaban y me hacían la colada. Fue como volver a tener quince años. Pero luego recordé quién era. O más bien, quién quería ser. Encontré un piso amueblando que me gustaba, di una entrada, y me trasladé para seguir mirando por la ventana, sola.

Y ahora soy otra.

Una que duerme por las noches. Una que vuelve a leer por placer. Una que ya no abre la nevera para obligarse a comer algo. Una que ya no teme enfrentarse a Kyle. Ni a nadie. He renacido de mis cenizas y tirado el resto al mar.

El milagro se obró, por supuesto, en la consulta de Lexi.

Ella fue testigo de cada muro que derribaba para que el sol volviera a entrar en mi vida y construirme a mí misma desde los cimientos. Los niños parecían encantados con esa nueva versión de mí. Una más tranquila y auténtica. Más sincera.

Y poco a poco, conseguí sentirme un lugar seguro.

También le conté a Lexi la superconversación que había tenido con Nataly sobre nuestro pasado y que le había pedido perdón de parte de «esa chica». Esa que ya no quería ser nunca más.

Entonces, a Lexi se le ocurrió un ejercicio parecido a lo que me había dicho mi hermana:

—Escríbele una carta a esa chica. De despedida…

Y eso me hizo recordar algo. Un pequeño cuaderno.

—Ya lo hice… —revelé—. Mi primer terapeuta, me obligó a escribir una especie de diario en el que volcar toda mi ira y frustración. Lo hizo para que pudiera leer más adelante todas las barbaridades que pensaba. Y me sirvió de mucho, la verdad.

—¡Qué bueno! La terapia *escrituril* es muy efectiva.

—Le cogí el gusto a anotar pensamientos que tenía sobre mí misma. Buenos y malos… Y cuando me quedé embarazada, seguí anotando cosas. Era como poder hablarlo con alguien… Un desahogo para no reventar. Para entenderme. Para... no sé…

—¡Eso es genial, Madison! ¿Aún tienes ese diario? Me encantaría leerlo; me sería de mucha ayuda.

—Sí, lo tengo por ahí… Ya te lo traeré.

Estuve buscándolo por casa y cuando lo encontré recordé lo mucho que me ayudó en todos los malos momentos de mi vida; lo había olvidado.

Un día, al principio de vivir con Kyle, cuando todo me abrumaba: la casa, la tensión, el embarazo…, el peso invisible de no saber quién era sin todo aquello encima…, miré mi reflejo en el espejo y pensé: «No se me va a dar bien ser madre». «Y tampoco se me ha dado

bien nunca ser novia, así que no sé qué coño estoy haciendo aquí con él». Y lo anoté para desterrar de mí esos sentimientos.

Con el tiempo, tampoco era buena *influencer*, ni jefa, ni hija, ni hermana… Solo una experta en empezar cosas que después abandonaba. Y no por pereza, sino porque no encontraba algo que me hiciera querer continuar.

En la última página de la libreta, había una frase subrayada con boli morado:

«*Si no sabes quién eres, empieza por saber quién no quieres volver a ser».*

La copié un día de Pinterest cuando todavía no sabía ni que estaba embarazada. Aquel día me pareció una frase grandilocuente y la anoté, pero no entendía bien su significado. En ese momento, me la habría tatuado en la frente.

Agarré un boli mordisqueado. Me senté en el suelo, y empecé a escribir.

No para crear una costumbre. Ni para fingir que tenía un propósito. Escribí porque necesitaba entender cómo demonios me sentía.

Primero hice una lista de todo lo que odiaba:

Odiaba que me miraran como si solo sirviera para posar.

Odiaba que me dijeran que tenía suerte de ser guapa.

Odiaba sentir que si mañana desaparecía, lo único que dejaría serían *selfies* y *likes*.

Odiaba no saber si alguien echaba de menos a mi yo despeinado y en chándal.

Odiaba no poder hablar con nadie sin que me diera miedo parecer débil o tonta.

Después, sin pensarlo, le escribí una carta a alguien que no existía. Solo para desahogarme:

Hola, no sé por qué te escribo, pero estoy cansada de fingir que estoy bien. Esta noche he llorado mucho. No porque estuviera triste, sino porque no siento nada. Solo un vacío enorme.

Y seguí. Página tras página.
Y cuando terminé, no me sentí tan vacía.
Me sentí… limpia.

Cuando se lo llevé a Lexi a la consulta, lo estuvo ojeando un buen rato con mucho interés.

—¿Tú sabes lo que tienes aquí, Madison?

—No sé… ¿Confesiones dignas de que me encierren?

—¡Esto es oro, tía!

—Son solo cosas que no me atrevo a decir en voz alta.

—¡Ni nadie! ¡¿No te das cuenta?! Tienes una voz. ¡Una de verdad! Irónica, rota, brillante… Esto no es solo un diario, ¡es el principio de algo! ¿Has pensado en compartirlo?

Una ceja se me disparó hacia arriba en la cara.

—¿Con quién? ¿Con mis seguidores de Instagram, entre una foto del desayuno y otra con la de una crema que me han regalado para promocionar?

—No. Puede ser desde un perfil nuevo… Como un *blog*. O columnas. ¡O un libro! Algo que diga: "Esto también es una mujer". Porque tú no eres solo una cara bonita ni una loca que llora viendo anuncios de pañales. Eres alguien que piensa. Y eso... eso conecta a la gente.

—¿Tú crees…?

—«Hoy quiero escapar», «Hoy me he sentido guapa por primera vez en mucho tiempo», «Odio ser madre a veces». ¡Son cosas que todo el mundo piensa y transmiten! Porque duelen. Dan vergüenza. Y quieres superar. Esto podría gustar mucho, Madison.

—¿Y si no le importa a nadie?

—Entonces lo escribes para ti. Como has hecho hasta ahora. Pero creo que sí importará. Porque si tú no encuentras mujeres así, que digan estas cosas, es porque aún no han tenido el valor de hacerlo. Y tú puedes ser la primera.

Me quedé callada.

Por fin alguien que no era de mi sangre veía algo bueno en mí que no fuera físico. Y lo decía sin deberme nada.

—¿Crees que puedo ser buena en esto?

—No lo sabrás hasta que no te des permiso para serlo.

Lexi me sonrió. Y por primera vez en mucho tiempo, me dieron ganas de escribir algo que no empezara por «Creo que lo estoy haciendo todo mal».

Esa misma noche, sin pensarlo demasiado, le hice una foto a la carta que redacté, creé una cuenta nueva en Instagram y la subí.

Sin mi nombre. Sin filtros. Sin *likes* activados.

Solo con el texto: «*Para quien lo necesite».*

Me quedé mirando la pantalla, temblando como si acabara de saltar al vacío. Tres horas después, tenía mil me gustas. Y me sentí bien.

No como madre.

Ni como exmujer.

Ni como *influencer*.

Sino como una persona con algo que decir.

Y una voz que, por primera vez, no tenía miedo de hablar.

Cuando Lexi me animó a compartir con los seguidores de MadisonEvans que tenía esa otra cuenta, las editoriales empezaron a llamarme como locas. Estaba harta de ver a gente famosa sacando libros que no valían nada. Pero al final me convencieron de que esto sería la excepción a la regla. Y entre el apoyo de Lexi y los comentarios que recibía a diario en redes diciendo que era justo lo que necesitaban leer, terminé de convencerme.

Hoy puedo decir que estoy mejor.

Bueno, ahora mismo estoy sudando, literalmente. Y no por este vestido de satén de hace cinco años, que me aprieta el pecho como si me castigara por cada decisión equivocada que he tomado en mi vida. Estoy sudando porque, después de un mes, hoy voy a volver a ver a Kyle.

Un mes.

Treinta días.

Setecientas veinte horas de no llamarnos, de no escribirnos, de no odiarnos activamente ni besarnos a escondidas como idiotas. Este

retiro ha sido lo más sano que he hecho en años. Y también lo más insoportable…

—¿Estás lista? —me pregunta Nataly con prisa. Está estresada porque está pendiente de cincuenta cosas, como siempre.

—Sí. ¿Qué necesitas?

—¿Dónde están Richi y Rosie?

—Viendo la tele. Atados al sofá. Pero ellos no lo saben.

—Perfecto. Necesito que te adelantes y vayas a la iglesia. El cura no sabe dónde colocar las flores, y no será porque no se lo he repetido veinte veces, pero el hombre ya es mayor. Quiero que estén listas cuando lleguen Tommy y Arizona.

—De acuerdo. Voy.

—Gracias, hermana.

Hoy es la comunión de Arthur. Al final decidieron hacerla en Castle Combe y celebrar la comida en el restaurante Estrella Michelín. Creo que lo han hecho para que asistiera seguro, al invadir «mi territorio».

Llego a la iglesia enseguida, pero veo que el coche de Tommy ya está aquí.

—¡Maldición! —mascullo echando a correr todo lo que puedo con estos tacones.

De repente me topo con Tommy y Arizona.

—¡Qué pronto llegáis! Estamos ultimando detalles…

—¿Qué hacen todas las flores atrás?

—Ah, uh… es la moda. ¿No lo sabías? Cada persona que llega elige un centro y lo coloca donde quiere. Es *Feng shui* religioso.

Me miran como si no hubiera tomado mi medicación. Y lo entiendo.

—¿Quieres que te ayude a colocarlas sin que Nataly se entere? —dice Arizona indulgente.

—¡SÍ, POR FAVOR! ¡Venía a ello! Pero no teníais que estar aquí todavía… ¿Por qué habéis llegado tan pronto?

—Alguien tenía prisa por llegar…

Busco a Arthur y no lo veo.

—¿Dónde está el homenajeado?

—¡Tía, Madi! —grita Arthur viniendo a la carrera.

El hijo de Tommy, está monísimo. Es una miniatura de su padre, pero con el flequillo peinado y sin esa eterna cara de resaca.

—¡Hola, cielo! ¡¿Tenías muchas ganas de venir?!

—No nos referíamos a él… —murmura Arizona.

De pronto, levanto la vista y veo a Kyle entrando en la iglesia.

Está tan guapo que creo que voy a morir. Camisa negra sin corbata, traje oscuro, afeitado listo para besar y sonrisa ladeada. El maldito combo perfecto para arrasar con mi estabilidad emocional.

Camina como si la vida no le hubiera atravesado el corazón.

«¡Respira, Madison!», me ordeno a mí misma, pero no estoy segura de saber cómo.

Kyle me ve y sonríe. Y yo… me derrito. Se me derriten el rímel, el corazón y el útero.

Estupendo…

—Madi, estás blanca —susurra Arizona a mi lado.

—¿Yo?

—Sí, parece que vas a vomitar. Respira hondo.

Intento hacer lo que me dice y disimular que este mes se me ha hecho más eterno que una dieta sin chocolate a medianoche. O una Navidad sin vino.

Arthur me observa como si no fuera consciente del tsunami emocional que es su tía ahora mismo. Está para comérselo con un trajecito y chaleco que le hacen parecer un CEO. Igual que su tío… Solo que su tío parece el CEO de la mafia italiana con sus tatuajes desbordando del traje.

Parece tranquilo hasta que me ve. Se detiene como si su mundo también lo hubiese hecho. Y al momento, camina hacia nosotros. Que no huya ya es un avance.

—Hola… —me saluda comedido.

—Hola. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú…?

—También.

—Me alegro mucho.

—Lo mismo digo…

Nos quedamos callados y miramos a Tommy y Arizona.

—Por Dios… qué conversación más triste —masculla Tom—. Y ahora toca esperar aquí más de una hora… —Se sienta en un banco resignado.

Kyle no sabe dónde meterse.

—Cariño —comienza Arizona—. ¿Por qué no os vais al bar mientras nosotras colocamos las flores? Dejad a Arthur aquí.

—¿Te he dicho que te quiero?

—No. —Sonríe.

—Pues te quiero a muerte… En serio. Vámonos, Shakespeare…

Se van hacia el exterior y aunque se molestan en bajar sus vozarrones hasta un cuchicheo, se oye todo.

—¿En serio, Kyle? Ya te vale, bro…

—¿Qué coño querías que le dijera?

—¡No sé! ¡Que está muy guapa, por ejemplo!

—No es ciega, tío…

—Eres idiota… Tanta prisa para nada. ¡Ha sido patético!

—¿Quieres dejar de meterme presión?

—¡Es que la necesitas! ¡Pareces un globo desinflado!

—¡¿Qué quieres, que la acorrale en un confesionario?!

—¡Ahora estás pensando con la cabeza de arriba!

Arizona y yo nos miramos y nos reímos bajito.

—Esto era inevitable —dice ella encogiéndose de hombros—. Los Norton son así.

—Ya lo sé —digo tranquila.

—Yo también estaba nerviosa por verle, pero creo que ha sido… bien. No hace falta más.

—Tenemos todo el finde por delante.

—No, yo… me iré esta noche. Vuelvo a la ciudad.

—¡¿Por qué?! —grita tanto que se hace eco.

—Porque no voy a dejar que me emborrachéis otra vez.

—¿Ni con chámpan del bueno?

—Es una pena, pero ni con esas.

«Nunca escupas hacia arriba…», seguramente será la frase que pondré mañana en el *blog*.

32
LA PROPOSICIÓN



¿A quién le gustan las comuniones? Que levante esa mano de mentiroso…

Me hubiera quedado muy a gusto en el bar después de hacer semejante ridículo con Madison, pero Tommy me ha arrastrado a la voz de: «Si yo tengo que ir, tú también».

La misa es como un ensayo general en el infierno. Niños con minitrajes, música de flauta dulce y familiares que usan tu ruptura como tema de *networking*.

Lo único divertido es estar al lado de Drew, diciéndome burradas que no deberían decirse en una iglesia, igual que cuando éramos críos.

—Me ha dicho Tommy que te ha dado un ictus cuando has visto a Madison…

Nunca lo admitiré, pero ese vestido me ha hecho perder la capacidad de formar oraciones coherentes. Y cuando he recuperado el riego, ha sido peor que una conversación de ascensor.

—Exagera…

—Me lo creo porque Madison está muy guapa.

—No voy a decir que no.

—Más de lo habitual, quiero decir.

Vuelvo a mirarla y se me corta la respiración de nuevo.

—¿Esa es tu cara habitual cuando te pones cachondo en eventos litúrgicos? —susurra Drew en mi oído.

—Cállate. Estoy concentrado… —gruño, ajustándome la chaqueta por quinta vez.

—¿En qué? ¿En no empalmarte con la voz del cura?

De pronto, me llega un mensaje de Tommy, siempre tan oportuno, como el demonio.

TomNorton:

«Arizona me ha dicho que Madison se va después de la comida. Así que, si tienes un plan, no tardes tres años en llevarlo a cabo. Es tu oportunidad. Haz lo que sea necesario».

Trago saliva y miro a Madison. Está con Rosie en su regazo. Y casualmente, me mira, pero su sonrisa no le llega a los ojos. Eso me da esperanza. Porque si ya no sintiera nada por mí, sonreiría de verdad.

«Haz lo que sea necesario». ¿Qué coño significa eso?

Por mucho que piense, nada parece lo suficientemente loco… ni seguro.

Sobrevivo a la misa, y nos reunimos en el restaurante, donde se ofrece un cóctel en el jardín. Hay croquetas, niños gritando, y un castillo hinchable al que Nataly nos ha prohibido acercarnos «por si lo reventamos».

Los invitados están dispersos entre mesas altas, charlas triviales y canapés deliciosos.

Me refugio cerca de la mesa del jamón, porque sé que, tarde o temprano, Madison aparecerá por aquí. Es incapaz de resistirse. Al jamón, digo.

Cuando veo que se acerca, me enderezo como si me hubieran enchufado a una batería.

—Hola. Estás preciosa —suelto de sopetón—. Antes no te lo he dicho. Bueno, ya lo sabes, tienes espejos…

Sueno tan mal que me odio a mí mismo. Porque lo que de verdad quería decirle es que me la follaría tan fuerte que se le deshilacharía el vestido.

Ella se ríe porque sabe exactamente lo que pienso.

«¡¿Puedes dejar de hacer el gilipollas?!», me riño.

«Solo tengo una oportunidad».

—Dime la verdad, ¿te has acercado por mí o por el jamón? —empiezo lanzado.

Y ahí está. Esa sonrisa nerviosa y brillante que demuestra que no me ha olvidado.

—Estaba dudando entre el jamón y las croquetas, pero te he visto a ti, y… —Sonríe para que sepa que está bromeando. Con la verdad, como le gusta hacer a ella.

—Eso es bueno. Creo.

—Depende. ¿Estabas esperando a que viniera?

—Para nada… No es como si fueras la tía más buena de la fiesta…

Consigo que se ría y me siento Dios.

No sé qué más hacer. Solo quiero abrazarla. Que me deje entrar otra vez en su vida. Donde sea. En su mente, en su cuerpo, en su corazón… Me vale todo.

—¿Cómo estás de verdad? —le pregunto más serio—. Te veo muy bien. Y no me refiero al físico.

—Estoy mejor. Me he comprado un piso.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

—En el barrio de al lado. Tiene una terraza estupenda.

—Como siempre has querido.

—Sí…

—¿Y tú? ¿Cómo estás de verdad? —pregunta miedosa.

—Yo sigo en casa de mi padre…

—¿En serio? —dice desconcertada.

—Sí. Es el mejor niñero del mundo… Los niños están encantados con él y, bueno, me queda más cerca del gimnasio… No me apetece

volver a casa todavía.

Ella sonríe comprensiva. Y ahí me quiebro.

—Yo he empezado un *blog*… —me informa—. Y estoy escribiendo un libro. Lexi me animó.

—¡Sí! ¡Lo sé! Lo he visto. Es genial, Madi… Debes de estar muy orgullosa.

Se encoge de hombros.

Si supiera cuántas veces he leído sus *posts*, me demandaría. Es Madison siendo más ella que nunca. Me gustaría decirle que ese *blog* me ha salvado el mes. Porque gracias a él, sentía que no la había perdido del todo.

—Me gusta mucho que hayas encontrado tu voz —le digo.

Silencio. Lleno de todo lo que no nos decimos. Como siempre.

—Me alegro por ti, Madison.

—Gracias… Me sienta bien escribir.

—Yo he vuelto a tocar con el grupo —le cuento—. Nada serio. Solo ensayos. Pero… también me sienta bien. Es como si fuera yo otra vez.

—Me alegro por ti —repite mi frase. Y sonríe. Sonríe de verdad. No porque me haya superado, sino porque le sienta bien estar conmigo. ¿No lo nota? Porque yo sí.

—¿Qué haces luego? —pregunto directo—. ¿Te quedas a dormir?

—No. Volveré a la ciudad. No me apetece pasar el fin de semana en Castle Combe jugando a la familia feliz…

Mi estómago se revuelve con ese «No me apetece».

Joder. No puedo dejarla marchar. ¡No sin intentar algo!

—¿Y si te secuestro antes de que te vayas? —le suelto.

—¿Perdón…?

—Cinco minutos de reloj. A solas. Solo para contarte algo. Si después de eso quieres irte, yo mismo te acompañaré hasta el coche.

Me mira entrecerrando los ojos.

—¿Esto es una estrategia Norton? ¿De esas que implican que las ruedas de mi coche se pinchen sin razón?

—No lo descarto…

—Te daré cinco minutos cuando vaya a irme. No más.

—Contados con cronómetro.

—Y quiero mis ruedas intactas después.

—No prometo nada —sonrío. Cuando me sonríe de vuelta, siento que la comunión puede irse al infierno.

Necesito un plan.

33
MI DULCE NAVIDAD



Castle Combe siempre me ha traído suerte.

¿Qué diablos? La mansión Evans es casi un lugar de culto para mí, porque cada una de las veces que he pisado estas tierras ha sido una experiencia religiosa.

La casa podría confundirse con el cielo donde el mármol reluce como si lo hubiera lustrado un ángel. Y desde luego, las bandejas de plata, la tapicería del sofá y los cuadros de las paredes, perfectamente alineados, te devuelven el reflejo de tu propia inutilidad económica.

Recuerdo aquella Navidad en la que fui por primera vez como «familia». Todavía no era novio de Madison, solo el padre de Richi, alias, el primer juguetito de sus abuelos en forma de nieto.

—No toques nada —me susurró Madison nada más entrar en el *hall* —. Ni hables. Ni respires fuerte.

—¿Quieres que me disuelva en el aire? Porque puedo intentarlo —murmuré, cargando con las maletas y una cesta de regalos que parecía una trampa mortal montada para elfos con complejo de superioridad.

Pasamos el recibidor de dos pisos, cruzamos el salón decorado como el escaparate de Tiffany's y desembocamos en la habitación de Madison, a tenor de las letras con pelo de teleñeco rosa que había en la pared con su nombre.

—Wow…

—Es mi habitación de los quince años.

—Uh… Pensaba que era la de los diez.

—Era muy cuqui. Y sigo siéndolo.

—¿Chuky? Sí, eso me han dicho… Por eso me esperaba más bien una pared negra con lenguas de fuego y juguetes descuartizados.

—Muy gracioso…

Me dio un golpe en el hombro y dejé las maletas en el suelo con una risita. Lo siguiente en mi lista de tareas era darle un beso en la cabeza a mi hijo, que Madison llevaba colocado en un pañuelo portabebés.

Nos gustaba mucho esa banda. A la madre, al hijo, y sobre todo a mí, que me permitía posar mis labios dentro de su espacio vital. Cerca de su corazón y de sus peras, donde la cabeza de mi hijo descansaba tiernamente. Era un gesto muy íntimo. Y cada vez que lo hacía, a ella se le contraía el suelo pélvico. En respuesta, mi polla daba un respingo. Y ese era todo el sexo que nos permitíamos tener.

—Vamos a tener que dormir aquí los tres… —explicó Madison—. La casa está a tope y, por mucho que se lo niegue, mi madre piensa que somos pareja.

—¿Ah, sí?

—Es muy cabezota y no escucha. Contesta: «¿Entonces, de dónde ha salido Richi?».

Me eché a reír y a ella le nació una sonrisa indulgente.

—La mujer tiene razón… Es difícil de entender.

La frase se quedó flotando en el aire sin que nadie recurriera a un práctico «Si es tan lógico, ¿por qué no lo intentamos?».

Pero de todos los momentos que podíamos haber elegido para empezar nuestra relación física, el peor sería pernoctando en una mansión donde cada paso retumbaba como un disparo. Porque tenía pensado montar un buen escándalo cuando por fin ocurriese…

—Yo no prometo nada si vamos a dormir en la misma cama. Soy sonámbulo…

—¿Me estás diciendo que es posible que abuses de mí dormido?

—Podría desorientarme y confundirte con una chica cualquiera…

—¡Tú no estás con chicas…! —se mofó—. De hecho, empiezo a pensar que eres gay…

Le eché una mirada que le hizo sentir el peligro que estaba corriendo. Era el momento de acorralarla y decirle: «Voy a demostrarte lo poco gay que soy…», pero tenía a Richi encima.

—Mejor quédate en tu lado y no me provoques —me advirtió con una sonrisa, mientras se desataba el fular con una elegancia que me dieron ganas de besarle el cuello.

Me metí las manos en los bolsillos y respiré hondo para frenarme.

—Voy a cambiarle el pañal… —me avisó. Richi era el mejor escudo humano para mantener mis impulsos a raya.

Tenía que relajarme. ¡Era Navidad! El espíritu navideño, los árboles, los trineos, el sexo reprimido…

Era un año especial porque mi padre también iba a venir. Lo traían Drew y Nataly, que se habían esforzado al máximo para que se sintiera cómodo.

Había oído decir que mi cuñada era una máquina organizando eventos, comidas, y TODO en general, pero claro, de la boca de mi hermano «el enamorado», me creía la mitad. Estaba al corriente de lo bien que les iba con la pastelería que habían montado en el centro de su empresa familiar gracias al dinero que sacaron por vender una patente. No me quedó muy claro, pero me alegraba mucho por ellos. Yo tenía mi propio circo montado en casa…

Fue una tortura cenar a su lado en nochebuena, mientras intentaba no mirar sus labios cuando masticaba, o se reía, o le brillaba el pelo…

daba lo mismo. Encima tenía a mi futuro suegro metiéndome caña con el trabajo por ser *freelance*.

—¿Y sigues con esa cosa… informática?

—Sí. En realidad, desarrollo sistemas de seguridad…

—Ah, sí, claro. Esas moderneces…

Me dedicó una sonrisa, de todo, menos cálida. Y me dieron ganas de decirle: ¡me la follé una vez, pero le juro que ninguna más! ¡Me merezco una medalla!

Cuando un año después, Tommy me enchufó en su firma de abogados, la más famosa de Inglaterra, su forma de mirarme cambió radicalmente.

Mientras tanto, Madison hablaba con su madre sobre el bebé, pero la mujer parecía más pendiente de comprobar si nuestras piernas se estaban rozando por debajo de la mesa.

Intenté no mirar hacia su vestido ajustado.

Intenté ignorar que cada vez que me tocaba, me latía algo más que el corazón.

Después de cenar, supliqué a Drew irnos al bar a tomar algo. Quería alejarme de esa casa. Y darle intimidad a Madison para darle de mamar a Richi. Necesitaba que al volver, ella ya estuviera dormida cuando me tumbara a su lado. Sería la única forma de soportar la tentación.

—No puedo, tío. Iremos mañana al bar. Tengo que ayudar a Nataly a prepararlo todo para mañana. Además, es su cumpleaños y quiero darle una sorpresa…

—¿Te refieres a pedirle matrimonio? Porque eso ya lo sabe todo el mundo. Hasta mi hijo de tres meses lo sabe.

—Ella no.

—¡Pero si eres de lo más predecible!

—No voy a ir al bar contigo. Que pases buena noche compartiendo cama con *tu enamorada* —soltó picajoso.

En aquella época, Drew ya sabía que bebía los vientos por Madison. Cuando el niño cumplió dos meses, la susodicha INSISTIÓ, en mayúsculas, con que saliera una noche.

—Llevas sesenta días viviendo entre pañales y toallitas. ¡Necesitas relacionarte con adultos!

—¡Tú eres un adulto!

—¡Yo no cuento! Ahora mismo no soy ni humana…

—No tengo la necesidad de salir. Ya sé lo que hay fuera.

—¡Pues yo sí! Y si tú no lo haces primero, me sentiré la peor madre del mundo. ¡Así que, por favor, hazlo por mí! Sal hoy y yo saldré la semana que viene. Me sacaré leche para que se la puedas dar tú y me iré a cenar con Madison y Arizona para fingir durante dos horas que Richi no existe. ¡LO NECESITO!

Con ese alegato, tuve que ceder.

Drew me llevó a una discoteca de moda que era el último grito. Fue una de esas noches en las que ambos teníamos el guapo subido y las tías no dejaban de acercarse como pirañas.

—Hay una tía increíble en esa mesa que no deja de mirarte —comentó Drew—. Aprovecha si te surge algo. Tú no te preocupes por mí.

—No voy a hacer nada.

—¿Por qué?

—Por que nooo.

—¿Cuándo fue la última vez que te acostaste con una tía? —preguntó interesado.

—No es asunto tuyo.

—Dímelo. Nunca has tenido reparos en decírmelo.

—Hace mucho.

—¿Cuánto?

—Meses…

—¡¿Por qué?! —preguntó alucinado.

—Porque no quiero, Drew. No lo necesito.

—¡¿Cómo que no lo necesitas?! ¿Quién eres y qué has hecho con mi hermano?

Sonreí.

—Me he vuelto asexual.

—¡Anda ya! —rio, sabiendo que era mentira—. ¿Qué coño te pasa de verdad? ¿Por qué estás así? Aquí hay un montón de tías con las que podrías…

—Drew —lo corté seco—. No me interesan. La única chica que me interesa la tengo en casa y tú me prohibiste acercarme a ella. Pero te

aviso que eso pronto dejará de ser así. Estoy enamorado de Madison. Hasta las putas trancas. Y no puedo soportarlo más.

Su cara se resquebrajó.

—¡JODER…!

—Sé lo que vas a decir. Que esto podría afectaros a ti y a Nataly. Pero estoy seguro de que no. Otra cosa es cómo quede de destrozado yo… porque te juro que no voy a poder vivir sin ella. Si no me he lanzado hasta ahora es porque me da pánico perderla, pero un hombre tiene sus límites… Necesito acostarme con ella. Me consume lo que siento por ella. A veces, preferiría estar muerto…

—¡ME CAGO EN LA PUTA, KYLE! ¡¿Por qué me hiciste caso?! ¡Lo que no quería es que te la tirases por aburrimiento! ¡Por fornicio puro y duro! Para eso puedes elegir a cualquier chica, en vez de a una tía con la que vas a tener un hijo y que además es tu concuñada, ¡pero si te enamoras de ella, es diferente!

—Creo que ya he pasado el límite de enamoramiento. Estoy en la desesperación. Y ahora, con Richi, todo es mucho más complicado.

—Por el amor de Dios… —Se tapó la boca—. ¡Esto es muy gordo, Kyle…!

—Llevo meses así… Cuando dio a luz, la besé en un arrebato. Pero no volvimos a hablar del tema.

—¡¿Cómo es posible?!

—Porque éramos muy felices y nos daba miedo joderlo todo. Pero a mí cada día me da más miedo que mi corazón no resista esta tortura… Me estoy muriendo, Drew, lo noto.

—Tengo una idea —dijo entonces—. Se acerca la Navidad, y he pensado que este año podríamos ir todos a Castle Combe. Richi es la excusa perfecta. Y yo quiero pedirle matrimonio a Nataly delante de toda su familia. Ese puede ser un buen momento para que des el paso con Madison. Habrá muchas manos para cuidar de Richi y podrás disponer de momentos muy románticos a solas.

—No prometo aguantar otro mes… Si se le ocurre comprar jerséis navideños a juego con el bebé, creo que no podré resistirlo…

Por suerte, no los compró. Solo fueron unas diademas...

Por mala suerte, sus primos quisieron llevar a cabo lo que denominaron «La guerra de la casita de jengibre» por segundo año

consecutivo.

La finalidad era quedar lo más manchado posible de sirope, merengue y galleta. Los más mayores y Richi se quedaron fuera de escena, el resto, nos reunimos en el jardín para disfrutar de una batalla llena de bolazos blandos y disparos de manga pastelera.

La combinación del dulce con la piel de Madison fue explosiva. Lo sé porque la probé…

Se suponía que era una actividad lúdica, pero nadie se cortaba en aplicar fuerza bruta con el bizcocho, y yo estaba encantado, porque a eso, no me ganaba nadie.

Sus provocaciones sexis no se hicieron esperar y la perseguí para vengarme a lo grande. Vengarme de la peor noche de mi vida, los tres solos en una habitación, dándole de mamar a Richi. Por poco me revienta un huevo… Estaba en el límite de mi cordura.

—¡No! ¡Para! ¡Ha sido una broma!

—¡Tú misma te lo has buscado!

Estábamos tan sucios que apenas quedaba un resquicio de piel limpia. Corrió para esconderse en lo que quedaba de casita de jengibre y se resbaló en la entrada.

La cogí al vuelo y aterrizamos en un trozo de pared que se resquebrajó entero, llenándonos de galleta hasta por dentro de la ropa.

—Ya eres mía… Abre la boca —dije cogiendo un puñado.

—¡No, no quiero comer más!

—No haberme lanzado nata. Abre…

Forcejeamos mientras se partía de risa. Le hice cosquillas aventurando mis dedos por todas partes y ella me mordió donde pudo para detenerme.

—¡Ah, ¿que se puede morder?!

—¡No, Kyle…! —Fue lo último que escuché antes de lanzarme en picado a su cuello.

Mordí a discreción, dejando que mi lengua curara después la afrenta. Su piel sabía a una mezcla de todo el arsenal de batalla y a una esencia que solo ella fabricaba.

Al sentir mi saliva sobre ella, se quedó laxa, como si se hubiera desmayado. Sus manos pasaron de sujetarme fuerte a hacerlo con

más mimo, como si me estuviera acariciando. Yo también aflojé y comencé a lamerla más despacio. Ya sin dientes.

El problema fue… que mis labios se negaban a despegarse de ella.

No me dijo que me apartara. Y no lo hice.

Recorrí su piel como si fuera un carnívoro decidiendo dónde hincarle el diente a su caza, ya moribunda.

Se mordió los labios como un ruego para que los eligiera, pero no quise. Porque nos perderíamos la comida, la pedida de mano, y toda la jodida Navidad. Porque si lo hacía, nadie podría separar mi boca de la suya por unas cuantas horas, bajo peligro de amenaza de muerte.

De pronto, me topé con la piel de su abultado pecho. Madison siempre llevaba escote. Daba igual si era un entierro, una visita al dentista o una guerra de dulces navideños. Y sabía, por la mirada de mi hijo, que estaba lleno de manjares inimaginables. Así que bajé la cabeza y mis labios aterrizaron en un pegote de merengue que había sobre el montículo izquierdo.

Ella soltó una exclamación cuando limpié la zona con mi lengua. Que arqueara la espalda de forma sugerente impidió que me detuviera ahí. Ataqué un resto de chocolate que había sobre la otra loma de piel y su reacción fue aferrarme con fuerza, para que no escapara y dejara de hacer lo que estaba haciendo.

Al sentirlo, la cordura abandonó mi cerebro del todo.

Me volví tan loco, que hundí la lengua en la majestuosa hendidura de entre sus pechos. Y me despedí en silencio. Porque ya no había vuelta atrás. No para mí.

En ese momento, alguien entró en las ruinas, y al ver que era el padre de Madison, nos separamos el uno del otro como dos adolescentes pillados en la cama familiar.

Madison se puso la mano en el escote y yo me giré para esconder mi erección.

—¿Has visto a tu madre…? —preguntó a Madison—. Nataly quiere echar una foto familiar con todos…

—No, aquí no está. Ya vamos…

Por supuesto, no volvimos a dirigirnos la palabra ni cuando me la encontré recién duchada saliendo del baño para entrar yo, ni cuando Drew nos ordenó poner la mesa de Navidad con todos sus platos,

cubertería y adornos pertinentes. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, mis latidos se volvían arrítmicos. Solo me quedaba esperar un inminente ataque al corazón.

Cuando nos sentamos a la mesa, todo el mundo alabó a Nataly porque olía de maravilla, pero mi boca se negaba a probar nada que no fuera ella. Tenía un problema.

Estaba a nada de un fallo multiorgánico. Mi cuerpo había decidido hacer huelga hasta que le diera lo que quería. Me quedaban horas.

Jamás he vivido una comida más tensa. Pero lo que más nervioso me ponía era la expresión de su cara. Me miraba casi con exigencia. Como si le debiera la vida. O una *pequeña muerte*.

Por eso cuando se levantó, según ella, a por café, la seguí hasta la cocina.

Ella sabía que la seguiría al fin del mundo.

Y que entregaría mi vida por seguir donde lo habíamos dejado.

34
AMOR PROHIBIDO



«Quiere secuestrarme». Eso ha dicho.

Joder... ¡Acabo de entender el *hype* por el *dark romance* de golpe!

Ahora mismo soy una de esas chicas que se les hace *TODO* agua (no solo la boca) al pensar que un tío bueno peligroso pretende raptarlas para hacerles virguerías sexuales…

«¡AQUÍ!», chillan mis hormonas al unísono. Y eso que ahora no estoy preñada…

El embarazo nunca fue el problema. ¿Si no, cómo se explica el grado de abrasión al que llegué en esa maldita casa de jengibre, cuando Kyle comenzó a lamer los montículos de mis pechos?

Por eso mis tetas son un fetiche en nuestra relación. Por ese momento en el que odié a mi padre por interrumpirnos.

Ni siquiera necesitaba besarle, solo que apartara la tela de mi jersey y se metiera un pezón en la boca. ¡No pedía más!

Estuve las tres horas siguientes en carne viva. Y cada vez que nos mirábamos, iba subiendo la intensidad.

Apenas pude probar bocado, ¡con lo bien que olía todo! Pero me dolían los pezones y sentía un hormigueo molesto entre las piernas, por no hablar de lo húmeda que estaba…

No sabía qué hacer.

Había intentado decirle a Kyle con la mirada que la situación era insostenible. Igual que se lo había contado a Nataly por la mañana en un ataque de locura transitoria. Creo que le dije que necesitaba que me partiera en dos con su polla o alguna barbaridad del estilo… Y todo porque habíamos dormido juntos en una cama que se nos hizo pequeña.

Porque yo tenía frío y él parecía una maldita estufa.

Porque se hizo el sonámbulo y amanecí aprisionada en sus brazos.

Porque cuando Richi se puso a gritar hambriento, mi camisón no era de los que tenían una apertura discreta.

—¡Me doy la vuelta! ¡Pero dáselo ya! ¡Va a despertar a toda la casa! —urgió Kyle.

Me bajé el tirante y le enchufé la teta al niño deprisa.

Cuando se hizo el silencio, respiramos aliviados.

Sentada en la cama, no era la postura más cómoda del mundo, en casa tenía el sillón que Kyle me había comprado, que era maravilloso. Y a los diez minutos, me tumbé en la cama, de lado, para que comiera tumbado. Había visto que la gente lo hacía por las noches.

—Kyle…, me he tumbado, vuelve a la cama.

—Tranquila, esperaré.

—Kyle…, en esta postura puede tardar horas en saciarse.

—No importa.

—¡Solo es una maldita teta! ¡¿Cuántas has visto en tu vida?! ¿Miles?

—Tampoco te pases…

—¡Pero muchas! Ven a dormir. Esto es ridículo…

Y en teoría, lo era.

Pero en la práctica, Kyle se acercó a la cama mirando al suelo y se tumbó de espaldas a nosotros. El niño quedaba en medio.

—Eres muy grande como para estar de espaldas a él. Si te quedas dormido y te giras sin querer, puedes aplastarlo. Mejor ponte boca arriba.

—Boca arriba ocupo más de media cama.

—Pues ponte mirando hacia mí.

Resopló y obedeció. Pero con los ojos cerrados.

—Kyle… la luz de la mesilla está encendida. No vas a poder dormir así. Ponte a ver el móvil o algo.

—Vas a volverme loco, Madison… Déjame estar así. Estoy bien.

—¡Es que verte así me da miedo! ¡Parece que estás muerto o desmayado!

—¡Si lo que quieres es que te vea la teta, dímelo y la miro directamente! —exclamó abriendo los ojos enfadado. Y automáticamente, fueron a parar a mi pecho. Vio. Juzgó y respiró aliviado.

—¿Lo ves, Dramas? ¡Que eres un dramas! Si no se ve nada con su cabeza delante. Y menos, desde tu perspectiva.

—Mientras no se te caiga el otro tirante, todo bien.

Pero un minuto después. Seguía sin apartar la vista.

—No deberías mirarme así —susurré.

—No puedo evitarlo. Es lo más bonito que he visto.

—¿En serio? Menuda imagen… igualito que cuando nos conocimos.

No sé por qué dije eso. Supongo que porque nunca querrías que el chico que te gusta te viera de esa guisa.

—¿Qué dices? Nunca has estado más guapa que ahora.

Cuando oí eso, me tembló hasta el alma.

En ese momento supe que no íbamos a irnos de esa casa sin besarnos. Porque yo no iba a permitirlo.

Aguanté a duras penas hasta el final de la comida porque sabía que tras abrir todos los regalos, Drew le pediría matrimonio a Nataly. Y no porque Kyle me lo hubiera confirmado, sino porque se notaba a leguas que se moría de ganas.

Fue un momento de lo más emotivo.

En cuanto se prometieron, huí a la cocina con la excusa del café, rezando para que Kyle me siguiera.

No tenía planeado lo que haría.

Pero algo me decía que no haría falta…

En cuanto entré, me quedé parada frente a la encimera, de espaldas a la puerta. Solo quedaba cerrar los ojos y esperar a que

apareciera.

La bisagra de la puerta delató su presencia y el corazón comenzó a latirme más rápido que nunca en el pecho. Tanto, que hasta me asusté.

Escuché sus pasos acercándose a donde estaba y empecé a temblar.

—Madison…

Solté todo el aire que estaba reteniendo, pero no me giré. No podía. El momento que llevaba tanto tiempo esperando había llegado. Miles de sentimientos me atravesaron a la vez, pero por encima de todo, prevaleció la congoja. Un miedo que me dejó paralizada. Miedo de que no le gustaran mis besos lo suficiente, o de que no me gustaran a mí. Miedo de perder una figura tan importante y convertirla en otra cosa. Miedo a todo lo que podía salir mal que era un sinfín de cosas inabarcables.

De pronto, sentí que se pegaba a mi espalda, despacio.

—Madison… —repitió con la voz a flor de piel. Destilando una vulnerabilidad que jamás le había oído.

Mi cuerpo quedó imbuido por el suyo, como si acabara de absorberlo.

—Madi… —susurró en mi oído—. No puedo más… Lo he intentado. Por ti. Por Drew. Por nuestro hijo. Por la destrucción de todo mi universo… Pero ya no puedo más. Llevo demasiado tiempo sufriendo en silencio.

Esa confesión hizo que apareciera un calor inusual en mis ojos.

Me dio la vuelta, lentamente, descubriendo mis ojos brillantes.

Su cuerpo me acorraló contra la encimera y toda la tensión contenida durante meses se condensó entre nosotros como una verdad a punto de explotar.

Me miró de esa forma que me quita las excusas y me deja solo con lo que siento.

—Voy a besarte… y esta vez no pienso parar.

Mi garganta se cerró, y todo mi cuerpo empezó a gritar por dentro.

Su boca cayó sobre la mía y me besó como si se le escapara la vida.

Dios, cómo me besó. Como si hubiera estado besándome en sueños durante años. Como si conociera de memoria la forma de mi boca. Como si en sus labios estuviera escondida la fórmula para arreglar lo que estaba roto en mí.

Me sujetó por la nuca con una ternura brutal. Su cuerpo se clavó más en mí, recordándonos que aún estábamos vestidos. Una absoluta injusticia.

Un primer gemido escapó de mi garganta sin que pudiera detenerlo. Él lo devoró con hambre y con esa desesperación tan suya que me hacía sentir única.

—Joder, Madison… —murmuró contra mis labios—. No estaba preparado para lo que me acabas de hacer…

—¿Qué te he hecho? —jadeé en su boca.

—Me has jodido… Estoy jodido PARA SIEMPRE.

Volvió a besarme. Más profundo. Más vencido. Como si necesitara asegurarse de que el mundo se iba a acabar conmigo en la boca.

Subió mi culo a la encimera y sus caderas se colaron entre mis piernas. Me sentí tan deseada… Me sentí yo.

Enredé las manos en su pelo y nos volvimos locos.

Algo cayó al suelo, pero no nos importó. Solo importaba apartar la ropa y conectarnos.

—Lo siento por Nataly, pero la puta encimera va a arder… —masculló justo antes de abrirse camino dentro de mí. Sin protección. Sin red. A lo bestia. Porque hay cosas que nunca cambian…

—¡Oh, joder…! —exclamé al sentir su envergadura.

Empezó a entrar y salir de mí como si quisiera hacerse sitio a empujones. Mi respuesta fue clavarle las uñas en el hombro porque no vi las estrellas, ¡estaba viendo toda la jodida galaxia!

Estuve a punto de correrme desde el primer momento. Llevaba demasiado tiempo fantaseando con ello, y cuando llegó, superó todas mis expectativas.

—¡Dios, Madison…! —gritó Kyle agarrotado.

Y sabía lo que significaba eso. Iba a llegar enseguida. Pero no antes que yo.

Las contracciones de un orgasmo me atravesaron con tanta virulencia que no pude ni gritar, solo surfearlas rezando para que no

me mataran.

Tres segundos después, un alarido descomunal cruzó el silencio y estuve segura que la gente del salón lo habría oído todo. Pero me dio igual. ¡Los Norton son así!

Pero el Norton que quiere secuestrarme ha cambiado mucho. Ha madurado. Y yo también.

He sobrevivido al protocolo, a una barra libre con niños hiperactivos, tías con olor a colonia floral y conversaciones de cuñados sobre criptomonedas, y por fin, puedo irme. Estoy cansada. Es lo que tiene cuando tu corazón está en multitarea. Enviar sangre al resto del cuerpo y cargar con sentimientos contradictorios sesenta veces por minuto es agotador.

Encuentro a Kyle hablando con mi tío y los interrumpo sin fingir cortesía.

—Voy a marcharme ya. ¿Qué querías decirme…?

He sonado algo dura, pero llevo muchas horas con la armadura puesta. En este caso, el dichoso vestido azul cielo que me sienta bien, pero pesa como si llevara cosido cada uno de nuestros desencuentros.

—Ven conmigo —musita él, poniéndose en marcha.

Y lo sigo. Porque no puedo evitarlo. Porque cuando quiero poner tierra de por medio, hay un hilo invisible que me tira del pecho cada vez que él dice «ven».

Me adentra en un rincón apartado del jardín, hasta una zona de bancos y luces tenues, y el silencio nos recibe.

No me siento. Mejor no ponerse cómoda…

—Vale —empieza, tragando saliva como si tuviera que confesar un crimen—. No tengo un discurso preparado. Lo único que quiero pedirte es que me dejes abrazarte durante treinta segundos. Nada más.

—¿Solo quieres eso? —pregunto, desconfiando.

—Sí. Solo eso…

Asiento y dejo que se me acerque.

Me rodea con los brazos y su cuerpo encaja en el mío como si no se hubiera ido nunca. Mi barbilla se apoya en su hombro, como si nunca hubiera pertenecido a otro sitio. El bullicio desaparece y el mundo se calla cuando acaricia mi espalda. Solo escucho los latidos desbocados de mi corazón.

—Te he echado tanto de menos… —susurra entre mi pelo—. A nosotros. A lo que éramos cuando vivíamos en silencio y aún así lo entendíamos todo. ¿Te acuerdas?

—Sí… —respondo en voz baja. Aunque lo que quiero decir es «sí, joder, y me ha dolido cada puto día».

Me acaricia el pelo. Le tiemblan los dedos, pero no la voz.

—Madison… no quiero que te vayas. No después de todo lo que hemos superado. No después de ver cómo vuelves a ser tú misma y constatar que esta nueva versión tuya me enamora aún más, si cabe. He leído tu *blog*… Me sé cada puto *post* de memoria, y solo puedo decir que te amo con locura, más que nunca.

Siento que el pecho se me llena de aire y de angustia al mismo tiempo.

—Kyle…

—Déjame acabar —me interrumpe, con suavidad—. No te pido que volvamos esta noche. Ni que me perdones por todo. Solo quiero que no te vayas sin saber que yo te sigo amando. Te amaré siempre. Me atrevo a jurar que te amo, sin lógica ni control, desde que Richi no era más que una sombra en una ecografía. Tú me enseñaste lo que era un hogar, y no quiero perderlo.

Trago saliva. Mi instinto es salir corriendo. Pero mis manos… mis manos se aferran a sus brazos, como si fueran los únicos capaces de hacer lo correcto.

—Tengo miedo… —confieso.

—Yo también. Pero prefiero tener miedo juntos. Y si tengo que volver a equivocarme, que sea por amarte demasiado…

No sé si reír o llorar. Y es un sentimiento muy familiar.

Dejo que su pulgar acaricie mi mejilla como si quisiera tatuarme su amor ahí mismo.

Y entonces nos besamos.

Como si volviéramos a tener veinte años.

Como si acabáramos de conocernos.

Como si el dolor de los últimos meses fuera solo un capítulo difícil en un libro que aún no hemos terminado de escribir.

—¿Esto qué significa? —susurro con voz temblorosa y la boca aún pegada a la suya.

—Significa que, si me dejas, quiero volver a casa. No porque tengamos dos hijos, sino porque quiero dormir a tu lado, aunque no follemos en tres meses. Quiero volver a terapia contigo. A por churros. A comprar papel higiénico. ¡A todo! Pero contigo.

Lo miro. Y esta vez, no hay armadura, solo piel. Y un corazón latiendo con fuerza bajo ella.

—¿Y si vuelve a salir mal?

—Entonces volveremos a empezar. Las veces que haga falta.

Y ahí, en medio de la comunión de Arthur, con música de flauta dulce de fondo y mi corazón en sus manos, sé que vamos a estar bien.

Porque él me ha perdonado. Y yo también.

Porque nos hemos vuelto a elegir el uno al otro.

Y ya no pienso volver a soltarnos nunca más.

35
CUANDO TE ENCUENTRE



Nos escapamos de la comunión porque necesitamos intimidad con urgencia y no queremos robarle el protagonismo a Arthur.

Al final, decidimos quedarnos en Castle Combe. No queremos perder tiempo en viajar, y prueba de ello es que nos besamos en cada árbol hasta llegar a la mansión.

Degusto su lengua con una lentitud enfermiza, como si el mundo ya no tuviera prisa por jodernos. Y es genial.

Quiero que esta vez todo sea diferente.

Queremos recordarnos despacio. Sin ese miedo a que se rompa todo de nuevo. Su boca me sabe tan bien, tan a casa, que no puedo creer que haya estado sin ÉL durante un mes entero. Tampoco a la gresca los seis anteriores.

—Dios, cómo he echado de menos tus labios… —musito embelesada—. Son tan para mí, que no sé cómo pudimos estar tanto tiempo sin besarnos al principio. Ni siquiera cuando nació Richi y éramos tan felices.

—Porque sabíamos que si lo hacíamos, el mundo dejaría de existir. Y no era plan… Teníamos un bebé que cuidar.

—Ahora tenemos dos…

—Ya, pero esos se crían solos. O con mi padre… —Sonríe—. Ahora tenemos una relación que cuidar. Porque he descubierto que tu amor es el motor de todo. De todo, Madison. La vida es dura, pero compartirla contigo me da la energía, la esperanza y la ilusión que necesito para enfrentarme a ella con ganas y entusiasmo.

—Ahora mismo podría estallar de felicidad —confieso.

—Primero déjame hacerte estallar de gusto…

Nos quedamos en el porche de la casa, contra una pared, besándonos como dos quinceañeros salidos y metiéndonos mano a saco. Me sube el vestido para acceder a donde quiere y cuando siento que introduce un dedo en mi interior, pego un grito.

—¡Joder, estás helado!

—¡Lo siento…! —se ríe—. Y tú estás al rojo vivo. Vaya contraste…

—¿Cómo quieres que esté? Llevo un mes sin verte…

Nos sonreímos y volvemos a besarnos con lascivia.

—Montárnoslo aquí no es viable… —dilucido—. Que me vean me preocupa menos que pasar frío.

—Vamos dentro…

Kyle me arrastra hasta el refugio de la gran chimenea del salón; necesitamos deshelarnos rápido. Hay prisa por seguir donde lo hemos dejado…

A su vez, el destemple rivaliza con la ganas de ponerme cómoda. Es decir, de quitarme este diminuto vestido y que mis pechos sean libres de una buena vez, pero no es plan de quedarme en pelota picada en el salón… ¿O sí?

Kyle no se lo piensa, se quita la corbata, la chaqueta y los zapatos sin esperar nada. Y no puedo evitar mirarlo más hambrienta que nunca. Dios, cómo lo miro…

Lo veo sentarse en el sofá con un suspiro, murmurando lo cansado que está, pero a la vez noto que está tenso… y bastante cargado de amor. Ejem.

Spoiler: yo también lo estoy.

Pero el silencio de la casa es sagrado. Los niños se han venido a dormir con su abuelo hace un buen rato. Bendito abuelo moderno… Y bendita soledad compartida.

Me rindo a la evidencia: me bajo la cremallera del vestido y se afloja dándome un alivio brutal en mis pobres tetas aprisionadas. A Kyle se le escapa una respiración profunda, de esas que reprimen ganas y anticipan cosas deliciosas.

Me muerdo el labio y lo miro de reojo con una sonrisita.

—¿Qué estás mirando? —pregunto, fingiendo inocencia, pero sabiendo perfectamente lo que es.

—A ti.

—¿Y por qué me miras como si fueras a devorarme de un momento a otro? Estamos en el salón. No podemos…

—¿Segura?

Se abalanza sobre mí por detrás, cubriéndome con su musculoso cuerpo, y sonrío perspicaz. ¿Cómo puede seguir poniéndome tan tonta?

Me mira con los ojos llenos de deseo contenido, pero también de respeto. Y lo más importante, lo hace sin rencor. Como si no le hubiera roto el corazón hace un mes.

Me besa el cuello de forma sensual pidiéndome permiso para volver a casa, a mi calor, a mi placer… y yo gimo bajito porque lo único que deseo es que eche la maldita puerta abajo de una patada.

—Kyle… —lo invoco.

Hunde sus dientes en mi trapecio, entendiendo mi lenguaje corporal, y me recorre un espasmo precioso.

—Dime que pare y pararé…

Siento sus manos bajo mi vestido y su corazón latiendo al mismo ritmo frenético que el mío. Lo nuestro es imparable… Siempre lo he sabido.

—No quiero que pares por nada del mundo…

Su boca secuestra la mía como si hubiera estado esperando este momento una eternidad. Porque, de hecho, así ha sido. Hemos sobrevivido tanto tiempo con sobras, que habíamos olvidado lo que era vivirnos sin reservas.

Me impulsa para que suba a horcajadas sobre él y me encaje en su cuerpo cuanto antes. Yo tan pequeña… él tan grande… pero convergiendo en un punto muy concreto.

Me presiona contra él con esa mezcla de ternura y brusquedad tan característica suya.

—Necesito que me folles con todo tu ser —le pido, agarrándome a sus hombros con torpeza, como si quisiera fundirme con él y me impida huir nunca más.

Me besa con lascivia y termina mordiéndome el labio y arrastrándolo entre sus dientes.

—Joder, Madison… Te juro que si Arthur no hubiese hecho la comunión hoy, habría aparecido en tu puerta vestido de cura si hacía falta.

—¿Con sotana o sin ella?

—Con. Pero sin nada debajo.

Nos reímos, cómplices. Y me muero de solo imaginarlo. Un hábito con ese cuerpo debajo… Para morirse.

Nos besamos con una lujuria descarnada. Como si todo lo que nos ha pasado ya no doliera, y se me corta la respiración cuando me tumba suavemente sobre el sofá y se deshace de mi vestido de un tirón rudo.

Me perturba que nos pillen, pero a la vez no puedo esperar. Y él menos.

Se lanza como un lunático al vértice de mis piernas e intento reprimir un gemido de placer. Pero no lo consigo. Cuando Kyle se mete en faena, eres el último escalón de la cadena alimenticia. Solo puedes entregarte.

Mis manos aferradas a su pelo son mi única conexión con la realidad. Mi cuerpo se retuerce bajo su lengua experta, mientras me cocino en mi propio jugo.

—Dios, nena… —masculla con la boca llena de mí—. Estás chorreando…

Empezamos a acelerarnos y los dos sabemos lo que pasa cuando empezamos así. Que acaba siendo un polvo de todo, menos discreto…

—Espera… —digo, respirando rápido.

Él se detiene de inmediato.

—¿Qué pasa?

—¿Y si nos pillan?

—Si nos pillan se alegrarán tanto que les dará igual.

—Antes no me importaba que todo el mundo me viera en cueros, pero ahora… ya no soy lo que era.

—¿Estás de coña? ¡Estás perfecta! Eras la mujer más espectacular de la comunión. Todo el mundo lo comentaba. Y si vuelves a pensar que no eres tan deseable como antes, te diré cuántas veces me dejas sin aliento al día hasta que te convenzas de lo contrario. Incluso en chándal y con un moño loco.

Sus palabras me rompen un poco por dentro. Pero en el buen sentido. Vuelve a besarme con ganas. Con su verdad. Y lanzo mis miedos al fuego de una vez por todas.

Él lo percibe porque abro mucho más las piernas para acogerle, y porque trato de arrancarle el pantalón a la fuerza.

Kyle reacciona y se libra de la prenda, dejando al descubierto su GRAN arma letal. Mi cuerpo fibrila solo de pensar en cómo va a ensartase en mi interior, estirando todos mis músculos a su paso.

Se acomoda entre mis piernas y siento que me llena con un empellón apocalíptico. De esos que hacen que tu mundo tiemble.

—¡Oh, Dios…! —grito sin cortarme. Si me oyen que me oigan. No puedo no hacerlo. Y además, ¡ya deberían estar acostumbrados!

Nos hacemos el amor como quien sobrevive a la guerra y encuentra por fin la paz. Nos tocamos como si tuviéramos miedo de olvidar dónde empiezan sus límites y acaban los míos. Nos susurramos sin hablar, porque lo decimos todo con las manos, con la boca y con suspiros.

Me aferro a él como si fuera mi único lugar seguro. Porque lo es. Para siempre.

—Te quiero —susurra en mi oído—. Te quiero más que a mi vida, joder. Tú eres la única para mí.

Mi ojos se llenan de lágrimas, pero son de felicidad.

—Yo también te quiero. Con toda mi locura… No quiero vivir sin ti nunca más. Ahora que me conozco, he descubierto que contigo soy

la mejor versión de mí misma… Tú me completas, Kyle. Me retas. Me provocas. Me fascinas… Avivas mis ganas de vivir.

—Mi amor… —resopla, sin dejar de sentir cómo mi cuerpo se acopla con el suyo—. Tú eres lo mejor que me ha pasado. Contigo cualquier cosa es un acontecimiento. Y no podría estar más orgulloso de ti y de que me elijas.

El clímax llega sumiéndonos en una liberación física y emocional que necesitábamos desde hace mucho.

Cuando terminamos, nos quedamos quietos, como si el sofá fuera un mundo impenetrable y privado.

—¿Esto cuenta como terapia? —pregunto, aún pegada a su pecho.

Él ríe bajito.

—Si no lo cuenta Lexi, ya lo cuento yo.

—¿Y qué nota vas a ponerme?

—Un once. Pero mañana, tendrás que repetir. Por si acaso.

—¿Y pasado?

—También…

Sonrío y me hundo en su abrazo. Soy tan feliz con mi chico, mi locura y mi hogar…

Creo que esta casa nos da buena suerte, porque aquí fue donde empezamos de verdad. Y donde hemos renacido.

36
NOVIA POR CONTRATO



No sabría decir si fue idea de Madison o mía, pero los dos coincidimos en que teníamos que ir a ver a Lexi cuanto antes. Aunque solo fuera para… cerrar el círculo. Y para agradecerle, a su manera retorcida, que nos lanzara de cabeza al caos emocional y nos hiciera hurgar en heridas que llevábamos años maquillando con sarcasmo.

Entramos en su consulta de la misma forma que la primera vez: sin saber exactamente en qué punto estábamos, pero esta vez, agarrados de la mano.

—¡AYYY! —exclama Lexi al vernos en la sala de espera. Por las sonrisas que traemos y nuestras manos entrelazadas, lo adivina—.

¿Venís a confesarme que habéis vuelto solo por el sexo?

—Hemos vuelto —confirmó Madison.

—Y el sexo ayuda —añadí bromista.

Lexi nos mira como si acabáramos de decirle que Papá Noel existe y nos paga la hipoteca a todos.

Lleva un jersey de gatos con tutú y unas letras que dicen: «El drama no quema calorías, pero mola todo».

—Me alegro mucho por vosotros… Y por mí —dice de pronto—. Porque el día del juicio, no firmé las actas… Nadie se dio cuenta, pero en cuanto lo mande revisar, quedará invalidado. ¡Seguís casados! —Lanza las manos al aire feliz.

—¿¡Qué!? —preguntamos los dos a la vez.

—¿Perdón? —balbucea Madison, en un tono entre «me estás tomando el pelo y me das miedo real».

—Sí. Si me chivo, no lo tramitarán. Tenía fe en vosotros. O intuición. Y creo que hay una cláusula en el código ético del terapeuta que dice que si llevas jerséis absurdos puedes hacer locuras.

Nos quedamos en silencio. Madison me mira. Y yo a ella. Aún no sabemos si es la locura más irresponsable o el acto de fe más bonito que nadie ha hecho por nosotros.

—De todas formas —añade Lexi con una sonrisa—, por protocolo, necesito una última sesión gratuita. Para certificar que ya no os tiráis los trastos a la cabeza y para fardar de mi éxito en algún *blog* de loqueros.

—¿Gratis? —Madison levanta una ceja.

—Bueno, puede que os lo cobre con un *post* de Instagram. —Le guiña un ojo a Madi.

La sesión es más risas que análisis. Hablamos de todo. De lo que nos habíamos dicho. De lo que nos habíamos callado. De lo que habíamos entendido mal, y de lo que ahora entendemos por fin.

Y cuando pensaba que Lexi va a despedirse de nosotros, la asalto:

—¿Qué tal va el tema de… tu *crush*?

—¿Eh? —dije.

—Mi crush —dice, poniéndose seria—. Solo les falta que me metan en su maleta y me lleven a la luna de miel. Les he ayudado tanto que

en vez de dama de honor, parece que me caso yo…

—¿De verdad vas a ir a la boda? —pregunta Madison.

—Obvio. Y voy a ir preciosa, sonriente, con una petaca de anís bajo el vestido y una canción de Taylor Swift sonando en mi cabeza. ¡No me van a matar con drama! Estaré resplandeciente y esperaré a que terminen en terapia de pareja. En la primera sesión le diré a él que la olvide y se case conmigo. Es mi plan de contingencia. ¿Qué os parece?

Los tres nos reímos. Pero en el fondo, entendemos que incluso la persona que parece tener todas las respuestas, también tiene sus capítulos difíciles.

—Por cierto —añado, sacando el móvil—. ¡Voy a avisar a nuestros hermanos de que seguimos casados! Van a flipar…

Hago una llamada grupal y pongo el altavoz.

—¿Hola? —contesta Drew—. ¿Todo bien por ahí?

—Sí. Sobre todo porque… ¡Madison y yo seguimos casados!

—¡¿CÓMO?! —gritan las chicas.

—Técnicamente. Legalmente. Y emocionalmente. —La tumbo hacia atrás y la beso de forma teatral.

—¡La hostia! —exclama Tommy—. ¿Pero cómo es posible? Da igual, no quiero saber la respuesta…

—¡Jo! ¡Yo quería montaros otra boda! —dice Nataly—. Porque estaba segura de que ibais a volver.

—Pues habernos *spoileado*, guapa —me quejo. Y todos reímos—. ¿Quedamos a comer en el centro para celebrarlo?

—¡Sí!

Nos despedimos de Lexi y comenzamos a caminar hacia un restaurante cercano.

Rodeo a Madison poniendo un brazo sobre su cuello y le beso la sien.

—¿Te lo puedes creer? —susurro encantado.

—Sí, porque es Lexi. Es inteligente, aguda, imprevisible, y sobre todo… era el destino —Sonrío acercándome a él.

Nos besamos sabiendo que, cuando las cosas tienen que ser, ni siquiera Murphy puede impedirlo.

Y que el desastre vendrá, porque siempre llega, pero esta vez, no nos pillará separados. Esta vez, Murphy podrá sentarse a ver cómo florecemos de nuevo.

FIN

epílogo
TODOS LOS DÍAS DE MI VIDA



Una parte de mí siempre ha pensado que los finales felices no existen. Que lo que hay son «pausas felices», treguas emocionales, momentos donde el caos se sienta, se toma un vermut, y dice «Vale, hoy no».

Pero si tuviera que elegir una tregua perfecta… un momento en el que pensaba que Murphy nunca más me alcanzaría, sería aquella Nochevieja en casa de Tommy.

No había pasado ni una semana desde que Kyle y yo, oficialmente, rompimos la barrera del sonido disolviendo la tensión sexual que existía entre nosotros con unas veinte personas de testigo…

Tuvimos sexo entre mazapanes y vasos medio llenos de ponche, y nadie se recuperó de aquel trauma auditivo. Especialmente Drew, que se manchó con una sustancia desconocida poco después, cuando arrastró a Nataly a la cocina, para intentar mejorar la jugada, al darle la noticia de que iba a ser padre.

En la llamada que interrumpió esa conversación llegó la invitación para pasar la Nochevieja en casa de Tommy, el hermano renegado. Con su traje caro y su acento pijo que vivía entre azulejos de mármol y gente que dice *mindfulness* sin vomitar un poco por dentro.

Pero ahí estábamos. Kyle, con una camisa que me hacía plantearme cosas inmorales, y yo, con mi vestido negro de lentejuelas gigantes. Las amo.

La casa de Tommy parecía sacada de una revista de arquitectos emocionalmente inestables. Fría, impecable, con muebles que gritaban «NO TE SIENTES AQUÍ». Pero nos sentamos igual.

Su mujer, Marzia, era tan encantadora como una tarjeta de crédito sin fondos. Pero sonreía, nos ofrecía canapés caros, y fingía no ver cómo Tommy nos miraba como si fuéramos un sueño cálido al que no tenía acceso.

—Me alegro de que hayáis venido —dijo renqueante. Pero no sé hasta qué punto era cierto, porque parecía que nuestra felicidad le ponía enfermo.

Y Kyle, que seguía siendo un gruñón adorable, simplemente le dijo:

—Has tardado mucho en llamar. Podíamos haber tenido otros planes… Pero bueno, yo también me alegro de verte.

Lo mejor de la noche fue que Kyle y yo estábamos bien, no, estábamos de maravilla. Risitas previas de tonteo por doquier. Bromas privadas en medio de conversaciones públicas. Su mano acariciando mi rodilla mientras Marzia hablaba de su cena de gala con el ministro de no sé qué… No podíamos dejar de tocarnos. Surgían besos robados a la mínima posibilidad. Estábamos narcotizados por el otro.

Cuando llegó el momento de pasar de año, Marzia gritó «¡Feliz Año Nuevo!» con una copa de champán levantada y una emoción fingida.

Y entonces Kyle me miró. Me miró como si fuera el único lugar en el que le apetecía estar. No me deseó feliz año, no hacía falta, solo dijo:

—Te quiero… —Como si lo supiera desde hacía mucho.

Y yo, que no suelo llorar a no ser que muera alguien en Anatomía de Grey, sentí que se me resquebrajaba algo dentro. Algo que llevaba demasiado tiempo protegiendo. El muro de mi corazón. El verdadero.

—Yo también te quiero. Muchísimo. Desde que me hiciste *pancakes* en pantalones de capoeira…

Él sonrió. Me agarró. Me besó con dulzura y es cuando el mundo se quedó en pausa. Justo ahí. Una pausa perfecta que me hubiese gustado inmortalizar. Nuestro primer «te quiero» con palabras.

Hoy, cuando le veo un sábado dormido en el sofá después de acostar a los niños, pienso en esa noche. En lo fácil que fue querernos cuando todo estaba empezando y en lo valiente que es quererse después de romperlo todo y decidir volver a construirlo.

Pero si hay que elegir un «te quiero», me quedo con el último: con el que estoy sintiendo ahora mismo.

El que se piensa en silencio. El que no necesita fuegos artificiales ni un reloj marcando las doce para reconocerlo. El que eliges todos los días.

Y yo estoy en la cocina, en pijama, con una coleta en modo supervivencia, una camiseta de Kyle con agujeros y unas ojeras que podrían reclamar nacionalidad propia. Pero me reconforta saber que ahora, con mi parte de Delicias Evans, teniendo más trabajo que antes de mi crisis incluso, lo voy llevando bien sin necesidad de pastillas.

Lexi se ha convertido en una buena amiga con la que quedo fuera de la consulta, y que si me preguntas, ahora mismo tiene muchos más problemas que yo… Hoy es la boda de su mejor amiga. Se estará celebrando en estos momentos, y esta mañana me ha llamado histérica para contarme que había tenido algo más que palabras con el novio en la despedida de solteros de ayer…

Le he dicho que detuviera esa boda. Menuda movida…

Pero sea como sea, lo superará. Porque ella me enseñó que hay monstruos que nunca mueren; solo pueden domesticarse. Y a veces, te ayudan a ser la heroína de tu propia historia.

Y toda heroína que se precie tiene un compañero, ¿no?

La noche siguiente, Kyle canta bajito mientras friega los platos. Y de vez en cuando, levanta la vista y me lanza una sonrisa que aún consigue derretirme.

—¿Sabes que te has untado Nutella en la frente? —me dice de pronto, mirándome con esa mezcla entre adoración y resignación cómica.

—Es una nueva tendencia de exfoliación de cacao —disimulo. Me estoy reinventando.

—Sí… Ya… —Se ríe. Yo le sigo. Porque sí, puede que estemos rodeados de tostadas que se suicidan para caer del lado de la mermelada, de niños que corren por el pasillo con papel higiénico en la mano fingiendo que participan en las olimpiadas, de niñas que muerden zapatillas como si fueran el perro que no tenemos…, pero en el fondo, estamos bien.

Más que bien. Estamos juntos.

Nos sentamos en el sofá para ver una película que los niños ven en bucle y Kyle me pasa un trozo de chocolate de contrabando, escondido detrás del cojín. Le lanzo una mirada cómplice y le guiño un ojo. Nos leemos tan bien que ya no hace falta hablar.

Y pienso…

Esto no es lo que nadie imagina cuando sueña con el amor de su vida. Pero el amor no es una cita que termina en sexo desenfrenado, ni mensajes con fueguitos de madrugada, ni promesas bajo la lluvia. El amor es cansancio, desorden y bailar en la cocina. Es discutir por el suavizante y reconciliarse después…

Volver a mirarle y saber que volvería a elegirlo una y mil veces.

¡NO TE PIERDAS LA HISTORIA DE LEXI!

SINOPSIS de "NOVIO A LA FUGA" ***JULIO 2025****:*

MANUAL DE LA PERFECTA DAMA DE HONOR:

1. No te acuestes con el novio de tu mejor amiga la noche antes de su boda.

2. Ni aunque sea Scott Parker, el hombre más perfecto que ha existido jamás: guapo, caballeroso, con el tipo de sonrisa que hace que las camareras derramen café caliente por encima de cualquiera...

3. Si caes en la tentación, no dejes que huya de su propia boda con un smoking carísimo.

4. No te sientas mal, la culpa fue de los Mojitos.

5. No acompañes a la novia a su luna de miel no reembolsable... Quedarás atrapada en una isla enana de Las Maldivas, con el novio y su mejor amigo, que seguramente sea tu ex...

6. Y por Dios… si terminas allí, recuerda que es una isla pequeña… No dejes que descubran que estás LOCAMENTE enamorada de él...

*Este libro no pertenece al universo "Querido Santa, Cupido y Murphy" Es independiente.

AGRADECIMIENTOS

Gracias por sentir con tanto cariño a los Norton y las Evans.

He disfrutado muchísimo transcribiendo sus historias y me hace muy feliz que hayan cobrado vida en vuestros corazones.

Me ha quedado supercursi, pero es lo que siento. En serio.

Gracias por darles alas.

Querida **Maca**, **@macaoremor**, una vez más, tu empuje es el mío. Sin ti esto no hubiera sido posible. Y lo sabes.

Querida **Irene**, **@ladyromantikbook**, nada podía hacerme más feliz que tu reacción al contarte que quería hacer esta novela y luego al leerla. Gracias por tu apoyo incondicional siempre. Eres mi cuerda al fondo del pozo.

Querida **Bego Pérez**, nunca he sabido explicar lo que aportas a cada novela. Pero te juro que es algo incalculable. Gracias por hacerme brillar.

Querida **Eli, @Elipr**, gracias por tu apoyo, tus ánimos y tu órdenes de que deje de procrastinar y me ponga a escribir. Gracias por cada mensaje, cada palabrota, cada emoji… No sabes cuánto significan para mí.

Querida prima **Ana Galarraga,** eres un hacha. Una máquina. Casi un peligro letal para la humanidad… Qué suerte que seas mi prima.

Querida **Alma S.C.**, gracias por tus audios mágicos que me llenan de confianza. También por tu tiempo y tu vitalidad. Me gusta que salve bebés mientras lees mis libros. Eres lo más.

Y ahora, vosotrxs, **mis Fuxias,** sois la gasolina que necesito para continuar en marcha. Mil gracias a:

@clauuu.mrtnez @yaii_books25, @gabrente, @_judiit._, @laurelleeyescribe,@la.peluteca, @africa_cantero @read_j.t.mary, @pilarsanabria_, @sanemade, @beatriz_jipu, @viki.hdez, @leerconthea, @minedreadings, @irisrodriguezmieres, @pa.ro.dri, @annadrielbooks @vrgarey, @vanessa_me18, @inmabl, @lauramendolazaro, @missattard, @silpavila, @lola_pascualcuadra, Nuria Daza de @nuriela25, @letyciro, @gloryhelen_, @la_mala_malisima, @mis_lekturas, @mirinda01, @gema.ddc, @gemmapastormateo, @patricleta, @yessicm32, @caty19709, @lectoradesuenos8, @kilimz82, @elenaruizmontesinos, @creando_frikadas, @brujamillenial, @mery_y_sus_lecturas, @cynthia.cerveaux14, @dallas_880, @cristina_segarra_escritora, @lectoraenverso_26, @noefru, @isabellabaricot, @pilar_vima, @fanyavenalbe, @rosebokl, @damajurado1999, @sultanitabella @bookstagramer_1, @siil_lule, @mayralazo08, @mariabeatobe, @lucymoon2015, @alasblancas83, @j.m.fresquet, @bgomezmartin, @mralex_17, @lumae_lu, @lozamor67, @krmenplata, @ilunanoa, @romanticaadicta, @gandiapilar, @laurensofiy_, @lissbert, @monchavez15, @lecturas_felices, @mlectoraa, @vero_malaga, @pmlapizypapel, @isabelhg_love, @gafiis, @mire_1010, @locasdelmundo4, @nita_fdez, @karilamala, @andreuenca79, @_martinez_javi, @montse_g_m_, @ariadna.dx, @laura_villanustre, @itsedelweiss, @luciaanddogs, @lilith_lectora, @crisfillolacas, @lectoras_con_clase, @raquel_morante_morales, @nilosa0508, @srtahelenstealer, @sweet.readings, Arancha Eseverri de @lectoranovturna, @pilarmolinercarb, @por_puro_vicio, @noelia.g.m89, @yaizaa.mendez, @mireiapg29, @nataliaperez128, @readlikeapleasure_, @noeloafrutos_autora, @_cristiane_, @mlcg1986cins, @passion_between_letters, @princesbooks, @elbauldemislibros, @booksloversh ouse, @jessi.5113, Amparo Pastor de @amparopastorvieracaracoliu, @romanticamore, @snopeugi, @celia_vc, @sandradt2505, @unlibroparaella, @naomihdezz_, @heiwabooksquotes, @ana_jimenez29, @libroypalomitas, @dejamequetelea, @ohana_reader, @yoleoromantica, @tfc_lectura, @viskict, @leer_esincreible, @Carmen39_fdez, @raquel.22, @vanesha_salas, @meymay6, @el.rincón.de.sita, @mery_g_books @saradominguez23,@rafi_lechuga, Ivelise Rodriguez, @emilia_erin, Evelyn limpa, @miriam_chantes53, @piuli22, @estherestetic, @kristibell73, @Nielsennila, @marta.landrau, @diarii_books, @ana.martinhdez, @evicanaria, @carol_lopez3112, @jennifeer92, @nago24, @mesumerjoentrelibros, @miriam.villalobos.m e hija (Lucía Soto V.), @susyyflo, María José Claus Molina, @Monsy80, @sacriespada,

@mery y sus lecturas, Nuria Daza, @ameelia15, África Cantero, @marimarpintor, Lourdes Romero, Paloma Osorio Millan, @maricarmenmuoz, @creando_frikadas, Silvia Paredes, Vero de @librosigualamagia, Claudia de @booksbyclau, Maca de @macaoremor, @glory1818, @gloria_hega, @teresilla87, @jennibooks87, Barbara Torres López, @yessicm32, @books_nerea, Ascension Sanchez Pelegrin, Kristina Kko, Mariu Barberá, @helenescritora, Salud Lpz, Inés Ruiz, Anna Driel books, Mónica de @moniquitamaca_mislecturas, Gemma Pastor Mateo, Mónica Tort, Maria Jose Valiente, Anna Fernandez, Mariu Barberá, María Fátima González, Kuki Pontis Sarmiento, Beatriz Duran Hernandez, Normma Aliciya, Loli Zamora, Mari Cruz Sánchez Esteban, Mar López, Isabel Gómez, Elena Martínez, Laura Ortíz Ramos, Yeni Anguiano Mata, Rose gate, de @rosegatebooks, Marisa Gallén Guerrero de @lecturasmapita, Anabel Jimenez, Yolanda García, María Ferrer, Judith Galán, Elisa Mayo, Ana Arely, Ulises Novo, Laura Duque, María Camús, Pilar Sanabria, Silvia Martinez Hernández, Elena Martínez, Saray Carbonell Del Río.

@cruzuleyaiza, @sunriseadn, @irenita19mm, @nereamellis, @lecturasdefaty, @la_biblioteca_de_pat, @maiko_pink,, @pilardans, @librosdehoney, @tengoganasdeleer, @amantelectora, @el_rincon_de_palmerita, @_cristiane_, @adrianaalba_autora, @the_reading_books_in_family, @mividaentrepasiones, @lecturasdeamorsonia, @hrhartwell, @amamosleer_uy, @mire_1010, @leeconmigo_, @musa_entre_libros, @crusisanchez, @raquel.blancoluque @mariainspace_,@lamagiadeloslibros3.0, @miquenaadiccion, @arisleyda_5, @hoy_esta_leyendo, @ariidaz, @literaliabooks, @helens_books,@meugeniaramirezlopez, @lionela23, @adoroloslibros_17, @olatzpitu, @ecaangelica, @garbival, @andy_caro13, @librosdeirene, @valkiriaread, @nita_fdez1, @marianacantaora @salseo_de_libros, @mayblacksmith, @siempreleyendoydesconectando, @everlasting_reader, @vivir.leyendo, @ariasu_7, @estefaniagea, @_monica._8, @sandragvillar,@beatrizdh, @lecturas_milly, @piluchii85, @bookqueen22, @mmfn._, @librosviajerosylibres, @ascensionsanchezpelegrin, @eli.p.r, @monika.galan.16, @rupilo_18, @lectoraenverso_26, @nataliia981015, @rm.nkt.4.7, @jazbabook, @pilarcabrerat, @martinleticiap, @m.i.epalzaramos,, @elisabet.2573,@laurabooksblogger, @anais.1203, @nereaaraujoautora, @vilmont_books, @morenomarimiza, @begikat2, @__vanenunez__ @@lady_creative_doll, @inesruiz78, @elenamartinez6098, @mamual90, @etalenika (Eva Tasende), Rocío Escobar, @meymay6, @bookssyass, @lauraviajaentrelibros, @anapasionlectora, @owiksa, @carmen39_fdez_, @evelimpa_leeresmipasion,@stefamy_sandoval, @merypoppins750, @_curls.and.books, @lilyfreitasm, @chikiya85, @marimarmiravalles, @conunlibrosoy, @nazaretpv, @nereida.c.a, @turka120, @angela_fp16, Maggie Mon Chávez, Vero y Estefanía de @leerconvernia, Arantxa de @lecturanocturna, Esti de @boiet2, @vaclepri_79, @carichun,

@dulce.ando, Eva M. Pinto, @libros_y_tortugas, @mariadolores84, @eli_car_bar, @ladycuqui, @lecturas_mily, @juanidiazdiaz17, @un_libro_en_mi_mesita, @akanechan1986, @lourdes.andresgarcia, @manolivi28, @lectoahastaaltashoras, @dove.mmartin,@lectoranocturna, @natti_ruano, @angiegarfer, Melani de @melmely19, @marihoyoslopez, @lromero777 Lourdes Romero, @seguradoalcaide, Reyes de @reyesbecerra82, @cynthiag25, @tere_lafuente, @arima.s.c.11, @lecturasdenira, @maryambergirl, @tamaraciscar, @elenanp73, @quemaravillaleohoy, @merypero, @manuelamolinaleon, @marijopove, @buidseachlatelier, @ju.kaery, @martagr9716, @thaannya, @Blankarez, @marguis_hl, @rocanilla, @aili.evansecrivain, @noemimaquedajimenez, @puri_reyesneira, @isa.sepulveda2, @marta19041975, @txellbooks, @diana.c.gasco, @noee_albatros, @gema_lectora, @isalexia42, @ivixiviusa, @cuando.los.mios.duermen, @anasn71, @lecturasdemaggie, @mariabarbosaalm, @miviciolibros, @mimamifriki_marinabooks, @evaleyendoentreburbujas, @Kristinalmb,, @zaira_fg, @lola.lolita.loliya, @mi_mundo_mis_pollitos, @virigol, @fernanda15_05, @bowsinakoopa, @vanu_sa_ms, @elenasoroma, @saravimeg, @lorbaris, @chuscm, @mirelaiordanica, @soniafdezs, @lady_romcom, @maitesospedra, @librosquedejan_huella, @esca87, @monicaxcel7, @mrs.svetacherry, @nina_reus, @entrelibrosyagujas, @pidurreta @rebecajm87, @mariaespinosabcn, @rociombouzon, @Kristibell73, @manolivl28, @gemapastormateo, @nuriamanel, @mariae.martin, @chiio.91, @reinadesdel92, @tere_meler, @mariadelape, @sarita_rcgt, @eva_y_suslocuras, @joanamaria00, @loslibrosdemama, @jeannemariegg, @_cintiasantiago_, @gemmaripoll, @lepima, @frokonel, @las_historias_de_lola, @losmundosde_ro, @ms_maria87, @falguerasonia, @mariajoseclausmolina, @libreando_book, @luucyrodenas, @starrynight.books, @nisart_scrap, @aintzaneechevarriaperez, @aalbita3, @taramay_books, @inesitasanz85, @arabrines, @evika027, @valeriandbooks_, @aliciagaditana, @torres_de_colores, @lilith_read_books, @lauritaloba, @mrocio1, @agape_sfdo, @elisabethglez, @patrirubiah, @vaneadriai, @piulibooks, @saravimeg, @chelydivison, @pumpingmamaespanol, @sonaiale, @pirilala15, @elena_ferron, @bleny_blac, @__lucia12, @mangeles.navarromoreno, @montxy74, @titaebicrafts, @crisreadingbooks, @librodeolorcafe, @campanilla0130, @gema_lectora, @_viviendo_entre_letras, @mali.lc14, @jianni27, @vadercup, @dorlycera, @yul075, @beatriz_jipu, @sugus_books, @read_j.t.mary, @rg.aguilar128, @coriii_95, @marchyolanda71, @jen_anton, @los_caprichos_de_belenita, @jutid_costa88, @cafeyuki66, @saandra.s3, @linalia_sm, @unrefugiodelectura_, @gemaypaco13, @florigilmarin, @marbeva02, @buesorubio, @milayrya,@nefertiti987, @sradecampos, @martikas194, @__arantxa, @vera.beryl, @andrea_civeram, @lalokadeloslibros_84, @frikigems, @saydecastro7, @vane_vane82,

@yessicm32, @andreacg17_, @duranmarinpatricia, @brendy23fire, @aidilibros, @inmabl, @hyedance, @nanibe81, @florifontarigo, @reinadesdel92, @mayraquinego, @anapaula.sahagun, @jessgoni, @claugian2, @melanimenacho, @miryamtorres79, @dariana.carvajal, @magdaly.medina, @irenecarrascoarmas, @ana_isabel1980, @iamjustjaki, @marquesita93books, @miriampines.rme, @dama_oscur4, @bea_guillomia, @cristinafeernaandez, @krisdelapinta, @janireysumundo, @books.and.chill_, @jessy.cd2023, @alicia_de_juan_,@sandriitaa_88, @mariaslvarezgil, @mayte2275, @m_iratxe, @bea.segador, @ocupada_leyendo, @secretos_mamis_lectoras, @dianaieiks, @marigeligasparcasado, @roalvarezvidal, @maraaagargioniii, @esti.siempre.mejor, @elenamh_06, @lexturasfumy,, @makyhugo, @luciasurribas, @mamiypipi, @vir_books87, @gemmapastormateo, @nataliagbien, @criscriscrisf, @eva_murias, @lourdes.andresgarcia,@elis_aranda, @marcapaginas_coloras, @sara_ferret, @19diasy500libros, @cristina_segarra_escritora, @paradoxa_literaria, @finavg, @libroshistoriasyyo, @anitadevoradoradelibros, @alejandra_aef, @autorajessgonzalez, @sandysbooks_, @sonia_mori, @aurora_books23, @paulasalander, @patryhn, @brujuladelibros, @lomosyletras, @nuriysuslibros, @_mariili @lidiaarmariojimenez, @entremontonesdelibros, @tanyagode, @yaiza_trinidad, @fadeta_arual_lij, @lecturasfumy, @aroqs93, @gracesofbooks, @everybookpaidbypedro, @aniita22__, @pumpingmamaespanol, @geysha.books, @joyceipinero, @soniarh1981, @alba.d.munoz, @silvya_candeias, @albita21, @nanibooktok, @mer_cadillo.literario, @gabibennasar, @enganchadaaestelibro, @starrynight.bookss, @anamariaperbre, @mariina_valbuena, @m_isabelrn, @alaska_booksss, @la.xurdit, @makyhugo, @rocioro.87, @criskiss1981, @daisy_m_blue, @cr_tfc, @mariaurbistondo79, @thethingsoftessa, @yanilalfonso, @jana.mar.m, @zuleika5581, @ansumar20, @patrymalles, @lauriitaf_, @bymartacr_books, @cruella.devill.77, @liidiaagarciia7, @anukicas, @ariah.ro, @anxeastrar @samynight13 (Ari, Aida y Paula ❤️) , @carmenpo32, Peña Zorrilla Garrido, Adriana @adriviernes13, @sinte77 (Teresa, enfermera), @scarysyl, @jessy.cd2023, @tere_tr_, @rociomontin, @vadercup, @susyvl97, @lourdesgonzalez__, @carlamimi20, @nnoemi.books, @leyendo.a.ciegas1, @johannamartinez8895 @yue4405, @susanaperez13, @andreacm_books, @juditca_98 @arantxa_zgz, @sofiabooklover, @un_sofa_donde_leer, @adrinati, @vicks.polo, @niieves_bebes_, @rakel1297, @serezademunoz, @klienemu, @marquesmaar, @sonaiale, @susurros_a_un_diente_de_leon, @skaikrubooks, @lor_13 @naiarasanchez.escritora, @patryblog, @juditprettynails, @juditconh.books, @magdaly.medina, @librosyestilo, @booksgarciia, @chariguerreroplata, @isilibris, @itswnd @rocio.booklover, @llibreslaura, @entrehilosynaranjos, @natycharly, @dianaieiks,

@aerenbookss, @genuca15 @rociocasadoramirez, @mariasalvarezgil, @naaatt_24, @entre_rizos_y_hechizos, @marianalopezyap, @adrifielding7,

Y si me dejo a alguien, perdonadme, por favor. Me hace mucha ilusión que estéis aquí. Un fuerte abrazo, Anny.

Sobre el autor

Anny Peterson nació en Barcelona en 1983. Estudió Arquitectura e hizo un Máster en Marketing, Publicidad y Diseño Gráfico. Actualmente, vive con sus hijas y su pareja en Zaragoza.

Lectora acérrima del género romántico. Adicta a series y películas. Adicta a la salsa boloñesa y a la CocaCola Zero.

Encuentra todos mis libros en Amazon:

La Droga + dura I: Atrévete a probarla.
La Droga + dura II: Intenta dejarla.
La Mafia que nos une (Mafia 1)
El Poder de la Mafia (Mafia 2)
En el fondo, me tienes.
En el fondo, me quieres.
Vas a ser Mía.
Vas a ser Mío.
Voy a ser Tuyo.
Vas a ser Suya.
Vas a ser Suyo.
Vas a ser Eterno.
Yo, Superyó y Elle.
Loco, Sexi & Millonetis.
Loca, Sexi & Mentirosa.
ConsigueAlTío.com
ConsigueAlPadre.com
27AllStar.
Santa, este año… ¡voy a ser mala! - Editorial Mil Amores.
Cupido, este año… ¡quiero estar soltera!
Jaque al duque (Trilogía Kaissa I) - Editorial Grijalbo.

Dama Negra (Trilogía Kaissa II) - Editorial Grijalbo.
Jugada Maestra (Trilogía Kaissa III) - Editorial Grijalbo.

